ALFAGUARA

Uri Bleier

Esta cuerpa mía



Narrativa Hispánica

Uri Bleier

Esta cuerpa mía

ALFAGUARA

Para mamá, papá y Sharon

Se inaugura la venganza de las travestis, por donde menos se lo esperaban, que es a través de la palabra.

Camila Sosa Villada, citando a Susy Shock
discurso de aceptación del Premio de Literatura Sor Juana
Inés de la Cruz

He rodado de acá para allá

La Lotería

Buenas, buenas. Ya llegué, ya arribé, ya estoy aquí. En mi esquina me conocen como la Metrera, la Agujita, la Glorietera, la Encueramachos. A mí me gusta más la Vendenoches, pero aquí la vocación de servicio es lo que cuenta y al cliente, lo que pida. Yo soy la Lotería, la que prefiera. Es más, soy Nené, la Chachis, la Talonera, la Tícher: Mónica Guazo Cano Martínez. Hoy vengo sola, pero normalmente traigo coro. A todas juntas nos dicen las Sinvoz, las Sintecho, las Sinrostro, pero yo prefiero las Sinmiedo. Las pajaritas que aprendimos a volar cogiendo en hoteles de paso.

Vengo a enseñarles el barrio donde viven los flecos de las chamarras tejanas, las escamas de unas víboras que no muerden, pero cómo pican. Parafraseando a la Susy Shock: bienvenidas sean ustedes al show de los monstruos. Güelcome tu el teatro de la putería, diría mi comadre Rosy. Pásenle a lo barrido y hagamos esto facilito: ustedes van a hacer como que me tienen en frente y yo voy a hacer como que les cuento mi vida. Imagínense que estamos en su bar de confianza. El mío es el de Víctor. Él nos mira entrar y pone la de *La cita* de Galy Galiano. Es más, busquen la canción y pónganle pley. Prefiero hablar con música de fondo porque así se me acomodan los sentires.

Pasa y siéntate, tranquilízate. Al fin ya estás aquí, qué más te da.

Mírenme aquí, sentada frente a ustedes, con mi ropita pegadita y mis tacones altos, con mi olor a almizcle, pachuli y rosas, con mis

uñas largas de acrílico macizo. Hoy las traigo pintadas de amarillo, mañana quién sabe. De cuerpa soy más bien fibrosa, de curva ancha, de mano pesada, de tetas hormonadas. De color soy prieta, mexicana por donde le busquen y a mucha pinche honra. Tengo la nariz ancha y el corazón grandote. Aquí donde yo vivo hay que ser de piel gruesa y lágrima difícil. Y además de tener el corazón escarchado y el humor ácido, se necesita tener la mirada aguantona y el carácter fuerte. Soy de cartera pequeña, de chamorro marcado y poco friolenta. La cuerpa me la tallaron las esquinas, a mí sólo me quedó moldearla, masajearla con cremita, embellecerla con su blosh y terminarla con un perfume que deje estela y marque territorio. La voz la tuve que dejar que se aflautara con la hormona, pero sobre todo hacerle arreglitos a punta de prácticas en el espejo, de pedir cigarros y comprar alcohol allá en Tijuana. La gente cree que es la hormona la que te cambia la voz, no es cierto, nunca cambia tanto como quisiéramos. La voz es un trabajo cansado y de todos los días.

La inyección hace su chamba, yo luego luego siento la cosquilla en el estómago cuando la aguja me acaricia. Me encanta sentir cómo la cuerpa se me amilana, cómo la piel se vuelve suave y el pelo y las uñas agarran fuerza. Las hormonas que usamos las mujeres trans son los anticonceptivos que usan las mujeres cis. Qué ironía, ¿no? Y, para colmo, hemos tenido que dejar los bloqueadores de testosterona porque cada vez son más los clientes que nos buscan para sentir el rigor. A esos hombres les decimos gallinas brinconas, pero sh, mejor no lo repitan. Ya saben cómo se ponen cuando se acomplejan.

Yo tardé muchos años en dejar de odiar mi cuerpa pituda. Por eso no es casualidad que ande cada vez más metida en lo político. Quiero enseñarles a las más chicas a querer su cuerpa para que no les queden las cicatrices que tenemos las más viejas. Diría una amiga que me presentó a Pedrito Lemebel: hay tantas comadres que

van a nacer con una alita rota que lo mejor es ir abriendo la academia para enseñarlas a volar.

Quizás nos dicen las Sinmiedo porque andamos por la calle a pesar de que se han vuelto cada día más inseguras. Ni siquiera la violencia nos ha impedido dar el paso y salir del espejo. Porque de algún lado tenemos que salir. Las maricas tienen su clóset y ya son muchas allá adentro. Además, no es un secreto que vivimos del reflejo. Ya estuvo bueno de andarle pidiendo chichi a la sociedad intentando acomodarnos en sus fechas importantes de donde nos corren porque para las que no somos hombres, somos putas.

El caso es que en las calles cada vez hay más mujeres y las maduritas tenemos que abrir paso. La neta es que yo ya nomás gano clientes por mañosa. Es feo ir viendo cómo te pones vieja. Para mí los últimos años han sido difíciles porque la ciudad está cada día más cara. Con lo que antes me alcanzaba para un departamento de dos cuartos con baño y cocina de buen tamaño, ahora me rentan un cuarto con un bañito en el que me puedo bañar, cagar y lavar los dientes al mismo tiempo. De la cocinita mejor no digo nada, es como el punto de una i, la chingadera, un pedacito de la casa en el que apenas cabe una estufa de dos hornillas puesta sobre una encimera, sin horno y con un refrigerador de hotel. Por eso no me gusta estar en mi casa. Ni la comida sabe bien cuando falta el aire. Además, me da por recordar mis días de gloria.

Lo bueno que tenemos las putas es que nuestros días de gloria no tienen que haber sido como famosas. Con ser jóvenes y trabajar duro nos basta para hacer dinero suficiente. Tampoco se vayan a creer que yo soy una de esas putas caras que cena en restaurantes de manteles largos. Esa era otra amiga que luego les presento. Yo siempre fui una puta barriobajera. Nunca me pasé mucho de lanza en el cobro de un servicio. O bueno, sí, una vez.

Habré tenido unos veinticinco años y llevaba ya un buen tiempo en mi punto. Había tipos que recorrían la ciudad entera para pasarse un rato conmigo. Y es que me hubieran visto, era una flauta dulce, una trompeta de banda, un acordeón salsero. Ya me había inyectado las nalgas y todavía el aceite se mantenía en su lugar. Las tenía paraditas y duras, como si fueran de obsidiana. Las tetas me habían crecido con las hormonas. No mucho, pero con eso me conformaba. Nunca fui de piel grasa, así es que el cutis lo tenía de cera. Sin las ojeras de los años y con el brillo natural que las hormonas le daban a mi piel parecía una de esas estampitas que brillan en la oscuridad.

Yo, que soy perra de luna, me acuerdo de que esa noche estaba llena, redondota y de un color bonito. Un coche verde militar, con dos chavos, se aproximó al punto y uno de ellos asomó la cara por la ventana. Me acerqué moviendo las nalgas como la pata Deisy, me incliné hacia la ventana para mostrarles el escote y les pregunté que qué se les ofrecía a esas guayabas de cáscara lisa y huesitos sabrosos. No pasaban de mi edad. Uno de ellos tenía el cabello decolorado y el otro, una perforación en la nariz. Me preguntaron precio y, como el coche se veía nuevo y ellos también, abrí la puerta de atrás y les calculé una buena cifra por los dos.

El morbo se les escurría por los ojos como lagrimita. El problema era que no sabían por dónde entrarle al toro porque estaban nerviosos. Trataron de negociarme, pero lo justo es correcto y lo correcto conviene.

—No se pasen de lanza —les dije—, no sólo voy a darme un revolcón con los dos, sino que les voy a demostrar por qué me dicen la Tícher, así es que no anden negociando porque les voy a dar un servicio negociado y ustedes lo que necesitan es otra cosa.

Le pedí al copiloto que se viniera a sentar conmigo a la parte de atrás para destensarlo. Me senté en sus piernas y le comí los labios como si fueran uva salvaje mientras el otro maniobraba para estacionarse en el motel. Entraron al cuarto como cortejo fúnebre.

No sabían qué hacer, cómo empezar. A leguas se les veía que era su primera vez haciendo un trío. El primero que se me dejó venir cuando me senté en la cama fue el que estaba manejando. Qué mal me cae la gente que usa la lengua como una vara. La movía como si fuera un trinche. Tan tersa, tan suave, tan rica que es húmeda, como para que te la entierren. Yo trataba de enseñarle, pero él andaba mete y saca, mete y saca. Cambio, dije, y me pasé con el otro. Qué diferencia. Sus labios se entendían con los míos. Esperaba a que yo abriera para cerrar, a que yo cerrara para él abrir. Ni me acordé de incluir al otro de tanto que disfrutaba su boca hasta que sentí su mano en mi muslo y supe que no sólo no sabía besar, sino que era de esos que va luego luego por el dulce con todo y empaque.

—A ver, papacito —le dije—. Vamos a hacer algo. Vamos a enseñarte a besar, que parece que traes prisa y no quiero que te me atragantes.

El amigo soltó una carcajada.

—Tampoco te me alces, bandera —le dije al de la risa—. Es más, vamos a hacer algo. Por qué no le enseñas a besar tú.

Como si hubiéramos estado jugando a Simón dice no se muevan, los dos se quedaron fríos, mirándome.

—No se me pongan así que bien saben que esa tensión sexual que hay entre ustedes se tiene que resolver, así que es mejor entrarle por lo fino.

Siguieron sin moverse.

Tuve que agarrarlos de la mano y caminarlos como si fueran dos patitos cruzando la carretera. Le tomé la cara al que besaba mal y lo besé mientras con la otra mano jalé al amigo. Mi experimento funcionó. No porque el tipo aprendiera a besar, sino porque terminamos todos dándonos de lengüetazos y cogiendo como parejita moderna. Ellos no se animaron a penetrarse, pero sí se la

chuparon cual paleta de sandía y se besaron mientras me la metían a mí, que soy de las que goza de puro ver gozar.

Esa fue la vez que cobré un buen billete de jalón, pero por lo general hoy por un oral son doscientos cincuenta y las cogidas van desde cuatrocientos hasta setecientos, dependiendo el servicio. En esos entonces una buena noche era de cinco clientes, pero el promedio era de tres. Ahora nomás salen tres cuando hay eclipse y hay muchas noches en que nomás salgo para no sentirme sola.

Lo bueno es que se inventó el internet. Ahí la cosa es democrática. Mientras una pueda abrirse una cuenta puede lucharse unos pesos y yo, que tengo a Venus en Tauro, soy una disfrutadora de los placeres carnales aunque sea en pantallita. El internet es bueno para juntar el hambre con las ganas de comer y a nosotras, que somos de nicho, nos vino de maravilla. Lo mismo te manejamos el chat que el en vivo, el privado que la aplicación, el facetime, el skype, el zoom, el periódico, el messenger, el ICQ, el bar, la cantina, el antro, tugurio, taberna, chamizo, cabaña, jacuzzi, cuartito, mansión. Usted pida, nosotras le hacemos. Si la cosa es que se divierta y afloje lana. Nos sabemos adaptar a una cama, a un coche, a una cámara, a dos, al tapete, al piso, al cemento, a las sábanas de hilos egipcios, al petate viejo, al colchón aguado, a la tierra fría. Le entramos a lo que venga con la cola enfrente porque no podemos darnos el lujo de dejar pasar una oportunidad nomás porque nos gusta más una cosa que otra. Que el onlyfans: le hacemos. Que cobrar por enseñar los pies: también. Que nos quieren ver dormir: dormimos. La vida de por sí es complicada para andar diciendo que no a las cosas raras. Al cliente lo que pida, al que paga lo que guste, al amigo lo que pueda y al chacal hasta la vida.

Cuando yo empecé el money estaba en la calle, pero también se usaba poner un anuncio de ocasión en la sección erótica del periódico *La Prensa*. Ahí una se ofrecía y esperaba a que la llamaran

por teléfono. Salían clientes, pero era una chambota porque no era como hoy que hay banca electrónica y una saca el token y transfiere. Había que mandar por carta el anuncio y el dinero o llamar por teléfono y hacer el depósito en el banco. Eso tomaba tiempo y a mí, que trabajaba a deshoras, no me gustaba levantarme cruda a poner la jeta en la ventanilla del banco a esas malditas horas hábiles. En la sucursal de por mi casa se hacía una cola que le daba la vuelta a la manzana y ahí me tenían paradota bajo el sol, con las miradas de todo el mundo encima como si fuera el show de los raros. Con la hueva que me daba arreglarme para eso, en aquellos entonces no tenía la piel tan gruesa y quería parecer mujer a todas horas, con todo y que eso significaba maquillarse para ir al banco.

En los noventa no bastaba con decirte mujer para serlo, había que parecerlo y ustedes ya me vieron, yo no soy la cenicienta. Tengo la cara tosca, la nariz que da gusto y la cuerpa grandota, así es que tenía que ponerle ganitas: delineador, base, rímel, *primer*, pestaña, sombra, rubor, cera para la ceja, polvo traslúcido, iluminador, corrector, labial, chapas, chapitas, polvo, pepitas; mis amores, no es fácil. Eso toma tiempo y cruda te tiembla la mano. Pero había que tragar y sacar extra, así es que iba al banco con todo aquello puesto en la cara y vestida de noche y me tragaba la fila de hora, hora y media. Hoy, incluso para las que no hemos hecho el cambio de identidad, es más fácil. Pero en aquel entonces era pelearse del diario porque los hijos de la chingada miraban tu identificación como si les hubieras entregado un papel escrito en braille.

y te miraban
y miraban la IFE,
y te volvían a mirar,
y volvían a la credencial,

se asomaban a tu cara buscándote el parecido con el tipo de la foto y al rato te decían:

—¿Eres tú?

—No, pendejo, es mi abuelo.

A veces te daban chance de hacer el trámite, otras no.

Lo bueno es que los periódicos quedaron atrás con el internet y empezaron los chats. Esos los usábamos para ligar porque trabajando toda la méndiga noche no había dónde conociéramos novios. El latin chat de ese entonces era, háganse de cuenta, el grindr de hoy. Te hacías tu perfil, subías tus datos, una foto bien acá, bien perra, y esperabas a que te agregaran amigos y empezara el hola, mi amor, KmO sTs? Porque eso también ha cambiado. A pesar de abreviar te la pasabas pegada a la pinche computadora chatee y chatee con varios al mismo tiempo. El café internet al que íbamos mis amigas y yo se llamaba Cyber Kfe y quedaba a unas cuadras de nuestro punto. Como si fuéramos de puntuales como es la luna, a las cuatro de la tarde nos encontrábamos ahí para cotorrear y aconsejarnos. Dile esto, mana, hazme caso. No, decía la otra, dile lo otro, queda con él, mándale fotos, no le contestes, déjalo en visto, ponte difícil.

Las que nos juntábamos éramos Melisa, Viri, Mayra, Oyuki, Dayana y una servidora. Las Ángeles de Charly, nos decía Paco, el que atendía. Los otros clientes nos mandaban callar, pero Paco estaba de nuestro lado. De vez en cuando le hacíamos alguno que otro favorcito para que nos cobrara una hora de noventa minutos porque se nos podía amanecer en la chorcha y ocupábamos un buen descuento. Nos llevábamos unas caguamas y nos poníamos un pedo, hable y hable con nuestros amores virtuales. Hace tanto que no siento así de bonito. Te ibas emocionando de a poco. No era como ahora que con un botón prendes la cámara y al minuto ya andas en cueros jalándole el pescuezo al ganso. En los chats, si acaso, cambiabas unas fotos, el resto era puro verbo, palabrería y romanceo. Yo para eso estoy hecha, para sentir calor abajo del

ombligo. Yo no soy de cañonazo, sino de pellizco, pero me adapto porque nací pobre y eso condiciona. Digo yo.

Si me preguntan a mí, esa fue la mejor época. La misma tecnología no te dejaba tener prisa. Quedaba en conectarme a una hora y cuando veía que su nombre se ponía en verde, me mojaba. Poco importaba que no tuviera idea de cómo se veía el cabrón, la cosa era sentir que me endulzaban el oído con su miel de abeja obrera y me chupeteaban el cuello con esos mensajes de caramelo en barra. El problema no era mantener los tres o cuatro chats que teníamos cada una, sino conocerlos. Casi siempre resultaba que el chacal que te imaginaste fuertudo, fibroso y aguerrido, era un señor panzón de calva brillante y aliento a ajo. Sáquese a la chingada, viejo. Usted o paga o se larga, faltaba más… En fin, todo eso para decirles que variedad sobra porque la que no escatima enseña, la que enseña vende y la que vende traga. Yo iba a empezar a hablar de mi niñez y miren ya por dónde nos fuimos.

El León

Nací el 7 de marzo del ochenta a las 7:43. Canten conmigo. *No soy Simón, ni el gran varón. Pam, pam.* Para Tijuana fue el mujerón, lejos de casa no me olvidé de quién soy yo. *Cambié la forma de caminar, usaba falda, lápiz labial y un carterón*. Ay, Willie…. Soy piscis con ascendente en aries. Dicen que solemos ser caprichosas y testarudas, confirmo. Pero no se predispongan que también dicen que a las mujeres nos rige la luna y yo la tengo en escorpio, un signo de agua, sensual, mi mero mole.

Bien cerquita del metro Vallejo, calle Poniente 122, número 536, colonia Industrial Vallejo, Santa Cruz de las Salinas, Azcapotzalco, Ciudad de México, código postal 02340, fue donde creció esta muñeca bajo el nombre de Leonardo Guazo Cano, que en paz descanse.

Sufrir me tocó a mí, en esta vida, llorar es mi destino hasta el morir. No importa que la gente me critique, si así lo quiere Dios, si así lo quiere Dios, yo tengo que cumplir. Esa canción me recuerda a mi papá. La cantaba por las noches borracho después de pelearse con mi jefecita. Ponía el casete en una grabadora negra y chiquita que tenía al fondo del cuarto, se salía al patio y se sentaba en una silla a cantar y a dejar que los sentimientos se le asentaran. Él era piscis, como yo. No es que lo excuse, pero es bien sabido que a los de este signo nos cuesta controlar las adicciones porque las mezclamos con las emociones. ¿Y quién sufre el alcoholismo

atravesado con la educación sentimental de un macho? Exacto, la familia. En nuestro caso fue mi mamá porque mi hermana y yo no estábamos en edad de entender, sólo de sentir.

Yo lo idealizaba porque todavía era una niña que no comprendía el porqué de sus cambios de humor. Para mí, que casi no lo sufría borracho, era un hombre bueno y trabajador que siempre me trataba con cariño. Así era durante el día, pero ya tomado repartía gritos y sombrerazos. A él, que era tan manso sobrio, se le subía el muerto y se transformaba en un tipo que no podía bajar ni la voz, ni la mano. Frustrado porque a mi mamá le encantaba salir a los bailes, la amenazaba con golpearla.

—Ni por ti ni por ninguno —le decía ella entre gritos y lo retaba a que le pegara—. Si me das, te lo juro que te arranco el hígado mientras duermes.

Ella quería seguir su vida, ir a los bailes, mover la cuerpa. Contigo o sintigo, le advertía antes de salir a disfrutar con sus amigas. Pero él nunca quiso acompañarla, era más bien un borracho de cantina, aburrido como el dominó.

—¡Ahí le haces como quieras, viejo, yo me voy! —le decía cuando ya los dos se habían cansado de repetir su versión como loritos.

Y para que no digan que sólo salí a él les digo más: la noche antes de parir a mi hermana mi mamá se fue a un baile y de ahí al hospital.

Mi jefecita me tuvo a los diecinueve. Y era cáncer, la muy coqueta. Le encantaba ser el centro de la fiesta, estar con todos, caerles bien y que la quisieran, pero una vez detrás de la puerta su carácter se endurecía como esponja sin agua. Educaba como podía y, como siempre fue de armas tomar, cualquier cosa que estuviera al alcance de su mano era un dedo aleccionador. Nos daba con la chancla, el cinturón, una extensión o un palo. Daba lo mismo, el chiste era infundir miedo para que le hiciéramos caso.

Por el otro lado, desde que mi hermana y yo estábamos chiquitas nos llevaba a los sonidos. Mi papá muchas veces volvía de trabajar a las nueve, así es que ella se apuraba a calentar agua a eso de las siete, nos recargaba en el fregadero y nos enjuagaba. Me acuerdo del filo de la piedra enterrándose en mi estómago mientras ella hacía una cazuelita con su mano para enjuagarme la carita, los brazos y las axilas. Luego nos ponía un poco de crema con olor a rosas y nos vestía de fiesta. Como casi no teníamos ropa elegía entre cuatro prendas. Unos pantaloncitos negros, derechos como tablas, que yo soñaba con acampanar o convertir en falda, o unos jeans de vaquerito que combinaban con una camisa blanca de una tela acartonada, tan incómoda como verme al espejo con ese conjunto que así, chiquita como estaba, me parecía un disfraz.

Ella se arreglaba mirándose en el espejito que teníamos en el cuarto, del otro lado de las literas, debajo de la cruz y entre las estatuas de San Juditas, San Charbel y San Antonio. Sacaba su bolsita transparente con maquillajes, se ponía guapa y nos sacaba de la casa para echarse su perfume afuera sin dejar rastro. ¡Córrele! Velo a dejar, me pedía. Yo me quedaba unos segunditos oliendo ese perfume dulce con olor a rosal fresco. Ponía mi dedito en donde sale el chisguete y me lo embarraba en mi cuello como le hacía ella.

Los sonidos, que es como se les llama a los bailes, eran siempre en una colonia aledaña. Ahí en Las Salinas todo era cerquita, en diez o quince minutos ya estabas en Coltongo o en La Magdalena y empezabas a escuchar la música. Mi jefecita, apenas la oía, se tiraba unos pasitos de baile que nos iba enseñando. Tienen que aprender, nos decía cantando. Tú, me señalaba a mí, debes de aprender a llevar a la mujer para que ella sea la que se luzca, lo tuyo es mantener el paso. Venga, uno, dos, uno, dos. Y tú, le decía a mi hermana, tienes que aprender a mostrarte, a mover las caderas, a volar.

—Yo también quiero volar, mamá —le pedía.

—Tú llevas a la mujer, es lo que te toca.

Se encontraba con sus amigos en la mera entrada, compraban algo de vino y a bailar. Todos disfrutábamos del jolgorio. La música revestía el ambiente y te ponía contenta con sus ritmos. Mientras la fiesta avanzaba, mi mamá o alguna de sus amigas se encargaban de echarnos ojo y enseñarnos a no perder el paso. Había noches en que mi hermana se quedaba dormida en una silla. En cambio yo nunca sentí ni poquito sueño. Era tanto lo que tenía por ver y tanto lo que pensaba mientras las mujeres bailaban y se divertían que, por lo general, era mi jefecita la que tenía que avisarme que nos íbamos.

Las ganas de bailar recorrían mi cuerpo de lombriz con corte de soldado raso y yo nomás quería tener el cabello largo para que flotara mientras me movía; abrir los brazos y hacer rebotar mis chichis de un lado para el otro. Tronaba mis deditos al ritmo de la música y soñaba con pedirle al sonidero que me mandara saludos. El problema era que dijeran mi nombre en voz alta. No me gustaba. Yo quería llamarme como las amigas de mi mamá: Sara, Juana, Margarita, Manuela. Quería que mi voz sonara como la de las chicas que cantaban con Los Ángeles Azules o la de Ana Gabriel. Quería que mi boca se abriera y saliera de ella un sonido de bombón rosado que me acariciara la garganta por dentro con sus dedos tersos de mujer delicada. Quería cantar y llenarle los oídos de dulce a quien me escuchara. Quería tener talento. Quería mover mis caderas y mis pies entaconados como Sara, con ese culote al que todos los hombres miraban pasar. Quería que los flecos de mi falda se levantaran de mis muslos entre vueltas, tomada de la mano de un hombre. Yo no quería llevar a nadie, ni vestirme con esa ropa fúnebre. Pantalón, camisa y corbata, qué aburrición, qué tristeza mirarse al espejo con esos trapos.

—Yo quiero volar, mamá —le repetía.

Así me pasaba los sonidos, inhalando todo el dulzor de mi dedito oliendo al perfume de mi jefa, parada en la primera fila del círculo de

baile y con la mente en otro lado, en un futuro en el que mis dientes blancos de vez en cuando se mancharan con labial morado y yo me los limpiara con una servilleta o con mi dedo de uña larga como lo hacía ella.

Volvíamos a eso de las tres de la mañana, apestando a cigarro y a cerveza, pero bien contentas. Esas noches me costaba trabajo dormirme. Seguía excitada por un buen rato, me tocaba los pezones intentando erizarlos para sentir que esos pequeños chipotes se convertían en unas chichis como las de Juana y le rogaba a Diosito no amanecer plana.

Ándale, San Antonio, le pedía clavando mis ojos en su estatua, ayúdame como has ayudado a mi mamá en lo que te pide. De los tres santos, él era el que mejor me caía. Como en la estatuita que teníamos cargaba un bebé, yo pensaba que era el que me tocaba por ser una niña. Hablaba con él casi todas las noches y de tanto pedirle me fui volviendo su amiga. Cuando menos sentía que me acompañaba y que un día, cuando él pudiera, me iba a cumplir los favores. Pero nada, me ha cumplido más Malverde y San La Hormona que los tres mosqueteros que nos miraban dormir en aquel cuarto de techo de lámina.

La neta que en esos años fui feliz, pero vivía en el futuro, queriendo ser grande y vestirme como ellas: salir a bailar, libre como esas cuatro mujeres que intuía que de niñas fueron como yo. Sobre todo como Sara, la más respetada. A pesar de ese culote desproporcionado que le sobresalía de su cuerpo chaparrito y delgado, a pesar de que todos criticaban su minifalda, con la que se sacaba todo el partido que podía; a pesar de ser morena casi negra y que eso fuera todo menos motivo de orgullo porque en donde crecí, lo bueno lo bueno, era ser blanca y güera; era comadre de varios y respetada por todos. Sara era todo lo bonita que puede ser una mujer. No cumplía con ningún estándar más que el de su voluntad que sacaba a pasear orgullosa y conquistaba a mujeres y a

hombres por igual. A ella no le decían que dejara de vestirse así. En ella confiaban hasta para cuidar a los niños de otras. A ella no le hacían burlas con su nombre, no le decían ahí va Juan vestido de Juana como le decían a Manuela.

Y cómo disfrutaba cuando me encargaban con ella. La miraba desde mi timidez de chamaca y le repetía en silencio que quería ser como ella. Quería ser respetada en el barrio que, ya por esas fechas, empezaba a escupirme hacia los lados. Decían que el León no es como lo pintan, haciendo alusión a mi nombre, quitándole la ene al león para que no fuera a rugir, para que fuera un león más parecido a mí, un leoncito que apurado parecía gato y, de perfil y de noche, quería ser gata y maullar.

Esos años estuvieron llenos de miedo, de zapes, de *camine como hombre, no sea mariconcito*. Mis tíos me decían que me iban a volver macho y me ponían a boxear con mi primo Arturo, que se servía con la cuchara grande y me daba duro y sabroso a pesar de que yo lloraba y cerraba mis puñitos tratando de cubrirme de sus golpes.

—Nada que deja de pelear, aprenda a ser un muchachito —me repetían hablándome de usted, como se les habla a los que no son de la familia.

Ellos estaban seguros de que lo afeminado se quitaba con los golpes y que los putazos me iban a atornillar la mano que ya por entonces se me empezaba a caer. A mí me gustaba llevarla así, mirando para abajo, colgando como si fuera bolsa de noche. Le pedía a mi jefecita que me dejara acompañar a sus amigas a los partidos de voleibol. Estar con ellas me hacía sentir que algún día iba a ser así, pero fue mi propia familia la que empezó a creer que me estaban pegando lo suyo, así es que mi jefa tuvo que decirles que ya estuvo, que ya no podían pasearme.

De eso no supe hasta muchos años después. A mí nomás me dijeron que se cambiaron de barrio. Ellas se lo advirtieron a mi

mamá. Le dijeron que eso no se pega, que eso se trae, que ya se acordaría de ellas a su debido tiempo.

La Chachis

No llegué a Tijuana queriendo, a los dieciséis ni siquiera sabía ubicarla en el mapa. Me subí a ese camión con destino a San Juan del Río obligada a trabajar por la situación de mi familia. Los mil cien pesos a la quincena que ganaba mi mamá haciendo la limpieza en las oficinas de Hacienda, en Granjas México, no alcanzaban para darle de comer a tres personas y pagar una renta. El casero se asomaba todos los viernes antes de la cena a saludar con esa sonrisa de persona amable que está a punto de dejar de serlo. Le decíamos el señor Barriga, aunque fuera flaco, peludo y dientón, y se pareciera más al profesor Jirafales.

—Acuérdese que no puede deber más de tres meses, señora —le decía a mi mamá asomando su cara por la puerta. Siempre tan amable, tan tranquilo.

Cuando se cumplió el plazo llegó a la casa acompañado por tres cabrones para sacar nuestras cosas a la calle. Se notaba que los tipos estaban acostumbrados a hacerlo. Vaciaban la casa con la calma de un día de trabajo. Parece que el tipo les había dicho: saquen todo lo que no sean las camas y los muebles de la sala.

Llevaron unas cajas ya armadas para que ni siquiera les diera pena dejarnos en la calle. Las colocaron en el suelo, desconectaron la televisión, las llenaron de cualquier traste, adorno o cachivache que encontraron y, una vez vaciada la pequeña sala, pasaron a los cuartos. Descolgaban la ropa con todo y ganchos y la aventaban en

las cajas. Lo mismo hicieron con las cosas de la cocina y del baño. Eran como unas hormigas con cuerpos de hombres fuertes y cara de malos haciendo un trabajo sucio, pero sensible, duro, pero con sutileza. Cargaban las cajas pesadas como si fueran ramas y las iban colocando en la banqueta hasta que nuestra vida, vista desde afuera, no era más que un chingo de cosas adentro de un cartón.

Mi mamá, que nunca fue dada al drama, les pidió que lo hicieran con cuidado y a nosotras nos dijo que les ayudáramos. En ningún momento la escuché quejarse o pedirle al tipo que le diera más tiempo.

Mi hermana lo resintió más que yo. Ella tenía catorce años y yo los dieciséis recién cumplidos. Su mejor amiga vivía a unas casas y no quería dejarla. Se puso a gritarle a los hombres que dejaran sus cosas en paz, que ella no se iba a ningún lado, pero mi mamá la arrastró del brazo por toda la casa y la tranquilizó a punta de regaños y amenazas. Era una adolescente gritando y pataleando frente a esos hombres que ni siquiera hacían nada para esquivar sus golpes. Los recibían como si fueran parte del trabajo.

Por un momento no hubo gritos, sólo gente haciendo cosas. Hasta que mi mamá salió con su pistola de cabello en un brazo y su caja de pastillas en el otro y vio a su hija sentada en la banqueta con la cabeza metida dentro de su sudadera, llore y llore sin moverse. Entonces empezaron los sombrerazos otra vez. Ya no eres una chamaca. Ayúdale a tu hermano con las cosas, míralo a él como trabaja sin decir una palabra. Aprende, niña, aprende.

Mientras, yo fui descolgando el espejo, guardando a los santos, quitando las sábanas y metiendo los zapatos en las cajas. Ahí estaba el perfume de mi mamá, ese perfume que tenía años de no oler. Quedaba sólo la botella con un resto sutil de aquella esencia que era mi casa, mis ganas de ser mujer. Me guardé la botella en la bolsa y seguí recogiendo hasta que me encontré con una camisa de mi papá. Era de franela gruesa, de esas para el frío. Sus últimos años

no fueron los mejores, pero mis recuerdos de él eran de antes. De antes del alcohol y las grandes peleas. No pude guardar la camisa, mi mamá entró al cuarto, me quitó todas las cosas que tenía en las manos y me dijo: muy bien, sigue. Ya viene tu tía a recogernos.

Mi hermana siguió sin hacer nada, sólo recorría la casa con la cara triste, huyéndole a mi mamá y aguantando sus insultos. Mi jefecita siempre fue así, desquitaba su coraje con nosotras. No nos culpaba, sólo gritaba como terapia.

Mi tía llegó a recogernos en el coche de su esposo y nos fuimos a su casa sentadas con todas esas cajas encima. Ni siquiera me sentí mal por mi mamá. Parecía tan tranquila. Mi cabeza estaba en otro lado, en ese entonces casi no dormía en la casa. Hacía justamente tres meses que me habían corrido del comedor donde trabajaba, así es que la matemática no era muy complicada: sin el dinero que yo aportaba, no alcanzaba para vivir.

Mi papá se había muerto hacía ya como dos años. Desde ese día supe que no tenía fuerzas para seguir estudiando, que aquello no era lo mío. Duré casi un año dizque yendo a la secundaria, pero la realidad era que salía de la casa por la mañana y me subía al metro envuelta en mi tristeza. No me bajaba del vagón hasta las dos de la tarde. Dormitaba, lloraba y miraba a la gente pasar. El dolor era una flor con espinas que crecía desde mi estómago hasta mi garganta.

Me atragantaba cuando había mucho aire, necesitaba del encierro para no ahogarme en tanto mundo vivo. Afuera la gente sonreía y a mí lo que me mantenía a flote era acompañarme de malas caras, de malos humores, de poco aire. Sólo el movimiento del metro lograba mecerme y aliviar el ardor de mi remordimiento. Toda la comida me sabía a quemado y si me alimentaba fue porque mi mamá habló conmigo la primera vez que me senté a la mesa y no probé bocado.

—Mira, ya no tienes cinco años, si no quieres comer, problema tuyo, pero me tienes que avisar desde antes para que no haga el

gasto. De por sí pasamos problemas para hacer la compra, así es que una boca menos es una boca menos.

Como nunca me acordaba de avisarle que no iba a comer, me sentaba en la mesa y me embutía la comida como si estuviera tragando pelotas de tierra.

De alguna forma, para ella su muerte fue un alivio. Yo la miraba hacer su vida como si le hubieran liberado las manos y me sentía traicionada, pero no podía decirle nada porque sabía que mi papá no le hacía bien.

Cuando mi jefa se dio cuenta de que no estaba yendo a la escuela fue muy clara.

—O estudias y trabajas o sólo trabajas, pero huevones en esta casa no quiero.

Así fue como, a los quince, entré a trabajar como lavalozas en la Asociación México-Japonesa, en la que duré unos meses y sólo me dio tiempo de subir de puesto una vez. Pasé de lavar platos a ayudar a picar verdura en la cocina y me fui por culpa de un viejo cascarrabias que me miraba con ojos de te voy a comer, caperucita, y con su mano larga me pellizcaba las nalgas cada que podía. Nunca vi unas cejas como las de ese hombre, crecían por día las chingaderas. El problema no fui yo, que me callé sus pellizcos, sino él. Cuando se cansó de que lo rechazara, habló con el gerente y, sin decirme ni por qué ni por dónde, me corrió con efecto inmediato.

Después empecé en el comedor industrial de una fábrica que hacía champús. Ahí me apodaron la Chachis, por dicharachera. En poco tiempo pasé de lavar pisos a ayudarle a la mayora con las ensaladas. Todas se peleaban por trabajar conmigo porque les hacía más amenos los ratos con mi plática. Pero me ganó la fiesta. Éramos alrededor de quince a veinte personas. Los que no éramos jotos lo parecíamos, así es que aquello tenía más ambiente de tugurio que de centro de trabajo.

La jefa era buena con los que cumplían. Conmigo fue buena hasta que desaparecí tres días. Al cuarto, cuando me presenté diciéndole que me había enfermado, me tomó de la sudadera y me llevó al cuartito de limpieza. Me dio una cachetada y me dijo que ese no era el patio de mi casa, que ella me había tratado bien, que esas no eran formas de retribuirle la confianza y me corrió sin derecho a finiquito ni a abrir la boca.

Con el dinero que había ahorrado me mantuve los tres meses que no trabajé. El problema fue que no me alcanzó para ayudar con el gasto de la casa, así es que por pena y para no enfrentar a mi mamá me la pasé rondando la calle y sin llegar a dormir cuando menos cuatro días a la semana. Así duré hasta que nos corrieron de la casa y al día siguiente, por la mañana, apenas me senté en la mesa del desayunador de casa de mi tía, me puso un periódico enfrente y me circuló un anuncio.

SE SOLICITAN JÓVENES QUE QUIERAN EMPRENDER
PAGO EN EFECTIVO + BONOS EXTRAS
DISPONIBILIDAD PARA VIAJAR

Eran las doce del día cuando llegué a la dirección que marcaba. Un edificio grandísimo sobre Fray Servando. Entré junto con otros quince muchachos y le entregué mi solicitud de empleo a una tal Laura. Todos estábamos igual de serios esperando a que nos dieran instrucciones. Me atendió Luis, un chavo güerillo, de esos chaparritos fornidos sin chiste, que nomás están mamados de los brazos, pero tienen las piernitas de flamingo y el culito metido. Ni más ni menos que el mero mero organizador de la estafa, mucho gusto.

A los dieciséis años qué va una a saber en qué se mete. Hacían su agosto reclutando jóvenes que sabían usar la lengua. Yo crecí mirando a Walter Mercado. Me aprendía sus discursos de memoria,

mezclaba las palabras y las equilibraba como malabarista de semáforo. Era chica y jugaba a las adivinaciones, le decía a mi mamá que hoy era el día, que era momento de atreverse, que la luna estaba en Tauro y que Tauro era hijo de Venus, de la sensualidad, de los placeres. Tienes que unirte con Leo, el hijo del fuego, de la llama. Y la llama llama, mami, entiéndelo, es hoy, es el momento de que consigas ese trabajo, de que emprendas, de que le digas a tu jefe que ya basta, que se acabó lo que se daba, que se busque a otra o te respete, que te pague lo que te mereces. La energía astral te protege, mami, te abraza, te empuja, haz lo que tienes que hacer hoy, no hay mejor momento, se alinearon los planetas y te llegó la hora. Es hoy, mami, no mañana.

Mi mamá se cagaba de la risa y me decía que esas formas de hablar no eran de hombres, que no se me fuera ocurrir repetirlas afuera de la casa. Pero luego, en las noches, cuando llegaba cansada, se sentaba en la mesa del comedor, ponía un mantel rosa de plástico impreso con flores rojas, prendía una vela, levantaba sus pies cansados en un banquito de madera y me llamaba junto con mi hermana para que entre las dos le adivináramos la suerte.

—¿Me van a dar el ascenso que llevo esperando años? —nos preguntaba.

Yo ni idea tenía de astros en ese entonces, sólo me aprendía las frases de la televisión y mezclaba una cosa con otra.

—Claro que sí, mamá, este año el mundo gira en tu dirección. Estamos en el año de los piscis, y Piscis es de agua, fluye, se deja llevar por la marea y la marea es sabia, se rige por la luna y la luna es femenina, es mujer, como tú, mamá. Así que tú sigue adelante, que ya verás que se va a abrir una ventana. Mañana es luna nueva y eso quiere decir que el ciclo se renueva, que se abre y ya abierto tú entra, mamá, no preguntes. Eso sí, ten cuidado con la otra. Aquí veo a una mujer que quiere montarse en tu planeta porque el de ella está en llamas. Tú sigue avanzando y échale agua, enfríala, dile que

no le toca, que su luna no es menguante y dale, mami, dale con el guante, y verás que ella se aparta.

El tal Luis me dijo que iba a ponerme a prueba para ver si era apta para el trabajo. Bajó conmigo a la calle, me entregó unos llaveritos y me dijo que los vendiera en el semáforo.

—Vendes cinco y nos vamos para San Juan del Río. Con ese dinero pagamos tu pasaje.

Lo miré confiada porque mi lengua siempre tuvo ese venenito dulce que le gusta a la gente, así es que más tardamos en bajar a la calle que yo en vender los mentados llaveritos de diez pesos a cinco despistados que pasaban por ahí. Ni siquiera llegué al semáforo. Les inventé que me estaba pagando mis estudios, que necesitaba juntar para la colegiatura, que se apiadaran de mi alma estudiosa, de mis ganas de superarme y listo, vendidos los piolines.

Me entregó una carta responsiva que tenía que firmar mi mamá y me dijo que en dos horas y media tenía que estar de regreso con una maleta. Agarré tres chivas de una caja, su perfume, le pedí la firma y la bendición a mi jefecita y puse rumbo para quién sabe dónde chingados.

En la estación de autobuses nos paramos afuera de la reja para interceptar a los camiones. Luis le ofrecía al chofer una módica cantidad por llenar los lugares vacíos.

—Piénsalo, esto te lo llevas tú, no la compañía.

El chofer ni la pensaba. Así, de cuatro en seis y de tres en cinco, nos fuimos subiendo a los camiones y nos pasamos el trayecto callados, mirando el paisaje perdérsenos en los ojos. Llegamos a San Juan del Río como pudimos haber llegado a El Salvador o a Guatemala porque pinches mocosos que éramos, no entendíamos un carajo.

Llegando allá las cosas cambiaron. Nos encuatamos y hasta hicimos grupitos. Ahí conocí a Alfredito, mi segundo amor. El hombre que continuó la preciosa tradición de verme la cara de pendeja.

Cuando salíamos a vender se pegaba a mí pidiéndome que le ayudara con lo suyo para que no lo regañaran. Es que era sonso para esas cosas, se tropezaba con las palabras y nunca llegaba a su cuota. No sé ni por qué lo llevaron. En cambio yo, que miraba todo como un juego, que nomás andaba busque y busque la combinación de palabras adecuadas para mezclar el chocolate con la sal y que supiera rico, me inventaba historias porque el cuento de que era estudianta era bueno y bastaba, pero lo que realmente era divertido era investigar cuánto me daban si decía una cosa primero y cuánto si otra: Buenas tardes, mujer bonita, dama orgullosa, me acerco a usted, con su cara de piadosa, para pedirle diez pesos, veinte pesos, treinta pesos, lo que usted traiga para ayudarme con mis estudios, para ayudarme a cumplir mi sueño de ser alguien en la vida. Tengo que pagar la colegiatura este viernes y no junto, señora, ayúdeme, no junto.

Luego me les acercaba a los señores que traían anillo de casados y les hacía el cuento de la familia, de la bondad, de la generosidad. Les citaba la Biblia, les decía que en el versículo tal del libro ese se señala que Dios, misericordioso y todopoderoso, invitaría a su reino a todo aquel que mire por su prójimo. Daba igual que fueran o no creyentes, es bien sabido que nadie se ha leído ese libro. Yo soy su prójimo, señor, ayúdeme con mis estudios. Ya verá que Diosito se lo devuelve en alegrías. Gracias, que Diosito me lo cuide, les decía y me persignaba con el dinero moviendo los labios como si hablara con él para que se fueran tranquilos de que en verdad era devota.

Así me iba terminando las existencias de lo que teníamos que vender, diciendo que yo misma, con estas manos resecas, hacía las cosas y entregándole el dinero a Luis, que según él hacía el corte cada mes para darnos lo nuestro, pero el mes se alargaba como calendario de una sola página.

En ese momento no me daba cuenta, aunque así contado parece obvio que aquello era trata de personas. Según él, de lo que

vendíamos nos quitaba a cada uno trescientos pesos diarios del cuarto de hotel. Además, a lo que ganábamos le restábamos el valor de dos productos, que era lo que nos tocaba para comer, y el resto íntegro a su bolsa. No nos daban ni desayuno, ni cena, ni un pinche refresco. Dormíamos cinco o seis personas por cuarto y, en las tardes, además de pasar lista, hacían inventario de los productos que nos habían dado en la mañana para recoger el sobrante y quitarnos el dinero de lo que habíamos vendido. Si no sacabas lo del hospedaje te lo acumulaban para el día siguiente. El chiste era que entre lo que te debían ellos y lo que les debías tú, se generara una dinámica en la que terminaras mareado y los necesitaras. Nos salían con cualquier cuento para tenernos ahí, viviendo en aquellos hospicios que tenían nomás un baño por quién sabe cuántos cuartos y en donde teníamos que bañarnos de a dos por dos.

Casualidades de la vida, me tocaba el turno con Alfredito. Debajo de ese chorrito de agua era donde desquitaba la chamba que no hacía en la calle y me alegraba aquellos días de trabajos forzados. Al principio fue divertido porque echábamos desmadre en grupo y creíamos que íbamos a disfrutar del dinero, pero conforme no veíamos el fruto de las ventas y los días se alargaban, aquello era tedioso como ver llover. Hasta llegada la tarde era que sonreía cuando él me refregaba contra los mosaicos con su caderita adolescente de atrás para adelante y yo nomás sentía mi cachete contra la pared fría mientras una de sus manos me tomaba de la cadera como si fuera una potranca y con la otra me agarraba de la nuca, del cabello y me llevaba hacia él para preguntarme con su voz áspera, que apenas empezaba a cambiar, que si me gustaba, y yo le decía que sí, que sí, mientras me zangoloteaba por la regadera y me hacía sentir que nadaba en la pura sabrosura. Me sentía mujer cuando lo tenía adentro y aflautaba la voz para decirle: embarázame, papito, embarázame.

Lo bueno que tenía Alfredito era que después de hacerlo no se amilanaba ni me pedía que me largara. Todo lo contrario, se ponía romántico, me apachurraba contra su cuerpo desnudo y me paraba la trompita para que se la llenara de champú a besos. Con qué poco se es feliz cuando se es joven.

Antes de salir de San Juan del Río pasamos a recoger mercancía. Luis me agarró de achichincla y me dijo que fuera con él porque era de fiar. Me estuvo plátique y plátique su historia con Laura, su vida. Yo empecé desde abajo, me decía, y con puro trabajo duro fui escalando hasta hacerme mi casa en Satélite. El que quiere puede, decía dándome ánimos. Toda la hora de camino lo estuve escuchando hablar. No se cansaba. Decía una cosa y la unía con otra, hasta que me pidió que le firmara un nuevo contrato. Este es el inicio de tu carrera, yo mismo voy a ser tu mentor. A mí lo único que me interesaba era que me diera para mis gastos y para mandarle a mi mamá, pero él duro y dale con que le pusiera atención, que lo que me decía iba a ser importante para mi vida y que sí, que después de firmarle, me daba un adelanto. Así es que lo firmé con todo y la hoja en blanco del final porque yo no entendía de ahorros, ni de casas en Satélite. Sólo quería tener dinero para salir con Alfredito, mandarle a mi mamá y seguir pareciendo una mujer a punta de arreglitos.

Mi jefecita, bien preocupada, me agarraba a preguntas cuando hablábamos por teléfono. Que dónde estaba, que qué estaba haciendo, que si comía, que si estaba bien. Estoy bien, jefecita, estoy bien, le decía apurando la llamada porque el resto de los cabrones de la bola estaba atrás de mí como si fuera la cárcel, chifle y chifle para que me apurara. Entonces le prometía que le iba a mandar algo, pero nada. El cabrón de Luis nos jineteaba el dinero. Su adelanto fueron unos méndigos setecientos pesos que me dio después de firmar la chingada hoja esa.

Esa misma noche me llevé a Alfredito a tomar algo. Nada más una cerveza, le dije. Me tiene que rendir porque mañana mismo le pienso mandar unos quinientos pesos a mi jefa. Pero qué rendir ni qué ocho cuartos. Cuando una está enamorada no le rinden ni los besos. Después de la primera caguama se nos calentó el hocico y, ya bien entrados, nos pedimos otra y luego otra y así nos tomamos doscientos cincuenta pesotes. Eso sí, valieron la pena. Terminamos la noche cogiendo ahí mismo. Fue en ese baño rojo con olor a cerveza fermentada, con el piso encharcado y las puertas rayadas, que escuché por primera vez, mientras leía, puto el que lo lea, que alguien me dijo que quería casarse conmigo. Ay, Alfredito, le dije, y me volteé a mirarlo con los ojitos llenos de miel y miados. No seas payaso y termina que me estoy mojando los jeans.

De San Juan del Río nos pasamos a Querétaro, de Querétaro a Monterrey, de Monterrey a Nuevo Laredo, después a Mexicali y, ya al final, a Tijuana. En todas esas ciudades haciendo lo mismo, vendiendo juguetes para engordarles los bolsillos a Luis y sus secuaces, porque ahí fue que me enteré de que había varios grupos y que cada uno agarraba otra ruta. Nos íbamos juntando conforme se iban saliendo los que se daban cuenta de la estafa. A Nuevo Laredo llegamos sólo tres, lo importante era que seguía Alfredito. Además, ya me había vuelto uña y carne con Laura, la esposa de Luis. Agarrábamos para la calle todas las noches, nos comprábamos unas caguamas y a darle vuelo a la hilacha. Tanto nos perdíamos hable y hable como dos comadres que Laura ni pensaba en qué estaba haciendo Luis esas noches. No se dio cuenta hasta finales de año, ya en Tijuana, que le ponía los cuernos y eso porque me lo dijo Alfredito y yo tuve que cantar. No sólo no me creyó cuando se lo dije, sino que me echó bronca. Tú qué te metes, amarranavajas, rompematrimonios.

—Yo nomás te paso la información al costo —le dije—. Ni soy investigatriz privada, ni soy amarranavajas, como tú dices, sólo soy

tu amiga. Tú sabrás lo que haces con la información, pero a mí no me brinques, pistolita, que no es conmigo la cosa.

Ya en Tijuana les exigí una feria para irme a comprar una ropita y celebrar mi noche de bodas con Alfredito en las fiestas de fin de año. De verdad quería casarme con él, pero se me escapó el mero veintitrés y ni adiós dijo. Yo todavía duré unos días más con ellos. Laura ya se había encontentado conmigo porque con quién más iba a estar si no podía ni ver a su marido. Dos mujeres dolidas no son lo mismo que una. Esa noche no vendimos ni medio llavero, le dejamos el changarro aventado a Luis y nos fuimos a la zona de los bares a probarlos todos. Casi siempre era ella la que me invitaba los chupes, pero ese día nos buscamos algún gringo que hiciera de shugar dady. Nos colgamos de su cuello como medallita y le succionamos la cartera a cambio de unos besos, de una agarradita de ramo, de un dime, papito, ¿te gustó? Compadramos tipos, los juntamos alrededor de nosotras mientras bailamos y cantamos al ritmo de *¡ay, dolor, ya me volviste a dar!*

A los pocos días se nos unió nada más ni nada menos que la Rosy, mi madrina, la Palmera, la Sueltacocos. Dos noches nos bastaron para reconocernos y a la tercera, que fue un 5 de enero, ya entrada la madrugada, me dijo que me escapara, que ella conoció a Laura hacía justo un año a través de otra chava que iba en un grupo como el mío. Te están estafando, me dijo. Nunca te van a pagar, mujer, date cuenta. ¿Cuánto te deben?

—Como cincuenta mil pesos —le dije.

¡Ay, mai lob! Me dijo con su acento pocho adentro del karaoke chino mientras una mujer cantaba una de Juan Gabriel. Para mí escuchar que Rosy me dijo mujer fue el abrazo más apachurrado que me pudieron dar. Le pregunté que cómo y a dónde podía escaparme. Ella abrió sus alas de mamá travesti y me dijo que cómo que a dónde: a mi casa, pendeja, ¿a dónde más? Lo único que tenemos que hacer es regresar al hotel y robarles la mayor cantidad

de mercancía para venderla y que empieces con algo de dinero. Esperamos a que Laura se estuviera chupando la boca con un tipo y salimos de puntitas. Quise agarrar mi ropa, pero Rosy me dijo que la dejara, que esa era mi vida pasada, que ella me iba a dar lo que necesitaba. Me metí la botellita de perfume de mi mamá en mi bolsa, nos robamos cuatro cajas, dos cada una, paramos un taxi y llegamos a su departamento la mañana del 6 de enero mientras todos estaban en la sala partiendo una rosca.

Llegaron los *kings*, les dijo Rosy entrando con las cajas. Uno de los muchachos estaba hincado sirviendo café de olla y las demás sentadas entre unas sillas de las que se doblan y el sillón blanco de piel arrugada que más bien era un plástico tratado que del uso se había puesto del color de una uña de fumador. Yo todavía no tenía un nombre social y me veía bastante andrógina, así es que me presenté con mi nombre legal y ellas, muy amables, se presentaron conmigo y me recibieron como a una más. Rosy se apuró a decirles que me iba a quedar en el cuarto del fondo. Tan educadas, todas me dijeron que nadie me iba a obligar a hacer nada que no quisiera, pero que me ofrecían trabajar recibiendo clientes. Ni modo de decirle que no a esas dádivas. Asentí con la cabeza, nerviosa pero confiada y sin tener idea de lo que me esperaba.

La Mounica

La primera vez que escuché de las hormonas y los aceites inyectables yo tenía quince años. Fue todavía en la Ciudad de México, en la fuente de la Alameda. Ahí se creía que ponerse buena era estar tetona y labiuda, parecerse a Lorena Herrera infiltrándose aceite de comer o de motor en las bubis y en las nalgas, moldeando la figura a punta de cualquier tratamiento que prometiera ese cuerpo. También se creía que para que las tetas te crecieran naturalmente las hormonas había que inyectártelas en esa zona. Nadie enseñaba a transicionar, sólo las que ya habían pasado por eso. En ese entonces ni siquiera nos nombrábamos. Éramos las Vestidas, las Jotillas, las Travestis. Yo todavía no tenía idea de qué hormonas hablaban ni mucho menos de cómo conseguirlas, así es que iba despacio, dejándome crecer el cabello, contenta de mirarme cada día más andrógina y pasando cada vez más tiempo fuera de la casa.

Apenas había cumplido esa edad cuando llegué a trabajar al comedor industrial. La que me contrató fue una mujer de recursos humanos, pero la bienvenida me la dio la supervisora, que apenas me vio con la ropa ajustada y el cabello largo lavando platos y quitando cochambre, dijo: noooo, otro joto no, riéndose a carcajadas en medio de la cocina. Estaba encantada de que fuéramos casi todos bien diversos. Decía que éramos los mejores para trabajar. Y era verdad. Lo que no sabía era que sacábamos la

chamba para irnos de fiesta a unos jolgorios que se organizaban en un autolavado frente al reclusorio Oriente o en la casa de una compañera.

Uno de esos días, porque Dios sabe a qué guerreras darles sus mejores batallas, llegué al metro escondiéndome de mis amigos. Me fui hasta el último vagón y me agaché en uno de los asientos cuando, en el tramo que va de Barranca del Muerto a Tacubaya, se apareció un señor con la ñonga afuera y la mirada perdida. Como quien no quiere la cosa se fue acercando a mí. Más tardé yo en entender qué estaba pasando que él en llegar a mi fila y boquita pa qué te traje. Así me gané el apodo de la Metrera. Se me hizo vicio. Me pasaba las tardes dando vueltas por el último vagón esperando a algún muchacho, señor o señorito para experimentar con mi sexualidad sin que los chismosos del barrio me echaran de cabeza con mi familia. Inhalaba un poco de coca, de esa que comprábamos para compartir entre los del trabajo, y cuando sentía el químico escurrirme por detrás de la boca empezaba a dar mandíbula a diestra y siniestra.

Una noche, bien prendida, me puse a seguir a unas muchachitas andróginas que me encontré en el metro y así fue como fui a dar a la fuente de la Alameda, justo a la salida del metro Hidalgo. Aquello fue como salir a un coliseo lleno de gente como yo. No podía creer lo que veía. Un grupo grande de chicos gays, pero sobre todo de mujeres andróginas, se reunía alrededor de dos mujeres. Las meras meras organizatrices de aquella fiesta al aire libre: Paola y Jovana.

Tardé varios días en animarme a hablar con ellas. Terminaba de darme mis paseos en el metro y me bajaba en Hidalgo para ir a sentarme al costado más lejano de esa fuente. Las veía tan seguras, tan perras, que me daba miedo quedar como una tonta. Me pasaba horas mirándolas, pensando en cómo me vería yo con sus arreglitos. ¿De qué tamaño serían mis tetas? Grandes. Quería unas tetas grandes. Después de tantos años de rezar para que amaneciera con

los pechos de mi mamá, quería unas bubis que pudiera presumir con todo y la ropa puesta.

Si yo me viera como ellas, sería igual que ellas, pensaba: tendría a mucha gente reunida a mi alrededor, tendría amantes, novios. Me pasearía de la mano con Ricardo, el muchacho de la escuela que más me gustaba. Nunca me volteó a ver más que para darme un zape un día que pasé a su lado y se quiso lucir frente a su noviecita. Pero hay días en que una amanece con la luna iluminada y ese fue uno de ellos. Me volteé emputada, agité la Fanta que traía en la mano y se la vacié encima a los dos. A él por cabrón y a ella porque las guerras siempre tienen daños colaterales.

Desde entonces, Ricardo me miraba con su carita rencorosa de malote con corista y yo me chupeteaba la boca con la lengua cada que sus ojos me rozaban. La tensión sexual entre los dos fue creciendo, cuando menos en mi cabeza. Yo sentía que él quería conmigo, aunque todos me dijeran lo contrario. Me cagaba ver cómo las otras muchachitas se enredaban el cabello en sus dedos cuando hablaban con él. El día del zape, nuestras almas se cocieron con estambre azul y su sol se alineó con el mío. No había momento que no pasara en la escuela que no estuviera imaginándome cositas. Fue por eso por lo que troné las primeras materias. El profe hablaba de fórmulas y yo pensaba en cómo conquistarlo. Mis pensamientos eran una plantita seca que ruega riego y él era mi agua. Así de culera fue la educación sentimental que recibí: me gustaba el que me hacía daño y ahí me tenían, sentada en esa fuente, pensando en mis tetas y en Ricardo.

Aprovechaba cuando esas dos mujeres hablaban con otras para verlas de cerca. Fue un sábado cuando Jovana me cachó mirándola y me hizo ven con su dedo índice. Pensé que me iba a decir que qué chingados se me había perdido, así es que tardé como cuarenta y cinco minutos en cruzar dos metros. Ella, bruja, se dio cuenta de que las piernas me temblaban y sin que le dijera nada me dijo:

tranquila, muchacha, no muerdo y dio dos palmadas al lado de ella para que me sentara. ¿Qué quieres saber?, me preguntó. Todo. Quería saberlo todo. ¿Qué te metiste? ¿Qué te pusiste? ¿Cómo te lo metiste? ¿Cómo te lo pusiste?

Paola era rubia platinada, se vestía siempre con unos pantalones acampanados estilo Selena y un top bien apretado. Jovana era más alta, se teñía de pelirroja y se relamía el pelo para hacer gala de sus facciones finitas. Me daban envidia sus plataformas. El curso de cómo putear lo impartían a diario. Fue ahí que empecé a conocer el arte del coqueteo, del precioso intercambio del mírame y te miro, del chicle ligador, de la mordidita de labio, de abrir las pestañas como si fueran alitas y soplar con ellas un vientecito cachondo para antojar al de enfrente.

Ellas eran las directoras de orquesta, las que movían sus manos para organizar quién terminaba con quién. Después de muchos años fue que caí en cuenta de que esas cogidas eran trabajos sexuales, pero en ese entonces era lo que menos me importaba. Sabía que había dinero de por medio porque ellas mismas te decían que un tipo quería contigo y que iba a darles tanto dinero por hacerlo. Como el dinero se usaba para ir al antro, no había problema. Supuestamente éramos muy chicas para entrar a esos lugares, pero caminando detrás de esas dos mujeres entrábamos sin que nos pidieran identificación.

Generalmente íbamos al famoso 42, en la calle República de Cuba. Ahí nos tenían a diez o quince pollitas caminando por el centro de la ciudad, hable y hable de los tipos con los que habíamos cogido, dándonos consejos de maquillaje y ropa, sintiéndonos comunidad. Lo que más disfrutaba era sentirme bonita y deseada. Me encantaba que me vieran como una mujer y experimentar con la seguridad que da no ser la única. Entre todas nos hablábamos en femenino y lo hacíamos con las mismas palabras que afuera se usaban para sobajarnos. En nuestras bocas sonaba el canto de un

pajarito de colores. Desgastábamos los bordes de esas palabras y las lijábamos con nuestras cuerpas hasta que salieran como una crema para decorar pasteles. Ser una jota era motivo de orgullo, ser una puta era nuestro apellido, y ser una vestida era a lo que aspirábamos.

Dependiendo del dinero que tuviera el tipo con el que nos íbamos a coger, era si lo hacíamos en los hoteles que quedaban detrás del teatro Blanquita o en los baños de San Juan de Letrán o Isabel la Católica. En los hoteles era un poco más cómodo porque había la posibilidad de extenderse, de besarse con calma. Aunque en general los besos eran trompicones de dos bocas que querían terminar. Me gustaba gemir con mi voz afeminada para sentirlos excitados, me gustaba fingir un poco más del placer que sentía porque para mí el placer estaba en verlos gozar. Desde entonces, no hay nada que me prenda más que un hombre excitado.

El sexo era la cereza del pastel. Lo que realmente me importaba era conocerme a mí, sentirme querida, conocer amigas, tener un lugar en el que pasar las tardes y darme cuenta de que otras chavas pasaban por lo mismo que yo. En menos de un mes cambié a mis amigos del trabajo por las de la fuente y desaparecí de mi casa. Los días que llegaba, era por la madrugada a dormir dos horas y a bañarme para ir al trabajo. Mi mamá no me decía nada. Ella sabía qué astillas daba su madera.

La diferencia entre mis amigas de la Alameda y las de Tijuana era el dinero con que se hacían los arreglitos. Mientras que en la Ciudad de México la mayoría batallaba para sacar dinero para comprar hormonas, en Tijuana el trabajo sexual dejaba suficiente y en dólares.

Mi transición fue una combinación de lo que viví en aquella fuente y los saberes que me fueron pasando en Tijuana. La mayoría de los trucos los aprendí con Rosy porque en Ciudad de México sólo

miraba y aprendía a mover las manos. A lo que nunca me acostumbré de Tijuana fue a usar pelucas y maquillarme con tanto producto. Se ponían base, primer, rubor, bilé, chapitas, blosh, pestañas y a veces hasta pupilentes. Cuando las dejaba que me maquillaran y me pusieran la peluca, mi cara terminaba hecha un charco de colores a la hora y media gracias al sudor. Las primeras dos veces las dejé que hicieran conmigo lo que se les antojó, pero a la tercera les pedí unas extensiones, me delineé los ojos y la boca con un lápiz negro y lista. Al fin que la ropa era mi fuerte. Todo me quedaba bien en esa época y ellas me regalaban lo que ya no querían usar.

Lo primero que hacía por la mañana era ponerme un vestido y las plataformas para entrar al baño y sorprenderme en el espejo. Tardé meses en ganar confianza para salir a la calle vestida como lo que era. Al principio me arreglaba sólo para estar en la casa y despacharles la droga a los clientes. Luego, empecé asomarme a los *afters* que se organizaban en el departamento. Salía vestida como mujer como sale un niño en pijama a saludar a los invitados de sus papás. De nosotras se podrán decir muchas cosas, pero la solidaridad que se tiene con las que apenas empiezan es algo que nunca vi en otro lado. Cuando me veían salir del cuarto me aplaudían, me chiflaban, tronaban los dedos y la boca para hacerme fiesta. Y yo, sonrojada, caminaba por la pasarela de aquel piso de cerámica blanca en el que mis plataformas sonaban clac, clac. Bien perra, clac, clac.

Rosy y las otras compañeras fueron las que me llevaron de la mano por el mundo de las hormonas. Fue ahí que conocí las diferentes presentaciones, pero como aún no entendía las diferencias, las dejaba que me inyectaran lo mismo que ellas. Usaban Yectames. Me pusieron las primeras dosis hasta que poco a poco fui perdiéndole el miedo a agarrar la jeringa por mí misma. Sus manos de enfermeras cariñosas me hacían un bultito en el brazo

para que la aguja entrara suave. Si te pones dura duele más, relájate, mujer, que esto vas a tener que hacerlo el resto de tu vida.

Cada quince días nos inyectábamos en un rito colectivo. Aún antes de sentir los efectos yo ya me sentía realizada, caminaba contenta, despachaba las drogas como si estuviera surtiendo sonrisas. Poco a poco la piel se me fue suavizando y los pezones me explotaron como botones de florecita. Verme en el espejo era maravilloso. Después de tanto miedo, después de mucho esconderme y entrar de puntitas a mi casa, por fin me sentía cómoda en un espacio, por fin estaba rodeada de gente como yo.

Fui probando mi voz mientras dejaba que las hormonas y la ropa hicieran el resto del trabajo. Ver a mis compañeras felices después de haber pasado infancias y adolescencias tan duras, me hacía creer que podía tener una vida como mujer, que lo único que tenía que hacer era seguirlas. Me sentía como las comadres de mi jefecita. Era yo una mezcla de mis mamás travestis: la voz de Juana, la personalidad de Manuela y el carácter de Sara. Todo eso combinado con la ropa de Rosy, Eva y Susy. Poco tenía de mí en esos primeros meses.

Nunca conocí al diablo hasta que llegué a aquel departamento y vi que el diablo se parecía a mí y, por si fuera poco, que yo quería ser como él, que necesitaba ser él para llevar una vida como mujer. Me di cuenta de que el diablo tenía las manos suavecitas y la voz aterciopelada, que estiraba la mano para dar sin pedir a cambio.

Rápido me aprendí el surtido y empecé a despachar. No como quien se mete a ese bisne para sacar billete, sino como quien le ayuda a su comadre a entregar una cosita por aquí y otra cosita por allá a cambio de una gratitud. En esa casa lo que vendíamos eran cristal y chochos. Las pastillas que manejábamos eran rivotril y clonazepam. Del cristal había más variedad. Teníamos cristal azul, blanco, amarillo, cristalino y uno al que le decíamos el Papa, porque era el caro, el puro, el beato.

Qué iba yo a saber que el cristal se iba a convertir en mi cruz.

Fue gracias a esa sensación de estar con las mías que me inicié en el trabajo sexual una noche sin luna gorda ni carteles de bienvenida. Esa noche estaba tomándome un aguardiente *¡Viva, Villa!* con uno de los mayates de la señora Eva. El trago ese te bajaba por la garganta a rasguñones, pero como la intención era enviciarse nos metimos varios tragos directos de la botella y que la cuerpa aguante. Para cuando regresó Rosy ya yo me había paseado en mi toro mecánico y estaba acostada en el sillón de la sala recuperando el aliento. ¿Cómo iba a saber que vendría acompañada del que fue mi primer cliente? Yo estaba esperando que llegara con un burrito porque tenía hambre, pero lo que me trajo fue tremendo pedazo de carne de importación que me pagó veinticinco dolarucos por hacer eso que yo antes hacía gratis y por gusto.

Era un gringo alto y de ojos claros al que le había prometido merca. Rosy me llamó con su chiflido de siempre desde la escalera y cuando me apersoné para abrirle la puerta con la merca en la bolsa me topé con los ojos del tipo. Ella se dio cuenta de nuestra reacción y no tardó en volverme puta y presentarme al cristal por su nombre.

—Ten, mai dir —me dijo—. Date un llegue y vas a ver cómo vuelas.

Me le quedé viendo para ver si me sacaba un manual de instrucciones porque todavía no sabía cómo fumar.

—Jálale como si fuera perfume —me dijo apurándome con los ojos. Y pues ni modo de hacerme la santa. Inhalé tan profundo como pude.

Rosy se volteó con el gringo, le convidó un pasón y le preguntó, guats jer neim?, señalándome a mí con su acento machucado de puta de frontera.

—Mhmm. Mounica —respondió él con tono cachondo.

No se diga más, señor juez. Tache el nombre en mi acta de nacimiento y escríbale Mounica encima. Sí, así, Mounica con u.

Cuando menos el tipo me hubiera apachurrado de la cadera y jalado hacia él o me hubiera echado un chorrito de ron en la frente para bautizarme como Dios manda. Pero en esos lugares los rituales son como la vida: dura y de putazo.

Ya para qué decir que estaba recién cogida si no habían pasado ni cinco minutos de inhalar cuando empecé a sentir cómo se me aflojaban los nervios y se me encendía la piel. Él me miraba con sus ojitos de pasión, diciendo vas a ser mía y ya entrada en aquello, que le devuelvo la mirada de gata bajo la lluvia y le digo vengache pa'acá, mai boy, y me lo llevo al cuarto de la mano como quien camina al altar y lo aviento a la cama y le digo tómame, chiquito, hazme tuya. Bautízame, San Diego.

Con decir que no me acuerdo ni de su nombre. De lo que sí me acuerdo es del vértigo de saber que por fin terminaba de entrar en ese mundo y ser parte de las mujeres que me cobijaron. Me sentía ama y señora de lo posible, madrota de los vivos, hermana del gozo, presidenta de la asociación del sí se pudo. Estaba descubriendo Tijuana y mi cuerpa al mismo tiempo.

¡Ay, ese departamento! De acordarme no sé si se me aguan los ojos por la felicidad de los comienzos o por el miedo que vino después. No sé a cuántos minutos estuve de quedar enterrada en una fosa sin cruz y sin nombre, pero fueron pocos, fueron pocos.

El departamento quedaba hasta arriba de la calle Cuarta. En el recibidor había una sala grande, cuadrada y blanca de curpiel. Detrás de ella estaba el pasillo que daba a los cuartos. Las paredes eran rosa cuerpo: todo el que entraba les pasaba la mano para acariciarlas. El primer cuarto era el de Susy, que se desocupó pronto. El segundo era el de Rosy. El tercero, de la señora Eva, una mujer de unos cuarenta años que tenía una relación poliamorosa con dos chavos. Bien adelantada ella. El último cuarto era el mío.

La noche de mi bautizo se extendió hasta el día siguiente en las playas de Rosarito. En pocas horas me inicié de puta, probé el cristal y conocí la playa, claro que sí. Ya en el metro Hidalgo había probado a hombres que me miraban de esa forma, pero no es lo mismo hacerlo en el mar que en los baños de la estación. La diferencia entre esa muchachita andrógina y la mujer de Tijuana podría parecer poca, pero no. Casi no quedaba rastro del chamaco que creció en la Industrial Vallejo. Disfrutaba del camino a las playas de Rosarito con un gringo detrás de mis huesitos, con mis primeros dólares en la cartera, con mis primeras plataformas en los pies, con mi primer vestido de playa, con mi cabello largo y mi fleco decolorado, con el maquillaje correcto, con las ventanas abiertas en ese carro último modelo y fumando cristal como si no hubiera leyes.

De copilota me sentía primera dama. A pesar de no haber dormido, con el subidón del cristal estaba al tiro. No esperé ni un segundo a que acomodáramos las cosas en los camastros, me fui derechita al mar jalando de la mano al gringo. Le pedí que no me soltara y me zambullí en el agua fría. Me fue llevando mar adentro y cuando mis pies ya no alcanzaron la arena, terminé prensada a sus piernas y él, que de pendejo nomás tenía los ojos, me bajó los shorts que llevaba encima del traje de baño y me volvió caballito de mar.

La Adelita

En la escuela sufrí *bullying* porque me llevaba con puras niñas y era bastante femenina. Los niños no me bajaban de maricón, pero eso a mí me daba igual. Mientras no me dieran golpes yo seguía poniéndome los suéteres de mis amigas en la cintura, caminando con la mano en la cadera, pecho arriba, cuello largo y a mostrarme. Me gustaba la atención de los hombres, la rabia con la que me gritaban puto cuando caminaba por esos pasillos como si fueran pasarela.

Mi actividad favorita era jugar a los novios porque yo hacía las parejas. Como no había ningún varoncito que quisiera casarse conmigo aprovechaba para hacer de organizatriz y sentirme importante. Los hombres se arremolinaban a mi lado pidiéndome que los juntara con la niña que les gustaba y yo, bien digna, me hacía la seria y disfrutaba de sus caritas rogonas. Para cura, esta, cómo no. Armaba la ceremonia completa, ponía a los novios en dos sillas con una mesa enfrente, usaba la cuerda para brincar como un lazo y les pedía que se dieran la mano durante la ceremonia.

—Cht, cht, cht, el beso es al final porque si no anulo el casamiento. Dios nos está mirando, pórtense bien —les decía disfrutando de sus ganas de besarse.

Cuando se los indicaba, paraban sus piquitos y los juntaban como si fueran imanes y yo sentía el estómago revuelto sólo de pensar que algún día podría ser la novia.

El suéter en la cintura, la mano caída, la boquita de pescado y el ojo pizpireto; todo contrastaba con el corte de soldado que me hacía mi tío para ver si por algún lado empezaba a hacerme hombrecito. Cuando me sentaba en la silla del comedor para que me cortara el cabello, le rogaba y le lloraba que me lo dejara largo, pero él, necio como todos los adultos, dictaba cómo tenía que hablar, vestirme y actuar.

El cabello lo llevas como Dios manda hasta que te mantengas solo, me decía mi papá. Él me adoraba, de eso estoy segura. El problema era que lo que veía en mí no era lo que hubiera querido para su hijo, el que llevaba su nombre y su apellido. Mi mamá le recriminaba que, sin un padre presente, cómo el niño iba a aprender lo que había que saber. Pero él siempre le devolvía la pelota:

—Si el niño es así es por tu culpa y la de tu mamá, que son las que se pasan más tiempo con él. A mí no me cargues tus muertos, yo salgo a trabajar todo el mentado día.

En los festivales del 10 de mayo se organizaban bailes para los padres de familia y yo les pedía a los maestros que me dejaran bailar con falda. Quería sentirme regia y mona como mis amigas. Nada qué, me decían los profesores, esto no es jálogüin, aquí a cada uno le toca lo que le toca, y me vestían de charro. Hasta me dibujaban unos bigotes los muy hijos de la chingada. Me acuerdo de verme en el espejo con los carretes de balas en el pecho como si fuera un revolucionario y apretar mis puñitos del puro coraje. Yo quería ser Adelita y que los niños me cantaran: *si Adelita quisiera ser mi novia, la llevaría por tierra y por mar.*

De la primaria salí con buenas calificaciones. Más que por estudiosa fue por ganarme a los profesores y porque la tarea fue mi pretexto para no jugar a la pelota. Aunque con el palito sí aprendí rápido. Empecé a experimentar mi vida sexual a los diez años. Mi primo Jorge me inició en la hermosísima tradición de crearme ilusiones con esos que no son para mí. Yo le decía que quería tener

un hijo suyo y él me seguía la corriente sólo para que no dejara de hacerle cariñitos.

A esa edad, mi miedo más grande era que mi mamá me cachara haciendo todas esas cosas. La primera vez que hice una travesura de ese tipo fue como a los ocho años que mi primo y yo juntamos nuestras boquitas. Me acuerdo de sentir en mi estómago una llamita y querer repetirlo. El problema fue que a la segunda vez nos cachó su papá y nos agarró a tablazos.

—Esas cosas no se hacen entre niños, chamacos asquerosos, vayan a hacerlo con unas niñas, maricones.

Aguanté sin gritar los tablazos en las pompis para que no se le fuera a ocurrir echarme de cabeza con mi mamá, porque ella no golpeaba, lo de ella era una cuchara caliente o un cable. Hija de tigre, pintita. Si mi abuela era de carácter fuerte, mi mamá era la presidenta de los corajes. Ella fue mucho más agresiva con nosotros que mi papá, pero entre ellos la cosa estaba pareja.

En los barrios bajos decir alcohólico es decir agresivo. Decir agresivo es decir macho. Macho es igual a golpeador y un padre golpeador duele en la partecita en donde se guardan los recuerdos. Indudablemente quedaba atrapada entre las dos personas que más quería. A ratos me arrepiento de algunas de las cosas que hice, sobre todo de hacerme de la vista gorda. Las veces que encontraba a mi jefecita en la casa del vecino, trompa con trompa con el cabrón ese, me contentaba con los tres pesos que me daba para irme a comprar algo a la esquina y hacía chitón.

Aunque sepa que los actos de mi mamá no eran mi responsabilidad, las culpas y la impotencia son las espinas de una buganvilia marchita que fluye en mi sangre y me araña las venas. En ese entonces creía que ser buen papá era ser buen esposo. Me costó muchos años entender que si mi jefa se iba por ahí, sus razones habría tenido.

Él a nosotras nunca nos puso un dedo encima. Nos levantaba la voz y nos amenazaba, pero papá estaba hecho de madera buena. A la que sí le puso sus cates fue a mi jefa, que lo mismo recibía que daba. Pólvora y chispa eran esos dos cabrones. Mi mamá era cusca, pirujilla como yo, y mi papá, un macho mexicano que no quería compartir lo que según él era suyo. Pero a las mulas no nos gusta que nos amarren, así es que entre más le reclamaba, menos tiempo pasaba ella en la casa.

Para nosotros, mi papá duró lo mismo que las alegrías y para mi jefa, las penitencias. Ella era muy joven para tenernos. Nos cuidaba y educaba como podía intentando seguir con su vida. Las tardes nos dejaba en la casa para que jugáramos con nuestros primos y ella se iba por ahí. La verdad es que nunca se debieron de haber casado por mucho que se hayan juntado bien enamorados. Ninguno de los dos pasaba los veintitrés cuando ya habían jurado ante un padre. Lo mismo le pasó a mi hermana y a mis sobrinas, pero esa es otra historia.

Mi mamá era digna hija de mi abuela. Educaba con frases y nalgadas, con agua con jabón y cucharas calientes. En esta casa no hay vuelta de hoja, decía. Se hace lo que yo digo porque soy tu madre. Mi hermana y yo no éramos muy traviesas, pero éramos niñas. Una vez le dije que sacara unas monedas de su bolsa para irnos a comprar unos dulces y la muy obediente me hizo caso. No nos dimos cuenta de que mi mamá sólo había ido al baño y cuando regresó la cachó en plena movida y le puso una gritiza de aquellas.

—Yo no voy a tener hijas rateras —dijo, y fue a la cocina a calentar una cuchara hasta que cambió de color y toma, se la puso en la parte de arriba de sus manitas. Mi hermana gritaba como cerdito en jaula. Me acuerdo de las ampollas que se le hicieron, eran dos globos llenos de agua a los que mi mamá no les puso nada de curación.

—Te aguantas. Ya verás que no te quedan ganas de volver a robar.

Hasta la secundaria fue que empecé a rebelarme. Me tocaba ir en la tarde. Los grupos los dividían por taller y a mí me tocó el de la industria del vestido y yo, mira, feliz. Era la reinita de doña Ceci, la maestra. Me ilusionaba aprender a coser para hacerme yo misma un vestido para mis quince, pero qué va, en vez de ser yo la que saliera con su vestido de pastel, me vistieron con un traje gris oxford y me hicieron bailar como chambelán en una ceremonia en la que casi vomito. En mi casa no cabía hablar de nada de lo que sentías. Era tragarme y pasarme con pan duro las ganas de verme diferente.

Lo que sucede, conviene, dicen por ahí. Me sacaron de esa secundaria porque a mi mamá, a mi abuela y a mi tía no les gustaba que fuéramos a estudiar por la tarde, así es que decidieron llevarno a mi primo Jorge y a mí a vivir con una tía para que la escuela nos quedara cerca y no tuvieran que gastar en el pasaje. Ellos vivían por el metro Acatitla, en Ermita Iztapalapa, y nosotros nos habíamos mudado a La Polvorilla, como a quince minutos del metro Constitución. Mi tía vivía al ladito de la secundaria técnica matutina, así es que para allá nos fuimos los dos enamorados, a vivir una luna de miel que duró dos años, lo mismo que mi secundaria trunca.

A los trece tuve mi primera penetración con Jorge. Estábamos en la casa de los sustos de una feria que se puso en Santa Cruz de las Salinas. Nos metimos a la casa del terror pegados el uno al otro como chicle al suelo y recorrimos los pasillos tomados de la mano para que los sustos se dividieran en dos y tuviéramos un pretexto para que yo fuera adelante y él atrás. El tiempo que no pasamos gritando yo echaba mi caderita hacia él y él la suya hacia mí para restregarme su palito que ya para ese entonces era un arbusto con buenas ramas que echaba flores. El estómago me hervía sintiendo su varita tiesa amenazar con entrarme hasta que salimos de aquella

casa con el cuerpo ardiendo y nos fuimos corriendo a un terreno baldío a que por fin, con un poquito de saliva, me hiciera el amor.

El chisme se corrió entre los primos. Unas semanas después se nos hizo costumbre andar todos juntos en el mismo terreno. Se formaban uno por uno y yo a todos les daba su guagüis. A los más enjundiosos los dejaba que me penetraran. Tres por tarde de los cinco que eran. Jorge tenía asegurado su lugar, los otros dos los iba sorteando para ganarme sus favores. ¿Quieres cogerme? Tienes que hacer esto o lo otro por mí. ¿Quieres cogerme? Consígueme unos chocolates. Por eso, y porque de todos he sido yo la que siempre ha estado para ayudar a la familia, me respetan. Conmigo no se hacen los hombrecitos porque todos esos muñequitos, que ahora son padres de familia y devotos de la Virgen, me cogían con tremendo gusto.

Ahora sí que así fue mi tránsito de niña a mujer, hasta que a los quince años, que ya me veía más pa'allá que pa'acá, me animé a salir vestida de mujer con la ropa de mi hermana. Ella fue mi confidente desde que volví a vivir a la casa después de dejar la secundaria. Dormíamos juntas, desayunábamos juntas, mirábamos la televisión juntas, todo lo hacíamos en pareja. Ella, así de chiquita como estaba, intuía eso que yo no sabía poner en palabras y me cobijaba haciéndola de mi defensora. Era ella la que le robaba maquillajes a mi mamá para pintarse y dejarme, como no queriendo la cosa, el bilé de labios adentro de mi almohada para que en la noche, cuando todos dormían, fuera al baño a pintarme la boca.

Aquella primera vez fuimos a un baile en otra colonia. No podía estarme quieta a partir de que se le ocurrió decirme que por qué no nos íbamos vestidas iguales. Apenas dijo aquellas palabras un calambre me partió por la mitad. No había tomado nada y ya estaba borracha de la emoción. Salimos de la casa con la ropa en la maleta y llegando al sonido nos escondimos en una calle oscura para que me cambiara y saliera caminando como una mujer nueva, con una

blusita blanca amarrada con un nudo arriba del ombligo, unos jeans acampanados que me cubrían los tenis y el pelo recogido con un broche.

Para mi mala suerte nos encontramos a una vecina que le fue con el chisme a mi mamá. Ese mismo lunes, cuando llegué de trabajar del restaurante japonés, me sentó en su cuarto para hablar. Empezamos a platicar a eso de las ocho de la noche. Pues eran las once y ella seguía duro y dale con que le dijera, que le explicara por qué me había vestido con la ropa de mi hermana. Yo me mantuve con mi cara de no sé de qué hablas, negándolo todo por el miedo a su reacción. Pero cada pregunta me hacía un hueco en el estómago, así es que para esa hora ya el sudor, el miedo y la angustia me habían convertido en una piltrafa lista para llorar. No me asustaba que me corriera de la casa, sino que ya no pudiera ver a mi hermana.

Pues, como a eso de las doce de la noche, me quebré y se lo acepté:

—Sí, mamá, me gustan los hombres. Sí, mamá, me gusta vestirme de mujer. Así es que si tú consideras que soy un mal ejemplo para tu familia, agarro mis cosas y me voy.

No aguantó verme decir esas palabras con la cara empapada y se soltó a llorar conmigo.

—A mí me dolió parirte, tú eres mi hijo y las personas como tú necesitan del apoyo de su familia. Yo eso no te lo voy a negar nunca.

En cambio, en la familia de mi papá, como él era el mayor de sus hermanos y yo de mi casa, ya se podrán imaginar las expectativas que tenían puestas sobre mí desde el mero día en que nací. Un varoncito, gritaron todos de felicidad, según me contó mi tía. Tan contentos que estaban de que iba a llevar el apellido de la familia. Pinches changos. Como si hubiéramos sido una familia de caché, pura tierra debajo de las uñas era lo que teníamos en propiedad,

pero aun así, ellos bien acá con el cuello largo de que Leo iba a llevar lejos el apellido Guazo. Yo me imagino que se sentían alzados porque el apellido no era común. Por eso mero, y por ignorantes y transfóbicos, cuando la familia de mi papá se enteró de que esta muñecona se llamaba Mónica y había mudado de piel, se llenaron la boca de mentadas de madre diciéndome que me iba a morir en el infierno y dejaron de hablarme.

La Rompematrimonios

Las primeras plataformas que me regalaron eran negras, bien de puta, bien altas y bien perras. Se amarraban con unos listones negros que subían por mis pantorrillas delgadas. Yo volaba, clac. En la casa me las ponía para ir por un vaso de agua, clac, clac. Era una pichoncita protegida por sus madres que flotaba entre los algodones de su experiencia.

Cada una de las mujeres que fui conociendo me hacía otro regalo. No era sólo la ropa sino los consejos, los piropos. Esas palabras eran los pilotes sobre los que se levantaban mis ánimos. Sonaban mis tacones, clac, y ellas, ¡qué perraaaa! ¡Qué regiaaa! Me tronaban los dedos y no me dejaban de animar. Yo recordaba mis años en la primaria, con el suéter amarrado a la cintura y por fin sentía que lo había logrado. Un pie, clac, la cintura, clac, el otro, clac, el cuello arriba, las manos a la cadera, la mirada altiva; el futuro, clac clac.

Flotaba como el aire que sube en el calor fronterizo, me ponía todos los regalos al mismo tiempo: peluca, maquillaje, plataformas, inyecciones y vestidos. Me acuerdo de uno que me prestaron Vicky y Casandra un día que andaba cotorreando en su cuarto. Ellas eran una pareja de chicas trans que no mostraban en público su relación porque las putas somos de las perras, las mamás. Había muchachas que les hacían cara de asco al verlas juntas, les decían que eso era

tan cochino como andar con una hermana, que los hijos les iban a salir deformes, pero ellas no hacían caso.

Ellas dos ya llevaban un buen rato viviendo en el hotel Las Torres, pero su cuarto era diferente al del resto de las que vivían ahí. Su cuarto era un sueño, un hogar adornado como tal, no una caja de zapatos con divisiones de cartón entre el baño y la cama. Cambiaron hasta las cortinas del baño por unas negras que tenían impresa una foto de unos edificios y decían San Diego con unas letras como de neón morado. Pusieron lucecitas amarillas en los bordes de las paredes y pintaron de rosa el único foco que había en el cuarto. Ahorraron un buen rato para comprarse un tocador iluminado que les sirviera para arreglarse y quedar como las caballotas que eran. Su cama tenía una tela traslúcida que la hacía parecer el cuarto de una princesa y no un hotel de paso que sólo por las noches, y con las luces apagadas, tenía la sensación de hogar.

Vicky era de El Salvador: uno setenta de puro hueso macizo, rubia natural y con la auténtica de horchata. Había llegado a Tijuana trepada en La Bestia, pero se quedó de este lado porque había dinero. A los pocos días entró a trabajar al Bambi, un lugar exclusivo para mujeres cis, pero como ella ya traía su operación hecha ni quién le dijera nada. Al revés, dicen que era la más cotizada, que los hombres se hacían pendejos cuando ella estaba ocupada y esperaban el tiempo que fuera necesario para revolcarse con aquel animal de piernas largas y mirada de machete.

Casandra era acapulqueña y casi diez centímetros más alta que Vicky. Sus facciones eran igual de toscas que su carácter. Los hombres la buscaban porque era de esas mujeres dueñas de todo lo que sucedía a su alrededor. Era difícil decidirse por una cuando estaban juntas, los mismos ojos se te separaban para mirarlas. Nunca las vi disgustadas. Eran así, dos diosas serenas que guardaban su amor para ellas.

A todas las fui conociendo gracias al trabajo sexual. Nuestro grupito de amigas era sobre todo Vicky, Casandra, la Rosy y yo, pero a veces se nos pegaban algunas otras. Jenny era tabasqueña, delgada, chichona y morena, y venía sólo cuando cortaba con su novio. No me acuerdo de cómo se llamaba ese hombre, pero era de ley que estuvieran juntos y se agarraran de la greña.

La otra que se nos pegaba de vez en cuando era Marina, con quien tuve un pedo por cenarme a su marido. Ella ya tenía la poderosa, pero el antojado del gringo con el que andaba babeaba por el poderoso. Era un marino alto con cara de niño, chiquito, bebé, papacito, muñeco mazacuatudo, Ken militar, Power Ranger verde. Ese día me lo encontré caminando solo, comprando verduras en la calle, y se me salió decirle que a dónde tan solito y con tanta verdura. A donde tú vayas, me dijo él ya bien mexicanizado. Llegamos a mi casa, sacó unos papelitos de quién sabe dónde y me dijo, ten, prueba y que se lo mete a la boca y me lo embarra en la lengua.

Hazme Diosa, Zeus, le gritaba yo en la cama mientras alucinaba. No sé si fue mi imaginación, pero se me figuraba que había unas luces en el cuarto que parpadeaban y brillaban al ritmo de su cuerpo mientras me cogía. El efecto del ácido me puso la piel sensible y ya que estaba más prendida que cuete en diciembre, le di a probar palito. Antojado que era el muchacho, me la chupó como si fuera tronquito navideño y nos aventamos un sesenta y nueve invertido para que no extrañara las piruetas del ejército. El ácido me tenía loca, soñada, etérea. Volaba como diente de león en campo abierto y él movía sus manitas aleteando como campanita y gemía como cachorro en clases de rugido.

El caso es que alguien nos vio entrar juntos y nos echó de cabeza con Marina, que apenas me vio me dijo hasta de lo que me iba a morir.

—Tú crees que porque vas empezando lo puedes todo —me dijo —, pero no es así, mi amor, yo ya llevo muchos años con él. Más regias que tú me lo han intentado bajar y, mira, sigue a mi lado. Tú no tienes nada que ofrecer, así que no vuelvas a acercarte porque te quemo, hija de la chingada, te quemo.

Aguanté sus soplidos a pie firme y a los pocos días volvimos a ser amigas. Marina era bonita, bonita, bonita. Morena, de piel tropical, pelo chino y facciones de diosa. El defecto más grande que tenía era ser viciosa, le gustaba el cristal y cuanta droga de alto calibre encontrara. Se destrozó la mano de tanto inyectarse en los nudillos. La piel se le abría como cráter y se le veía rosada, viva, con manchitas de sangre y pus. A mí se me revolvía el estómago de sólo verle la mano vendada porque ya sabía lo que había detrás. Por eso nunca le entré a eso. Fumado lo que fuera, pero en jeringa ni agüita con sal.

Yolanda era otra que se llevaba con nosotras y era bien adicta. Le gustaba la heroína mucho tirando a demasiado y por eso casi no la veíamos. Vivía con su marido gringo en otro de los departamentos del mismo edificio. Al principio, cuando todo era nuevo, me la pasaba cotorreando con ella durante el día. Dejaba un papelito en mi puerta con el número de su departamento por si venía un cliente y me sentaba a mirarla cocinar drogas. Me daba curiosidad verla concentrada en sus adicciones como si lo que estuviera haciendo fuera un mole desde cero. Al cabo de una hora, en la que ninguna de las dos hablaba, se sentaba en la mesa y se metía sus caldos por cualquier hoyo. Conforme fueron pasando los meses, su cuerpo fue volviéndose flaco. Las venas, masticadas de tanto pellizco, se le escondían diciendo basta, pero ella siempre encontraba una libre. La tarde que la encontré buscándose la vena del pene fue la última que pasé en su casa. Me dio miedo entrar un día y encontrarla muerta.

Otra de las que se pegaba con nosotras era Alba, la tabasqueña. Ella era la más chaparrita y la más cagada. Llevaba el pelo de

honguito, lacio, lacio, y las chichis y las nalgas inyectadas con biopolímero. Tenía un ingenio afilado para encontrar parecidos y el humor ácido. Se reía ella misma de su color de piel. Cuando se miraba en un espejo se hacía la sorprendida y decía: mira que fresona me veo y luego agregaba: ya verás, mana, un día nuestro color va a estar de moda.

A pesar de que no podíamos abrazarnos entre mujeres, ni podíamos chismear al volumen natural de nuestra voz, nuestro plan preferido era ir a la playa. Forzosamente tenía que ser en lunes o en martes para que no hubiera mucha gente. Nos quedábamos de ver en el hotel de la mayoría y salíamos de los cuartos llenando los pasillos de plataformas, tacones, pelucas, pelazos, cuerpazos, bikinis y pareos. La idea del desfile de las angelitas la sacaron de ahí. Los hombres que pasaban se quedaban fríos. Cuando el ejército de muñecas tomaba las calles, los taxis se paraban en fila para llevarnos y a veces ni nos cobraban.

Ya en la playa las cosas cambiaban. Si había niños teníamos que pasar desapercibidas, no podíamos alterar la paz de la familia tijuanense. Incluso, teníamos que movernos de lugar cuando empezaban las miradas, los cuchicheos y alguna vez, cómo no, alguna persona se dio a la tarea de levantarse e ir a buscar a un policía porque cómo iba a ser que una criatura viera a una mujer de tamaño nórdico en pleno territorio nacional. No fuéramos a ser unas extraterrestres y la NASA se quedara sin documentarnos.

No llevábamos radio ni nada que llamara la atención. Tampoco nos metíamos al agua porque estaba fría y sin un cuerpo que te calentara la sensación no era placentera. Incluso, había días que terminábamos en el rincón más alejado de la playa para poder comernos nuestras cajitas de comida china a gusto, masticando como nos diera la gana y hablando una encima de la otra. El menú era delicioso: chop suey, pollo agridulce, arroz pegostioso y arroz frito con carne y mucha salsa de árbol. De tomar, Modelo Especial,

de las chiquitas, y de mirar, el mar. Sólo el mar porque los hombres que nos querían estaban siempre debajo de la línea del agua.

La Rosy

Además de mamá adoptiva, Rosy era un desmadre a la que le gustaba que su desmadre fuera la medida de todo y de todos. Cuántos disgustos me hubiera ahorrado si hubiera sabido interpretar su carta. Esa mujer era fuego puro; Aries tenía que ser. El primer signo, la punta de lanza, la impulsiva, a la que no podías hacer cambiar de opinión.

El trabajo que me asignó, después de unos primeros días de adaptación, fue ir a recoger la mercancía con Cervantes, el cabrón que nos surtía las drogas. También tenía que estar en la casa para despachar a los clientes y los lunes, que era el día más tranquilo, ir al súper y mantener la despensa con alcohol. Cerveza, de cajón, ron para Rosy, tequila para Eva y a mí, lo que me ofrecieran. De comer no pedían ni una méndiga manzana, un paquete de chicles si acaso. Al principio no compraba nada extra hasta que les dije que me disculparan, pero que cuando menos unas tortillas y algo de queso iba a comprar porque yo era la única que me pasaba la jornada entera en esa casa.

No extrañaba a mi jefecita más que cuando tenía hambre. El resto del tiempo me la pasaba embobada, mirando aquel mundo como si hubiera despertado en el set de una película en la que todos los personajes eran como yo. En la Ciudad de México nadie me veía como una mujer, ahí era una, me pusiera o no peluca, me depilara o no las piernas.

Los ratos que salía de la casa eran perfectos para seguirme puliendo, para soltarme y ganar confianza. Transicionar es un verbo largo y de pasitos cortos en el que, sobre todo al principio, hay muchas dudas, mucho miedo y un chingo de nervios. Aunque siempre fui buena para estar con gente, pasar tiempo en la calle vestida como mujer era algo nuevo.

Abría la puerta de la casa como si estuviera abriendo las puertas de otro planeta y salía del edificio como si me adentrara en una pasarela. Caminaba lento, preocupada por controlarlo todo: los tacones, los gestos, la voz, el olor, mi cabello, el maquillaje, el zapateado, todo. Levantaba la cara para mirar a la gente, volteaba al piso para no tropezar con los tacones y ponía atención a mis gestos. Todo eso en un segundo.

Iba por la calle hablando sola, dándome ánimos y repitiendo frases con distintos tonos. Buenas tardes, decía en voz alta y luego me corregía. Buenas tardes suena muy serio. Buenas-buenas, ¿cómo estamos? Sí, eso suena mejor. Fumaba cigarros exagerando mi amaneramiento y me la pasaba pendiente de la reacción de la gente. Quería a toda costa que me hablaran en femenino. Por eso me convertí en la típica idea de lo que es una mujer. Para que no quedaran dudas, para no perder confianza.

Después del gringo me pasé dos meses sin tener un cliente. Conforme pasaban los días me fui dando cuenta de que Rosy no me había llevado al tipo porque creía que estaba lista, sino para venderle merca y cuando se dio cuenta de que podía sacarle más lana, me lo puso enfrente y cobró por mí. Los dólares que me dio fueron una propina. Entre más vueltas le daba a la escena más insegura me sentía para ejercer. Necesitaba que alguna de ellas me dijera que podía y me llevara de la mano. Yo le movía la cola a Rosy como perrito que hace fiestas para ver si me decía algo, pero ella salía y entraba de la casa como si nada hubiera cambiado, como si no me hubiera iniciado de puta.

Probé arreglarme y estar lista a la hora en la que ella salía a trabajar. Tampoco funcionó. Para mí que se hacía pendeja porque no podía ser que no se diera cuenta, si estaba yo ahí mismo, vestida y maquillada en el mero sofá que hacía de centro en la sala.

—Bai, bai —se despedía la muy cabrona bien felizota.

Bai, bai, repetía yo en voz alta, imitando su acento medio agringado y luego luego sentía que el estómago se me hacía chicharrón.

Ahora creo que debí haber abierto el hocico para pedirles que me llevaran a putear, pero estaba tan nerviosa que la inseguridad me hacía verme al espejo y sólo encontrar imperfecciones: un pecho plano, unas nalgas metidas, unas piernas demasiado flacas. ¿Así cómo vas a conseguir clientes? Por eso no te llevan, por fea, por pájara flaca, por nalgasplanas, porque mira cómo te tiemblan las manos.

Probé poniéndome sus pelucas y maquillándome como ella para ver si con eso me notaba. Nada, ni una palabra. Sólo bai bai. El calor en la calle era tan insoportable que sudaba a chorros con todo eso puesto encima. Tenía que cargar con servilletas en la bolsa para secarme mientras hacía los mandados y empezaba a pensar que la putería no era para mí. Pensaba en Rosy recriminándome que si yo creía que era fácil, que si creía que a ellas no les daba calor. ¿Te sientes única, mai lob? Eso es lo que nos toca a las putas de frontera. Si no aguantas el calor, no vas a durar mucho aquí.

La imagen con la que salía de la casa terminaba embarrada en las servilletas hasta convertir mis ojos en unas líneas arrastradas y mi frente en una pared descascarada. A cada rato aprovechaba cualquier baño público para darme un retoque y sentir que podía, que aunque sudara, podía, pero no podía; terminaba regresando a la casa antes de tiempo, aventaba la peluca al escritorio, me metía a bañar y lloraba sentada debajo del chorro de agua fría. Me ponía la

pijama y me metía a la cama a seguir llorando. Era entonces que Rosy entraba al cuarto y me decía desde la puerta y sin mirarme:

—¿Por qué tan fodonga, mai lob? ¡Arréglate! Así no vas a llegar a ninguna parte. ¿Ya fuiste a hacer los mandados?

Me mordía la lengua o la boca completa, pero no me atrevía hacerle una mala cara. Apenas hacía una semana que había corrido a Susy por un malentendido con un gringo al que no quiso venderle a precio de local. Susy trató de decirle con los ojos que no se pasara de lanza, que luego lo arreglaban entre ellas, pero Rosy pasó de cerillo a fogata en un segundo.

—Mira, mai dir —le dijo a él—: yo no sé qué fue lo que te dijo esta mujer, pero aquí los precios son los precios. Si tienes, bienvenido. Si no te alcanza, llégale de una vez —y le tronó los dedos.

El gringo se le quedó mirando con los ojos bien abiertos y la boca hecha una línea.

—Es local, Rosy, no te pases de verga —le dijo Susy para intentar que no se le fuera el cliente, pero a ella le valió madres.

—Este negocio es mío. Si no te gusta cómo lo manejo, puedes irte con él. Mírale la cara despintada esa que tiene, no entiende ni una palabra de español. Local soy yo. Y a medias.

Susy se puso roja y se le quiso ir a picotazos, pero se atragantó con sus palabras y cuando se cachó balbuceando, sin decir nada coherente, le arrebató una tira de cristal de la mano, agarró del brazo al tipo y azotó la puerta detrás de ella.

Rosy se quedó gritándole a la puerta hasta que se cansó de decir groserías y se fue directo a su cuarto, aventó sus cosas en una maleta y se la dejó en la entrada.

Ese día Susy no llegó a dormir, pero al día siguiente, cuando salí de bañarme, me la encontré llorando sentada en el piso de su cuarto.

—Me corrió, ¿tú crees? —me dijo cuando me senté en el piso a consolarla.

No supe qué decirle.

—¿Sabes cuántas veces la vi vender merca a ese precio? Por una vez que lo hago me hace este pedo. Es una cabrona, te lo advierto. Yo que tú empiezo a levantar cabeza y hacerme de un dinero porque en cualquier momento discuten y te corre. Yo porque tengo amigas y puedo irme a otro lado, pero tú, mana, eres nueva. No puedes quedarte en esta casa metida. Ya estás lista para empezar a trabajar en los bares, así es que no te quedes esperando a que te lleve, dile que quieres ir o vente conmigo, yo te enseño.

Le dije que todavía no me miraba como quería verme ni me sentía lista.

—¡Ay, mana! Siempre vas a encontrar algo que arreglarte, así es nuestra vida. Por eso no te agüites. Tú sal, es la única forma de agarrar confianza. Es más, el viernes vengo por ti y te llevo conmigo.

Se sorbió los mocos, cerró la maleta y se fue.

Ese viernes me quedé esperándola toda maquillada, toda vestida despampanante. Hasta el estómago se me irritó de tanto que me crujían las tripas de nervios. Por fin, me decía, por fin. Iba y venía de la sala al cuarto, del cuarto al baño. Me paraba frente al espejo y le hablaba a mi futuro cliente. Dime, mi amor. ¿Vas a querer un servicio completo? Claro, eso te incluye un oral y la penetración. No, así no, me corregía. Eso te incluye una chupadita y que me la metas. No, tampoco. No seas guarra. Eso incluye un guagüis y una cogidita. Sí, así está mejor.

Conforme fue avanzando la tarde y cayendo la noche mi carácter de *pitbull* se fue amansando hasta convertirme en un perrito salchicha que ya ni ganas tenía de ladrar. Me fui desmoronando de a poquito. Primero me quité la peluca, luego la ropa y al final me lavé la cara y me metí a la cama con el aire acondicionado bien frío para envolverme debajo de las cobijas y no asomar ni un ojo.

Rosy siguió sin decirme nada. Me apuntaba los mandados y me pedía lo de siempre. No podía quejarme, a mí no me había hecho nada malo. Al revés, no me cobraba renta, me daba algo de dinero para el gasto y me dejaba quedarme con las propinas que de vez en cuando me daban los clientes por ayudarlos a quemar cristal.

Todavía aguanté dos semanas sin decir ni pío, hasta que se me llenó el vasito y me apersoné en su cuarto, arreglada, perfumada y con las manos temblando, y le ladré que me llevara con ella a trabajar.

—Ahora sí, mai lob, ya estás redi —me dijo—. Mira cuánto tardaste en venir a hablar conmigo. Pero ya lo hiciste, que es lo importante. Así es que te me sacudes esos nervios que no te quiero con las manos sudadas. Y levanta esa cara que vas conmigo. Tú, relax —me alisó el vestido, me jaló los cachetes para que sonriera y me dio un beso y un abrazo apachurrado—. ¡Vámonos, mai lob! Esta es tu noche.

Había dos zonas para el trabajo sexual. La más nais era en la Avenida Revolución, pero yo todavía no calificaba. En esa zona trabajaban las más perras, las buchonas, las tetudas, las de nalga ancha y cinturita. Las que tenían la voz que sonaba a una seda cayendo, las que sólo un ojo educado podía distinguir de nosotras, las mascachicles, las flacas flacas, las gordas gordas, las moreno sucio, las planitas, las de voz de motor, las principiantas. Para nosotras estaba reservada la Coahuila, una calle en la que corría menos dinero, pero aun así corría bastante.

Al principio, cuando todavía creía que lo que me esperaba era un futuro azul caribe, una noche me fui a pasear a la Avenida Revolución. Me puse mis plataformas nuevas, una falda con flequitos de colores que disimulaba que no tenía nalgas, me hice unas chichis de trapo, me puse la peluca de pelo más largo y más lacio que encontré, unas pestañas postizas y unas uñas largas color rosa

fosforescente. Si hubiera tenido valor suficiente y una jeringa a la mano, yo misma me hubiera inyectado un poco de aceite de oliva en los labios para parecerme a Lorena Herrera, cuando menos un poquito. Da igual, me dije, y me los pinté de fucsia con la trompita levantada. Me puse una base dos tonos abajo del mío, unas chapitas bien coloradas y sombra de colores. Ahora sí, me dije al espejo, y me fui a caminar por aquel bosque de especies de cuello alto.

Todo el camino lo pasé soñando con ese futuro de gavilanes. Me vi tomada de la mano de un gringo alto, güero, fuerte y adinerado; me vi caminando en un altar con mi ramo de arcoíris y la cola de mi vestido larga como la de los pájaros esos que arrastran plumas y más plumas. Me vi despertando con el olor del mar, con sus sonidos, y fui derramando la sonrisa por todas las calles de Tijuana como si fuera dejando una estela de agua dulce.

Cuando llegué la realidad me pellizcó el globo. Apenas a las dos cuadras, los ojos de la gente me dejaron claro que en esa colmena había pura abeja reina, que la colonia de las obreras estaba en otro lado. Los nervios empezaron a enflacarme las piernas, a deshacer los nudos de los trapos en mi pecho, a despintar mis labios. Para colmo, dos mujeronas me rebasaron por la izquierda. Una más chula que la otra, otra más tetuda que la una. Las miré con ojos de yo quiero, dejando una estela de envidia que les llegó a su nariz porque voltearon para atrás y me barrieron con su mirada de princesas. Me hicieron daño sus pestañas. Empecé a caminar como si tuviera la cara pintarrajeada por unos plumones. Alenté el paso para jalar aire, para volver a tomar confianza, pero me topé con dos policías y pasé de mujer a niña en un solo movimiento. La ropa, los tacones, todo me quedó grande.

Me encomendé a los santos pidiéndoles que me ayudaran porque ya veía a los dos tipos con sus uniformes azules acercarse a mí como si oliera a carnitas, pero los cabrones habrán estado ocupados cumpliéndole milagros a alguien más. Los policías me fueron

expulsando del barrio dándole vuelta a sus macanas. Yo, modosita todavía, me fui de ahí como si trajera prisa, sin poder saborear ni un poquito de mis sueños.

Cuando creí haberlos perdido, volví a pensar en el futuro. Ya sólo soñaba con tener un poco de dinero, cuando menos lo suficiente para hacerme unos arreglitos y pasar por una mujer sin que quedaran dudas, para poder entrar a trabajar a esa calle que yo miraba tan lejana, tan arriba, tan encima. Ya no quería ser rica ni darme una vida de lujos, quería dinero para moldearme el cuerpo a mi gusto. Me olvidé de los policías que, bien hábiles, me interceptaron a las pocas cuadras y me subieron a la patrulla.

Con esa vez me bastó para entender que lo que ellos perseguían no era el trabajo sexual, que era supuestamente lo que estaba penado. El delito era exhibirse en la calle como persona trans. Faltas a la moral, le llamaban los policías y jueces que nos encerraban entre doce y treinta y seis horas en La Veinte por el simple hecho de no embonar en su molde de mujer. Una vez adentro de la comisaría, los policías hacían caso omiso de lo que sucedía detrás de la puerta. Su trabajo era mantener las calles limpias de mujeres como yo y hombres como los que estaban encerrados. Parecía que les pagaban por hacerme menos y vejarme como podían. Policías y bandidos me violaron con la mirada. Apenas entré en aquellas celdas fue que realmente me sentí deseada. Dime, mamacita, qué se te perdió. O tanta carne y yo chimuelo. Cualquier albur y piropo les sirvió para machucarme los ánimos y dejarme claro que querían comerme, que yo no era otra cosa que una gallinita tierna para su caldo.

Entré a aquellos cuartos enrejados con las dudas con las que se entra a la pubertad. Qué hacía yo vestida con esas ropas, con esos trapos arriba de los pezones, con ese maquillaje, con esa falda, con ese cuerpo escuálido, con mis huesos al aire como si fuera un corderito flaco camino al matadero. Tuve que contener las ganas de llorar, de desaparecer dentro de mi ropa, de arrancarme la falda y

las pestañas y las uñas y volver a ser el adolescente que dejó la Ciudad de México. Pero saqué el coraje que llevamos las Cano en la sangre y arronqué la voz para decirles que qué traían, que si querían me los cogía yo a ellos porque sólo los cobardes piropean cuando no hay más gallos en el ruedo. Con eso bastó para que no me dijeran nada más, pero sus ojos siguieron arañándome como si por pestañas tuvieran espinas.

Las doce horas que me echaron ese día me las pasé entre sentada y caminando por la celda como si me picara el culo. Los mismos tipos se hartaron de verme dando vueltas y me dijeron que me estuviera quieta, que ya los tenía mareados, que me dejaban en paz, pero que ya, que para qué tanta pinche vuelta. Pero es que no me podía estar quieta, mi misma cuerpa se sentía en peligro y regaba chorros de adrenalina por la sangre para que no fuera a quedarme dormida, para que no me descuidara.

De todas las veces que caí en La Veinte, ni una sola me encontré a un gringo. A ellos los dejaban en paz, que hicieran y deshicieran a su antojo. Para nosotras cruzar al otro lado teníamos que sacar un turno en la embajada y presentarnos bien arregladitas para hacer como que íbamos allá de vacaciones, que aquí teníamos una vida maravillosa. En cambio ellos nomás se formaban en la cola de la aduana y atravesaban la garita para venir a hacer todo lo que allá no podían. Los tres años que dura la diferencia de la adultez entre México y Estados Unidos eran perfectos para que jóvenes y soldados se acercaran a lo autóctono. Tijuana vendía eso: la exotización de sus cuerpas cafecitas, cerveza barata, licor a centavos y diversión en una feria por la que corrían con el cuerpo dormido de tanto embriagante. La diferencia era que a ellos no podías ponerles un dedo encima, pero ellos venían a ponernos la mano completa en las tetas y satisfacer su curiosidad haciéndose los machitos cuando te tocaban y encontraban tu vulva de confección, tus labios de cinta adhesiva. Saltaban como grillos sorprendidos de haber encontrado

una cueva con tesoro, pero al cabo de un rato, ya borrachos, se les olvidaba su hombría y disfrutaban de tu mazacuata como si fuera pistolita de agua.

Una vez que empecé a trabajar en los bares de la Coahuila me di cuenta de cómo era que funcionaba el bisne y entendí por qué todas aspiraban a cierta corporalidad. En esa zona, a las mujeres trans, nos cobraban treinta y cinco dólares la tarde y cincuenta la noche por trabajar en los bares. A las otras mujeres no les cobraban nada. ¿Cómo chingados íbamos a pagar esas cuotas? Pues robando y cogiéndonos a tantos clientes como nos dejara la cuerpa. Empezábamos a trabajar debiendo ochenta y cinco dólares. Si hablamos de que el ratito lo cobrábamos a veinte o veinticinco, teníamos que salir cuatro veces para quedar tablas. Cuatro cogidas para no ganar un peso.

Pero trabajo era lo que sobraba en esas épocas. Había días que nos podíamos hacer de trescientos dólares de la una de la tarde a las cinco o seis de la mañana. Esos son dieciséis ratitos, dieciséis cogidas o mamadas en un lapso de más de doce horas. Las putas nunca nos hemos quejado del trabajo, de lo que nos quejamos es de que, a pesar de chingarle como le chingamos, no tengamos ni medio derecho. El ano te punza cuando te la meten una y otra vez. A fuerzas necesitas dormirlo a él o dormirte tú. Yo me compraba xilocaína para no sentir que los empellones de los clientes me hacían daño y me tomaba un buche de cualquier cosa para relajarme. Ahí me tenían las primeras veces, con los ánimos por los cielos y con toda la enjundia para lograr hacerme de dinero.

Una vez que agarraba a un cliente, le pedía que me esperara un segundo porque la dama debe de ir al tocador. Me metía al baño, sacaba el tubito de pomada y me lo untaba en la cola. Para cuando llegaba al motel ya estaba lista para treparlo como chango en palmera. Lo acomodaba en la cama, le ponía una almohada debajo de la cabeza y empezaba con mi show de seducción. Me fascinaba

ver cómo su pantalón se iba despegando poco a poco y, una vez que estaba bien duro, se lo sacaba y a ver a qué sabe tu paleta, chulo. Le daba saliva, le ponía el condón, un poquito de lubricante y a gozar lo lindo que es coger. Porque a mí que me digan lo que sea, pero el sexo se disfruta.

Vivíamos al día. Mientras estuve en el departamento no pagué renta, pero después de que nos fuimos me convertí en una más. La mayoría de nosotras vivía en hoteles de quince o veinte dólares la noche. Era raro que nos rentaran algún departamento porque nadie quería de vecina a una puta, por mucho que el dueño de la casa estuviera dispuesto a rentarnos. Encima del dinero para el hotel había que tragar y, encima de eso, comprar todo lo que necesitábamos consumir para aguantar el ritmo.

¿Y qué pasaba los días que no queríamos coger quince veces? ¿Cómo podíamos hacerle para pagar las cuotas? Ahí es donde entraba el dos de bastos. Rosy fue la que me enseñó el arte de sacar los billetes, de desabrochar las cadenas y metérmelas a la boca cuando bailaba encima de los clientes. De la boca nos la pasábamos a unas bolsas que nosotras mismas cosíamos en el interior de los vestidos. Suena más difícil de lo que es. El truco está en bailarle, en apretarle los brazos y la verga, en hacerlo que se concentre en cualquier parte del cuerpo y mientras te chupa las tetas, tras, pones tus deditos como pinzas y listo. De la mano a la boca y de la boca al Monte de Piedad, a ver cuánto nos daban por la joya.

Ahí fue cuando me enseñó que el rivotril o el clonazepam mezclados con alcohol te ponen fina de los dedos para que no te tiemblen. Pero esa mezcla también hace que te desinhibas y te olvides de lo que pasó en la noche. Yo lo consumía con cuidado. Cuando veía que el cliente traía una alhaja, disolvía media pastilla en un vaso con cualquier alcohol y esperaba a que hiciera efecto. Pero la Rosy no tenía miedo. Lo de ella, lo de ella, era el dinero y lo

sacaba de cualquier manera. Algunas noches aparecía en el departamento con la ropa, la cartera y los zapatos de un cliente que se había quedado dormido y no se acordaba ni de cómo ni de a quién chingados se lo había robado.

El bar en el que empecé a trabajar se llamaba Sunset. Era más seguro trabajar ahí que en los hoteles. Lo malo era la cuota. Lo bueno, que la cuota servía para que la policía no estuviera jodiendo. Ahí adentro me movía tranquila. En cambio, trabajar en los hoteles era pararse afuera del lobby y esperar a los clientes atenta para correr hacia adentro cuando veía que la policía se acercaba. Me llevaba bien con algunos gerentes a punta de hacerles favorcitos, de relajarlos un ratito a la semana y eso me servía para que me escondieran en los vestidores de empleados cuando había problemas. Pero había veces que ni así me salvaba. Los policías amenazaban con clausurar el establecimiento si no me entregaban, así es que les abrían las puertas y ellos mismos iban por mí y las demás con carita de contentos y nos arrastraban esposadas hasta la patrulla en la que nos manoseaban y vacilaban para luego aventarnos a la comisaría.

A la cuarta o quinta vez de entrar a La Veinte fue que aprendí cómo funcionaba la cosa. A las siete y media de la mañana, cuando venían a llevarse a los hombres para hacer fajina, las trans, que éramos a las que nos dejaban ahí, nos apendejábamos las neuronas para pasar el rato. Nos hacíamos pie de ladrón y sacábamos del techo de esas celdas viejas el cristal que guardábamos en aquellos huecos. Lo que nos sobraba lo devolvíamos al mismo lugar junto con un foco y un encendedor como favor a las que vendrían después. En caso de que ya no quedara cristal, lo único que teníamos que hacer era chiflar cuatro veces para que se acercara un custodio a vender lo confiscado.

Porque eso sí, para ellos éramos hombres mientras fuera adentro de las instalaciones, no en la calle. ¿Qué se diría de la policía si pone a mujeres en minifalda a hacer el trabajo que les tocaba a los hombres detenidos? Barrer, limpiar, regar, fregar grafitis, tallar paredes, levantar muros. ¿Qué diría la gente si los oficiales estuvieran supervisando el trabajo de un grupo de transexuales con ropita ajustada, maquillaje corrido y cabelleras delgadas tallando el piso, plantando semillas y echando cemento? Cuando se cumplían las horas salíamos del centro de detención como perros de cueva, lampareadas por el sol, caminando chuecas, con los músculos engarrotados y teniendo que pararnos en la misma esquina, frente a los ojos de los policías que salían a la calle a fumar, para parar un taxi que accediera a llevarnos de regreso a casa a cambio de una mamada o una cogida en plena vía pública.

Trabajando afuera de los hoteles, lo máximo que me podía hacer eran unos ochenta dólares. Y eso los fines de semana. Por eso empecé en el Sunset, pero luego, para no dejar, me paseé por el Cheers, el Aloha y el resto de la Coahuila. A los ya casi diecisiete años no había quién me pusiera freno. Una vez que empecé a trabajar, no paré. Me di cuenta de que los nervios eran puro invento mío y que para ser dueña de la calle nomás basta creértelo. Los clientes ni se enteran, ni les importa, si llevas puteando un día o quince años. Además, la mayoría de las veces, son ellos los que más nerviosos están. El trabajo es tan monótono como una quiera. Los tipos se convierten en billetes que pasan por tus manos sin dejar rastro de su diferencia. Sólo la gente que no está hecha para el trabajo sexual se está preguntando todo el tiempo cómo le hacemos. Para nosotras es como ir a la oficina. Hay días que disfrutas más que otros.

El tiempo más estable fue mientras estuvimos en el primer departamento, pero tuvimos que irnos por unos problemas de Eva

con el Cervantes. Fue sólo un dime que te diré, pero Rosy se asustó y me dijo que nos fuéramos. El mismo Cervantes nos consiguió otro departamento en la misma calle, un poco más arriba, y nos mantuvo el trato de surtirnos droga.

De lo que no me di cuenta en ese momento fue que la del problema era Rosy, por bocona y atascada. Esa mujer era una fantoche, viuda de argüendero. No tenía llenadera, lo mismo robaba que vendía lo que robaba; lo mismo puteaba que te ponía a ti a putear. Sacar dinero se volvió su vicio. Así como ganaba, gastaba. Se compraba una cosa y se operaba la otra. Era una máquina de consumo, gasto y generación. Poquito le faltó al gobierno de esos años en declararla la mejor aceleradora de la economía. Igual de bien te manejaba el dólar, que el cambio a pesos y libras, el agiotismo, el préstame que te pago, el trae para acá, que el te llamabas Marta y cobrarse a la china. Usaba efectivo, crédito, monedas, billetes, fichas de casino, dinero de Monopoly y traficaba merca, favores, cuerpos, puercos y medicinas.

Bien clarito lo dice la Biblia: el que mucho abarca poco aprieta y luego, abajo, en el siguiente pasaje, dice que dormir poco no es el problema, sino levantarse. El problema con Rosy era ella misma. Desde antes de irnos al otro departamento ya se había peleado con la señora Eva. De un día para el otro le dejó de parecer que ella tuviera su relación de tres y que estuvieran metiendo a diferentes personas cada día. La verdad era que al que no le gustaba era al Cervantes, no a Rosy. Decía que ponía en riesgo el trabajo. Yo de eso me enteré un día que ellos creyeron que estaba dormida y se pusieron a platicar. El Cervantes se sentía amo y señor de cualquier cadera que tocaba. Conmigo tenía sus reservas, nunca supe por qué, pero a las demás las tomaba de la cintura al hablar. Si podía caminar con dos mujeres a su costado, mejor, más sonreía, más alzaba la cara. Cuando venía al departamento le gustaba sentarse en el comedor y que alguna de nosotras le preparara algo de comer.

Ninguna era buena cocinera, ni mucho menos nos interesaba servirle. Además, ni había comida en la casa. Salíamos a la esquina a comprar un paquete de tortillas y un pedazo de queso para hacer unas quesadillas o, de plano, le comprábamos un burrito para que no se quejara. Aquel día yo me hice la dormida para no atenderlo y Rosy no quiso despertarme. Él se emputó de que no estuviera Eva para atenderlo, así es que cuando le preguntó por ella y Rosy le contó que se había ido con sus dos novios y otro muchacho para las playas se puso a hacer corajes.

—Mira, Rosy, no te lo voy a repetir más veces. A mí Eva me cae bien, lo que no me parece es que ande con tanta gente. Es un peligro para el negocio que entren y salgan tantas personas a esta casa. Adviértele que o le baja o se larga.

Rosy trató de convencerlo de que no pasaba nada y que además ella siempre traía clientes.

—No me importa, tú no la necesitas para hacer dinero. Lo que no podemos poner en riesgo es el departamento.

No tuvo manera de convencerlo. Al revés, entre más hablaban, más se fue convenciendo de que lo mejor era que se fuera y dicho y hecho. Rosy, la mañana del día siguiente, mientras Eva se preparaba un café, le dijo que no le iba a tolerar más ese estilo de vida. Que en esa casa era bienvenida, pero no sus múltiples hombres.

—Es peligroso para el negocio que cada día andes durmiendo con otra gente. Y no sólo tú sino ellos, mai lob. —Y señaló al cuarto para no mencionar el nombre de sus amantes—. Se la viven trayendo amigos como si aquí lo que se vendiera fueran hamburguesas y no merca. Así es que tú decides, joni, o cambias o te vas.

Eva no lo pensó dos veces. Le dijo que estaba loca, que a ese paso se iba a quedar sola. Ella sabía que esas eran palabras del Cervantes y no suyas, pero de todas formas se lo advirtió. Aquí los achichincles de narco no duran mucho, las que sí vamos a estar somos nosotras. Tú sabrás dónde pones tu lealtad. Pero luego no te

quejes cuando te hayas hecho fama de cabrona y nadie te dé la mano.

Se metió a su cuarto y en dos días ya se había ido.

El departamento dejó de ser el centro de reunión y pasó a ser un lugar sin chiste. Los espacios amplios son incómodos cuando no hay con qué llenarlos. Yo tenía miedo de que me corriera, así es que no hablaba mucho. Me limitaba a seguirle la corriente y a darle la razón. Nos alternábamos para salir a trabajar y volvíamos solas. El silencio era bueno para descansar, podía dormir hasta la una o dos de la tarde sin que nada me despertara, pero apenas me levantaba de la cama y miraba el sillón blanco sin gente, la mesa sin basura, el refrigerador sin cervezas, los vasos limpios en el escurridor, el piso sin manchas, el baño con el papel acomodado y las toallas en su lugar, me sentía sola. Las puertas de los cuartos las mantenía cerradas para no ver los colchones pelones.

Quería salir a ver a las otras compañeras, pero no podía. Tenía que atender la casa.

—Esta casa no se puede quedar sola, ¿estás loca?

Lo bueno fue que sólo estuvimos una semana más en ese departamento. El mismo Cervantes nos dijo que eran demasiados cuartos para dos mujeres y nos pasó a otro en la misma calle, a dos edificios.

En ese otro lugar estuvimos escasos dos meses y tuvimos que salir por patas. Fue un martes en la madrugada cuando escuché que golpearon la puerta. Desde el principio me olió a pescado. Me levanté toda ojerosa y, cuando abrí la puerta que ni mirilla tenía, me topé con la Malandra. La Malandra era una chica trans que hacía lo mismo que nosotras, pero en círculos más picudos. Andaba siempre acompañada de dos cholos que fueron los que entraron primero haciéndome a un lado. Una vez que ella vio que no había más gente, me señaló y le dijo a uno de los chavos: agárrate a esta y, antes de

que pudiera decir misa, el cabrón ya me había hecho una llave china para sentarme en una silla.

—Quietecita porque ai kil yu —me dijo el tipo.

Me quedé fría, inmóvil, sintiendo la sierra del cuchillo de cocina apretándome el cuello.

Hasta ese día fue que conocí a la Malandra en persona. Sabía de ella por lo que se decía. Vaya introducción. Esa vieja medía unos tres metros y medio y estaba tatuada de sus cuatro brazos y su cuello largo. La poca piel que se le veía entre la tinta era güera y su pelo lacio, largo y negro parecían las greñas del Márilin Manson. Ella no cantaba, sino que componía unos pinches problemones del tamaño de la frontera.

Me preguntó a gritos que dónde estaba la Rosy. Más tardé en señalarle el cuarto que el cholo en arrastrarme hacia la puerta y hacerme que la abriera. La Malandra le saltó en la cama a puro grito de me las vas a pagar, hija de la chingada, ya te cargó pifias, o me pagas o me cobro con tu cuerpo. Y que saca un cuchillo de esos que saltan con un botón y lo empieza a clavar en la cama por todo alrededor de ella. Yo nomás escuchaba que Rosy le decía, ¡ahí muere!, ¡ahí muere!, mientras se le salía el relleno al colchón.

La Malandra mandó a los dos cholos a buscar el dinero y cuanta cosa fina vieran y salieron con una bolsa de basura llena de pelucas, plataformas, abrigos, faldas, maquillaje, dinero y merca. La cabrona se llevó mis plataformas.

En medio del ajetreo no me dio ni tiempo de sentir miedo. Todo pasó tan rápido que fue cuando se fueron que sentí el estómago revuelto y me di cuenta de que temblaba. Las manos, los pies, el pecho, toda yo era un vibrador. Me quedé mirando fijo hacia la cama de Rosy hecha pedazos. Su cuarto se sentía como un refrigerador de conservas por el aire acondicionado. No recuerdo ni en qué pensaba, no sé si cuando tienes tanto miedo puedes pensar. Tampoco sé si Rosy se hizo la fresca para no agrandar el pedo o realmente no tuvo

miedo, pero casi la mato cuando regresó al cuarto y se empezó a reír de mí.

—¿Mira cómo estás, joni? Deja de temblar, ya pasó.

Deja de temblar mis nalgas, le dije. ¿Qué chingados te pasa? Tú a mí no me dijiste que estabas metida en pedos y yo no vine a Tijuana a morirme.

—No te vas a morir, mai lob. Ella es de las nuestras, sólo vino a amedrentarme porque le bajé un cliente.

Creo que ni le respondí. Me tomé el vaso de agua que me trajo y la abracé porque no tenía nada más calientito a lo que arrimarme.

—¿Me vas a decir que no te cagaste? —le dije después de un rato.

—La neta sí, pero cuando vi que era ella supe que no había pedo. De la Malandra se cuentan muchas historias, pero se sabe que no está para matar gente, sólo le gusta provocar miedo.

Ya no pude dormir esa noche. Me quedé dando vueltas en la casa y me puse a fregar los pisos para terminar de sacudirme los temblores. Mientras trapeaba volvía a la escena y el miedo me caminaba por la nuca. A cada rato volteaba hacia la puerta y me asomaba por la ventana de la cocina. Me quedaba mirando la calle sola, los faros altos, la gente que caminaba a esa hora mirando por encima del hombro de vez en cuando.

En cuanto se levantó Rosy le dije que nos fuéramos de ahí, que ya no estábamos seguras. Parece que, al final, también a ella le había entrado miedo porque ese mismo día le fue a llevar al Cervantes un dinero que no se robó la Malandra para quedar tablas y le dijo que podíamos seguir vendiendo, pero desde otro lado. Él, como sabía que ya teníamos nuestra base de clientes, aceptó.

Así fue como llegamos a la Posada Magdalena. Rosy, más que amante del dinero, tenía una compulsión. Ya su estatua se empezaba a enchuecar en mi pedestal. La noche en la posada

costaba diez dólares, pero Rosy nunca se quedaba tranquila sin ganar una negociación.

—Nos vamos a quedar aquí más de dos semanas, no te vamos a pagar lo mismo que los que se quedan un día, mai lob, no chingues.

—Aquí la tarifa es esa. Si te gusta, si no, vete —le dijo el dueño.

—No te pongas así, muñeco, y ofréceme un vasito de agua, no seas malo. Venimos cargando las maletas desde lejos.

El tipo entró por una puerta y salió con un vasito de plástico.

—Tú eres marro, swity, ni me llenaste el vaso. La vida no puede ser así, hay que compartir. Vamos a hacer algo. Te pagamos diez dólares por la primera semana, a partir de ahí, te damos ocho.

—Nueve y me dejas en paz —le dijo él con cara de hartazgo.

—Dil. Pero no te enojes que te me arrugas y chupado no va a haber quien te quiera. —Se inclinó sobre la recepción, le dejó el vaso sin haberle tomado ni un trago y le dio un beso en la frente.

—¿No es mejor tenerlo contento que emputado con nosotras? —le pregunté de camino al cuarto.

—No —me dijo sonriendo—. Es mejor pagar menos.

Para entrar hacia los cuartos había que abrir una reja y caminar por un pasillo largo que olía a humedad. Hasta el fondo del patio interior era que vivíamos nosotras. Teníamos poco de haber llegado cuando vino el Cervantes a repartirnos y cerrar los nuevos términos.

Él mismo nos trajo unas maderas, unos clavos y un martillo para clavar, por la parte de atrás del cuarto, arriba de la ventana, unos entrepaños en donde poner la droga. Como si estuviera calculado, a la hora y media de eso, mientras nos echábamos un coyotito, entraron al cuarto unos agentes ministeriales soltando pestes y gritando como si estuvieran en una película. El cabrón de la recepción, como no quería pedos, fue a abrirles él mismo la puerta para que no la tumbaran, así es que nos levantamos con todos esos agentes ya metidos en el cuarto.

El miedo que no terminé de sentir con la Malandra lo sentí en ese momento. Pasar del sueño a la vida de putazo es culero. No había terminado de incorporarme cuando sus gritos me puteaban los oídos como guantes. ¿Qué hacen? ¿Qué pasa? ¿Qué quieren? Empezó a gritarles Rosy ya en pie y dispuesta a meterles unos cachetadones y empujando al primero que se puso a esculcar los cajones.

—O te tranquilizas o te tranquilizo —le dijo uno de ellos aventándola a la cama—. Y de una vez dime, ¿dónde está el Cervantes y dónde está la droga?

—¿Quién? —les preguntó Rosy haciéndose pendeja.

Ellos siguieron en lo suyo, removiendo todas las cosas y preguntándonos por él. Nosotras, chitón.

—Ya sabemos que ustedes le venden su mercancía —nos dijeron.

Estuve a punto de hablar, pero dejé que Rosy llevara la voz cantante. No sé de quién hablan, decía ella y yo repetía como loro que no sabía nada, que mejor se largaran y buscaran bien porque ahí no había nada.

—Les juro que si encontramos aunque sea una tacha las refundimos. Es mejor que hablen.

Pero para necias, nosotras. Aunque yo por poco caigo cuando uno de ellos sacó una foto del Cervantes, que era chaparrito, moreno y gordito, y nos dijo que dónde chingados estaba el choco crispi. Tuve que morderme la lengua tan duro que me la dejé sangrada, pero de todas formas me entró una risa nerviosa. Él pensó que caí y se me vino arriba a preguntas, pero yo no paraba de reírme hasta que en un respiro le juré por todos los santos que desde pequeña era así, que me reía de nervios. El caso es que ellos terminaron riéndose por mi risa y sólo nos confiscaron una caja de cigarros y unos cerillos del Aloha porque fue lo único que encontraron después de dejar aquel cuarto como si por él hubiera pasado un alcohólico buscando bebida.

—Ya sabemos dónde encontrarlas —nos amenazaron al salir.

—Aquí los voy a estar esperando —les dijo Rosy apachurrándose las tetas.

Pinche Susy. Tenía razón.

La Milagrosa

Fue Rosy la que me llevó por primera vez a La Milagrosa y a los tacos de la Diabla. Rosy era la flauta mágica, la que nos sonsacaba para que, después de un buen cliente, nos pusiéramos a tomar en vez de regresar a trabajar.

—No seas ambiciosa, mai frend —nos decía—. Nada bueno les llega a los glotones. Con lo que sacaste tienes suficiente, guarda la mitad y la otra inviértela en ti, mai lob.

A todas nos convencía, por eso muchas veces no queríamos terminar en el mismo lugar que ella. Su lengua soltaba una saliva dulce que te liberaba de los quehaceres. Tomaba un poco de cristal de las bolsitas que vendíamos y decía:

—Jú kers si vendemos gramos de novecientos cincuenta.

Rosy nació en el mero San Diego, su mamá se cruzó estando embarazada de ella. Vivió al otro lado hasta que ya no soportó que su padrastro le metiera mano y se devolvió a Tijuana para mantenerse de la putería. Su inglés fluido era su mejor arma porque los gringos son locos y aquí es el manicomio. Los americanos que cruzaban llegaban con sed de la mala: lo que les ofrecieras lo tomaban. Les valía madres el dinero, diez, quince, treinta dólares, les daba igual mientras no pasaras los cincuenta porque ahí sí abrían sus ojotes y balbuceaban, nou, nou, nou, y ya sabías que habías topado con pared.

El caso es que Rosy, con su almíbar de burbuja gorda, nos convencía de que nos fuéramos por ahí a gastar y que ya mañana lo desquitábamos. Teníamos nuestros propios tugurios para salir de fiesta. Nos quedábamos ahí porque nos gustaba ser la única clientela fija del lugar y que los fuereños acataran nuestra música. Nos gustaba el mariachi, pero la jotería es un gusanito que pica y sale por la garganta.

A la cantina La Virgen del Calcio o La Milagrosa se la conocía por los dos nombres. Ahí se juntaban los migrantes la noche antes de intentar cruzar la frontera. Se hizo famosa por una Virgen que apareció vuelta humedad en la pared de la barra, entre las botellas. Se decía que era de buena suerte, así que los enterados peregrinaban por las noches para recibir su bendición y un frasquito de agua de la fortuna que preparaba el viejo yerbatero: un señor canoso que se aparecía todas las noches a las doce a entregar como ofrenda su pócima sagrada.

Sólo había que ver con cuánta fe se le rezaba a la imagen y cómo el miedo se revelaba en los ojos de esos hombres y mujeres mientras recibían el talismán para entender por qué el chamán no cobraba el amuleto. Era un viejo bueno. El brujo decía que de nada sirve la medicina si no da consuelo y que los regalos de Dios hay que agradecerlos con buenas acciones. Ni una propina aceptaba ese hombre de ojos rasgados y mirada de sauce llorón.

—Que te acompañe Dios en tu viaje —les decía cerrándoles el puño después de colocarles el frasquito envuelto en la plegaria del viajero. Terminaba su ritual dibujándoles una cruz en el pecho y pidiendo al cielo que intercediera por él, por ella, por ellos.

El ritual conmovía, sobre todo las primeras veces. Pero nosotras pasamos en esa cantina tantas noches que aquel teatro ya ni cosquillas nos hacía. El alcohol era barato y el público agradecido. Por aquello de las dudas, muchos de esos hombres querían despedirse de este lado con una buena cogida y se animaban

porque sabían que, de todas formas, no iban a dormir. ¿Quién chingados va a descansar pensando en la migra, en el túnel cavado a mano, en el camión de doble fondo, en el poquito aire para tanta gente?

La luz roja de la barra iluminaba a la Virgen, que de ese color parecía más santa y milagrosa. La gente se le acercaba, ponía los dedos en el vidrio que la cubría y se persignaba con los ojos cerrados para pedir un paso tranquilo, dinero, suerte. El resto del bar se iluminaba por unas luces de neón azules de esas que vienen en tirita. Estaban puestas al centavo por todos los bordes de la pared, el techo y alrededor del ventanal que daba a la calle en el que se leía "La Virgen del Calcio" con pintura de cristal.

Las chelas costaban diez pesos de aquel entonces y los licores llegaban a cuarenta si te ponías exquisita. Pero nosotras qué le íbamos a meter al cuerpo cosa buena, pura toxina para bailar, cantar y dormir, que era lo que nos gustaba hacer cuando no estábamos trabajando. Tenía unas pocas mesas altas que eran las que ocupábamos. Los migrantes casi siempre iban solos y preferían tomar en la barra mirando a la Virgen. Ahí esperaban tranquilos, chupe tras chupe, a que el yerbero se apareciera a entregarles el amuleto. Mientras, en nuestra mesa, se iban vaciando las botellas de cerveza servidas en cubeta. Las enfilábamos frente a nosotras para poder contarlas a la hora de hacer la cuenta y que no nos bailaran. Era difícil que no hubiera una que renegara del momento que estaba viviendo, pero para eso éramos varias: para llorar y consolarnos poniéndole su canción a la que andaba triste. Al yerbatero eso le gustaba porque sabía que las lágrimas de las mujeres trans son un líquido que adormece el dolor, un árnica natural, lágrimas púrpuras de rímel de tianguis, agua de dolor color carne, una solución que sirve de consuelo para saber que siempre hay alguien que sufre más, así es que las recogía con un frasquito transparente.

A las doce apagaban la rockola para que ese hombre diera su bendición y a eso de las doce y cuarto, doce y media, empezaba un chavo a poner la música. Era un joven alto y fuerte con el labio leporino que, a punta de tocar las complacencias que le pedíamos, se fue acostumbrando a nosotras y terminó, si no en la cama de todas, en la de varias. Brayan. Pobrecito, era torpe como una rama, pero estaba grande de todos lados y abrazaba rico. A veces, más que una buena cogida, lo que necesitábamos era un abrazo, así es que a eso de las cinco de la mañana, cuando el sol ya quería salir, nos arrimábamos a él para que nos diera sombra.

La cantina la volvimos pista de baile y programa de radio. Brayan ya sabía con qué canciones encender la mecha, de por sí corta, de pura dama de hocico caliente. Invariablemente la noche empezaba con una cubeta de doce cervezas. Terminando esa ronda nos parábamos a bailar. Primero entre nosotras, una llevando a la otra y armando una coreografía de mujeres que no necesitan hombres. Pocos tipos se aguantan ver a dos de nosotras seduciéndose. Los más duchos esperaban su turno como extranjero en aduanas para que, al terminar la canción, tomaran a una de la mano y le pidieran la pieza.

La primera parte de la noche se nos iba bailando. Al final, las palabras de mi jefecita se habían vuelto realidad y aunque yo quería volar, terminaba llevando a las demás porque era lo que sabía. Me gustaba tomar de la cintura a Rosy y hacer volar su cuerpecito flaco. A la cantina iba siempre con su falda de flecos negros y su brasier de lentejuelas rojas hecho por ella misma. Es que también te manejamos lo que viene siendo la modistería. Las de ahora quién sabe porque ya hay ropa para todos los gustos, pero antes no, antes una misma tenía que ser su propia diseñatriz. Una de las primeras cosas que se aprende es a esconderse aquello y esa labor es digna de la alta costura. Hay que hacerlo al detalle, primero para que no se note y, segundo, para que se acomode. Si no lo haces bien,

caminas chueca y terminas yendo al baño a cada rato para arreglar tu desmadre.

La cantadera empezaba después del baile. *Ya lo sééé que tú te vaaaas, que quizás no volverás, que muy tristes hoy serán, mis mañanas si te vas.* Nos juntábamos al centro de la pista y agarrábamos el micrófono para sacar a la diva de dentro y brillar. Era el momento de aflautar la voz y gritarle a ese dolor que a todas nos picaba como ropa de lana. *Ya lo sééé mi amoooor, que te vas, te vaaaaaaas, que ha llegado la hoooora de decirnos adióóóós.* Ya para ese momento éramos sólo nosotras las que estábamos pendientes de la música, los migrantes seguían chupando en la barra, pídele y pídele favores a la Virgen. *Te deseo buena suerte, hasta nunca, mi amor. Adiós, amor.*

Nos sumábamos todas como coro de iglesia hereje en la que la que traía el micrófono se convertía en el padre travestido, en el cura converso, en el monaguillo curioso, el sacerdote blasfemo, el arzobispo ateo, el cardenal incrédulo, el párroco pecador que grita y reniega de sus votos bendiciendo a las demás con saliva ácida y gotitas de licor. Las demás éramos las infieles, las feligresas que se arrimaban al púlpito como nos arrimamos a todo aquello que se levanta y lo adorábamos con caricias, con besos, con cantos, chupadas, con voces, con coros, con gritos, aplausos, palmadas, raspones. Con todo. Nos exorcizábamos en ese ritual perverso y cantábamos como hacemos todo en esta vida, con ganas.

Después de dos canciones ya la noche era una bruma que había que atravesar a gatas. Apenas escuchábamos la música, no había quién nos parara. A veces le pedíamos al yerbatero que nos embriagara con un elixir o, ya de plano, le hablábamos a un compa para que nos llevara de lo que se nos terminó o nos consumíamos la merca que vendíamos.

La cantina se empezaba a vaciar a la una. Una vez que los migrantes habían sido bendecidos agarraban para el cuartito que les

rentaba el mismo pollero que los pasaba a recoger en plena madrugada para cambiar su dinero por un boletito a la feria.

Era de cajón que Rosy pidiera la de *Amor regresa* de Los Askis. Decía que era su mantra, que si la repetía mucho un día se le iba a aparecer su hombre de regreso, pidiéndole perdón. La dejábamos que soltara su agua, que lavara en nuestra piedra sus males porque a la mamá se le perdona todo y ella tenía de hijas como tenía de pecas. Nos cobijaba debajo de su alita rota y nos iba enseñando todos los trucos que se necesitaban para vivir de la cuerpa. El truco para robar, mezclando pastillas con alcohol, lo inventó ella, o eso decía. Eso sí, a los que bajaban seguido había que cuidarlos para que siguieran viniendo y recomendando a sus amigos.

—Por cada mojado, un güero —nos decía Rosy.

Esa es la meta y es labor de todas lograrlo. Los gringos que ya tenían experiencia llegaban directo a los bares, pedían un chupe y escogían. Esos no perdían el tiempo en andarse empedando. Era con los que te abordaban borrachos con los que podías servirte con la cuchara grande.

—A esos exprímanlos —nos decía como si fuera nuestra entrenadora—, que no les queden ganas de ponerse tan pendejos.

En la cantina seguíamos alternando bailes con canciones. Limpiando la mesa con una jerga que olía a humedad para inhalar más coca y mantener la borrachera bajo control. Y como en este país la fiesta no fue buena si no termina en los tacos, peregrinábamos a la casa de la Diabla para que nos bajara el pedo con sus salsas. Un chiflido bastaba para que nos moviera la cola como perro emocionado. Esa mujer nos quería como a sus hijas, nos abrigaba con sus tortillas hechas a mano y nos servía hasta que nos hartáramos porque decía que éramos su suerte. Sobre todo Rosy, que fue la que una noche se apareció en su puesto y le tocó la puerta de la casa para que le preparara algo de cenar.

La Diabla vio a mucha gente y se animó a cocinar. Antes, aquel lugar se abría a la hora de la comida y batallaba para mantenerse en pie. Desde que la Rosy empezó a obligarla a abrir de madrugada las cosas cambiaron y se convirtió en uno de los puestos más famosos de Tijuana. Sólo de escuchar el chiflido una cuadra antes la mujer levantaba a quien fuera que estuviera sentado, los sacudía como moscas, les regalaba un taco por las molestias y les decía que se abrieran como corte, que llegaban las reinas.

Nos recibía silbando, nos servía un taco de cada uno y no dejaba de sacar comida hasta que no le pidiéramos que parara. Su salsa verde te bajaba el pedo de golpe de lo mucho que picaba. La mesa terminaba llena de servilletas moquientas y una bola de mujeres haciendo ruiditos con la boca para aguantar el picante. Un amigo de Rosy que tenía un mariachi era el que generalmente pasaba por nosotras a los tacos y nos repartía medio dormidas en los hoteles y posadas.

La Calle

En la posada vivimos tres meses. No era la misma tranquilidad de cuando estábamos en el departamento, pero tampoco vivíamos mal. Nos funcionaba para trabajar y dormir, no para vender. Ese negocio se complicaba porque no podíamos despachar rápido. Teníamos que armar el paripé de que estábamos cogiendo para que no nos cachara Alberto, el dueño. Un tipo chaparrito con la cara cacariza y la sonrisa por ningún lado.

Desde la visita de los ministeriales nos tenía vigiladas; varias veces lo cachamos deambulando por los pasillos asomándose al cuarto. Las que más lo resentían eran nuestra economía y la cuerpa. Para sacar el extra que antes hacíamos con la merca trabajábamos el doble y a veces ni siquiera lo lográbamos.

Un jueves en la madrugada, mientras atendía a un gringo, la cabrona de Rosy entró al cuarto a gatas y lo jodió todo. Él estaba recostado en la cama y yo sentada encima de él, brinque y brinque, cuando vi que se abrió la puerta y se asomaron sus ojitos de cocodrilo. Traté de decirle con la mirada que se largara, pero ni siquiera me miró. Jaló los pantalones del tipo, le sacó el dinero de la cartera y los volvió a dejar en su lugar.

Cuando terminamos de coger, quise despacharlo lo antes posible, pero, antes de salir, sacó su cartera y cuando la encontró vacía se me fue encima a gritos. Fokin no sé qué, yu ratera, mai moni, dónde mai moni y yo, todavía encuerada, diciéndole que yo qué sé, que de

qué moni habla, pero nerviosa por la gritería que estaba formando. Él seguía necio, gritando que su moni y yo trataba de explicarle que sólo tenía lo que me había pagado y algo extra. Le vacié mi cartera y le mostré su dinero, pero no se contentó. Salió del cuarto directo a la recepción gritando de cosas y, para terminarla de joder, era el mismo Alberto el que se había quedado haciendo guardia.

No tardó ni dos minutos en llegar al cuarto, agarró mi bolsa sin decir nada, abrió mi cartera y le preguntó al gringo que cuánto era. For hondred dolars, le dijo él. Ahí sólo encontró los billetes con los que me había pagado, doscientos dólares extras y un poco de cristal. Sacó el dinero, se lo dio y le dijo que no hiciera más pedo, que eso le pasaba por andar de putañero, que se fuera y no estuviera armando desmadre. Ai col de polís, le dijo amenazándolo.

Yo pensé que ahí murió el pescado, pero nada, regresó Alberto y me sacó de patitas a la calle. Por mucho que le dije que alguien había entrado al cuarto a robarse el dinero mientras cogíamos no me hizo caso.

—Esta es una posada, no un nido de ratas. Te dejé pasar lo de los ministeriales por buena gente, pero no más. Te largas.

Para colmo, Rosy se quedó viendo la escena sentadita desde el otro lado del pasillo, fumando como si no se estuviera cayendo el mundo. De nada sirvió que le dijera que no mame, que cómo iba a dejar que me corrieran por su culpa.

—Ya lo escuchaste, si le digo que fui yo nos va a correr a las dos —me dijo tranquila.

Metí mis cosas en una maleta que dejé ahí en el cuarto, me chingué algo del cristal que teníamos para vender y me largué al parque que queda justo entre la calle Tercera y la Cuarta, indignada y con el estómago ardiendo. Ahí solían trabajar casi puros chavos, pero de vez en cuando algunas de nosotras, las que no tenían para pagar las cuotas, nos paseábamos buscando clientes.

Apenas me senté en la banca me solté a llorar. Los dólares que me quitó eran casi todo mi patrimonio, ¿qué iba a hacer? Me quedaba un poco en un calcetín, pero si acaso eran unos cincuenta dólares. El coraje me llenaba los pulmones de un aire pesado y podrido. Nomás que vuelva a verte, hija de la chingada. Te voy a arrancar las extensiones a mordidas y te voy a arrastrar hasta Alberto para que le digas quién es la pinche ratera aquí, quién es la argüendera que se la vive haciendo pedo por todo, quién es la que se mete clonazepam y lo cruza con cuanto alcohol le inviten los clientes para robarles hasta los zapatos y luego venderlos en el mercado. Le vas a explicar que si yo tengo mañas es por tus consejos y le vas a decir que lo de los ministeriales también fue culpa tuya. ¿Quién es la que se lleva de piquete de ombligo con el Cervantes, quién es la que se lo coge para que le perdone las deudas y le siga surtiendo? ¡Eh, cuéntale! Dile que la que se larga a dormir a la calle eres tú. Yo no me lo merezco, pendeja. Si lo único que he hecho es ser tu perrito faldero. Cuando te peleaste con Susy me quedé contigo y no te dije nada a pesar de que te merecías que alguien te jalara de los pelos por pasada de lanza, pero yo, tu pendeja, hizo como si nada hubiera pasado. Lo mismo con la señora Eva, te respeté tus decisiones. Y eso por no hablar de lo de la Malandra, el pinche susto que me llevé por tu culpa. En vez de irme por mi camino te ayudé a instalar todo en la posada y ¿así me pagas, cabrona? ¿Así me pagas?

Eso me pasa por haberme subido en ese camión y por no usar el dinero de la mercancía que le quitamos a Luis para comprar un pasaje y devolverme a mi casa a empezar a trabajar en otro comedor o en algún lugar tranquilo. Igual y hasta hubiera podido conseguir una buena chamba con el ex patrón de mi papá. Pero no, pendeja, tienes que ser loca y puta y andar llevándote con estas churpias que no hacen más que enviciarte. ¿Ahora qué vas a hacer? Dormir en la calle. ¿Qué tal que de esta ya de esta no te levantas?

Mejor voy a disculparme y me hago la pendeja para que cuando menos me deje dormir ahí esta noche. ¡Primero muerta! Qué voy a andar pidiéndole chichi a ese imbécil, ni quién lo necesite al hijo de la chingada. Si ya ves cómo es con todas, no es la primera vez que pasa, acuérdate de lo que te contó Alba. Hay que ser un cabrón para cobrarle a una mujer en esas circunstancias. Y luego por cuánto tiempo. No fue una noche que le clavó el diente, sino un mes, un pinche mes le estuvo cobrando el doble a la gringa que perdió su pasaporte y no podía regresarse a su país. ¿Tú crees que un tipo sin corazón va a perdonarte? Ni madres. ¿Para qué vas a rebajarte? Que se atragante. Tú mañana levantas cabeza, con un gringo que te encuentres tienes. Le bajas hasta los calzones y con eso te vas para el hotel Las Torres. Es más, de una vez, ahorita mismo vas a buscar un cliente.

Eso hice. Dos horas me estuve paseando por el parque sin que me miraran. Los tipos veían mi sombra y se cambiaban de banqueta. Era como si la gente oliera que andaba necesitada. Ganas no me faltaron de pedir caridad, pero el orgullo es un botón que Dios puso para reírse. Me regresé al parque y me acosté en una banca a cerrar los ojos, pero al ratito de eso llegó un policía a levantarme y decirme que aquello era un parque público, no una cama. Poquito me faltó para reventarle una cachetada al cabrón, pero no quería ir a La Veinte. Se quedó parado y no me quitó los ojos de encima hasta que empecé a caminar.

Rápido aprendí a reconocer en qué bancos no te molesta la policía y a esperar el cambio de turno de quien cuidaba la posada para colarme en los baños ayudada por Alba, que vivía ahí desde antes que nosotras. Ella me hacía el paro. Guardó la maleta con mi ropa y me ayudaba con lo que podía. El poco dinero que me sobraba me lo terminé durante el primer día. Estaba tan enojada que el

orgullo no me dejaba pedirle dinero a nadie. Yo misma me levanto, me decía.

No tener para pagar las cuotas de los bares me obligaba a trabajar caminando. Después de unas horas sin conseguir clientes estaba segura de que era mejor quedarme sentada esperando a que me cayera maná del cielo porque caminar era toparse con la policía a cada rato. No estaba acostumbrada a pasar tanto trabajo para encontrar a alguien. Y los pinches changos de los policías me chingaban el triple que cuando tenía dinero. Lo jodido te jala a lo jodido. Me agarraron en una de mis peregrinaciones para buscar a alguien y me llevaron a La Veinte.

Ahí no había más que hacer que esperar las horas de castigo y capotear el clima con el cristal que habían dejado otras compañeras. Estar adentro fue un alivio. Había cristal y unas piernas en las que recostar la cabeza. Entre compañeras nos cuidábamos. Después de varias veces de haber entrado ya había perdido el miedo. Las paredes cuando menos me resguardaban del parque, de las miradas de la gente, de la vergüenza de no tener donde dormir, donde cagar, donde lavarme los dientes.

Las horas allá dentro me arrastraron aún más hacia la calle. Generalmente salía hacia el lugar en el que estuviera durmiendo. Tomaba un poco de dinero, me compraba algo de comer y regresaba a bañarme y descansar para salir a trabajar por la noche. Daba igual si empezaba a las cinco de la tarde o a media noche. Siempre había algún cliente.

Esa vez, salir de La Veinte fue como amanecer en una ciudad nueva. No tenía ni dinero ni a dónde ir. Tuve que pedir unas monedas afuera de una miscelánea para poder pagarme un café que me diera fuerzas para volver a pie al parque. Se me había pasado el efecto del cristal y en el estómago me quedaba un pozo reseco, hambriento. Miraba a la gente caminar y sólo pensaba en lo que haría si tuviera fuerzas. Me iría a parar afuera de uno de los hoteles

o de un bar a buscar un cliente y lo convencería de comprar un poco de cristal para disfrutar la cogida. Pero los bares y los hoteles estaban lejos, no porque Tijuana fuera tan grande, sino porque caminar en el estado en el que me encontraba era como subir una loma de rodillas.

Me recosté en una banca y me quedé dormida con el sol quemándome de la cintura para abajo. Sentía el calor escupirme fuego, pero era tal el cansancio que preferí quedarme en esa banca que buscar otra. No sé cuánto tiempo pasó hasta que la macana de un policía golpeando el metal de la banca me despertó. De haber tenido una pistola, me cae que no la pensaba, pero la cuerpa la sentía pesada, como si mis nalgas estuvieran ancladas al piso. Me costaba trabajo abrir los ojos, quería desaparecer, descansar debajo de algo grande, de alguien grande, para que nadie me viera, para recuperar fuerzas.

Pensar en morir cuando estás tan cansada es un alivio. Cuando lo único que quieres es cerrar los ojos, no importa en dónde estás, no importa estar vomitada, ni que las tripas rechinen de hambre. Me valió madres el calor sofocante y seco, también la amenaza del policía. El sueño, después de tanto tiempo sin descansar, era un vacío que me jalaba las pestañas, era una angustia en el pecho que no me permitía gastar energía en nada que no fuera respirar. Con los ojos, le imploré al policía que me dejara en paz. No sé cómo me habrá visto que me dijo: duerme, chamaca, y se alejó chiflando.

A partir de ese momento, el tiempo se hizo chicloso. Los minutos y las horas se pegaban a los días convirtiéndose en un engrudo blanco, indistinguible. El hambre y las necesidades me recordaban que debía moverme, pero no encontraba ganas por ningún lado. El cristal, cuando menos, me anestesiaba. Aprendí a distinguir el momento justo antes de que terminara el efecto para tomar impulso, pedir dinero y comprarme un gansito y un refresco, así la transición a la sobriedad no era tan brusca.

La cuerpa se convirtió en mi mayor problema. En vez de que se pusiera al tiro y me diera energía para encontrar trabajo, fue al revés, me machacaba los ánimos con sus retortijones de tripa y me empujaba los párpados hacia abajo. La mayoría de los clientes que podía encontrar durante el día estaban paseando en el centro de la ciudad, pero ahí era difícil pasar desapercibida.

Por si eso fuera poco, el miedo empezó a habitarme como abeja africana. Me pasaba los momentos de sobriedad sentada afuera de una panadería cerca de la posada pidiéndole a la gente que me comprara un pan y un café aguado. La gente me miraba con mis vestidos de salir y se apiadaba de esa mujer flaca, con las uñas a medio pintar y el cabello hecho jirones. No sé ni por qué orbitaba la posada, me imagino que porque en esos momentos de incertidumbre una se arrima a lo que conoce. Creía que iba a encontrarme con alguna conocida que me levantara del suelo y me ofreciera una cama, pero las ciudades pequeñas tienen esa cosa extraña, cuando una persona se aleja, se alejan todos. Cualquier sombra era refugio, pero no había nubes. Las personas más empáticas eran los otros adictos; me era más fácil conseguir cristal que una comida completa. Era cuestión de arrimarse a los lugares que ya conocía y pedirle a alguien que estuviera fumando que me diera un jale. Con eso bastaba para soportar un poco más.

El paso de los días acentuaba la diferencia entre mi cuerpa y la de las demás. Mis vestidos parecían flotar libres, mis piernas se asomaban tímidas como astillas. Ya de por sí era flaca, con las tetas apenas crecidas por las hormonas y el culo metido. No podía estar más lejos de la estética buchona que dominaba la calle. En comparación con Rosy, era una lombriz con pezones. Trataba de no mirarme en el espejo cuando me bañaba en la posada porque la confianza que había ganado la perdía en un segundo. Me miraba y no veía más que al mismo chavo que salió de México con la única diferencia que ya casi no tenía que rasurarme. Tersada por las

hormonas, mi piel se había resecado con el cristal. Las marcas de las bancas en las que dormía se convertían en moretones que a veces sólo unas medias gruesas tapaban. Mi cuerpa imploraba cuidados, pero yo no sabía cómo dárselos.

El parque en el que ninguna de las compañeras quería trabajar se volvió mi casa. De ese lugar se contaban historias de niños y adolescentes, pero hay momentos en los que la vida te acorrala entre dos edificios que se van pegando el uno al otro. El hambre y la necesidad me fueron aplastando entre sus paredes y yo iba estirando el cuello hacia arriba para jalar el poco oxígeno que quedaba, para salvarme.

En esos largos siete días pasé de ser la Niña a ser la Flaca. En vez de Mónica me convertí en una flor reseca, en un pasto amarillo que no embellece ni una maceta. Pude haber sido un mapache, un payaso, un boceto borroneado. Los días que podía hacerme con algo de dinero era con diez dólares cuando más. Todo lo que tenía lo usaba para conseguir cristal. Cuando me acostaba sin haber fumado escuchaba mis tripas crujir. Toda yo era un abismo. Las necesidades de la cuerpa provocan vacíos que llenamos con sueño, con comida, pero cuando no tienes algo material para llenar esos huecos empiezas a llenarlos con ideas. Ahí mero fue cuando todo terminó de valer madres. El hambre la llené con ruegos, la sed con droga y el sueño con siestas.

Me hubiera podido quedar con alguna compañera, pero Rosy se encargó de divulgar que andaba en la calle porque le robé a un cliente en la posada, así que cuando me topaba con alguna, me hacían una mueca y se hacían las ocupadas. Sólo Alba me creyó. De no haber sido por ella no sé qué hubiera hecho.

Imaginaba todo tipo de escenarios catastróficos. Me imaginaba a Alba aventando mis cosas a la calle, teniendo que ir a robarme un carrito de súper para pasearme por todo Tijuana. Me veía durmiendo como una bebé gigante dentro del carrito, sin poder bañarme,

oliendo a viejo. Me imaginaba a la gente alejándose de mí por la peste. Quise entonces, por primera vez, regresarme a México y volver a ver a mi familia para tener una cama donde dormir. Ese pensamiento terminó de hundirme. Le pedí por favor, le rogué a un tipo que me diera droga, cualquiera, la que fuera. Me dio dos pases de cristal. Era del malo, se sentía al momento. No importa, cualquier cosa con tal de callar mi cabeza que no dejaba de mostrarme mi desgracia y un futuro convertido en una línea y un sonido, en una fosa sin cruz, en una cuerpa sin nombre.

La Niña

A partir de estar viviendo en la calle entendí que las cosas no pudieron haber sido diferentes y que ese pensamiento no servía más que para hacerme sufrir. Tuve entonces que aprender a tragarme mi propio vómito a lengüetazos de perra hambrienta y entendí, a punta de madrazos, que la cuerpa aguanta más de lo que una quisiera, que se puede andar con el culo roto y sangrado, y todavía quedan fuerzas para hacer como que no pasó nada.

Caminaba con los pies perdidos y dolor de cuerpo, mirando recelosa a los muchachitos medio adolescentes que trabajaban en ese parque. Por eso a las trans no nos gustaba habitarlo, sabíamos que el tipo de hombre que los buscaba era bueno para detectar el olor que desprende un cuello cuando está frágil.

Eran las diez, o las once, o la una, cuando se frenó delante mío una camioneta de lujo, alta, negra y brillante, con los cristales abajo. Del tipo sólo podía ver su camisa abierta que resaltaba sobre la piel anaranjada de los asientos y la cruz de oro con brillantes incrustados que le colgaba del cuello y reflejaba las luces que venían en sentido contrario.

Cuando me volví puta me enteré de muchas cosas, aprendí a alzar las orejas y entender lo que se dice entre líneas, con quién sí y con quién no, qué tipo de hombres son los que hacen tal cosa. Fui aprendiendo a tratar con el cliente, a negociar el condón, a ponerme borracha y seguir alerta; a meterme cristal y coger por dinero. Fui

agarrándole el gusto, pero cada maña que aprendí se convirtió en una herida.

Las trans y las putas llevamos los saberes en la cuerpa y mi cuerpa, por un lado, estaba luchando por un espacio en el mundo y, por el otro, sin querer y sin saberlo, fui bajando por el caño de la sociedad hasta llegar al fondo. Todo el mundo habla del fondo, pero pocos lo conocen. Yo, en sólo una semana, descendí por esas escaleras frías y abandonadas a la buena de Dios hasta volverme una apestada que vive en la calle.

Me preguntó que cuánto, le dije que veinte dólares y me subí más embelesada por tanto lujo que pendiente de lo que una puta tiene que estar pendiente. No fue hasta que me di cuenta de que estaba agarrando hacia la carretera que sube para las playas que empecé a sentir las uñas del miedo tocándome por la espalda, como una persona que te dice, shhh, oye, tú, ¿estás segura de lo que estás haciendo?

El tipo traía una mariconera cruzada en el pecho. No es nada, me dije tranquilizándome porque en la tierra del narco el que no lo es lo aparenta. Además, parecía un tipo alegre cantando con su voz desafinada g*rabé en la penca de un maguey tu nombre, unido al mío, entrelazados. Como una prueba de la ley del monte.*

—Dime, mi amor. ¿Cómo estuvo el día? —le pregunté para hacerle plática.

—Bastante bien —me dijo con el aliento a alcohol y la voz tranquila.

Aproveché su buen humor para levantar una botella de tequila que había rodado entre mis pies y le dije salud para darme valor. No terminé de empinármela cuando el cabrón me la arrebató como si le hubiera quitado su cadena y me dijo que no me equivocara, que él y yo no éramos iguales, que ese tequila era fino: fino y suyo.

—Tranquilo, mi vida. Todo está bien —le dije.

Eso ya tampoco le gustó.

—¿Qué son esos modales? Las cosas se piden, niña.

Niña, niña. Por eso me levantaste cabrón, porque soy una niña. Pero no dije nada, me quedé callada pensando en que sí, era una niña. Esperé que lo del tequila hubiera sido una broma, pero nunca se desdijo. Al revés, le cambió el semblante, se puso serio, dejó de cantar y clavó los ojos en el camino. Se le veía que estaba pensando cosas, como si de repente se acordara de algo. Subí la mano izquierda para acercarla a él, para hacerle alguna caricia que tranquilizara el ambiente, pero no dejó que lo tocara, quitó su mano y la puso en el volante.

Ahí fue que empecé a pensar en lo peor. No me atreví a preguntarle a dónde íbamos porque ya sabía que íbamos hacia las playas y en las playas hay dos cosas: casas de millonarios y una oscuridad culera que ni acobija ni enternece. Con su actitud me estaba dejando claro que, por veinte dólares, se la iba a mamar y me iba a coger como te cogen los cabrones que contratan a las putas para sacarse la ponzoña. Ya me había tocado algún cabrón hostil, pero sobre todo me habían hablado de ellos. Son tipos a los que les gusta dominar para marcar terreno, hombres que se montan su película de narcos importantes y pagan por hacer todo lo que no pueden hacer con sus mujeres.

Ten cuidado con esos, me dijo algún día Eva. En medio de todo este circo de narcos y matones estamos las putas. Con nosotras van probando qué tanto dolor aguanta una mujer antes de llorar. Somos sus muñequitas de vudú por un rato, el depositario de su semen; somos las que tienen que aguantarse el meco en la boca por cinco dólares extra, somos las pieles que a ellos les gusta mallugar, las que ellos saben que nadie va a reclamar. Somos una carne que no empata con sus papeles, la cara que no corresponde con el nombre. Y los hombres no son pendejos, sólo son malditos, así es que ten cuidado y levanta las antenas: para cuando te enseñan el cuero ya le viste las costuras al peluche, ya es muy tarde.

Eso sí, las putas tenemos que seguir actuando hasta el último momento. No podemos salir corriendo, no podemos ponerlo nervioso ni gritar cuando no hay gente cerca porque no queremos que se erice.

Le dije lo que se les dice a todos los clientes, que el pago es por anticipado. Se rio con una sonrisa fingida y me dijo que no me iba a pagar hasta comprobar si aguantaba vara, que el pago no se exige, se gana.

Se fueron quedando atrás las luces de Tijuana y, con ellas, mis amigas. Ya ahí no había quien me conociera. De frente sólo se veía el asfalto alumbrado por las luces de la troca y la negrura. Mis uñas iban prensadas a la piel del asiento. Las enterraba como venganza, igual y la siguiente mujer que se sentara en esa camioneta se daba cuenta de las marcas a tiempo y podía bajarse o negociar que fueran a un hotel para intentar escapar. Inyectaba mis uñas por ellas, por las que sé que venían, por las otras niñas y para aguantar el miedo.

Cuando encontraron a la niña ya no tenía uñas, pensé.

Quedaban escasos cinco minutos para llegar a las playas. Cinco minutos envuelta en ese silencio de cabina hermética. Cinco minutos para idear algo, quizás abrir la puerta y tirarme, quizás romperle en la cabeza la botella que me arrebató y tirármele al cuello a morderle la yugular. Quizás decirle algo que le devolviera el buen humor, pero qué. Todavía tenía la esperanza de que fuéramos a una casa. Cuando se pasó la entrada, supe que no era así.

A la niña la enterraron en la arena y la desenterró el tiempo.

Se estacionó en el parqueadero más lejano, en el que la luz no llega si no hay luna llena y me dijo: bájate, princesa. Ya llegamos a mi fiesta.

Me bajé y pensé tantas cosas que nunca entendí cómo el tiempo puede alargarse tanto. Pensé en vomitarme encima, en echarme a correr, en entrar al mar y perderme en el agua, a pesar de que no

sabía nadar. Rosy era la única persona que podría contactar a mi familia para avisarles de mí, pero peleadas no iba a buscarme nunca. De nada servía pensar en eso, pero aun así pensaba en eso. En qué más podía pensar si la intención era no sentir, no dejar que mis esfínteres me traicionaran. Sentir era dejarme llevar por mi cuerpa que quería correr despavorida aun si sonaban dos tiros y caía en la arena mientras las olas, así como son ellas de valemadristas, me saltaban por encima.

A la niña la encontraron con el cuerpo hinchado de agua.

Me bajé y emparejé mis pasos a los de él como si fuéramos dos jóvenes de diecisiete años a punto de consumar su amor y no dije nada. No hice nada más que caminar hasta que el tipo me dejó que me adelantara, se pegó a mi espalda y cruzó su mano peluda alrededor de mi cuello y me dijo, ahora sí, chiquita, vas a sentir el rigor. Apreté los dientes tanto que los escuché crujir. Él se desabrochó los jeans con la otra mano y me levantó el vestido. Yo grité para que me aflojara, pero el cabrón apretó más duro.

Sentía la cabeza caliente, la sangre acumulada. Sentía que me ponía primero colorada y luego morada y entendí que si había una posibilidad de no morir era por no volver a gritar, por sentir su verga picarme el culo como si fuera un cuchillo que quiere entrar a empujones, como si quisiera abrirme otro ano a un costado del mío, y no decir nada. Sus empellones dolían porque el cabrón estaba excitado y la tenía bien tiesa. Dolían porque el oxígeno me faltaba y él seguía sin atinarle. Pensé en ayudarlo y me dije, vas, no alargues la agonía, que si fuera por él va a seguir clavándote hasta que te entre y cuando ya no podía concentrarme en ayudarlo porque sentía que me desmayaba, entró. Entró como entra el dedo gordo a la nariz, entró destrozando lo que había allá adentro, desgarrándome, abriéndome mucho más de lo que podía abrirse un culo retraído por el miedo.

Él también sintió que entró y parece que eso le hizo aflojar la mano de mi cuello. Jalé todo el aire de esa playa que entró a mis pulmones dejando al mar sin oxígeno, pero ni el alivio de saber que podía respirar logró apaciguar el dolor que yo sentí cuando entró y se quedó ahí alojado, moviéndose de atrás para adelante como quien fuerza una polea en la que ya no hay aceite, sino puro metal contra metal sacando rebaba de metal.

Más adentro, más profundo, más afuera, más profundo.

El dolor me subió por la columna vertebral y me dejó la cuerpa partida con una grieta que se fue haciendo grande cada vez que volvía a sumirse dentro de mí y yo seguía con los dientes apretados unos contra otros, pero ellos tampoco aguantaron la fuerza de mis mandíbulas y empezaron a ceder, a aflojarse, a quebrarse desde la superficie hacia las raíces que también empezaron a quejarse prendiendo todas las alarmas de mis nervios que parecían un manojo de perejil negro, echado a perder, que alguien estuviera apretando con saña. El dolor era tan fuerte que en algún momento dejé de sentirlo. Mi cuerpa se apendejó y pasó al otro lado, cruzó una frontera que nadie debería de cruzar, pasó de Tijuana a San Diego de un brinco en el que sentí que mis huesos tronaron como ramas secas, que mis ojos estaban por salirse a pedir ayuda, que mis manos se enroscaron tanto en sí mismas que las uñas me abrieron las palmas y por esos huecos empezaron a entrar mis dedos como creciendo hacia adentro.

La niña no tuvo a dónde ir y desapareció en sí misma.

Fue la sangre de mi propio ano la que dijo basta y empezó a chorrearse para lubricar aquello y que la masacre no fuera más sádica. Él seguía empujando. Cada empellón otro centímetro.

Más adentro, más profundo, más afuera, más profundo.

Empecé a escucharlo gemir porque había agarrado ritmo. No sé cuánto tiempo estuve en coma en esa playa; con ese cabrón tomándome del cuello, con las piernas abiertas a la altura de los

hombros, temblando. No tengo idea de cuánto puede aguantar la cuerpa, pero sé que es mucho y yo, honestamente, hubiera preferido que fuera menos.

El tipo siguió arremetiendo contra mí en medio de ese silencio en el que sólo resaltaban los gemidos que salían de su boca como aguijones y el vaivén de su carne dentro de mi carne rasgada. Sus gemidos eran lenguas dobles y seseantes, augurios oscuros, eran cuervos grises y los sonidos del mar no eran otra cosa que los chiflidos de un testigo que mira hacia otro lado.

Siguió jadeando como animal cansado hasta que me inyectó su ponzoña como esas serpientes que te tienen presa, asfixiada, a punto de muerte, pero aun así deciden clavar sus colmillos en tu cadáver. Han de experimentar placer al sentir cómo se te revienta la piel debajo de sus dientes, han de sentir rico cuando su veneno les corre por los colmillos y te deja inmóvil, han de deleitarse y revolcarse en su puto gozo cuando tu cuerpa ya no opone resistencia. Han de darte ese último empellón largo y marcarte como a su ganado. Y han de quedarse saboreando su baba al sacudirse dentro de ti esas últimas gotas para luego sacar la espada a la velocidad que más duele sin ni siquiera mirarte y decirte, como ese cabrón me dijo a mí, que soy una puerca, que lo llené todo de sangre, y que empezara a caminar si no quería quedarme a dormir en la playa.

A la niña la encontraron inconsciente.

Por puros reflejos me llevé la mano al culo y lo sentí caliente, mojado de sangre. Me miré la mano, que me temblaba igual que las piernas, roja de sangre fresca, roja y llorosa, roja jardín de uva machucada, roja rastrillo, roja cuchillo, roja rasguño, roja canijo; roja dolor con rastros de su semen blanco vuelto rosa, vuelto muerte. También pensé en quedarme ahí, pero sólo de ver el agua salada me ardió más la herida. Sólo de saber que no eran ni las dos de la mañana y que por ahí no se pasea ni el viento y yo tuviera que

aguantarme ese dolor tirada en la playa hasta la mañana me dio fuerzas para querer subirme al coche con mi violador.

Hay lugares a los que ya no llega el diccionario, hay palabras que no existen. Hay dolores innombrables, hay humillaciones que sobrepasan cualquier explicación; hay todavía ácidos más corrosivos que la lejía, pólvoras que no sólo vuelan montes, sino ganas de vivir, pólvoras que te arrebatan el alma y la ponen a secar a la intemperie hasta que de tan seca se quiebra con cualquier mirada y se esparce hecha cachitos, vuelta migajas de cosa seca. Y en ese lugar, tan yermo, tan falto de agua, tan raquítico de aire y de sol y de luna, es en donde estamos las violadas. Ahí, en medio de tanta falta de todo, tenemos que tragar, que masticar, que levantarnos y seguir.

Traté de caminar, por Diosito santo y por mi jefecita que es lo que más quiero en este mundo, que traté de caminar, pero aquello se debe de decir diferente. Traté de moverme lo más rápido que pude porque sabía que, cuando menos, si me acercaba a la ciudad, alguien se podría apiadar de una puta llena de sangre y semen goteándole entre las piernas, y me subiría a su coche para llevarme al hospital a pesar de que no traía ni un centavo en la cartera. Llegué a ese coche como quien llega a la villa de rodillas desde un pueblo lejano y cuando me subí, como Dios me dio a entender, con todos los montoncitos de fe que logré juntar en el camino, el tipo me advirtió que me mantuviera separada del asiento con las manos porque se lo iba a manchar todo de sangre. Me levanté con mis dos manos que temblaban como tiembla un enfermo de temblores y me estuve así hasta que el tipo me dijo, sabes qué, mejor bájate que me vas a hacer un asco el coche.

La niña entendió entonces lo que es sobrevivir.

El enviado

Pasaron varios días para que el culo dejara de punzarme como si tuviera un corazón propio. Alba me abrazó con sus alas largas y me encerró en su cuarto sobornando al tipo que cuidaba la posada. Ella no me daba el cristal que pedía mi cuerpa, me daba caldo, agua, refresco, cariños. Pasé varios días ahí. Me bañaba a las dos o tres de la madrugada para que nadie notara mi presencia y volvía a la cama como si fuera un cuarto hospital.

Poco a poco empecé a sentirme mejor. Los temblores que me provocaban el miedo y la necesidad de cristal me los bajaba con un poco de merca. La comida y el cariño de Alba, la droga y la pobreza fueron las razones por las que tuve la energía de volver a la calle. Una de esas tardes, como si Dios quisiera por fin mostrárseme, se me prendió el foco y le dije que me llevara a La Milagrosa para ver si la Virgen me echaba una mano.

Llegamos temprano, a eso de las diez de la noche ya estábamos sentadas buscando con los ojos a algún migrante que le tuviera miedo a la soledad. Aquella vez me senté en la barra, justo frente a la imagen. Me disculpé con Alba y me puse a hablarle a la Virgen como si fuera mi comadre. Ya había empezado a mirar a Malverde con ganas de que fuera mi santo, pero sin casa no había imagen y, sin imagen, la fe cojea.

—Ándale, mija, no seas mala y hazme un milagrito, mándame a alguien. Tú sabes que yo nunca pido, que todo me lo resuelvo yo

misma, pero ahora sí estoy en la mierda y necesito ayuda. Te prometo que me vuelvo devota tuya, Virgencita, pero ayúdame. Mira cómo ando, toda decaída, ojerosa y flaca. No voy a explicarte lo que tú ya sabes, así es que si tus ojos son piadosos, dame una mano. Hazlo cuando menos por mi jefecita, que siempre se ha arrimado a ti y a los tuyos. Ándale, no seas mala. Ayúdame. Sólo esta vez.

Pues aunque ustedes no lo crean, a eso de las once de la noche, entró el enviado, vestido con un pantalón de mezclilla, unas botas y una camisa blanca. Traía un collar con una cruz de oro y una esclava de plata. Era más chaparrito que yo, pero estaba fuerte el condenado. Tenía el abdomen y los brazos macizos. Apenas lo vi entrar le clavé los ojos para que supiera que esa carne tenía pretendienta. Me sonrió, pidió un tequila y me llamó con dos dedos.

—Me llamo Marcos —me dijo.

—Dime, mi vida, ¿qué se te ofrece?

—Que me acompañes, chula —me dijo.

—Para eso me pinto sola.

Me senté a su lado y esperé a que me ofreciera un trago. Me platicó que era de Oaxaca. Lo acababan de deportar hacía unos días. Llevaba trabajando en San Diego desde hacía ocho años. Antes de eso había vivido en Nueva York con uno de sus primos, pero sólo aguantó un invierno.

—Yo soy un tipo de calor, mi chula. Si me quedaba tan arriba me moría de frío o de tristeza.

Era risueño y estaba falto de cariño. Dice que empezó cortando verdura en un restaurante de comida hindú y se fue volviendo bueno de puro mirar. Ya en San Diego hasta llegó a ser chef de un restaurante. Me explicó por qué no había regularizado sus papeles, pero ya para ese entonces le había perdido la pista. Estaba más pendiente en ahuyentar a las otras moscas que en aprenderme su biografía. Apenas terminó el yerbatero de darle su bendición, le dije que nos fuéramos a empiernar para recordarle lo bueno de su tierra.

Le chupé hasta los huesitos y él, en agradecimiento, me ofreció que nos quedáramos juntos una semana, mientras volvía a cruzar la frontera. Así empezó mi amor por los frutos de las tierras oaxaqueñas y mi devoción por la Virgen, que la mera neta me duró hasta el día siguiente que me llevó a la iglesia para pedir por los dos.

Las iglesias en Tijuana nada más las había visto al pasar. Sabía de una que quedaba cerca del hotel. No era tan grande, era más bien una parroquia de techos medios y a dos aguas. Al centro estaba el púlpito y detrás de él, entre dos telas largas y blancas, la imagen de Jesús. Yo fui caminando como la sombra de Marcos. Me persigné cuando él lo hizo y caminé a su lado como si fuera igual de devota que él. Me iba a venir bien agradecerle a la Virgen el favorcito.

El padre, que iba saliendo de atrás de una de las telas mientras nosotros nos acercábamos a las primeras filas, nos interceptó.

—Bienvenidos a la casa del señor —nos dijo con una voz aguardentosa que parecía de tres días de fiesta.

Él le agradeció, lo saludó muy respetuosamente y, mientras ellos estaban en su protocolo, yo clarito distinguí la mirada del padre desviándose hacia mí. Sus ojos juzgones se pasearon por mi vestido negro y pegadito, por las plataformas amarillas en mis pies y por mi cuerpo flaco como si lo acariciara. Me sentí incómoda. Me bajé el vestido con las dos manos y me fui a hincar mientras ellos dos se quedaron hablando.

El padre, de vez en cuando, volteaba a mirarme como si quisiera increparme por ir así vestida. Igual y tenía razón, con qué cara iba yo a la casa de Dios si en ese lugar nos miran con recelo y lujuria, con esa mirada de doble filo que te corta cuando entra y cuando sale, cuando te cuestionas si los hijos del Señor somos todos o sólo los que lo obedecen. Si tuve dudas de ser o no invitada a las iglesias, ese padre me lo dejó bien clarito.

Ya desde pequeña me había dado cuenta de que yo no cabía en ese lugar. Ni como maricón, ni como mujer trans, ni mucho menos

como puta. A su modo de ver somos las que quebrantan los matrimonios, las que seducen, las que fascinan, encantan, cautivan; somos las arrastradas, las hipnotistas, las serpientes, las víboras, las meretrices, las puercas, rameras, furcias, fulanas, cortesanas, coimas, pelanduscas, las busconas, las mantenidas; y en singular, pervertida, viciosa, golfa, mujerzuela, zorra, piruja, guarra, calienta huevos. Somos la escort, la gorrona, la halconera, la madama, la mozcorra, suripanta, zorrupia, bastarda, la jornalera, la Bim Bam Bum, diría Pedrito. Hasta duelen los hombros de andar cargando tanto cartelito.

Afuera de la iglesia ni pensaba en eso, pero apenas me hinqué todos mis pecados me rondaron la cabeza como si el mismo Dios me pasara la película de mi vida. El padre hablaba con el hombre y me miraba a mí. Su mirada se iba afilando hasta que la sentía agujerándome el vestido, el cabello falso, las tetas. A su modo de ver somos justamente eso, las que atraen con sus malos modos, las que utilizan sus poderes de hechiceras para que los hombres, todos fieles por naturaleza, devotos y entregados a sus esposas y a sus familias, se fijen en nosotras y se quiebre el endeble vidrio de la familia normal, dictada por nuestro Señor todopoderoso. Somos nosotras las cuscas, las casquivanas, las ojo alegre, las ligeras de todo lo que se puede ser ligera; somos el pecado y la culpa.

El padre no era responsable, era yo la que lo seducía. Él simplemente era carne y la carne es débil. Si yo hubiera sido Marcos le devolvía la cabeza a su lugar de un putazo por andar de mirón. Pero los creyentes son así, confiados.

Hubo un momento en que casi me paro a preguntarle si necesitaba algún servicio, pero para qué, no había necesidad de molestar a mi enviado. Además, yo estaba contenta. Después de tantos días sufriendo no iba a venir un padrecito a joderme el humor.

Cuando terminaron de hablar el padre se enfiló hacia mí y yo cerré los ojos como si rezara y me puse a pensar en pendejadas mientras sentía que me arañaba con su mirada.

—Bienvenida a la casa de Dios —dijo pegando su sotana a mi cuerpo.

Me dijo que podía ir a visitarlo cuando quisiera, que él sabía que Dios iba a poder ayudarme y que era importante redimirme. Le agradecí y le pedí que me dejara rezar a solas, pero a la hora de la hora, en vez de agradecerle a la Virgen, me puse a cuestionarme si no era que Dios mismo me mandó todas esas dificultades por elegir el camino de Magdalena, la muchacha que sedujo nada más y nada menos que a su chavo.

Luego luego pensé en Jesús, que no sólo perdonó a María Magdalena, sino que quizás hasta se la comió. No digo que hubiera sido una cogida muy sabrosa, muy disfrutable, muy sexosa, muy carnal, sino quizás un besito, un arrumaco, una sobadita. Porque, a ver, yo entiendo que Jesús era Jesús, pero bajó con forma de humano y los placeres de la carne son duros. Si una persona normal, a la semana de no sacarse el veneno y la ponzoña, ya se anda rasgando las vestiduras, imagínense los curas y los padres. Pues lo mismo Jesús, digo yo. Alguna canción les habrá dedicado a las mujeres que pasaron por su vida. Alguna vez, en alguna taberna de ese entonces, escuchó una melodía que le movió el tapete y lo hizo pensar en cosas impuras y su verga, que habrá sido de mármol de carrara o de jade, lapislázuli, zafiro, rubí, aguamarina, amatista, ópalo, topacio, piedra de luna, perla, concha nácar, o de alguna piedra luminosa que se enciende al activarse, se le habrá puesto como brazo de albañil. Y eso sí, que no sólo yo y las putas, sino cualquier persona sabe lo que un hombre es capaz de hacer cuando los huevos se le ponen azules.

—Nos vamos —me interrumpió Marcos.

Creo que esa fue la última vez que me apersoné en una iglesia. Cuando salimos de ahí se le veía contento. Me dijo que mientras lo dejara durmiendo, por las noches podía salir a trabajar para hacerme de un dinero extra. Esa es mi bestia, dije, y agarré pasaje.

A leguas se le veía que no le gustaba estar solo. Mientras estuviera despierto quería estar hablando. Se la pasaba contándome de su familia, de la vida que dejó. Eran cinco hermanos y sus papás. Cada semana que hablaba con ellos le decían lo mismo: ya regrésate, mijo. ¿De qué nos sirve el dinero que nos mandas si no te vemos ni lo usamos para compartir?

A mí me decía que por él se regresaba, pero que el dinero es una cosa rara que una vez que empiezas a tenerlo no quieres dejarlo.

—Me da miedo desacostumbrarme a la vida de allá. Quieras o no tengo lo mío, me compro mis cosas, tengo suficiente para salir a tomar con mis amigos cuando quiera sin preocuparme de nada. Amás, aquí entre nos, ¿qué voy a hacer yo allá en Oaxaca, chula? Mi familia no vive en la ciudad y allá en mi pueblo no hay ni un méndigo restaurante en el que contratarme. Yo quiero mucho a mis papás, pero ya encontré mi vida en el gabacho. A ellos siempre les digo que me quedo un año más, porque prefiero que vivan con esperanza que arrancarles esa luz. Yo sé lo que es vivir sin tener nada hacia lo que mirar. Así era mi vida antes de irme. Veía aquellos campos llenos de árboles y cosecha y quería salir corriendo hasta topar con un edificio. Veía la ciudad en las novelas o el gabacho en las películas que salían en el Canal 5 y aborrecía mi vida. Puro campo, puro verde, puro polvo, pura tierra.

—¿Y por qué no, ya que estás de este lado, te vas a pasar unos meses con ellos y luego te regresas?

—Ya me conozco, chula, si vuelvo, me quedo y no quiero. Prefiero que sigan intentando sacarse una visa para ir a verme.

Pues quién era yo para tratar de convencerlo de ver a sus papás como si fueran mis tíos. A mí qué, si yo estaba en lo mismo, lejos y

echando para adelante. Lo único malo que tenía ese hombre era que no le gustaba el cristal, pero le gustaba yo, así es que de vez en cuando me hacía un regalito y le daba unas fumadas para no dejarme sola. Yo con poder fumar, encontrar donde dormir y volver a tener un poco de dinero me sentía que lo malo había pasado.

Pues cómo no, si con él hable y hable y yo fume y fume ni tiempo tenía para pensar en mi situación. El golpe vino cuando se fue. Me dejó pagada una semana de hotel y con eso, más el dinero que me hice en esos días, fue que pude salir del hueco. Pero de todas formas me sentía rara, sola y cansada. Yo calculo que me quedé a vivir en ese hotel como tres semanas en las que salía a trabajar, fumaba y dormía. Chance estaba deprimida, chance ya no producía químicos para sonreír. Quién sabe. Lo que sí sé es cómo me veía en el espejo. La boca se me volvió una línea y los ojos un bache, las manos unas pinzas y las piernas un bastón.

Así bajoneada fue que me topé de nuevo a la Rosy. Ya para esas fechas estaba peor que yo. La habían corrido de la posada y nadie quería hablar con ella. La encontré en el mismo parque que se volvió mi punto. La vi sentada debajo de un árbol comiéndose una naranja con la boca toda sucia y los dedos mugrientos, con el rímel corrido y una bolsa negra de basura con sus cosas. Yo no tengo estómago para ver a una amiga así. Al fin y al cabo Rosy era mi mamá postiza y por muchas mamadas que te haga la familia una no debe desconocerla.

Me le acerqué recelosa, caminando lento. Ella nomás levantó la cara y me alzó las pestañas. Me senté sin decir nada. Ella tampoco habló, sólo arrancó el último gajo de la naranja y me lo dio.

Caminamos juntas hacia el hotel. Le ofrecí cinco dólares extra por noche al de la recepción para que se hiciera de la vista gorda y listo. Los primeros días ni siquiera salió del cuarto, se quedaba en la cama todo el día mirando al techo. Yo no sabía qué hacer con ella, pero

como todavía no la había perdonado la dejé que escarmentara. Se levantaba a asomar su cara por la ventanita que estaba en el baño y fumaba marihuana para volver a sentarse en la cama a prender la televisión y mirar cualquier programa. Creo que ni siquiera se tomaba la molestia de cambiar el canal. Por mí mejor, yo salía a trabajar y no tenía que preocuparme porque se pusiera a hacer de las suyas y me echara a perder la vida. Intuía que se estaba metiendo algo más fuerte, pero no quería ni saber. Rosy, en la calle, teniendo contacto con clientes, era un peligro para mí y para ella. Mejor así, apendejada y mirando la tele.

Fue un mes que estuvimos ahí las dos juntas hasta que un día, sabrá Dios por qué, se levantó de la cama y volvió a ser Rosy. Empezó a sermonearme, a decirme que debería de empezar a vender para hacer más dinero, que la putería estaba bien para lo mínimo, pero no daba extra y una siempre necesita extra.

—¿O qué, te vas a quedar como pájara flaca toda la vida? No, mai lob, ya sabes lo que a los clientes les gusta. Aprovecha que estás joven para arreglarte.

—Mejor te hubieras quedado babeando, cabrona. Si te levantaste para joderme la vida yo misma te consigo de esa madre que te estabas metiendo y te quedas tranquilita.

—Isy, isy, no te alebrestes, mai lob. Ya no te digo nada.

Rama chueca no corrige. Empezó a vender en el cuarto y a cambiar vicio por sexo hasta que el del hotel se cansó y nos mandó directito a la chingada con efecto inmediato.

Así fue como llegamos a vivir a La Jungla.

La Jungla

La Jungla era el colmo de la mala vida, era un terreno, no puedo decir en qué parte de Tijuana, al que se entraba por el costado de una casa abandonada a la que la maleza había engullido desde hacía rato. El tapete de pasto y arbustos había levantado el piso medio metro. Y las ramas salían de las paredes de aquellas construcciones como si quisieran liberarse de las fuerzas que habían tomado el lugar. Los árboles estaban cubiertos por enredaderas que creaban paredes falsas, divisiones verdes, biombos de flores y hojas secas. La propia naturaleza quería huir de ella, pero lo único que podía hacer era multiplicarse hasta revestirse de sí misma. Entrar a La Jungla era desaparecer por el hueco de un árbol.

Tenías que caminar con cuidado y de todas maneras pisabas botellas, cajetillas, condones, bolsas, latas, basura, plantas y frutas vueltas composta. Lo que no querías pisar era algo blando y que crujiera. De tanta basura las especies que ahí crecían eran cada vez más oscuras, de un verde botella sucio, acumulado de mierda. Las hojas secas tomaban una coloración cadáver de tono ocre. Olía a fruta putrefacta, a cuerpo fermentado, olía a cicatriz queloide, a herida abierta, a mosca, olía a cloaca y bosque, olía a La Jungla. Aun así, el lugar era más interesante por su fauna que por su flora, era la cueva en la que se escondían los peores de todo Tijuana y por los peores no me refiero a los capos, a los dueños de la droga y el negocio, sino a los que ya no podían vivir en la ciudad porque los

mataban. Ahí vivían los buscados que no tenían dinero para moverse de un lado para el otro. Ahí vivían, tranquilitos, todos aquellos a los que ya sólo les quedaba esperar al destino.

Vueltas que da la vida, Rosy tuvo que hablar con la Malandra para que su mamá nos recibiera en su casa. Hay que vivir en esos lugares para entender que cuando los círculos se van cerrando, que cuando la sociedad te va empujando hacia afuera, el ser humano se enrosca en sí mismo y empieza a vivir con aquellos a quienes odia. Ahí todos eran tus amigos y tus confidentes hasta el momento que dejaban de serlo. Ese momento se quedaba latiendo como posibilidad, como punzada en herida abierta, pero había que seguir. Tijuana podía ser culera, pero ante La Jungla era simplemente una ciudad con bares y esquinas y parques y hoteles en la que las trans, las putas, los malandros, los capos, los que venden y los que compran, los que pican y los que muerden, eran sólo una partecita de un todo más grande. En La Jungla no había nada más que los huesitos hervidos de la sociedad, ahí sólo llegaba quien ya no encontraba sitio ni en la calle. Ahí vivía lo último de lo penado. Tanto así que la policía ni tocaba ese lugar. Ahí la ley no se acercaba porque ya dije que su trabajo era mantenernos fuera de las calles, no reformarnos ni encontrar una forma de integrar a la sociedad a todo aquello que la iglesia niega.

Pero ahí adentro se creía más en Dios que en el Vaticano, ahí había de santos como en el cielo. Jesús chupaba con Malverde y con la Santa Muerte como conviven tres compadres. En ese paraíso no había Judas, ni diablo, ni amenazas de infierno. Era el lugar más católico en el que yo había estado. Ahí todos rezaban, todos agradecían un pedazo de pan, todos se iban a dormir rogando favores a cambio de sacrificios. Ahí nadie tocaba a nadie. Araña no muerde araña. Pero había que tener estómago porque la bienvenida nunca era agradable.

Todas las construcciones eran de lámina y estaban levantadas a berrinche de quien no sabe construir y necesita un techo. Sólo había una casa terminada, la de la Halcona. Cualquier cosa que destacara del piso estaba hecha de materiales viejos y sucios. La casa en la que vivíamos no era diferente. El piso de cemento estaba chicloso, aunque le pasaras el trapeador y el mechudo no se le quitaba la capa de mugre. El frío y el calor se sentían más fuerte dentro de la casa que a la intemperie y la única ventana era la puerta que, por obvias razones, se mantenía cerrada. La taza del escusado no tenía tapa y apenas le caía agua. Había que jalarle con una cubeta roja que poníamos al lado y llenábamos con la misma agua con la que nos lavábamos las manos. Esa cubeta era el color más lindo de todo el lugar. Fueron muchas las veces que tuvimos que salir a cagar entre las ropas de cama colgadas en la parte de atrás de la casa. La Jungla estaba llena de fosas sépticas improvisadas, llena de agujeros cubiertos con hojas. Por eso había que arrastrar los pies.

La cocina era una estufa hechiza en la que lo que cocinaras sabía seco. Por lo general, el desayuno eran unos huevos embarrados de frijol. Se comía parada o sentada en la cama, siempre sola. El lugar era tan oscuro que te arrebataba las ganas de comer. Todos en La Jungla estaban flacos. De tomar había sobras de refresco caliente. El refrigerador era una puerta descompuesta que guardaba, pero no enfriaba. Todo en La Jungla se echaba a perder rápido, los minutos allá adentro se aceleraban.

Yo intentaba entrar solamente a dormir e irme apenas abría los ojos. Salía y entraba mirando al piso no sólo para no pisar en falso sino para no cruzar miradas. Conocía bien las reglas del lugar aun antes de entrar. De La Jungla se hablaba a cuchicheos en los barrios más pobres de Tijuana. Los chismes se regaban como una humedad que no se sabe dónde empieza y va pudriendo lo que encuentra a su paso. Los oídos se te hacían chicharrón después de escuchar las

historias. Incluso la gente que no tenía nada hablaba de él con desprecio.

El ambiente era como un monte recién calcinado. Estar ahí adentro era sentir que algo terrible había pasado, que a unos metros de ti una persona había sido enterrada, quizás viva. Una criatura poco amistosa vivía en el subsuelo y de vez en cuando sacaba su lengua para acariciarte los pies a chupetones. Daba ñáñaras mirar las casas. No porque fuesen humildes sino porque parecían contenedores de secretos malditos. Podías estar seguro de que detrás de cada puerta había una historia. Un robo sangriento, un asesinato, un secuestro. Ahí todos se dedicaban a quitarle las costras a la sociedad cuando la herida seguía abierta.

El pase usted me lo dio la mamá de la Malandra, pero la bienvenida me la dio un chavo alto, flaco y pelirrojo. Un güero de rancho al que le decían el Canela. Nos topamos afuera de uno de los dos bares que estaban en la carretera más cercana a La Jungla. A esos lugares sólo iban quienes vivían ahí adentro. La mayoría, como yo, lo que quería era pasar el tiempo fuera de aquel lugar.

Lo de nosotros fue amor a primera vista. Nos vimos, me llamó con un chiflido y yo me quedé embelesada. Desde el principio me di cuenta de que venía puesto porque andaba alterado, pero hay veces en que los ojos te tapan la nariz y no hueles el peligro. El chavo me tomó de la cintura y me dijo, vámonos, mi reina, vamos a celebrar.

Cómo iba a dejar escapar la oportunidad de pasearme con un tórtolo por la ciudad y menos si el chamaco estaba más bueno que una cumbia en día soleado. El Canela caminaba con sus pies abiertos y traía carro. Qué me importaba lo que fuéramos a celebrar. Yo me hice el cuento de que era su primer coche porque olía a nuevo y todavía no traía placas. Nos fuimos a otro bar que quedaba por ahí cerca. Era uno de esos cuchitriles a mitad de la carretera en los que te estacionabas en batería y tomabas al filo del asfalto. Dos

buchanans pidió él, como si nos estuvieran grabando para el video musical de un narcocorrido. No se quitaba sus lentes de sol por muy las nueve de la noche que fueran y me tomaba constantemente de la cintura. Yo soy la suya, pensaba, porque ya dije que las diferencias en el trato siempre marcan el ritmo.

Después de tres rondas me llevó a pasear por toda la Avenida Revolución. Yo sacaba la cabeza por el quemacocos y cantaba a todo volumen la de *La imagen de Malverde* de Los Incomparables de Tijuana. *Un joven muy bien vestido, de vaquero y con tejana, con varios anillos de oro y en su muñeca una esclavaa. Y una imagen de Malverdeeeeeeeee... En el cuello trai colgada.*

Yo no soy historiatriz, pero soy curiosa y en los rumbos en los que me movía se hablaba mucho de Malverde. Desde el primer departamento empecé a coquetearle y a poner el oído cada que se hablaba de él para enterarme. Al principio tuve miedo, pero fue ahí mismo, en la casa de la mamá de la Malandra y después de mi encuentro con el padre, que terminé de agarrarle cariño y me hice la maña de rezarle. La Virgen me había cumplido mandándome al enviado, pero no es lo mismo rezar desde la calle, que es el lugar perfecto para los santos oficiales, que rezar desde La Jungla, donde ni a la mismísima Virgen le llegaban los ojos.

Allá adentro yo sentía que ese muchacho bigotudo me cuidaba más que el arsenal de santos de la iglesia. Necesitaba a un tipo corajudo que intercediera por mí cada que salía a la calle a secretearme con la muerte. Ahora sí que cada quien agarra santo pa' su propia fiesta y a mí su sombra me gustaba. Era conocido por ser el santo de los narcos, pero no firmó exclusividad: a él le rezaba cualquiera que se dedicara a lo que viene siendo la actividad ilícita.

Dicen que sufrió desde pequeño, que era un muchachito de clase baja que trabajaba para unos hacendados. Según que aguantó los malos tratos en silencio hasta que mucho fue bastante y empezó robarle a los que tenían de sobra para darle a los que necesitaban.

Jesús Juárez Mazo fue su nombre de a devis. Le pusieron "Mal verde" porque se escondía entre la maleza para hacer sus cosas. Ya luego lo juntaron porque está más bonito como apellido que como apodo.

Supuestamente hizo su primer milagro apenas finado. Lo asesino la policía y dicen que poco antes de que lo colgaran le rebanaron las plantas de los pies, no sólo para que tuviera su calvario, sino para que la gente supiera que a la autoridad nadie se la salta. Lo dejaron colgado veintiún días para escarmiento de los mirones. Al gobierno ya le andaba dando miedo su fama y, para que no hubiera otro gallito que le siguiera los pasos, lo dejó ahí, a vista de todos, bajo la amenaza de que al que lo bajara le hacían lo mismo.

Parece que ahí cerca de donde lo colgaron se movía un campesino que vivía de pastorear unas vacas que justo por esos días se le perdieron. El tipo andaba desesperado y, cuando levantó la cabeza y vio a Malverde colgado, se arrimó a pedirle un favor. Si aparecen mis vacas yo mismo te bajo y te doy cristiana sepultura, así me hagan lo mismo que a ti. Malverde vio aventón y lo tomó. Poquito después de pedir, como saliendo del mismo suelo, las vacas llegaron a donde estaba el tipo y ahí fue que el señor se hincó porque tormenta es tormenta.

Dirá la Iglesia que Malverde no es santo ni milagroso, pero nomás hay que ver la de favores que ha cumplido el bigotón para que hasta el mismo papa se dé cuenta de que, aunque no lo canonicen, aunque Juan Diego esté de moda y la Virgen de Guadalupe sea la madre de este pueblo, Malverde tiene su oficina llena de papeles y en su capilla no le hacen falta veladoras, medallitas, encargos, devotos, afines, afiches, donativos, billetes, monedas, hincados, ruegos, lágrimas y agradecimientos. Él no es como los servidores públicos que a lo que se dedican es a calentar las sillas con sus nalgas puercas. No, Malverde escucha y, chingue su madre, resuelve. Que quieres que te ayude al trasiego de mercancía,

concedido. Él sabe que no sólo los narcos ayudan a sus pueblos a imagen y semejanza suya, sino que la merca siempre llega a una nariz necesitada, a una boca suplicante, a un cuerpo hambriento de eso, y quién es él para negar lo que se pide a gritos.

Pues yo iba soñada, pensando en la canción de Malverde como una señal y salida por ese quemacocos. ¿Cómo no?, si estaba a punto de cenarme tremendo bizcocho de narco en ascenso. Me sentía la reina de los noventa, me imaginaba haciendo nidito con él, teniendo nuestra troca y una fila de cholos siguiéndonos a todos lados, cuidándonos como se cuidan los tesoros del norte. Me imaginaba entrando a las casas como la Malandra había entrado a la nuestra cuando alguien osara deberle algo a mi marido, con el que me iba a casar por bienes mancomunados para que lo suyo fuera nuestro y lo mío mío.

Estuvimos paseando un rato, tomados de la mano, besándonos como parejita nueva. A mí hasta se me olvidó de dónde lo había sacado. Nos estacionamos cerca de un bar, nos tomamos otra ronda de buchanans y seguimos cachondeando hasta que me dijo que tenía que ir a hacerse cargo de una cosita, que lo acompañara para que de ahí nos fuéramos recto para el hotel. ¿Quién era yo para decirle a mi marido que no trabaje?

Entramos de nuevo a La Jungla. Yo pasé a la casa, me puse perfume, me retoqué los ojos y la boca, agarré un vestido de esos caros que algún día se había comprado la Rosy y me alisté para la noche de bodas. Lo estuve esperando como diez o veinte minutos en la entrada hasta que se apareció todo loco de perico. Quién sabe cuántos pases se había metido en ese tiempecito, pero estaba que se le salía el corazón.

—No sabes controlarte, mi vida —le dije.

Ni caso me hizo, él seguía montado en su película, caminando con los brazos colgados, con la cadena dorada rebotándole en el

cuello y sus músculos al aire con esa playerita sin mangas que dejaba ver unos cuadritos que ya me andaba saboreando.

Cuando llegamos al coche que me dice el muy mamón:

—¿Quieres ver lo malote que es tu novio?

—Yo quiero ver todo de ti —le dije por bruta.

¡Ay, nanita! Hasta se me enchina la cuerpa al recordar esa escena. Abrió la cajuela y en vez de un regalo lo que había era un muerto. ¡Oh, Malverde milagroso! Malverde, mi señor, te pido misericordia y que alivies mi dolor. Tú que moras en la gloria y estás cerca de Dios, escucha los sufrimientos de este humilde corazón.

—Te presento al gringo que se quiso pasar de verga con El Canela —me dijo bien orgulloso y sacó de su bolsa de los jeans el dedo del muerto con todo y anillo de oro—. ¿Cómo ves que el muy pendejo se murió por no darme el anillo?

Por fortuna no le vi la cara al mono, sólo alcancé a ver su ropa mojada de sangre. No estoy segura si estaba de lado o bocarriba, pero pa' no investigar cerré los ojos y me volteé.

—Cierra eso —le dije—. ¿Tú crees que yo voy a ir a meterme a un hotel contigo y el gringo? Estás pendejo, yo contigo me cruzo el charco si quieres, pero mientras traigamos cola no voy a ningún lado. Al rato nos agarran y nos mandan a los dos para La Pinta, y ¿de ahí quién me saca?

—Para eso me gustabas, pinche vestida —me dijo el cabrón.

Hice de tripas corazón cuando quise meterlo a la cajuela por pasado de lanza, pero por miedo a que la coca se le cruzara con la locura y fuera a creer que a mí me iba a dar por hablar, me compuse y le dije:

—No me malentiendas, papacito. Yo contigo me voy al altar ahorita mismo. Si yo lo que quiero es a un macho como tú, pero es que a mí los muertos me revuelven el estómago y me quitan las ganas de hacerlo. Mejor ve a darle cristiana sepultura, me recoges y

yo te juro que te quito toda esa tensión que traes encima a puros besos.

Para mi suerte, el cabrón aceptó y se fue a deshacer del cuerpo a quién sabe dónde. Mientras, me metí a la casa y me recosté en la cama para tratar de calmarme. Estaba temblando, la imagen me daba vueltas en la cabeza como cuervo. Tuve que salirme del cuarto a caminar y pedirle un poco de cristal a un tipo que venía entrando. ¿Qué me vas a dar a cambio? Me preguntó. Te la mamo, le dije. Asintió y me llevó a la parte de atrás de la casa en la que dormía. Como estaba cerca del basurero, el olor te entraba a la cuerpa y se quedaba en la punta de la nariz. Era una mezcla de frutas podridas, de cuerpos viejos, de animales, de naturalezas muertas. Entre unas sábanas manchadas de varios colores pálidos me hinqué mientras él se desabrochaba el cinturón de imitación de piel de serpiente y los jeans azules gastados. La camisa blanca le tapaba el pito, sólo se asomaba la puntita morada. Le dije que se detuviera la camisa y que me avisara cuando se iba a venir.

—Yo ni me los como ni los recibo —le dije—. Si me los echas, te lo arranco de una mordida.

—Tranquila, yo te aviso —me dijo cerrando los ojos.

Fumamos de una pipa que traía en la bolsa trasera. Cuando fui sintiendo que el cristal se me licuaba con la sangre, le agradecí y me fui a recostar rezando que no tuviera dónde dejar el cuerpo y se olvidara de esta muchachita. Pero los hombres cuando la calentura se les trepa no conocen de imposibles. Ahora que lo pienso, no sé por qué no me desaparecí, pero es que tenía tanto miedo. Ahí en La Jungla todos se conocen, iba a ser fácil que me encontrara.

Regresó sudado y ya sin camiseta. El pecho le brillaba y el pelo lo traía mojado. Se veía que había pasado a refrescarse. Tuve que celebrarle su graduación de asesino todo el camino hacia el motel. Nerviosa, alerta, atenta, no quise dejar de mirarlo ni un segundo. Estuvo duro y dale que quería hacerlo de perrito y yo que no: que

quería mirarle la cara, que estaba demasiado bonito como para que me perdiera de sus facciones gozando. Ni pendeja, al diablo no se le da la espalda.

Lo fui acariciando como quien acaricia a un tigre. Le pasaba la mano y la lengua para amansarlo, para hacerlo sentir seguro. Me pegaba a su cara para dejarlo que me oliera porque dicen que los animales reconocen a los suyos por el olor. Me movía asustada y me daba pánico que se diera cuenta, que supiera que era frágil y quisiera acabar con la única testigo de que había matado a un gringo. Dicen también que los animales huelen el miedo.

Rebotaba en sus muslos como jinete en la crin del caballo, con los ojos abiertos, enfocada en que él gozara, tratando de alargar la cogida todo lo que se podía para agotarle las fuerzas y que durmiera manso. Cuando escuchaba que su respiración se agitaba, cuando había un indicio de que pudiera venirse, paraba. Lo sacaba de mí para hacerlo en otra posición, le decía que me estaba acalambrando y levantaba mis piernas para detenerlas en sus hombros y dejarlo que siguiera sudando a empellones.

Terminamos. El problema fue que, cuando el muy pistolita bajó las persianas, se enfrentó con sus miedos. Qué dormir ni qué ocho cuartos, apenas cerró los ojos se levantó como resorte a darse otro pase y borrarse la imagen del tipo. Tanto que yo necesitaba dormir después de esa noche. Estaba agotada de pensar, de estar atenta, de saber que podía terminar muerta, enterrada al lado de un gringo. Tuve que levantarme de la cama y seguirle el ritmo. Me di un pase para que el químico me despertara y me quedé hablando de mamada y media para distraerlo mientras duraba el resto del gramo y salía el sol.

A eso de las siete de la mañana le dije que fuéramos a desayunar y me despedí. Tengo que irme a hacer unos mandados, le dije haciendo carita de puchero. Ya con el calor que hace a esas horas en la frontera al cabrón se le bajaron sus ínfulas de narco y empezó a

caerle el veinte de que había cruzado la línea. La cara le cambió con la luz, sus ojos se volvieron un cristal mate y su forma de moverse fue distinta, ya no alzaba la cara ni columpiaba los brazos. Cuando me despedí, tenía las manos metidas en las bolsas de los jeans y sudaba, sudaba mucho.

—Que Malverde te acompañe en tu camino —le dije y no volví a verlo.

La Ojosbonitos

—Órale, cabrona, llégale a las cachetadas —escuché desde el otro lado de la puerta de la casa de mamá de la Malandra después de que casi tiran la puerta.

Si no me meé es porque mi vejiga aguanta, pero el susto fue como el coletazo de un tiburón. Llegué pálida a abrir la puerta y me encontré con un tipo bajito, con un tatuaje de víbora en el cuello que casi le comía la oreja. Traía las pupilas dilatadas, como sedientas de luz, y se mordía el labio mientras tronaba los dedos.

—Ya sabes que a ella no le gusta que lleguen tarde. Chíngale, hija.

Le dije que pasaba al baño de volada y mientras fui soltando la pipí de a poco, repasé los días que llevaba en La Jungla para buscar una acción que me inculpara. Podía jurar que no era conmigo la cosa, pero las dudas son cabronas.

En la casa de la mamá de la Malandra vivía ella sola. De vez en cuando se quedaba a dormir otra de sus hijas que se dedicaba a robar y revender. La casa estaba llena de tambaches de ropa. Los montones hacían que la casa pareciera aún más chica. No se respetaba ningún espacio. Al lado del fregadero de la cocina estaba lleno de tangas y brasieres. En la entrada del baño había camisetas, jeans, mallones, sudaderas, calcetines, algunos pares de tenis y un par de juguetes en su caja. Al lado de la cama había otro tanto de lo mismo y parece que en el cuarto de la mamá estaban los montones

de la ropa de marca, que no era otra cosa que ropa china estampada con logos, pero que se vendía más cara que el resto. Ese cuarto parecía no abrirse nunca, era tan raro, como si ellas atravesaran la puerta para entrar y salir. Algo similar hacían con la ropa que iban sacando prenda a prenda. La doblaban con una técnica rara y la metían en unas maletitas de gimnasio. Todo era poco a poco, todo era un secreto. Yo nunca estuve cuando la metían, pero por las reglas y porque la Halcona de todo se enteraba me imagino que la metían igual de despacio. Si alguien se enteraba de que eso estaba lleno de contrabando, las hubieran llevado a las cachetadas.

La sensación una vez que entrabas a La Jungla era de atravesar un portal hacia otra dimensión. Los secretos pesan, sobre todo cuando se acumulan en montones y una quiere evitar a toda costa tropezar con ellos. La gente es chismosa hasta que dejar de serlo te salva la vida. Éramos como los monos esos del WhatsApp, no veo, no oigo, no digo.

Lo que había hasta para aventar para arriba era cristal, coca, mota, heroína, piedra y mona. Si no todos, la mayoría de los que vivíamos ahí nos pasábamos una buena parte del día anestesiados. Era fácil encontrar en el piso bolsitas de coca chupadas, jeringas chuecas, ligas, latas, focos rotos, pedazos de pipas. De todo probé menos la heroína, tenía miedo de que se me llagara la piel por los piquetes. A diferencia del cristal, las pastillas no se me volvieron adicción porque nomás me las tomaba para robar. Meter y conseguir droga en La Jungla no era problema.

El código era fácil, nadie se metía con nadie. No podías decir quién vivía ahí adentro. No podías dormir afuera de una casa. No podías entrar en grupos grandes. Estaban prohibidas las fiestas y la música fuerte. En resumen, atraer la atención estaba penado. La Halcona establecía los castigos. Ella, y sólo ella, reinaba ahí adentro, el resto debíamos de acatar sus decisiones con convicción.

Le decían la Halcona, la Ojosbonitos, la Matasueños. Era grande, más de aura que de cuerpa. Una mujer tuerta, que me encontré al segundo día de llegar, me habló de ella sin yo preguntarle. Tiene el aura del tamaño de dos gigantes, me dijo. Fíjate en ella por las noches, sus ojos tienen un destello blanco.

Su figura era una oración transmitida a voces que ganaba sílabas cada vez que se la nombraba. Vivía en una de las primeras casas. Ella era la reja del fraccionamiento, la aduana, la migra, la DEA. Nadie la tocaba por sus puros ojos, por sus poderes de atravesar la carne con la pupila. La Supermana le decían, ya borrachos, los cabrones que querían picársela y no podían. Lo decían en quedito porque a ella nadie podía tocarla. Aquel que se le insinuara terminaba muerto de la muerte de bandera, o sea muerto por un palo que le entraba por el culo y ya no salía, muerto por un objeto filudo reventando vísceras, muerto de muerte lenta, por desangramiento interno, por embrochetamiento, por chorreaduras de jarabe de cuerpo, muerto de dolor y gritos. Muerto de una muerte que todos en La Jungla tenían que oír porque al muerto se le mataba en plaza, en medio de todos. Para eso nos llamaban.

De esos hubo dos, los mataron como gemelitos. Los subieron a una plataforma y los amarraron mirándose el uno al otro. El chavo del tatuaje de la serpiente anunció con su voz de tierra que eso le pasa al que le pone un ojo encima a la Halcona y prosiguió a meter un palo de lanza en el culo del primero, del más hombrecito. Lo metió lento, no para que no le doliera sino para que sus gritos le enchuecaran la cara al otro cabrón que, aunque trataba de cerrar los ojos, otro tipo se los abría. Gritó como lloran los niños arrancados de su madre. Gritó con unas letras que no son vocales ni consonantes y dijo palabras en un idioma antiguo. Sus gritos dejaron de sonar cuando las cuerdas de su garganta se reventaron por lo fino. Le tocó el turno al otro, que suplicó y lloró todo lo que pudo, manteniendo la esperanza de que con uno hubiera sido suficiente. Pero la Halcona

conocía bien su trabajo. Les advirtió a los asistentes que no se movieran y dejó que los sonidos desgarrados de la garganta del hombre hicieran su trabajo. Los gritos fueron música de volcán, el sonido de una bocina reventada. Oírlos fue una orquesta de augurios cantada a desvoz, fue como el llanto de un dios resentido.

Se dice que nadie, ni el mismísimo Juan Camaney, pudo pasarle la mano. Tenía protección divina y tan cerquita de los gringos esa protección se respetaba. De todo el lugar ella era la única que podía ir y venir sin problema, meter a quien fuera sin tener que dar parte, como todos los demás, de sus movimientos. La Jungla era el epicentro de la paranoia, todos miraban por encima del hombro y desconfiaban hasta de sus amigos. Había varias, como yo, que llegamos a vivir ahí escupidas como flemas por la ciudad, pero la mayoría de los que estaban eran prófugos de todo lo que allá se puede ser prófugo.

Araña no muerde araña, decía el único letrero del lugar. Estaba escrito con sangre sobre una capa de piel y agarrado con clavos a una madera. En La Jungla estaban de los últimos los de atrás y por eso había una red de comunicación que empezaba con ella y se extendía por todos los rincones como hiedra venenosa. El pasto de aquella plaga macabra empezaba en su casa y todos sabían que, sin ella, La Jungla no era más que un nido de ratas de tufo infecto al que poco a poco irían llegando los vengadores para cobrarse sus cuotas.

A la Halcona la manteníamos entre todos, era la abeja reina. Gozaba de todo lo que una en su vida pensó en gozar. Su casa empezó siendo una choza y se fue convirtiendo en un castillo. Entraba gente, pero nunca por mucho tiempo. Se sabía que vivía sola, que sólo su madre, de vez en cuando, se quedaba a dormir. En todo el tiempo que yo estuve ahí no le conocí ni mujer ni hombre. Ahí se vivía de la lengua y nunca se dijo que los tuviera. La princesa era rey y jamás compartió corona. Tampoco lo necesitaba, tenía una

comunidad entera para darse gusto. Le bastaba con poner el dedo y te llevaban a sus aposentos a que le sirvieras en lo que a ella se le antojara.

En vivo nomás la vi una vez, de casualidad nos encontramos en una cochera donde andaba tomando. Fue un rato antes de las cachetadas, por eso estaba yo nerviosa cuando me llamaron. Se me había aparecido y ahí nada es casualidad. La que me dijo que de vez en cuando salía de su castillo para mezclarse con los demás fue la mamá de la Malandra. Eso sí, cuando sale es por algo, ya verás al rato, me dijo nerviosa. En la cochera la Halcona se puso a pistear con la gente o, mejor dicho, nos pusimos a pistear con ella, alrededor de ella, debajo de ella. Fueron sus ojos los que me buscaron, así es que bajé la cara y me acerqué. Salud, me dijo, y me invitó cuanto pisto quise. Buchanans fue lo que estuve chupando, como si supiera de whisky. Hacía un calor árido, un calor de boca de horno que lo que antojaba eran unas muertas, pero no siempre se tenía chance de tomar con los dioses, así es que en esos momentos solemnes mejor ponerle dos hielos al trago y tomar despacito.

La gente temblaba cuando hablaba con ella, pero la mujer te ponía su mano caliente en la tuya y te decía: tranquila, la verdad te hará libre, y te preguntaba cosas. Almacenaba como disco duro los pecados de los demás y se decía que apuntaba en unos cuadernos que guardaba en un cuarto resguardado con dos perros grandes, del tamaño de dos personas.

El ritual de las cachetadas se hacía desde hacía tiempo, pero no tenía fecha y yo tuve la desgracia de que me tocara. Saliendo del baño me encomendé a la Santa Muerte y a Malverde en el altar que les tenían en la casa y agarré uno de los rosarios de la veladora.

Fue ella misma la que decidió el castigo. Hubiera podido matarlos a balazos, pero las muertes rápidas ni aleccionan ni dan miedo; lo que espanta es el dolor cuando se matrimonia con el tiempo. Tampoco tenían que estar todos, no había necesidad. La Halcona

decidía quién miraba y quién no. Los que ya llevaban un tiempo viviendo ahí estaban exentos, los nuevos nunca se salvaban y los que quedaban en medio eran cosa de ella. Yo era nueva. Caminé al tiradero a paso rápido.

El tiradero era el lugar donde se juntaba la basura de la semana. Unos cabrones eran los encargados de írsela llevando poco a poco. Lo importante era que la peste no se extendiera y llamara la atención de afuera. El olor de esa parte era una penitencia, por eso nos juntaban ahí. Si la gente no hacía jetas era sólo por su presencia, pero la misma cara se te enchuecaba cada que jalabas de ese aire que se te metía al cuerpo como infección y lo sentías expandirse en tu sangre como contaminación de río. Ella no se inmutaba, parecía que no tuviera olfato.

Llegué apurada, arrejuntada a una bola de gente que caminaba callada. Cuando vi a los niños al centro fue que respiré aliviada. Eran dos chamacos de trece o catorce años, para no decir de menos. Los cárteles sabían bien que a los niños menores de catorce años la policía, por mucho que los agarrara matando, no podía encerrarlos, así es que era común ver niños haciendo maldades. A estos muchachos les ofrecieron una lana porque se metieran a La Jungla a vivir un rato. Lo que tenían que hacer era reconocer a un tipo que según había matado a un caca grande de un cártel. Día y medio fue lo que duraron. Eso fue lo que tardó la Halcona en olerles las intenciones y llamarlos al castillo. Dicen que en cosa de dos minutos ya habían cantado y empezado a suplicar que no les hicieran nada, pero los ojos no escuchan. Los mantuvo en su casa en lo que se corrió la palabra. Cuando llegamos al tiradero ya estaban ellos ahí, amarrados a un palo como borreguitos para barbacoa. La cosa era sencilla, nadie se iba hasta que no estuvieran muertos.

Fuimos pasando uno por uno, todos los presentes, a darles una cachetada a los chamacos. El asunto era matarlos de esa muerte. La primera ronda estuvo leve, sólo algunos pasados de verga se servían

con la cuchara grande. Yo apretaba los dientes y recordaba las caras de esos manchados, hasta que después de una hora empecé a entender. Si les pegábamos despacio, la muerte les iba a llegar en dos días.

La Muñeca

Me callé muchos años porque hay historias que no sirven para contarse porque nadie te cree. Preferí guardarme el dolor que decirlo y escuchar que soy una pendeja, que cómo no me di cuenta. Pero el dolor de guardármelo se fue convirtiendo en miedo, en una corazonada que sentía cada vez que un hombre se acercaba a mí. Lo bueno o lo malo de ser pobre es que no tuve de otra, tuve que seguir dedicándome a lo mismo. Lo único que cambió fue que sentía la necesidad de darme unos buches de alcohol antes de salir a trabajar. Era la única forma de calmar mis nervios y hacer como que no pasó nada.

La niña decidió callar por miedo.

Aquella vez estaba del otro lado del parque. La camioneta era de otra marca y de otro color. Los asientos eran color ceniza. El tipo venía vestido con una camisa texana blanca con un broche de oro al cuello y un sombrero vaquero, de esos que tapan bastante la frente y apenas dejan ver los ojos. Mucho de lo que sucedió esa noche se me había borrado. Mi cabeza me hizo ese favor. Ha sido el tiempo el que le ha devuelto los detalles porque en ese entonces la violación era como un sueño vívido del que me desperté y no recordaba más que algunos pedazos.

La niña no recordaba detalles.

Me subí a la camioneta como enfrenta una puta otra cogida, y no fue hasta que le dije que nos fuéramos para un hotelito que yo

conocía, cuando me dijo que no, que nos íbamos hacia las playas a una casa que él tenía ahí, que caí en cuenta de que era él mismo. La camioneta ya estaba andando.

La cuerpa entera empezó a temblarme, la voz se me rajó y por las venas me corrió pura adrenalina. Le dije, con la voz reseca, que no, que me bajaba en ese momento y él respondió muy tranquilo:

—Ándale, bájate —y sacó una pistola que tenía guardada en la guantera de entre los dos asientos—. Bájate para que te remate en el piso y te deje tirada a media carretera, puta de mierda.

La música, el sonido del motor, su voz, todos los ruidos se pegaron unos contra otros hasta convertirse en un silbido y un instinto de supervivencia se apoderó de mí. Ya no podía pensar, ni hacer, sólo sentir que eran mis últimos momentos. El coraje de saber que mi final era amanecer con la cuerpa fría y el sol y el agua pudriéndome en una playa, me llenó de una sustancia rara, turbia, verde, grasa.

Yo no quería sobrevivir, era mi cuerpa la que se aferraba: yo hubiera preferido no sentir el vómito ácido quemándome el esófago, hubiera preferido ser una muerta en su conciencia para no vivir lo que venía, pero mi cuerpa se recompuso y quiso vivir.

—Si me vas a matar vete apurando. No me interesa que hagamos como que tú y yo no nos conocemos. Llégale si quieres, vacíame el cargador encima, no te esperes a la playa. Deja cuando menos que me encuentre alguna amiga y me entierre como Dios manda. Ahora, que si lo que quieres es volver a coger conmigo, me vas a tener que pagar, porque si no te juro que te arranco la verga a mordidas, aunque sea lo último que haga en esta perra vida.

No hizo ni una pausa, sólo quitó los ojos del camino, me volteó a ver por un segundo y se sentó en la pistola.

—Así me gustan las mujeres, huevudas —sacó un fajo de billetes y me lo entregó—. Cóbrate ahí, niña. Vamos a ir a una casa que

estoy construyendo en playas pa' que la estrenes. Luego te regreso a la ciudad porque tengo que volver a hacer unas diligencias.

No sé qué me asustaba más, que me matara o tener que coger con él como si no me hubiera violado. Saqué cincuenta dólares del fajo y se lo devolví. No tenía ninguna razón para creerle, pero tenía que intentarlo, tenía que tranquilizarme porque el olfato de los animales está hecho para oler el miedo y excitarse. Tijuana entera apestaba a miedo. No era sólo mi cuerpa, eran las glándulas de todas las mujeres comunicándose y gritándole al ambiente que estábamos en peligro.

Esa carretera, que siempre huele a brisa y a sal, tenía un olor diferente, era como si el mar se hubiera espesado con petróleo. Un vapor de amoniaco me impregnaba la cara. Mis axilas estaban empapadas, por el bigote me bajaba un sudor espeso y yo volví a clavar mis uñas en la piel de los asientos. Dicen que las noches de los asesinatos huelen diferente y que cada que matan a una mujer una nube le tapa los ojos a la luna.

Los sentidos se me encresparon como a un gato y entendí que era momento de obedecer. Me convertí en una máquina de decir que sí. Sí a que tuviéramos sexo, sí a llamar sexo a un delito, sí a que me violara a cambio de dinero. Dije que sí como quien dice no me mates, dije sí a pesar de que quieran consolarme diciendo que bajo amenaza las palabras no tienen peso. Se equivocan, bajo amenaza es que las palabras cobran vida, brincan de su letargo para tomar la forma de un venado escurridizo. Nunca fui más libre. Tomé la palabra sí y la contorsioné, puse el acento debajo de la s y atravesé la i por las curvas de su garganta.

Convertí dos letras en un símbolo.

Dije que sí, que sí iba a coger con un violador,
dije que sí, que sí me gustó que me violara,
dije que sí, que sí a cincuenta dólares.
Dije que sí, señor.

Que sí, hombre.

Que sí.

Sobre la tumba de la niña se escribió un sí.

El trayecto fue una procesión, un acto casi religioso, fue encerrarme en mi cabeza para convencerme de que tenía que gustarme, que tenía que poner las tetas y las ganas en el mismo vaso y bajarme ese licuado pastoso lleno de pedazos de sí,

lleno de cosa roja,

sí,

de bilis propia, sí

de ácido de sí;

lleno de pelos de miedo,

sí,

de aullidos de gata,

sí,

de lágrimas de animal herido.

—Ya llegamos a mis aposentos, niña —me dijo y apagó el coche.

El silencio es culero cuando grita. Me bajé de la camioneta mirando la sombra de esa casa grande que se levantaba en la noche como monumento a la negrura. Empecé a caminar tratando de relajar el culo, pero no podía, se me sumía entre las nalgas sin quererlo. Los órganos son pendejos, viven por sí mismos, les vale madres que los necesites.

La casa seguía en construcción: era todo mezcla, materiales apilados, ladrillo expuesto, era todo polvo. Aun así era más lujosa que cualquier cosa que hubiera visto en mi vida. Entramos a su cuarto para hacer el paripé de la parejita. La cama estaba elevada como altar, el clóset era largo como un intestino y el baño tenía un hueco para un jacuzzi grosero de grande. Aquel era más un recinto para acercarse a Dios que un espacio para hacer del cuerpo.

A mí, a la puta con la que medía sus fuerzas, no me iba a meter a esa casa terminada. Me iba a meter a la construcción, a los

andamios, a lo cochino, a lo reseco. Si yo no era otra cosa que un experimento, ese era el lugar perfecto para arrastrarme, para tirarme al piso como tapete e impedir que sus ropas caras tocaran el polvo. No estrenaba la casa conmigo, la probaba, probaba cómo sería coger mirando al mar, nalgueando frente al mar, ahorcando frente al mar. Los ojos le brillaban no sé si de orgullo o porque dicen que antes de matar los ojos absorben la luz.

Lo último que vio la niña fueron sus ojos gozando.

Me pidió que me hincara en el suelo y empezara a mamársela, que era mejor lubricarla esta vez. Yo trataba de no acordarme, de no pensar, pero las escenas de la violación me atravesaban los ojos con sus espinas y volvía a sentir su mano velluda trabándome el cuello, ahorcándome. El pasado se le enterraba al presente con las uñas y yo quedaba trenzada en medio de ellos. Su verga tiesa entraba a mi boca como el dedo de un muerto y yo lo chupaba como se le chupa la boca a una víbora.

Me tomaba de la cabeza para acercarme a su cadera y yo abría mi garganta para no atragantarme. No sabía si iba a poder aguantar el vómito. Las arcadas eran los impulsos de mis nervios. Su cara gozaba, él quería medir qué tanto es mucho, cuánto tiempo se puede estar sin respirar con una verga metida en el hocico.

Logré zafarme, jalé aire y le dije, ya estuvo, métemela de una vez, y me volteé para que la última imagen que vieran mis ojos fuera el mar. Ya no quería saber de otra cosa, ya no quería resistir, sólo quería que eso terminara, si era muerta, pues muerta, y si era viva, pues ni modo.

Me incliné sobre el filo del jacuzzi y lo dejé que se moviera de atrás para adelante todo lo que quiso. *Riqui ran*, me cantaba mi mamá para mecerme. *Riqui ran, riqui ran, los maderos de San Juan*. Yo cantaba mientras él se movía hacia adelante, *riqui ran, riqui ran*. Hacia atrás, *riqui ran, riqui ran*. Hacia adelante, *riqui*. Hacia atrás, *ran*.

No gemía, no fingía gemir;
no gozaba ni fingía gozar;
tampoco hablaba.

Sólo miraba al mar, a las olas que iban y venían con la fuerza con que se mueven las cosas que no están vivas, con el ímpetu de lo que no necesita de un cerebro para moverse. Poco a poco me convertí en el mar, *riqui ran*, mi cuerpa iba y venía al ritmo de otra fuerza y por esa grieta que se abrió, entró el cansancio a suplir al miedo. Me dejé abrazar por la oscuridad húmeda hasta que mis ojos se vaciaron de imágenes. Una pantalla en negro cayó del cielo, sólo se oía el mar y su respiración de perro. Sus dedos se incrustaban en mi carne con fuerza y sus uñas reventaban mi piel reseca por el cristal. El culo me dolía, sentía la frustración que se siente cuando te arde el ano. Hubiera preferido estar muerta.

La niña, de tanto sentir, se convirtió en muñeca.

Cuando terminó me subí el vestido y caminé sobre los materiales de construcción como quien camina sobre sus propios huesos.

Me fue a dejar al mismo parque.

Apenas me bajé del coche vomité la comida de dos años.

Usé los cincuenta dólares para comprar todo el cristal que pude y me quedé un día completo encerrada en la casa de la mamá de la Malandra, arremolinada entre las cobijas, echa huevito, vuelta muñeca.

La Carretera

Bien dicen que los piscis son de los que toman los que más toman y de los que fuman los que más fuman. Las últimas semanas ya sólo me iba con los clientes que quisieran loquearse. Con diez dólares que me des estamos bien, siempre y cuando compremos cristal, les decía yo arisca, urgida. En vez de revendérselo, yo misma agarraba a cualquiera de los chavos que se ponían afuera de los bares para comprarlo. Ni la comisión pedía. Lo único que quería era sentir el químico trepándome por dentro como vapor satánico. El golpe me abría los pulmones como menta maldita y apenas entonces, en medio de aquella euforia, era que me ponía cachonda, que sentía la piel erizándose, que mis pezones levantaban cabeza buscando un chupeteo, un pellizco. Ya no me bastaba con las caricias, quería golpes, arañazos, escupitajos, nalgadas. Quería pegarme como ventosa a un hombre y succionarle la vida mientras me revolcaba con él dentro. Daba igual si usaba condón o no. Yo lo que quería era bailar como una anémona en los mares del cristal. Quería mecerme como sirena, respirar agua, hincharme. Me sentía viva en medio de aquellos humores ardientes, dentro de la vaporera en que se convertía mi cabeza, el cuarto, la cama. Necesitaba sentir que mi sangre se licuaba con la droga y me ponía a crujir los dientes hasta que me quedaba en la boca un polvillo. Me prendía del tipo con el que estaba y me dejaba hacer cualquier cosa. Algunos hombres se enganchaban, pero muchos me quitaban de encima y se

iban del cuarto con la cara desencajada y mentando madres. Te vas a morir, me dijo alguno azotando la puerta. ¿Estás bien?, me preguntaban los que se quedaban a desquitar su gasto. Estaba bien. Estaba bien mientras estuviera en la feria, estaba bien mientras no tuviera que lidiar con la sobriedad, con las ganas de más, con la cuerpa pidiéndome de eso.

Terminaba el sexo y me quedaba derretida en la cama mientras duraba la euforia, mientras el corazón siguiera cabalgando monte arriba, mientras cualquier sensación tranquilizara la calentura, el dolor de huesos y los escalofríos del cristal abandonándome a mis anchas. Cuando empezaban las convulsiones intentaba ponerme de pie para buscar otro cliente. Me había vuelto flaca como un tacón. Evitaba mirarme al espejo. Las ojeras negras y amoratadas eran dos bolsas llenas de agua que se columpiaban debajo de mis párpados. La piel se me había cuarteado buscando algo que sorber. Cuando me bañaba, mi piel se apuraba a succionar el agua de la regadera como cactus sediento, como arena seca. Ya no había manita de gato que me compusiera. Se me habían roto los lápices con los que me arreglaba porque la temblazón de la mano no me dejaba quieta. Me delineaba la boca como niño que se sale de la raya y empezaba a parecer payaso, mujer trans caricaturizada, colegiala sacada de un cuento de terror.

La mamá de la Malandra, que a fin de cuentas era una madre, me ayudaba a parecer persona antes de salir a buscar clientes. Me agarraba la cara con fuerza para que mi temblorina no la hiciera equivocarse y me miraba a los ojos idos, a mis pupilas que buscaban luz como mi piel humedad y me decía, te vas a matar, muchacha, ya estuvo, ya párale.

Qué bonito suena todo dicho, la cosa es hacerlo, aguantar que la abstinencia te relama como cachorro de vaca, llena de placenta, envuelta toda en mierda. Hay que sentir que todos quieren hacerte daño, escuchar voces susurrándote maldiciones a cada rato,

colándose por el tapete de tus pensamientos y poniendo al mundo en contra de ti. Esos embates no se aguantan de pie, hay que hacerse huevito, aguantar en posición fetal con otro chute en la cuerpa para dejarla que descanse después de tanto pedir que le des de eso. Ni siquiera tenía fuerzas para contestarle, nomás la miraba desde ese otro mundo en el que habitaba. Me soltaba la cara después de pintarme y me daba su bendición de madre, le pedía a la Santa Muerte que tenía con ella que no me llevara, que me dejara otro rato entre los vivos, que estaba chiquilla y no sabía lo que hacía. Pero a la muerte le gustan las trans y a nosotras nos gusta que nos quieran.

El perfil de los hombres que empezó a buscarme era cada vez más peligroso. Alcohólicos perdidos, abusadores, gringos locos, veteranos de guerra; hombres que pican por picar, que ahorcan por sentir, que dan golpes porque en el fondo no son más que niños con un dolor que no saben manejar. Disfrazan su infancia con jeans y bota picuda como para ver si el niño madura, como para ver si tapándolo le deja de doler el frío, pero no sucede, lo único que pasa es que se siente grande y pega y patalea, mienta madres, ahorca, malluga. Con esos me iba con tal de sentir y que no me preguntaran, con tal de no toparme con uno de los tantos hombres que sienten que porque pagan por sexo pueden hacerla de papás, de superhéroes, de salvadores. Si ese perfil no me ha gustado nunca fue por esas noches en Tijuana en las que querían salvarme. Sentían que su dinero era caridad. Lavaban sus penas dándote un consejo no solicitado. Era difícil que hubiera hombres sin complejos. Yo lo único que quería era un cabrón que se atuviera al precio, que cogiera rico sin hacer preguntas, que me pagara y se fuera. Andaba mal y no quería darme cuenta.

El último cliente con el que cogí fue en La Jungla, en la casa de la mamá de la Malandra. Un compatriota que me surtió bien y bonito de merca a cambio de una limada de las que te dejan exhausta. Le

gustaba pegar y que le dieran, pero no con la palma abierta como a la mayoría, le gustaba que le dieran puñetazos en el pecho mientras cogía, le gustaba pegar en la cara, arrancar mechones de pelo y yo no estaba para ponerme exquisita. El tipo, cuando me levantó en el bar, me brilló una bolsa llena de cristales y otra de marihuana. Esto es para ti, mija, pero sólo si te dejas cabalgar como caballo brioso. Yo soy tu yegua del apocalipsis, tu caballito de carreras, tu toro de lidia, le dije. Tú vente conmigo y vas a ver lo que es bueno.

Fumamos antes de empezar, pero ya estaba débil y me entró mal la droga. Empecé a oír voces, a pensar que el cabrón me mataría. Cada golpe que me daba era el último, cada manotazo en la cara me dislocaba la mandíbula. Me tomaba de los pelos mientras arremetía contra mi cadera y me decía que le diera, que le devolviera los golpes, que lo ahogara. Yo intentaba hacerlo lo mejor que podía, pero al poco rato volvían las voces a hablarme, a decirme que tuviera cuidado.

Así me pasé la cogida, debatiéndome entre él y el miedo, intentando complacerlo mientras buscaba indicios que confirmaran mis sospechas. El tipo salió del cuarto y todavía le repartió merca a las demás, les dejó para su gusto y dijo que luego volvía por mí. Yo me quedé aguantada de las sábanas empapadas todo lo que pude, pero las voces empezaron a crecerse, a volverse más intensas, a hablar desde la tierra como si fueran raíces empujando hacia la superficie y tuve que levantarme, tomar un suéter negro, la bolsita que cargaba para la putería, los zapatos de tacón blanco y salí del cuarto y de la casa dejando a la mamá de la Malandra y a Rosy riéndose de mí como hienas. Sus risas se trepaban por mi espalda como cucarachas y se metían a mis oídos como gusanos pegajosos.

Llegué a una esquina como pude y ahí me estuve un rato en el que las luces de los coches me amenazaban como si fuera perra de carretera. Fueron demasiados coches los que venían hacia mí, a matarme, a cobrarse la droga que había robado, el dinero que

alguna vez saqué de las carteras de los clientes, y tuve que echarme a correr hacia la patrulla que pasaba por ahí antes de que toda esa bola de personas que salía del hotel al mismo tiempo llegara conmigo y me devolviera a La Jungla para embrochetarme o matarme a cachetadas. Me entregué a la policía. Ellos, poco acostumbrados a que una se acercara, me miraron sin entender por qué chingados no me había resistido como hacíamos siempre. Estuvieron a punto de no llevarme, hablaban entre ellos, clarito los escuché o clarito creí haberlos escuchado. Hice el amago de echarme a correr y sólo así los cabrones se convencieron. Corrieron los tres metros que había avanzado y me jalaron del brazo tirándome al piso. Te vamos a echar más horas por intento de fuga, me dijeron orgullosos mientras me llevaban a La Veinte. Treinta y seis horas me dieron. No rechisté. Si hubieran querido darme cinco años sin delito también los hubiera aceptado como quien se mete a la bolsa un billete tirado.

Adentro las cosas no cambiaron, volví a oír aquellas voces que de repente se convertían en sierras eléctricas chillando como motocicletas en un cuarto con eco. El ruido me aturdía, tenía que envolverme en mí misma como si quisiera desaparecer debajo de mi vestido de terciopelo negro con rosas estampadas, debajo de mis medias de red ya rotas por la caída. Me refugiaba en la esquina de la celda. Acurrucada en el cemento, intentaba que las voces no me encontraran. Me cambiaba de lugar cuando tenía la impresión de que me habían descubierto. Sentía que las demás mujeres conspiraban para matarme. No me atreví a hablarles, a gritar. No me atreví a moverme. Me quedé detrás de mis párpados el mayor tiempo posible, escuchando las voces que se alejaban y se acercaban con sus lenguas picudas.

El efecto del cristal fue diluyéndose hasta que empezaron los dolores, los huesos queriendo reventar por dentro, los escalofríos. Me ponía y me quitaba el suéter cada minuto. No tenía hambre, sólo

ganas de más. Mi estómago, mi cerebro, mi piel, mi corazón, mi alma, mis tripas, mi sangre me pedían más, un poquito más, lo que fuera para que los órganos no siguieran inquietos buscando arrancarse un poco del químico que le quedó a su vecino, para que no me apachurraran los nervios, para que me dejaran aguantar el tiempo que faltaba sin que el agua se me siguiera filtrando como sudor. Pero hacía rato que ya la cuerpa no me respondía a mí sino al cristal. Las voces fueron pegándose una a otra hasta convertirse en una sola voz clara, conocida.

Era mi mamá llamándome. Fue su recuerdo de ella lo que me permitió aguantar. La miraba en mi casa y sentía que era ahí donde tenía que estar. Pensaba en la familia sentándose a la mesa a comerse un pozolito, unas enchiladas, algo picante. Tenía ya unos buenos meses sin hablar con ella por el miedo a que notara en mi voz la adicción. Estaba segura de que su instinto le iba punzar el estómago. Ella es de esas madres. Ni siquiera pensaba en cuál iba a ser su reacción al verme llegar, tampoco me importaba, lo único que quería era volver con ella, abrazarla, sentir el calor de sus guisos llenándome el estómago. Por Diosito santo, que no me dejará mentir, que fue ese recuerdo lo que me empujó a aguantar esas últimas horas en La Veinte hasta que oí mi nombre y la macana de uno de los policías pegando sobre las rejas.

—Ándale, levántate y lárgate que si no te dejamos aquí hasta mañana.

Cuando salí era pleno mediodía, el sol de frontera pegaba derecho sobre mi cuerpa enclenque y me antojaba agua, pero no había tiempo. Saqué el pedacito de lápiz que me quedaba en la bolsa que me devolvieron, me delineé de memoria los ojos y la boca y levanté el dedo para pedir aventón. Voy a la carretera, le dije al tipo que se paró. Venía en un coche negro. Era rechonchito, tenía la cara cacariza, las facciones toscas, un bigote bien poblado y una camisa blanca recién planchada. Una cadena de plata con la Virgen

de Guadalupe brillaba en su pecho y una pulsera de chaquiras de colores lo cuidaba desde su muñeca. Era santero. En las bocinas repiqueteaban las trompetas de una canción de La Arrolladora Banda El Limón que se llama *Mi gusto es* y dice:

Mi gusto es
y quién me lo quitará
solamente Dios del cielo me lo quita
mi gusto es.

El tipo me fue a dejar al principio de la carretera sin hacerme preguntas. Él cantaba con su voz ranchera y yo lo único que podía era pensar en mi jefecita para aguantar los embates de mi cuerpa pidiendo más de eso. Los escalofríos. Mis huesos maullando. Sólo mis ojos me conectaban al mundo. El calor rebotaba sobre el asfalto moviendo el aire.

Cuando llegamos al borde de la carretera no se me ocurrió otra cosa que pedirle su bendición. El hombre se me quedó viendo como buen creyente y me dijo, ven acá, chaparrita. Puso sus dedos en cruz, dibujó otra en el aire y me preguntó que para dónde iba.

—Para mi casa —le dije.

Quitó el rosario del espejo retrovisor y me lo entregó. Ándale, chaparrita, que Dios te bendiga.

Y aunque me den de balazos
toquen eso
toquen eso, que al cabo mi gusto es.

El Melón

Caminé un buen rato con los pies punzándome dentro de los zapatos. El asfalto estaba caliente. Todo se hinchaba debajo de ese calor reseco. Esos zapatos, una talla más chicos, fueron el último regalo que me hizo Rosy. Me funcionaban para caminar en el bar, lo complicado fue peregrinar por la carretera sintiendo que me cortaban la circulación y la piel se desbordaba por encima de ellos.

El segundo tipo que me subió fue un trailero que me llevó hasta la entrada de Mexicali. Sobre el tablero tenía una imagen de Malverde y un rosario con cuentas doradas. Apenas me senté le miré la sonrisa retorcida. ¡Qué importa!, me dije dándome ánimos, vas camino a ver a tu mamá y tienes dónde recostar la cabeza. Por mí que el tipo se hubiera tomado más tiempo en el trayecto, pero al cabrón se le notaba la prisa. No por llegar, quién sabe para dónde iba, sino por tenerme. Rebasó a cuanto carro pudo y así y todo nos hicimos unas cuatro horas que yo me pasé dormitando. De vez en cuando abría los ojos y lo miraba de reojo para adivinar sus intenciones, me convencía de que sólo quería coger y volvía a dormirme.

Vas a pasar la noche conmigo, me dijo apenas llegamos al motel. Claro que sí, mi vida, le dije. Pero llévame a comer algo antes, por favor. Un palo primero, me dijo el muy antojado y me hizo hincarme en el piso y mamársela hasta que se le puso dura. Me levantó en peso, me echó a la cama y se abalanzó hacia mí para besarme y

cogerme como si fuera yo el recuerdo de alguien. No tenía fuerzas ni para moverme. Me puse de perrito y lo dejé que fuera él quien se balanceara en mi cadera por todo el tiempo que quiso. Miraba hacia la pared amarilla del motel mientras sus huevos rebotaban contra los míos y su respiración se fue agitando hasta terminar en mi espalda con un rugido de cachorro de oso.

Lo esperé impaciente a que se fumara un cigarro con una parsimonia que me dolía. Quise explicarle mi situación, decirle que esos sudores no eran resultado de la cogida, sino de mi cuerpa rogando por un poco de droga. El estómago me crujía de hambre y de ganas de químico; el cerebro me gritaba que me quedara redoblada en la cama hasta que pasaran los dolores de huesos y los bochornos, pero tenía que poner carita de coctel y sonreírle mientras le daba fumadas largas a su cigarro.

—Ya, papacito —le dije por fin—. Necesito comer algo.

—¿Qué prisa tienes? En las carreteras el tiempo no es tiempo, ya te debiste de haber dado cuenta.

Pues no me había dado cuenta, pero qué razón tenía.

Caminamos dos cuadras hasta una cantina que le gustaba. Me pedí un tequila derecho y un plato de carne. ¿Cuál desea? Me preguntó la mujer que atendía. La más blandita y la que salga más rápido, le dije. Él pidió un guisado de pollo agridulce, un plato grande de arroz y una cerveza de barril. Mientras llegaba la comida me platicó sobre la migración china que hubo en esa zona, pero sus palabras eran ruidos, no frases. Los dientes se me pegaban unos contra otros y los retortijones me hacían arquear la espalda. Qué chingados me importaba la historia de ese lugar. Yo no sé si el tipo estaba ciego, era algo pendejo o nomás medio sádico. Parecía valerle madres cómo me sentía. Estaba conmigo en esa cantina como podía haber estado solo. Chance y no, chance y él sabía que no había nada que hacer porque alguna otra vez se había dejado acompañar por un pedazo de mujer adicta.

La comida se alargó no sólo por mí sino porque el tipo, además de buen diente, tenía sed. Se tomó como seis cervezas. Aun así, yo tardé más que él en terminarme el plato. Su barriga pronunciada se infló como globo de fiesta, en cambio a mí, el estómago se me había encogido tanto por el cristal que cada vez que se me inflamaba parecía un chicle hecho bombita.

Cuando llegó la cuenta me preguntó que si de casualidad traía algo de dinero. Ni un centavo, le dije. Bueno, dijo en bajito, así me voy a desquitar. Y dicho y hecho. Todavía quiso coger dos veces esa noche y una más en la mañana. A esas pinches horas ni Dios anda despierto y él ya andaba arrimándomela. Nomás saqué el culo y lo dejé que se meneara intentando volver a dormirme cuando menos un rato, pero él apenas terminó me dio una palmada y me dijo, órale, niña, que aunque el tiempo no sea tiempo, la luz sí es luz.

Me fue a aventar justo antes de desviarse y cuando me bajé del tráiler se me rompió el tacón. Nomás eso me faltaba. Me puse a maldecirlo a él, a su maldito tráiler y a mi pinche vida. Cuando se alejó lo suficiente y me di cuenta de que el paisaje era puro viento, sentí que estaba sola en el mundo y me puse a caminar descalza. Prefería quemarme los pies que quedarme sentada viendo lo grande que es una carretera cuando te quedas quieta. Era temprano, tenía que aprovechar que el sol no pegaba en pleno todavía.

Fue poquito lo que caminé. Un coche gris se me emparejó y me preguntó que para dónde iba. Para Puebla, le dije. En esa época, en el norte había un dicho que decía "haz patria, mata a un chilango" y yo, que en ese momento no estaba al tanto de la discusión de que si un chilango es el que nació en la capital o el que se fue a vivir para allá, a todo el mundo le decía que era de Puebla y que para allá mismo iba.

—Yo soy de Mexicali y voy llegando —me dijo él.

Quise mentarle la madre, pero nomás hice jeta de decepción.

—Pero podemos pasar a mi casa a desayunar y después te llevo a Sonoyta.

—¡Ya vas!

El tipo era meloso como canción de Agustín Lara. Traía un disco de bachata e iba cante y cante la de *Hoja en blanco* de Monchy & Alexandra. *Fue imposible sacar tu recuerdo de mi mente.* Era un hombre pelón que pasaba los cuarenta. Usaba lentes de aviador con moldura dorada y tenía los dientes bien pinches amarillos. El coche apestaba a cigarro y el cenicero estaba lleno de colillas apachurradas. Fumaba y tarareaba al mismo tiempo. *Fue imposible olvidar que algún día yo te quise.* Humo y letras era lo único que salía de su boca. Se le veía contento. Me contó que había cerrado una venta. No me dijo de qué y yo tampoco le pregunté, suficiente tenía con tratar de controlar las ganas de mandar el viaje a la chingada, irme a una callejuela y empezar a pedir un poco de cristal. *Ayer que regresé a mi pueblo.* Me aguantaba pensando en mi jefecita, en sus guisos, en mi hermana, en un colchón en el que derretirme. *Me marcharé con los ojos aguados.* Me aferraba a los recuerdos de niña, a los bailes y miraba la carretera pensando que ya pronto, que ya pronto. *Después le pregunté a la luna, me dio la espalda e intentó ocultarse.*

La casa del tipo quedaba cerca del zoológico. El olor a animal me recordaba a Chapultepec. Eso era lo que necesitaba, irme al parque con mi hermana a comernos unas papas enchiladas y unas jícamas. No había nadie en su casa. Según me dijo tenía mujer y dos hijos. Antes de meterse a bañar me bajó el vestido hasta la cadera, me inclinó en el lavamanos y empezó a cogerme tomándome del cuello como si fuera un frasco. El baño todavía olía a un perfume dulce. Yo ya ni sentía, tenía dormidos hasta los ojos.

Preparé unos huevos a la mexicana para que nos sentáramos a desayunar como si fuéramos una pareja. Todavía me pidió que le preparara un café de olla y ahí me tienen, sirviendo al rey con tal de

ganar puntos para que el tipo cumpliera con su parte del trato y me llevara a Sonoyta. En la cocina estaban todavía sucios los platos de animalitos de sus hijos con restos de catsup y en el vaso de la licuadora el jugo verde que se habrá llevado la esposa. Después del café fue a su cuarto, sacó unas chanclas de meter y me dijo, toma, para que no andes descalza. Abusé de su confianza y le pedí una bolsa para meter mis zapatos y mi suéter. Los días en la frontera eran calurosos, pero en la noche refrescaba.

Cumplió. Justo antes del puente que cruza hacia el pueblo dejó de cantar y me despidió deseándome suerte. Anduve hacia adentro del pueblo con los pies frescos y aliviados por las chanclas y me paré en un puesto de tacos para ir al baño. Me señalaron una cabina a la intemperie que tenían en la parte de atrás del local, en la mera terracería del desierto. La arena que se levantaba con los remolinos de aire caliente y el sol me pusieron a parir chayotes para hacer caca, dolía sentir esa arena hirviendo rozarme la piel. La casetita que hacía de baño daba hacia la frontera, desde donde se podía ver la malla que divide a Estados Unidos y la garita donde los guardias miraban con sus rifles hacia este lado. Qué bien me hubiera caído un gringo pagabien a esas horas, pero no tenía ganas ni de pensar, sólo de cagar sin quemarme.

Tardé varias horas en cruzar Sonoyta completa. Como todos los pueblos, estaba lleno de vulcanizadoras, restaurantes y tienditas. Ya del otro lado, en un localito con mesas vi a una pareja de señores mayores sentados y me acerqué a pedirles agua. ¿Hacia dónde vas?, me preguntaron ofreciéndome una silla. Recuerdo hasta a lo que olía el melón que se estaban comiendo en un plato de unicel. Con lo que me chocaba a mí el melón, pero ni modo de ponerme exquisita. La señora llamó a la mujer que atendía para pedirme agua y otro melón que me supo a gloria; estaba tan jugoso y dulce que se me escurría por la barba con todo y el chile piquín.

Ojalá que encuentres aventón rápido, me dijo cuando estaba por irme y me dio su bendición de madre. Boca de santa tuvo la mujer. A los cinco minutos de caminar se paró una camioneta de Correos de México. Para ese momento ya no tenía ni la menor idea de cuál era el pueblo que seguía para encaminarme.

El Gringo

Lo malo de la suerte es que se termina. Me bajaron en Benjamín Hill. Para llegar a Hermosillo tuve que caminar chorrocientas horas por esa carretera larga y recta como línea de horizonte. El paisaje era pura planta chupada, puro tallo reseco, pura hoja amarilla. Frente a la vulcanizadora en la que me dejaron había un árbol de ramas tiesas, me acuerdo porque debajo del tronco había una cruz preciosa con flores frescas que contrastaban con el resto del paisaje. Aquellas flores me recordaron a mi papá. Qué bonito hubiera sido verlo en mi casa cuando llegara, volver a abrazarlo.

Yo tenía catorce años cuando se murió. Le habían detectado cáncer, pero nunca nos lo dijo, ni mucho menos se atendió hasta que fue demasiado tarde. Se quedó desempleado cuando se le fueron las fuerzas. Había empezado boleando zapatos, luego lavando carros y al poco rato de andar de mensajero se ganó la confianza de su patrón y lo ascendieron. Sus mejores años los pasó como gerente. Ganaba dinero y, aunque tomaba casi todas las noches, era responsable. Si no tenía de donde sacar para el gasto, mucho menos para el tratamiento. Tampoco logró dejar el alcohol, a pesar del cáncer. Piscis, al fin y al cabo. Seguía chupando a lo bestia y peleándose con mi jefa peor que nunca. Unos días antes de que lo internaran por última vez casi la mata. Agarró un machete y si no fuera porque me metí en medio y le dije que me diera a mí, que me matara a mí, igual me quedo huérfana. Cuando me vio decidida a

recibir el machetazo se soltó a llorar y me dijo que a mí nunca, que yo era su hijo.

Estaba demasiado cansado, los ojos los tenía sumidos en dos bolsas negras y estaba igual de flaco que yo a media carretera. La verdad es que nunca logré perdonarlo. Todavía antes de que se lo llevara mi abuelo al hospital discutimos y yo, que desde ese entonces era buena para hacer daño con la lengua, le dije que ojalá se muriera.

A los cuatro días me sacaron de la escuela con la noticia de que me fuera a despedir, pero ya no dio tiempo. Me dirán bruja, yo lo presentí. Ese día no quise salir a recreo, me quedé en la clase sentada, dizque dibujando, pensando una y otra vez en esa frase, ojalá que te mueras, ojalá que te mueras.

La que me recogió de la escuela y me llevó a su casa fue mi tía. Me acuerdo de esa mesa redonda de madera en la que nos sentamos. Come, me dijo ella. Hasta que no te termines el plato no te voy a llevar con tu papá. Comí con trabajos. Mirando hacia el crucifijo que tenía arriba del mueble del teléfono me estuve pide y pide que no se lo llevaran todavía, pero apenas di el último bocado me dijo que me iba a ser sincera, que mi papá había fallecido hacía un rato. Sentí un mazo reventarme la cabeza. Estaba segura de que yo lo había matado con mis palabras. Lo único que quería era tenerlo enfrente de nuevo y jurarle que no fue mi intención matarlo, que a pesar de todo lo amaba. No se pudo, para cuando llegué al hospital lo único que pude ver fue una manta blanca con una figura debajo. Esa fue la última imagen de mi papá, una manta blanca, una figura flaca, una forma rara.

El mal cuerpo del día de su muerte me volvió con los recuerdos en medio de aquella carretera. Quería más droga, la necesitaba. Sudaba un sudor que no era agua, sino quejidos y tenía un hambre que ya no era hambre, sino una necesidad de químicos que me tenía temblando. Fue entonces que se me ocurrió jurarme. Por tu

memoria, papá, que no voy a volver a probar el cristal. Voy a salir adelante y a ser una persona de la que estés orgullosa, pero ayúdame, no seas cabrón, mándame a alguien, mira cómo ando.

Seguí caminando por la pura inercia que me daba la esperanza de creer que mi papá me había escuchado. Estaba harta de sentir, quería que el cristal me arrullara en sus brazos de aluminio. El sudor me empapaba la ropa y me escurría por los bigotes y entre las tetas. Ya ni secarme servía de nada. Hubiera podido jurar que estaba sudando el agua de mi sangre y que adentro me quedaba puro plasma concentrado, espeso, pero sabía que si me frenaba me iba a dejar secar. La única forma de callar las voces dentro de mi cabeza fue hablando con mi papá, rogándole que se mostrara.

Pues será el sereno, pero mientras luchaba contra las ganas de meterme algo me interrumpió un gringo. Iba tan perdida hablándole al aire que ni siquiera le hice la parada, fue él quien orilló su vochito verde limón y me dijo con su español machucado que si quería raid. Por mi madre que fue por ese gringo que no dudo de Dios ni de que me cuida mi papá.

Apenas adentro de su coche sentí el dolor en las piernas y el cansancio de haber caminado tanto sin tomar una gota de agua. A saber por qué traía refrescos y bolsas de papas, pero en cuanto me los ofreció me tomé los dos litros de Coca-Cola de un jalón y una bolsa de papas en tres bocados. Él nomás me miraba con la cara perpleja. Su español no daba para todas las preguntas que quería hacerme y mi poco inglés era la pura jerga que necesitaba para ofrecer mis servicios, vender merca y cobrar. De todas formas, entendió que venía de Tijuana y que iba para la Ciudad de México. Yo me enteré de que él iba para Guaymas hasta que me dejó en el entronque al día siguiente.

Esa noche nos quedamos a dormir en un hotel del centro de Hermosillo. Me metí a la regadera y me senté debajo del chorro de agua tibia. El piso estaba frío, pero afuera hacía tanto calor que el

agua me sabía a agua de río. No sé cuánto tiempo me quedé ahí sentada, sin moverme, sin pensar, sorbiéndome el agua de la cara para hidratarme. Cuando salí ya me estaba esperando. Había rolado un tanto de marihuana que nos fumamos juntos, asomando la cara por la ventana y sin decir ni una palabra. Ya que sentimos el cuerpo relajado nos echamos a la cama. Para ser gringo besaba bien. La mayoría no sabía, se trompicaban en tu boca moviendo la lengua como si tuviera un motor y, si no podían coordinar el hocico, mucho menos otras cosas. Este no, este sabía que los besos buenos son despacito. Tenía la verga grande y venuda y los huevos le colgaban como adornos.

Cenamos casi en silencio en el restaurante del hotel. Nos hacíamos señas de que la comida estaba buena y nos concentrábamos en las otras mesas para no cruzar miradas incómodas porque yo no estaba para intentar hablar inglés y él ya se había gastado todas las palabras que se sabía.

Por la mañana volvimos a coger, desayunamos juntos y me fue a dejar donde la carretera se divide. Una parte lleva a Guaymas y la otra a Ciudad Obregón.

Como media hora después, un trailero me dio otro aventón largo a cambio de una cogida que no quiso tardarse en cobrar. Avanzamos unos pocos kilómetros hasta un descampado, se orilló y me hizo mamársela mientras maniobraba para estacionarse. Ya con el tráiler parado me senté encima suyo y brinqué tomada del volante hasta que no aguantó mis movimientos y me chorreó toda con su leche caldosa. Nos quedamos un ratito tomando aire y luego seguimos por varias horas hasta Guasave. Yo todavía le pedí que me diera para un taco y me dijo que sí: que me daba treinta pesos si volvía a mamársela.

El Ángel

Con esos treinta pesos me compré un gansito, un rastrillo y un lápiz de ojos negro. La buena racha me tenía confiada, quería verme guapa y putear como Dios manda para llegar lo antes posible a la Ciudad. Ahí cerquita había un canalito al que bajé para rasurarme un poco las piernas y delinearme los ojos y la boca con el reflejo del agua. Salí de ese terreno echando chispas, dispuesta a parar a todos los camiones. No me había dado cuenta de lo mucho que necesitaba volver a sentirme guapa. Desde que había empezado a hormonarme no había pasado tanto tiempo sin arreglarme y si algo aprende una en la putería es que no hay mal humor que no mejore sintiéndote bien contigo. La cuerpa ya empezaba a responderme, sudaba menos y tenía más hambre. Sentía que había pasado lo peor, estaba confiada, pero subiendo de nuevo hacia la calle me apareció como cachetada el miedo a que mi jefa no quisiera recibirme después de casi dos años de abandono.

Esos mismos pensamientos catastróficos me acosaban cuando en Tijuana me miraba al espejo y lo que veía era un cúmulo de defectos: cuando mis chichis no eran suficientes, cuando mis nalgas no tenían curva, cuando quería limar mi nariz con una lija de carpintero y darle una pasada a mi manzana de Adán para que no me delatara. Cuando me sentía fea y desganada era cuando pensaba que mi mamá me iba a aventar una ropa de hombre y me iba a decir que no fuera payasa, que ya era tiempo de que se me

hubiera pasado esa etapa, o simplemente no me iba a dejar entrar a su casa.

Después de media hora caminando, se paró un coche con un chavo joven que no se dio cuenta de que era trans. Desde que me subí no me bajaba de mi amor. ¿Cómo estás, mi amor? ¿A dónde vas, mi amor? Me dijo que él iba para Guamúchil, pero que podía ir a dejarme a Culiacán, así nos tomábamos alguito en el malecón.

—¿Cómo ves, mi amor? Podemos ver el atardecer por ahí y luego meternos a un hotel a ver cómo nos huele la piel.

Yo a todo le decía que sí. No me iba a caer mal una paseada, pero sobre todo me venía bien que me adelantara. Los tramos en coche eran mucho más rápidos que en camión.

El problema estuvo cuando el cabrón se calentó y me puso la mano ahí. Bienvenido a la fiesta, papacito. Se puso a echar de gritos, que qué chingados era yo, que no mame, que era un pinche mentiroso, un hijo de la chingada, un estafador, una vestida, una cualquiera, un pinche joto, un travesti, maricón, puto, puñalón. Bájate para que no te mate, me dijo, y se frenó en seco. Yo estaba temblando, las manos y los pies no se me estaban quietos, la garganta se me había secado como si le hubiera dado una mordida al polvo. Todavía el cabrón bajó la ventana y me escupió para terminar de ponerme encima los recuerdos de aquellos días.

La niña no pudo moverse y se quedó parada como cartel de carretera.

Todo lo segura, guapa y perra que me sentía después de rasurarme y pintarme se fue con sus gritos. No podía levantar la cara, tenía miedo de que otro cabrón no me la perdonara. Hubiera dado lo que fuera por tener unas bolsas en la ropa para esconder mis manos grandes. Era mejor regresarme a Guamúchil a trabajar para sacar lo de un pasaje en camión. Las dudas me traían zarandeada. Quédate, mana, me decía a mí misma, quédate aquí en Guamúchil: te vas al centro de la ciudad, te paras en una esquina y

con tres clientes tienes para un pasaje. Ya que estaba convencida, la otra yo me decía que no, que si me quedaba en Guamúchil no me iba a regresar nunca. Se te va a calentar el hocico y algún cliente te va a poner el cristal enfrente y ya no vas a parar. Te juraste por papá y ahora que te hizo el favor no puedes traicionarlo. Síguele, me decía, ándale.

Fue un camión de la Coca-Cola el que decidió por mí. Súbete, mi reina, me gritó uno de los dos chavos. Les pregunté que para dónde iban.

—Para tu casa —me dijo el otro cagado de la risa asomando su cabezota por la ventana.

Les pinté huevos y me volteé. Era mejor quedarme a trabajar.

Con lo que no contaba fue con los señores que se pararon justo cuando estaba por atravesar el puente de regreso.

—¿A dónde vas, niña?

—Para Puebla, pero con que me dejen en Culiacán me conformo.

Habrán tenido unos setenta años, quién sabe. Me estuvieron contando sobre su hija las dos horas que duró el camino. Yo ni escuchaba, sólo intentaba tranquilizarme cerrando los ojos para hacerme la dormida.

Ya en Culiacán caminé hasta que me agarró la noche. Creo que atravesé toda la ciudad por pura inercia y me dormí en una banca que encontré cerca de la salida a la carretera. Tampoco voy a decir que fue un sueño largo, pero fue algo. A ratos me sentía a punto de ceder a la tentación y quedarme, pero volvía a pensar en mi juramento y en mi jefecita, en el olor a comida casera, en un colchón en el que estuviera segura y me daba ánimos para seguir. Jurada fue más fácil aguantar, pero fue un tormento. No era que la panza me rechinara, era que en vez de estómago tenía un vacío, un hueco, un pozo, una presencia que se hacía notar por su falta de algo. Intentaba poner atención en cualquier cosa que no fuera ese vacío molesto, esa hambre, esa necesidad de llenarme de cualquier

cosa, aunque fuera un aire pesado que supliera el miedo, que llenara el hueco.

Por la mañana volví a caminar hasta que un camión se paró y me fue a llevar a Mazatlán. El problema con ese cabrón fue que a huevo quería pasarse un buen rato conmigo. Yo no sé que les hacen las carreteras a los hombres. Parece que les entra una necesidad urgente de venirse como si cada kilómetro se les fuera llenando el tanque de ganas. No estaba en condiciones de pensar en otra cosa más que en llegar, en que cada aventón era un pasito más cerca y con eso aguantaba sus embestidas. Pero estaba cansada, agotada de coger con cualquiera, para colmo sin condón. Estaba cansada de los escalofríos que me daba la abstinencia, cansada de sentir que las voces regresaban, cansada de mal dormir chueca. Me había convertido en un tubo largo de huesos y pellejo. Los tipos me zarandeaban mientras cogíamos y yo nomás rezaba que no me fuera a romper aferrándome a los recuerdos y al rosario que me regaló el tipo en Tijuana.

En Mazatlán tuve que pararme en una esquina. Necesitaba cuando menos unos pesos para comer porque el pendejo del tráiler no quiso ni comprarme un chicle que me espantara el hambre. Fue un albañil el que se acercó y con la boca casi cerrada me preguntó que cuánto.

—Doscientos.

—Nah, qué —dijo y siguió caminando.

Lo alcancé y le pregunté que cuánto traía.

—Cuarenta baros.

—Vas, pero yo no conozco por aquí.

—Yo sí, ven.

Lo seguí hasta la parte trasera de una construcción. Había un plástico negro tapando unos ladrillos y ahí, en medio de todo ese polvo, tuve que chuparle el pito seco y sucio. Sabía a cemento, a tierra, pero con ese dinero iba a poder comerme unos tacos. Intenté

que el cabrón se viniera rápido para no coger, pero el muy hijo de la chingada se salió de mi boca y me dijo, vas, voltéate.

—Dame el dinero primero.

Se agachó a sacar la morralla de sus pantalones y me pasó un bonchecito de monedas. Me dejé coger aferrada a ellas, apretándolas para aguantar sus embestidas y pidiéndole que se fuera leve, pero ¿qué cuidados iba a tener? Se movía como maraca y rechinaba como muelle flojo. Todavía terminó adentro de mí, se levantó los pantalones de los tobillos y se fue sin decir una palabra. Yo busqué cualquier papel que sirviera para limpiarme, me acomodé el vestido y le pregunté a la primera mujer que vi por un puesto de tacos.

—Ponme cuatro de carne asada con harta salsa y una cerveza.

Tardé como media hora en comérmelos porque de tanta hambre me dolía masticar. Lo bueno fue que me volvió la suerte. Un tipo en un coche gris me dijo que llegaba hasta El Rosario. Algo es algo.

Se fue todo el camino en silencio. Ni siquiera iba escuchando el radio. Voy de acuerdo que no quisiera platicar, pero me preocupó no escucharlo decir ni una pinche palabra. En Tijuana me había pasado con algunos clientes, pero eran puros gringos. La primera vez me sentí rara, pero luego entendí que, a la chingada, que yo a lo mío, que si querían platicar, gemir o llorar, allá ellos. Yo lo que tenía que hacer era satisfacerlos y la mera neta es más fácil hacerle la chamba a alguien que te deja trabajar que a un tipo que no se calla y te pregunta el nombre, la edad, el apellido y se viste de salvador investigando si no te interesa estudiar o dedicarte a otra cosa. Yo no sé si esos tipos te ven como su hija o si piensan en ti como su hermana, pero desde Tijuana me cayeron gordos los cabrones que por pagar un ratito para coger se sentían donadores del Teletón.

Llegamos a Rosario ya casi en la noche. Se orilló en un motel y abrió la puerta sin preguntarme nada, como si yo le hubiera entregado un contrato que decía: tú me llevas, yo te cojo. Pues

nada, lo seguí, me desnudó, se desnudó, se la chupé, me cogió, se vino, se vistió, me vestí, pagó y me dijo, voy aquí al lado, no puedo llevarte más lejos.

Me quedé dando vueltas por el centro de la ciudad para ver si me hacía de un cliente, pero nada. Las caminatas cada vez se me hacían más largas y más pesadas. Intentaba no pensar más que en mi juramento y con esos recuerdos me fui empujando hasta que no pude más, agarré unos mangos de un árbol que me encontré en el camino y me acosté a dormir en un puesto de aluminio.

Si hubiera sido por mí me quedaba a vivir en ese puesto. Ya no tenía fuerzas para seguir pidiendo favores, ni quería caminar más, mucho menos coger: necesitaba dormir, dormir hasta no sentir más miedo, más ganas de droga, más sed, más temblores, la incertidumbre de no saber si mi familia me quería a pesar de todo y de no saber qué decir cuando me preguntaran cómo me mantuve durante dos años.

Ya casi amaneciendo crucé el río que divide Sinaloa de Nayarit y, en la curva de adelante, me paré en un restaurante y le rogué a la doña que estaba arreglando el local para abrirlo que me diera algo de comer, lo que fuera. Era una señora flaca y espigada con la nariz grandota que, bien amable, me dijo que sí, que le ayudara a barrer, limpiar y acomodar y me servía un buen plato. Más tardé en ayudarla que en zamparme el plato de enchiladas que me sirvió. Ya para ese entonces me era más fácil masticar.

—Ven para acá, mi corazón —me dijo antes de que me fuera—. Vas a ver que pronto te vas a encontrar a alguien que te lleve hasta donde vas. Ya estuvo bueno de padecer, mira cómo traes las piernas.

Me hubiera gustado saber cómo se llamaba ese ángel. No caminé ni cien metros cuando se paró un camión. Ni me fijé de qué era, sólo me subí y le pregunté si seguía por esa carretera. Apenas dijo sí yo

me quedé dormida. Fue llegando a Tepic que me despertó y me preguntó que hasta dónde iba.

—¿Hasta dónde vas tú? —le pregunté yo.

—Hasta la Ciudad de México.

Los ojos se me hicieron agua.

—Te lo ruego, llévame hasta allá. Por mi madre que no te pido ni agua, ni comida, no te pido nada, es más, no hablo si no quieres, pero llévame.

—Claro que sí, con mucho gusto.

Por la cara que hizo cuando le pregunté si me podía dormir estuve segura de que a ese hombre me lo había mandado mi papá. Me ofreció la cama de la cabina y me dejó escoger la música. Saqué un disco de boleros de Luis Miguel que me sirvió para arrullarme... *Si nos dejan, nos vamos a vivir cerca del cielo. Si nos dejan, haremos con las nubes terciopelo. Y ahí, juntitos los dos, cerquita de Dios, será lo que soñamos. Si nos dejan, te llevo de la mano, corazón, y ahí nos vamos. Si nos dejan, de todo lo demás nos olvidamos.*

Fui de todo y sin medida

La Colcenter

Ya estuvo buena la pausa, háganme el favor de ponerme la de *Recuerdos*, de Adolescent's Orquesta. *Siento que me muero cuando despierto y ya no estás, siento que se ha ido gran parte de mi vida.*

Nos quedamos en los chats. Un tiempo después llegaron los grupos de Yahoo! Mujeres sabrosonas, mujeres trans, mujeres trans de veinte, mujeres trans calientes. Había tantos grupos como combinaciones de palabras. Yo me la pasaba cambiando de uno a otro, repartiendo mi número y recibiendo llamadas que se alargaban cachondeando y dejándome querer. Lo único que tenía que hacer era darles pie, decirles, dime, papi, qué me vas a hacer cuando me tengas enfrente, y la piedra se ponía pa chingadazo. Es que los hombres son labiudos, pero a la mera hora pura madre, lo único que saben hacer es mover la cadera de adelante para atrás y eso los que saben moverla porque la mayoría te arriman todo el cuerpo como si fueran robots de un solo movimiento. Por eso disfrutaba de esas llamadas en las que me contaban que me iban a pasar la lengua por los lunares, que me iban a encontrar el punto G con los dedos, con los labios, con la verga. Que me iban a hacer más posiciones que el Kamasutra, que ellos sabían de malabares, que eran cirqueros, amantes experimentados. Y ahí me tenían, con el teléfono de cable sostenido entre oreja y cuello y dándole a manuela, alternando la chaqueta con mi dildo negro y plasticoso que entraba y daba gusto.

De todos los grupos, el que más me gustaba era el de mujeres trans calientes porque había más acción que en las películas del Santo. Aquello era como la canción de la Santanera, la que dice, *la arena estaba de bote en bote, la gente loca de la emoción*. Los tipos que estaban en ese grupo se prendían con cada cosa que una pusiera y empezaban a ladrar como coro de pueblo. Que enséñame la teta, que sácate la tanga, que muéstrame tu chosto, sácalo de ahí. Parecía que no habían visto a una mujer trans en su vida. Suplicaban como si se les fuera la vida en eso. Alguna de nosotras se terminaba apiadando de esas almas pedinches y mandaba una fotito, un pezón, un pelo púbico, para leer a los tipos enardecidos diciendo que sí, mami, enseña más.

Se dejaban ir con sus elucubraciones de enfermitos del sexo y soltaban una letanía de posiciones, haceres y quereres que nos dejaban confundidas. ¿Se podrá hacer eso, mana?, nos preguntábamos dejando que siguieran tejiendo fantasías con su estambre de gatito juguetón, mientras nosotras en la pantalla, encendidas, con la punzada aquí debajo y con aquello queriendo salir a la superficie a respirar. Imagínense a lo que olía el establecimiento. Pura hormona flotando en el aire como espray de olores.

En esos tiempos éramos más dadivosas que Juan Diego porque lo que había, sobraba. Ninguna nos imaginamos que ahora, por poco menos, se piden transferencias, recargas, depósitos, giros y telégrafos. Si yo hubiera sabido que esos mismos tipos son los que hoy corren a una oficina de Western Union para mandar un dinerito a cambio de contenido, me hubiera hecho millonaria. Pero cuando tienes no piensas que va a faltar y eso no hay quién lo cambie. Igual me hubiera chupado e inhalado el dinero extra porque así soy, mala para administrar, damisela de gozar, presidenta de la buena vida. A mí que vengan los franchutes a decirme que allá se inventó lo del *bon vivant*. Mis nalgas, qué. Si eso es producción nacional del mero

Iztapalapa. ¿Allá qué van a saber gozar? A mí no me cuentan, yo he tenido clientes de todos lados. Esta muñeca es más internacional que la ensalada César. Un francés me bastó para ponerlo como trompo de pastor, con mucha chillona y harto pasto. El pobre no sabía ya ni para donde voltear de la pura gozadera. Traía un ojo bailando y el otro perdido. Hablaba español con su acento caliente y yo, que nomás me sabía las palabras que él me iba enseñando, le decía, dime croasan, beibi, dime croasan y el otro, de estar en la pura gloria me hacía caso y me decía cruasán con ese tono tan suculento, tan estirado, tan sácale punta, y yo toma tu relleno, papi, vulebucucheabecmua.

Después empezó el Facebook. O lo que es lo mismo: la mina de mi desgracia. Se los cuento para no dejarlos en ascuas, pero yo quisiera trepanarme ese recuerdo agrio de mis días de plomo. Ahí mero conocí a la piedrita de mi arroz. Pero no lo invoques, güija. No vaya a ser que venga a tocar la puerta y diga que se le olvidó hacerme más daño.

Facebook tiene su propio lenguaje para putear. Sobre todo últimamente, que por cualquier cosa te suspenden la cuenta los mal cogidos esos. No aguantan que una puta diga puta o que un joto diga joto porque ellos, allá en el gabacho, no entienden la importancia de la reivindicación ni del lenguaje en nuestra lucha. El caso es que una no puede mostrar ni un poquito de pezón e igual que en el Instagram hay que antojar a la clientela con el puro verbo, travistiendo símbolos por letras y letras por caritas. A mí me cansan esas dos redes porque hay pura cotorra haciendo bulla, pero no por eso las dejo de usar. Para mí que para lo que mejor sirven es para reencontrarte con amores, para escribirle a los chavos de la secu y ver cuál se puso cómo.

Aunque pensándolo bien, hay que ser justa. En Facebook también me he dado mis gustitos. Lo que siempre ha sido para mí un misterio es saber cómo nos encuentran esos hombres. De harina

y huevo tengo solicitudes de amistad de chavos que según quieren conocerme. Salen como lombrices de la tierra. Los muy encantadores de serpientes te aparecen como una riata que salta de la pantalla. Y todos esos se juntan en Facebook, yo no sé por qué. Ha de haber un sindicato organizando a todos esos embusteros, magos del frótale aquí y te doy un regalo. Aparecen como las enfermedades. Son un dolorcito sutil que se quita con aspirina, pero ahí está todos los santos días mordiéndote con sus dientes de leche, mandándote un hola, un toque, una manita con el dedo arriba, inyectándote su lepra de palabras de a poquito. Son tipos que se cuelan por la grieta del amor propio y la van llenando del cemento suyo. Cuando vuelves a mirar la pared ya la grieta no está, lo que queda es una plasta de verbo cubriéndola. Y una prefiere mirar aquella masa mal puesta que directo a la grieta que te dice que si no la arreglas se te cae la casa. Así es que sin quererlo, en ese asunto se me ha ido el tiempo. Viendo esa pared a medio resanar a la que un tipo salido de Facebook le puso un clavito y me invitó a colgar un cuadro y una foto de los dos. Hasta que tiempo después me cayó el veinte que detrás de todo ese fantoche la grieta se había ido profundizando y que no sólo no le debía nada al cabrón ese, sino que empecé a odiarlo como sólo se odia a un falso mesías. El enredador se disfraza de plomero. El marrullero parece que adivina tus males y acerca su mano de curandero al lugar del dolor, te soba y te pone de su árnica rítmica. Lo que no te dice es que el remedio trae chiste y que el chiste gusta, que el gusto se vuelve hábito, los hábitos adicciones, las adicciones dependencia y ahí ya te chingaste. Por eso, con el tiempo, he aprendido a apapacharme yo solita, a dejarme un billete olvidado en una chamarra, en unos jeans o en una bolsa para sacarlo una tarde y comprarme cuando menos un boleto para el cine.

Pero ya estuvo de nostalgia. Díganme Twitter, chulas, ese sí. Ahí se puede putear que da gusto. Yo tengo unos cuatro mil seguidores

y esos son muchos posibles clientes. El que viene a mi perfil no es para andarse por las ramas, sino pa' treparse y este tronco está macizo. Los tiempos han cambiado y el Twitter se usa para provocar antojos. Con decir que antes, cuando empecé, la mayoría de mis clientes eran activos. Con sólo insinuarles que podías tocarles otra cosa que no fuera su ramito de cilantro brincaban y te tiraban su discurso de: qué pasó, qué pasó, si yo soy hombre, a mí eso no me va. Masculinidad frágil, le dicen hoy en día. Va una a creer que lo que los hace hombres es que no les toquen el culo.

Ahí en el Twitter mis seguidores son casi todos mexas del gabacho que sueñan con volver a la tierra de los tacos a comer sabroso. Allá tendrán organización, gobierno, calles sin baches, modernidad y futuro, pero lo que no tienen es lo que aquí sobra. Yo misma lo vi con mis ojos en Tijuana, a mí nadie me lo contó. Es verdad que los mexas nos vamos para allá a buscar dinero, pero también es cierto que los güeros vienen para acá a gastarse el suyo. Pura fruta desabrida de aquel lado y cuando uno ya chupó una piña dulce no se contenta con la pura fibra.

Benditos sean los dólares cuando una puede ponérselos en la frente como pañito caliente. Los tipos que me siguen en el Twitter sudan verde y gastan pesos. No es broma, salen corriendo a hacer un depósito para que les mande un video, una foto o un audio personalizado. Porque eso sí, una tiene que atender bien las rarezas de la gente para que se sientan valorados y vuelvan a esta fuente. Con decir que tengo varios que lo que me piden es que me escriba su nombre en las tetas y les mande fotos. ¿Cómo ven? Sentirán que soy suya los muy fantásticos, mirarán la foto y se deslecharán pensando que les pertenece esta cuerpa de vochito hormonado. Y pues que piensen lo que quieran. Quién es una para juzgar los experimentos de Dios.

Como hay guerreras que estamos hechas para satisfacer, se abrió el Onlyfans y el resto de las plataformas que hacen lo mismo. Ahí, si

tienes suerte, te haces tu agosto con una veintena de clientes que paguen de a cien pesos la suscripción. Con eso casi casi sale para la renta y ya con la calle la vida se vuelve loma abajo. La cosa es que no es fácil porque lo que más se busca son cuerpos de revista. Las que más venden son las Pablito, las buenonas, las chavitas, las tetudas avispitas. A las llenitas de cuerpa desbordada se nos complica, pero no por eso no luchamos. Si yo te manejo la gama completa de servicio al cliente. Hasta me compré unas de esas lamparitas redondas que venden en los tianguis para hacerla de influencer con tal de que la cara no me salga tan puteada.

Ahí mismo, en mi cuevita, fue que me armé un set para grabar contenido. Aquello no será Televisa, pero está digno y funciona. Pongo el celular en un brazo mecánico que compré en promoción y me imagino que le estoy hablando al papacito del momento. Eso nunca falla. Me pongo un conjuntito sabrosón, saco la lentejuela, el tul, la seda, el negligé, la tanga brasileña, el top y me froto las tetas como si tuviera comezón en los costados. Las bamboleo como si fueran pompones de porrista y las acerco a la cámara para que se atraganten con mucho de lo bueno. ¿Quieres, papi? ¿Las quieres?

La clave está en afrutar la voz, en decirlo como si le hablara a un bebé. Yo no sé por qué a los hombres les excita que les pregunten cosas, pero ya estoy harta de buscar respuestas, así es que lo hago. Me monto al tren del mame como si fuera palo de estríper y hago piruetas, malabares, trucos, magia, ilusionismo. Poquito más y me dicen la Merlín porque lo mismo te froto la bola de cristal que te la desaparezco ahí donde te platicaron que pica. Y si hace falta la escupo por la boca toda llena de baba y así de resbalosa me la paso por esta piel que no es canela, sino azabache-berenjena, y le saco brillo con cuanta crema, loción o aceite encuentre yo en rebaja. Tú sólo imagina y pide, que yo cobro y cumplo. Soy la colcenter: lo mismo te tomo el pedido que te atiendo la queja y te doy que te recibo. Te manejo la autoexploración, la muestra, el show completo.

Soy la muñeca didáctica, la pedagoga, la tícher, la maistra, la educadora, la profesora, la institutriz. Métanse a la cuenta y verán que no es choro.

Para cerrar con broche de oro: el Whats. Ese también funciona por grupos, lo malo es que ahí todo lo quieren gratis. Te mandan mensajes para calentarte y luego quieren que les mandes contenido. Jamaica, chulis: o pagas o nada. Para lo que sirve el Whats es para organizarse porque las putas no somos nada si no estamos la una para la otra. Una vez que entendimos eso ya podemos cantar, *las putas, unidas, jamás serán vencidas*, y nomás los que han cantado saben la adrenalina que suelta la cuerpa cuando una es parte de algo así. Hemos aprendido a politizarnos a punta de pistola y policías corruptos que intentan levantarnos de la vía pública como si fuéramos puesto de garnachas con chiste y piquete y luego cobrarse a mamadas la fianza. No es que venga yo aquí a echar de cabeza a nadie, pero ya entrados en gastos les cuento la historia.

Cuenta la leyenda que había una vez un juez al que me remitían cada que había redada. Fue a finales de los noventa. Se perseguía el trabajo sexual en calle con un chingo de ahínco. Cuando menos me pasaba una noche a la semana encerrada. Después de agarrarme, me remitían con el juez cívico al que, cuando tenía dinero, podía darle para una torta y un chesco, pero cuando no traía pagaba en cuerpomátic. En ese entonces se usaban las julias, unas patrullas en forma de ambulancias a las que iban subiendo como mercancía a toda aquella que se encontraban. Me acuerdo de la vez que me cacharon mamándosela a un tipo allá en el paradero de Iztapalapa. Cuando necesitaba dinero me iba a donde salían los microbuses para la central de abastos y me hacía el comedero de toda la ruta. Me pasaba ahí una hora o dos y sacaba una buena feria. Aquello parecía buffet. Terminaba con los tornillos de la boca flojos y la mandíbula adolorida. La cosa es que esa vez nos levantaron a los dos. Al tipo lo dejaron irse porque era hombre, pero a mí me llevaron junto con

toda la bola de malandros que fueron recogiendo por el camino a la agencia cuarenta y cuatro.

Cuando llegamos, el mismo juez andaba ahí paradote mirándonos bajar de la patrulla como gerente recibiendo mercancía. Apenas me vio les dijo a los polis, a esta déjenmela aquí y me llevaron a un cuartito de dos por dos con una puerta de madera. El hombre se apareció después de un rato y me preguntó que si me quería ir.

—Claro que sí, señor juez, pero no traigo dinero.

—Eso no es problema —me dijo—. Nos podemos arreglar de otra manera. Una chupada y luego la puntita, ¿qué dices?

Más tardé yo en contestarle que él en desabrocharse el pantalón. Le hice una chamba de antología nomás para que no me cogiera y cómo lo disfrutó, que hasta los ojos se le voltearon al viejo verde.

Los patrulleros fueron aprendiendo del Licenciado. En vez de llevarme para que fuera él quien disfrutara conmigo se cubrían entre ellos y se desviaban de la ruta para llevarme a un cine que estaba en la Vicente Guerrero, donde ahora está la clínica especializada Condesa. Ahí había un baldío muy grande que era donde hacían las bacanales. Yo prefería a los policías porque eran más educados y me regresaban a mi casa como agradecimiento. El juez no. De ahí de la 44 tenía que salir sin dinero y buscar a un taxista que me llevara a mi casa a cambio de otro favor. Les ofrecía una chupadita y los taxistas, que son de los calientes los número uno, hasta se emocionaban y movían el rabo. Haz de mí lo que quieras, les decía, y veía cómo se les empapaba el asiento. Era cuando menos media hora hasta mi casa y eso eran ciento cincuenta pesotes que me ahorraba.

En ese entonces me decían la talonera porque usaba esta boca serpentera para conseguir lo necesario: chupe, perico, fiesta, aventón y un taco. La vida de la puta es cara y hay que vivirla. Había agarrado la maña de pedir para todo y conseguir con palabras todo eso que no quería ganarme en la cama. Salía de la casa con hambre

y me iba a alguna de las calles concurridas, ponía cara de mujer fatal y les pedía para un taco, para persignarme, para el pasaje. Lo peor del caso es que nunca me negaban nada y eso me mal acostumbró. Es por eso mismo que ahora no sé qué chingados voy a hacer de mi vida. Llevo tantos años consiguiendo lo que quiero que ahora cualquier corsé me aprieta.

Es que acá entre nos, la verdad es que ya sólo los hombres nostálgicos me ponen el ojo. Yo quiero demostrarle al mundo que pasado el cuarto piso todavía se es rascacielos, pero es el mundo el que empieza a decirme entre líneas que todo se recicla, que ya nomás sirvo de abono. Ahora me busca el tipo de hombre que pone un disco de Vicente o la Chavela y se prende un cigarro tomándose su tequila a sorbitos. Mis clientes de ahora son los que cuando están conmigo se imaginan que están cogiendo con la Thalía o la Pau o la Gali o la Lorena Herrera o ya de plano con La Gaviota, chingue su madre Peña Nieto. Y no porque yo soy como ellas, mucho menos porque ellos son Fernando Colunga. De lo que se trata es de usar la imaginación, de erotizarse con lo que a una le funciona y, claro que sí, cumplir las fantasías de cualquier cerrito que quiera ser montaña.

Ya casi me tocan puros hombres que no regatean porque saben que no aguantan toda la noche, pero sobre todo porque ya llegaron a la edad de poco, pero bueno. Quién fuera la Maribel Guardia para seguir siendo último modelo a los sesenta y que un potranquito joven quiera beber de tus aguas. ¿Qué no hiciera yo con todo ese baro que me tomé y me inhalé? Si alguien me hubiera dicho que tendría que seguir regentando la calle a mi edad hubiera cuando menos echado unas monedas a la alcancía, pero con la esperanza de vida que tenemos es raro que alcancemos los cuarenta.

La mera neta es que con los chavos no me entiendo muy bien. Dijeras, tú, los milenials, voy de acuerdo. Esos todavía tienen algo de los de antes, pero los chiquillos, no, esos parece que están hechos de cartón mojado y pues una que ya tiene sus añitos se

pone exquisita. Me acuerdo de antes, de cuando todavía podía hacer arder un campo con un cerillo y dejar el incendio de hombre tirado en la cama, destruido de tanto palo, y salir bien digna, entaconada, fumándome un cigarrito y parar un taxi a puro chiflido y volver al punto lista para otra balacera. Pero hoy con trabajos prendo un cigarro terminando de coger y me quedo mirando el firmamento del techo del hotel como pidiéndole ayuda a las diosas de la enjundia para que me devuelvan cuando menos las cascaritas de lo que fui de joven. Miro al torero que me hizo la faena y se me antoja espada, pero ya tengo la lengua afuera.

A veces pasa que se para un chavo y se antoja de mí. El último fue hace ya rato. El muñecote me subió a su carro, un vochito amarillo bien cuidado. Antes de ir al motel paramos en un Oxxo a comprar cigarros y condones.

—Unos suaves, para que sienta el rigor —le dijo el chamaco con su voz de animador de fiestas infantiles a mi amigo que atiende por las noches.

Yo me quedé atrás, mirando, tratando de descifrarlo. Desde que me abordó me dio mala espina, así es que por mucho que me pese andar de investigadora privada buscando indicios de violador en cada movimiento, es lo que toca. Me dirán loca, pero yo no confío en esa gente que no puede pedir unos condones sin hacer chistes. Esos son los mismos que luego quieren andar subiéndote unos pesitos y hacerlo a pelo. Ni mais paloma, yo a pelo nomás con mi hombre y como no tengo, pues enmicado. Lo mío, lo mío, son los hombres que piden condones con la voz rasposa de haberse fumado una hectárea entera de tabaco. Esos hombres son los que aguantan un coche y quieren más, los que gritan cuando nalguean y no se achican a la hora de la hora.

El chavo del Oxxo me hizo una seña con los ojos para que mirara el brazo del cliente. Me acerqué a la caja pidiendo unos chicles como quien quiere enterarse de un chisme y me fijé en el tatuaje que traía

en su brazo izquierdo. Era un símbolo que yo no había visto antes. Dejé mi celular dizque olvidado y cuando entré de nuevo a la tienda le pregunté al muchacho qué transa con el tatú. El pinche chango nomás me hizo un cuento chino de no sé qué serie de televisión japonesa y me dijo que ese símbolo era de los malos. Y yo pensando que el güey era de la Mara Salvatrucha. Cuidado, me dijo, yo sé de lo que hablo. Compartí mi ubicación con una amiga y me encomendé a Malverde. Ni modo, hay veces que toca coger con los ojos abiertos.

Eso sí, el motel lo decidimos nosotras. Vamos a los que conocemos, en los que el gerente nos hace el paro y sabe que, si escucha algo raro o el cliente sale solo, tienen que llamar directo a la ambulancia y luego averiguar. Esos pequeños detalles pueden salvarnos la vida.

Este chavo andaba nervioso como primerizo, con sus manos sudadas, las piernas temblorosas y la voz de Laura León. Tranquilízate, le dije, no te va a pasar nada, no muerdo, chiquito. Calibrar el ambiente tiene su truco. Hay que tener sensibilidad de bruja para saber cuando una puede hablarles bonito y cuando tiene que sacar a orear las tetas, poner cara de loba y hacerse la mojada para que el otro se prenda y terminemos cobrando sin tanta alharaca. Porque luego hay unos a los que no se les para y te dicen que no te van a pagar. Hazme el favor, si yo cobro por hora o por ratito, pendejo, no por palo, y tú, mi amor, no vas a pagar por lo que se te dé la gana. Si tu pajarito no salpica no es cosa mía, nomás me falta hacerme responsable por tus defectos de fábrica. No, chuli, yo tengo mi tarifa plana, encima de eso ya le pones las chispitas a tu helado. Pero no entremos a ese terreno que está lleno de barro.

Hay otros que quieren pasársela hablando de la oficina, de la mamá, de la esposa, de los hijos, y yo sin bronca escucho, pero luego al cuarto para el ratito ya se terminó la hora y se acuerdan de que querían coger y andan queriendo que les cobre una hora de

noventa minutos. No, papi, el tiempo extra aquí se paga. Si en tu oficina te hacen pendejo ese es tu pedo, yo no soy sindicato.

Este hombre no era de los malos, nomás era un chamaco primerizo que ya tenía pelitos en todos lados. Lo encueré en cuanto cerramos la puerta y cuando yo vi aquello quise lavar toda mi ropa en ese lavadero. Ven aquí, papi, le dije, disfruta a tu Atenea, soy tu Diana cazadora, tu muñeca, tu diosa, tu trapito. Y que me lanzo a desabrocharle los jeans. Tremendo pedazo de mármol tallado que calificaba para maravilla del mundo moderno me encontré ahí abajo. Vieran cómo brillaba la chingadera, parecía espejo. Pues manitas pa' qué las quiero, y boquita pa' qué te traje, que me lo como todo, como si fuera alita de pollo, y ya nomás que empecé a escucharlo respirar y gemir, le agarré la mano y le dije, vas, sin pena que esta es tu cuevita y le enseñé cómo irme ahogando poco a poquito para producir saliva de la gruesa.

Habían de haber visto lo que hicimos en ese cuarto. Tuvo que venir el gerente a pedirnos por favor que nos calláramos, que no chinguemos, que sí era un hotel para coger, pero no la casa de los sustos. Hicimos una pausita para ir a cenar algo y luego vengache pa'acá que Jorge se llama el niño y tiene hambre porque es tragón. Tres, mis amores, tres palotes aguantó su sobrino y no se le cayó ni un segundo. Yo quedé como trapito de vecindad, pero me cae que por eso hago lo que hago. Díganme ustedes en qué oficina encuentro eso.

Las Cano

Cuando regresé de Tijuana no quería saber nada del trabajo sexual, necesitaba desintoxicarme y alejarme de los recuerdos que me picoteaban cuando no estaba dormida o hablando. Se repetían los últimos meses como cachos de un espejo roto en el que miraba mi vida y sus bordes afilados. Por dentro me moría de ganas de vestirme y salir a la calle a buscar dinero, cristal y una fiesta, pero me sentía incapaz. Pasé de ser una puta con personalidad a una niña flaca que no tenía ni fuerza para comprarse la ropa que necesitaba. Me pasé los primeros días con la pijama puesta, sin el valor de tomar prestada la ropa de mi hermana y salir del cuarto siendo la misma que vivió dos años en una casa ajena, regenteando la calle, negociando con clientes y mostrando un carácter que yo juraba se me había escurrido como aceite por la carretera.

Me sentía rara en familia, chance por la falta de costumbre o quizás porque ya no estaba dispuesta a compartir espacio. Pero al mismo tiempo no quería estar cerca de nadie que no viviera en esa casa. Desconfiaba hasta de mi abuela. Me bastaron los ojos que me echó cuando recién llegué para sentir lo culero que se siente que tu familia te desprecie. Clarita le vi la decepción en la mirada y luego la furia. Según mi hermana, se pasaba todas las tardes en la casa, pero desde que llegué no se había aparecido por ahí.

Los lunes era el día en que comían las tres juntas. A mi hermana le tocaba descansar y a mi mamá no le tocaba limpiar la casa de ese

día hasta la tarde. Se veían en el mercado a las diez de la mañana, hacían la compra y cocinaban juntas. Esa mañana, en vez de mi abuela, fui yo quien las acompañó y aproveché para decirles que era mejor si me quedaba en el cuarto mientras la abuela comía con ellas.

—De ninguna manera —me dijo mi mamá—. Esta es mi casa y aquí nadie se esconde. Lo único que te voy a pedir es que te vistas con la ropa que usabas antes de irte.

Me miré los jeans y la camisa de tirantes blanca que traía puesta y quise haber llegado de la carretera con una maleta llena de ropa para que no tuviera el pretexto de haberme visto en pijama. La ropa andrógina que se quedó en mi casa fue el primer paso de mi transición. Con ella y el pelo largo me sentía mucho más cómoda que con ropa de hombre y el pelo corto, pero después de dos años de no usarla me parecía un paso que no quería desdar.

—Usted no entiende, jefa. Ya no me siento cómoda con esa ropa.

—Es sólo durante la comida, en cuanto se vaya te vuelves a cambiar. Hay que darle tiempo a que se acostumbre, es de otra generación.

—No es cuestión de tiempo, sino de querer a las personas como son. Yo me quedo en el cuarto y no hay bronca. Prefiero eso que disfrazarme de lo que no soy.

—Ya te dije que de ninguna manera —me dijo tomándome de la mano—. Tú eres mi hija y ella es mi mamá. Que me parta un rayo si no pueden comer en la misma mesa. Por hoy me vas a hacer ese favor y yo te aseguro que ella va a aprender a respetarte, por eso tú no te preocupes.

Mi hermana me abrazó, me dijo que me iba a ayudar y se fue dizque a hacer unos mandados. Ya luego me enteré de que fue a hablar con la abuela, aunque no tengo idea de qué fue lo que le explicó porque yo con ellas no había hablado del tema. Me vieron volver en ropa de mujer, les dije que me llamaran Mónica y lo

aceptaron sin decir ni pío. Nos extrañamos tanto que el abrazo y las lágrimas arreglaron todo lo que no podía decirse.

Mi abuela no dijo una sola palabra en toda la comida. Yo tampoco. El comedor era una mesa pequeña con dos sillas de metal y dos bancos plásticos, uno rojo, el otro azul. La comida la servíamos desde la estufa porque no había espacio para poner las ollas en la mesa. Con trabajos cabía el salero de plástico, el frasco con el orégano, un bote de chile piquín, un platito con limones y otro lleno hasta el copete de lechuga y rábano bien picaditos para acompañar el pozole, mi comida favorita.

El simple hecho de estar vestida como antes disparó recuerdos que no me interesaba revivir. Aunque dos años de diferencia no suenen a mucho, eran tantos que la mayoría de la gente del barrio no me reconoció. A los cambios físicos había que sumarle lo vivido, así es que volver sin ropa, ver un clóset lleno de unas prendas que me parecían de otro y compartir tiempo como mujer con dos personas que me habían conocido distinta era suficientemente raro como para tener que volver atrás. Sentía que me estaba traicionando y me moría de miedo de pensar que la transición fuera sólo un asunto de ropa. Intuía que no era así, pero eso no lavaba el miedo. No paraba de pensar en que si hablaba me saldría la voz de antes, una voz menos grave que la de un hombre, pero mucho menos aguda que la mía. Me daba miedo volver a encarnar a Leonardo. ¿Qué carajos era ser yo?, ¿quién chingados estaba sentada en esa mesa? La verdad era que ni yo me había terminado de acostumbrar a mi nuevo nombre. Seguía volteando cuando escuchaba Leonardo. ¿A quién quería engañar? La transición es un camino en círculos que pretendía mostrar como una línea y era justamente por ese miedo a las dudas propias que tenía que aferrarme a una cosa tan pendeja como la ropa o la voz. Quería correr al cuarto a quitarme la sudadera, los jeans y ponerme un vestido que acentuara mis tetas. Quería quitarme los tenis y

calzarme en unas plataformas tan altas como se pudiera. Prefería estar parada en una mesa que en la planicie de los tenis.

En Tijuana tenía que enfrentarme al estigma de la policía y la sociedad, pero me arropaban mis amigas. Ahora estaba en mi propia casa y no sólo me sentía disfrazada sino humillada. Masticaba los granos de maíz lo más rápido que podía y sorbía el caldo del plato para terminar e irme a encerrar al cuarto. Mientras, mi mamá, que de pendeja no tiene un pelo, contaba anécdotas de cuando yo era chica. Sobre todo las anécdotas en las que mi abuela estaba involucrada. Recordaba por cincuentava vez el berrinche que hice por una piñata, las tantas veces que sólo me calmaba si la abuela me mecía en sus brazos en la mecedora que tenía frente a la tele.

Mi abuela parecía un cuerpo vacío. Mi hermana fue la que se la pasó preguntando los detalles de la historia para que no hubiera silencio y no sé cómo lo lograron, pero se las arreglaron para que la comida pareciera más una obra de teatro que una convivencia familiar. Por mi parte, no era que no quisiera hablar, simplemente no sabía qué decir para que mi abuela volviera a quererme. Si oía mi voz era capaz de voltearse a darme un zape, como hicieron tantas veces mis tíos dentro de su propia casa.

Cuando me terminé el pozole y me iba a levantar de la mesa, mi mamá me tomó de la mano y me volvió a sentar.

—Mire, mamá —le dijo a mi abuela—. Esta que ve aquí es mi hija y se llama Mónica. Yo le hubiera puesto Dolores, pero ya me equivoqué una vez.

A las dos se nos salió una risa y nos vimos a los ojos por un momento.

—Yo entiendo que a usted todo esto le parezca una payasada. Hasta puedo entender que no le interese escucharla, pero le voy a decir una cosa: esto no se trata de usted, sino de mí. Yo no voy a tener a mi hija y a mi mamá enemistadas, así es que las dos se levantan de esta mesa y se dan un beso y un abrazo y se dicen que

se quieren aunque sea de dientes pa' afuera. Usted fue la que me enseñó de valores, así que ahora es el momento de que los muestre. ¿Se acuerda de cómo recibía a Sara y a mis amigas en su casa? ¿O ya no se acuerda de esas tardes chismeando cagadas de la risa? Tampoco me va a decir que no sabía que alguna vez fueron diferentes porque eso no se lo cree ni Dios. ¿Voy a creer que lo que hizo con mujeres ajenas, no pueda hacerlo con su nieta?

Las lágrimas se me salieron por mucho que me mordí la lengua. Lo máximo que pude hacer fue jalarme las mangas de la sudadera y llevármelas a la cara, pero fue peor porque mi hermana se levantó de su silla para abrazarme y ahí terminé de quebrarme. Escondí la cara en su pecho y lloré todo lo que no pude llorar en los últimos dos años. Hubo un momento en que intenté contenerme hasta que me di cuenta de lo mucho que necesitaba llorar. Sentía que por primera vez soltaba todos esos nudos que me mantenían derecha. Todo eso que me hacía ver fuerte no era más que un cartón aparente que se desmoronó con el agua. Lloraba porque no quería cargar con el peso de mi nombre muerto y andarme con cuidado en mi propia casa, lloraba porque no quería ocultarme intentando balancear los sueños de mi abuela, las expectativas de mi mamá y la idea de hijo que imprimió mi papá en ese maldito testamento educativo que dejó en mi casa.

Al poco tiempo mi abuela me jaló por el pecho, me levantó de la silla y me abrazó para llorar las cuatro en un ritual de luna.

La Familia

Después de unas semanas mi abuela empezó a decirme "mi niña" y yo no volví a decirle abuelita ni Tita, sino Chabela. Pasé de ser su nieto a una más de las mujeres de su familia. Para mostrarme su cariño, algunos domingos llegaba a mi casa sabiendo que iba a estar cruda, y me preparaba unos chilaquiles bien picantes, caldo tlalpeño, birria, pancita o barbacoa. Ella misma iba al mercado a comprar las cosas y cuando estaba todo listo, bajaba por una cerveza con doña Meche.

—Párate, mi niña —me despertaba—. Vente, bebé, siéntate, te preparé tal cosa.

Otras veces iba al tianguis y me traía regalos.

—Ten, mi niña, estas tangas me gustaron para ti.

Chabela era lavandera, pero yo siempre la recuerdo lavando platos y cantando esa canción de los Panchos con Eydie Gormé, mientras recordaba a mi abuelo y yo la abrazaba para cantar y llorar con ella.

Era de sonrisa fácil, pies gordos y carácter fuerte. Tenía los nudillos de las manos achipotados por la artritis y el trabajo con agua, pero ni eso ni el dolor de las várices la hacían parar. Ejercía de matriarca. Sobre sus faldas se arremolinaban sus hijos y nueras, y si había que señalar los defectos de alguien era la primera en decirlo a sus espaldas, pero cuidado y fuera otra la que dijera algo. Yo porque soy su madre puedo, les decía, pero tú calladito te ves más bonito

porque tal y cuál, y te aventaba los defectos a la cara como si fueran monedas.

Un domingo, ya cuando estaba malita, le celebramos su cumpleaños reunidos hijos, nietos, nueras y yernos. Llevaba un tiempo sin noción de quién era quién y sólo gesticulaba cuando una cara le parecía conocida, pero al ratito volvía esa mirada hueca de no sé quién chingados es este, que tanta tristeza nos daba. Sufrió mucho de los pies por culpa de unas úlceras varicosas. Casi todo lo que es el chamorro lo tenía agrietado, y así y todo vivió veinticinco años con esos dolores y sin quejarse. Nunca dejó que nadie hiciera nada por ella. Aunque fuera hincada limpiaba su casa, lavaba y se hacía de comer.

Ese día, con todos reunidos, los primos estaban chingue y jode preguntándole que si se acordaba de ellos y nada, no reconoció a ninguno hasta que me vio llegar y empezó a moverse y a hacer gestos con su carita bien contenta. Levantaba sus cejas para saludarme y yo, bien perra, bien emocionada, me acerqué a darle de besos ante los celos de todos, que no podían creer que precisamente de mí fue de la que se acordó.

Cómo habrá tenido el corazón esa mujer que una vez llegó a la casa una compañera a avisarme que en un operativo se llevaron a varias de nuestras amigas, y más tardó mi amiga en contarme que Chabela en decirnos a las dos que la acompañáramos al súper y se puso a cocinar una cazuela grande de huevo en salsa roja con arroz, compró tortillas, hizo agua de limón y nos pidió que lleváramos todo a los separos. Esas cosas no las vivió con mis primos, a ellos sólo los veía los domingos y en los cumpleaños, en cambio, conmigo se pasó las tardes de muchísimos años.

Las primeras semanas de que llegué, mi mamá me rogó que me estuviera tranquila, que hasta que no me recuperara no tenía que preocuparme por salir a trabajar, así es que por las tardes me iba

con mi hermana de paseo al parque, nos comprábamos papas de carrito o un mango en vaso y, mientras una comía, la otra hablaba. Ella me contaba sobre sus novios, me hablaba de Ismael, el muchacho que conoció en la secundaria y que se había aparecido hacía un año a insistirle que fuera su novia, pero ella no estaba segura. Es muy hablador, me decía, todo el tiempo está haciendo planes, dice que quiere un niño conmigo.

Mi hermana es más chaparrita que yo, pero desde bien joven ha tenido actitud de señora. Chavita como estaba, me contaba de sus aventuras como si fuera una mujer de cuarenta decidiendo su futuro. Nunca habló de los hombres como sus amores, sino como los posibles padres de sus hijos. Me hacía gracia, pensaba que era una etapa, que se sentía grande por hablar así, hasta que me di cuenta de que iba en serio. Yo a ella le contaba una versión aguada de mi vida en Tijuana. Le pasaba por encima a mi vicio por el cristal y sin decirle nada de las violaciones ni de que viví en la calle. Le dibujé la vida que me hubiera gustado tener para no preocuparla. En esos días estaba segura de que no iba a volver a putear, así que no tenía por qué escarbar en esas fosas.

No les prestaba atención a los tipos de los que me hablaba, lo que quería era escucharla contarme sobre esos dos años que no estuvimos juntas. Además de Ismael, veía a otro chavo más grande que también le gustaba. Para qué negar que las Cano somos así, picaflores, ojialegres, dignas hijas de nuestra madre y de nuestra abuela, que aunque se hiciera la mujer de un solo hombre, yo la conocía.

El problema del tiempo es que pasa aunque una no quiera. Al mes de estar sin hacer nada, mis días se volvieron aburridos. Empecé a sentirme mal de estirar la mano para comprar cualquier cosa. Odiaba tener que reprimirme los antojos por falta de dinero, así es que le pregunté a los vecinos por algún trabajo y empecé en

el tianguis que se ponía cerca de la casa, a un ladito del metro Constitución.

Ganaba seiscientos pesos a la semana. Eso porque era buena vendedora y sacaba la mercancía como pan caliente. Todavía tenía fresca la experiencia de vender llaveritos y cosas chinas. Usaba mi labia para convencer a las clientas de llevarse todo lo que podían.

—Mire, marchanta, venga para acá. Acérquese, le voy a decir algo. Usted se ve que es enjundiosa, a mí no me engaña. Ese calzón que quiere es para el diario, y no me malentienda, hasta se lo recomiendo porque es cómodo. Pero para la noche llévese otra cosa: una tanga, un corsé, algún conjuntito. No es lo mismo encuerarse con eso que, por ejemplo, con esta tanga. Mire qué linda, se le van a ver las pompas que hasta le va a dar gusto verse en el espejo. Usted misma va a ver cómo se siente sexy, como camina diferente. La confianza en una misma es la clave del éxito, se lo digo yo que soy más joven que bonita. Todo eso da igual, lo que importa no es el empaque, sino el estampado. No importa si está soltera o casada, esto no es para él, es para usted, para que se sienta sexy porque todas las mujeres somos sexys. Es más: lléveselo y pruébelo, yo se lo fío. Si le funciona viene y me lo paga, si no me lo regresa, aunque sea usado.

Pocas se resistían a mis encantos. Vendía productos por paquetes y la doña del puesto, contenta con mi trabajo, me daba mi comisión. Cien pesotes extra a la semana. ¡Pinche vieja! Un tanto le daba a mi mamá y el resto era para mí. No me alcanzaba para mucho, pero tampoco necesitaba más.

Me sentaba en el tianguis desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde. Me gustaba estar rodeada de gente porque rápido me hacía amiga de los tiangueros, que a cada rato me regalaban algo de comer, un disco o lo que fuera que vendieran. En esos meses que estuve ahí engordé, no sólo porque en Tijuana el cristal me había quitado el hambre, sino porque me sentía contenta

y ya saben que la felicidad engorda. Por fin estaba logrando eso que siempre había querido. Ser como Sara, regresar al barrio de mi familia y que no sólo me respetaran, sino que me agarraran cariño.

El tianguis también me servía para conocer chavos. Era de diario que alguno se me acercara a preguntar por la mercancía como si fueran a comprar para sus parejas y terminaran más interesados en mí que en el producto. Yo me dejaba querer, me iba con ellos de parranda y me iba haciendo de amores. Ahí conocí al Toques, un muchacho delgadito con los pelos parados que le encantaba bailar y me llevaba a diferentes plazas. El chavo era bueno para moverse y yo, que soy autodidacta y traía la base, pronto aprendí a bailar quebradita y a brincar en sus caderas como si fuera chinche.

Sin falta, los viernes pasaba a la una de la tarde por mi puesto y me avisaba a dónde íbamos a ir en la noche. Quedábamos en vernos en algún lado, nos comprábamos una botellita de algún chupe barato y llegábamos ya borrachos a bailar por unas horas y de vuelta a casa de su mamá a despeinar a la cotorrita. Ahí, en esos bailes, me acordaba de cuando me llevaba mi jefecita y me ponía contenta. Todo regresa a su lugar, me decía a mí misma, sin tener la menor idea de lo que se venía.

Yo quería juntarme con ese hombre, pero él no. Tengo mujer, me decía, estoy casado y no puedo faltar a mi palabra. Yo sabía que era puro cuento, pero tampoco soy pendeja y entiendo las indirectas. Chance por el estigma de andar con una mujer trans o chance por otra cosa. El caso es que tampoco pensaba mucho en él porque lo que me sobraban era pajaritos revoloteando en mi alpiste.

El Cuñado

El problema grande empezó casi al año de regresar a la ciudad. Ya yo había cumplido diecinueve y mi hermana diecisiete. Nos estuvo escondiendo su embarazo por tres meses. No se aparecía por la casa y cuando le preguntaba dónde andaba, me ponía carita de pilla y me decía que la dejara, que andaba cortejando. Como mi mamá y yo andábamos en lo mismo, no nos dimos cuenta hasta un viernes que coincidimos las tres y ella se levantó de la mesa sin querer tomarse una cerveza. Entre nosotras nos olemos. Mi mamá y yo nos quedamos viendo con cara de qué le pasa a esta y la fuimos a alcanzar. La casa tenía sólo dos cuartos. El de mi mamá estaba al fondo de un pasillo chiquito que empezaba casi donde terminaba el comedor y tenía escasos dos metros. De un lado estaba el único baño de la casa y, del otro, el cuarto de nosotras.

Le tocamos la puerta y la encontramos arremolinada entre las sábanas, con la almohada tapándole el estómago.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

No dijo nada, empezó a llorar.

—¿Te dejó Ismael?

La que contestó que no, que estaba embarazada, fue mi mamá.

—¿Usted cómo sabe? —le pregunté.

—¡Ay, mija! A las mamás no se nos pueden esconder esas cosas. Yo también estuve embarazada y ese brillo en su cara no es maquillaje ni es amor, eso es que está esperando.

Mi hermana se soltó a llorar más fuerte y ya no dijimos nada, nomás la consolamos. Mi mamá le sobaba la pierna mientras yo la abrazaba.

—Tengo miedo —dijo al rato—. ¿Cómo voy a mantener al chamaco? ¿Cómo voy a decirle a Ismael? ¿Con qué dinero voy a parir? No estoy lista.

—Cuando el cuerpo está listo, la cabeza lo acompaña. Por eso no te preocupes. Además, aquí estamos tu hermana y yo para ayudar. Y por si eso fuera poco, también está tu abuela, que se va a poner recontenta de tener bisnietos. No hay catre que no de abasto si el amor es grande, usted verá.

No hubiera habido tanto problema si no fuera porque Ismael era el papá. Ese tipo habrá sido bueno para meterla, pero sobre cualquier otra cosa no sabía nada. Eso sí, se sentía que era chingón, le daba por abrir la boca y mandar pedir. Sacó a mi hermana de trabajar y no porque tuviera dinero, sino porque cómo la dama del caballero va a osar trabajar, ni que hubiera nacido pobre.

—Estás embarazada, no idiota —le decía yo para que agarrara la onda, pero no quiso escuchar. Y por mucho que me hinché de coraje, no estaba en condiciones de obligarla.

Ese fue el primer pleito desde que llegué de Tijuana. Mi mamá la defendió y le dijo que se estuviera quieta, sobre todo porque estaba débil.

—A ti y a mí nos toca apechugar —me dijo y me enterró las uñas de los ojos. Sabía que si seguía hablando me iba a contestar con algo hiriente. Tuve miedo de que me echara en cara su aceptación, así es que decidí callarme y ayudar porque no sólo me sentía en deuda con ellas, sino que yo sabía bien cómo ganar más dinero.

A partir de esa discusión, sentarme en el tianguis no fue lo mismo. Miraba el dinero pasar por mis manos y sentía que lo necesitaba. Cada que recibía un billete pensaba en la cantidad que

podía hacerme puteando. Me fui convenciendo, durante las horas que pasaba sentada, que la razón por la que no quería regresar al trabajo sexual era por el cristal, no por el trabajo en sí. Y era cierto, el trabajo lo disfrutaba, ¿a quién quería engañar?

Esperé a que Viridiana, una clienta trans, trabajadora sexual, fuera a comprarme unos conjuntitos y hablé con ella. Se miraba que era de confiar. Tenía el don de darse a querer, los labios inyectados, el torso y las piernas flacas y alargadas y las nalgas y las tetas hechas por una mano experta.

—Quiero empezar a chingarle, mana —le dije apenas nos pusimos a cotorrear.

Sólo eso hizo falta. La pájara, flaca como estaba, abrió sus alas, me cobijó con su manto, me llevó de la mano a su punto, me paró al lado de ella y listo: me estrené como puta en la Ciudad de México.

Nada más ese día me hice quinientos pesos con dos clientes. Una mamada y una cogida, y ya había sacado casi lo mismo que en toda la semana sentada ocho horas en una cubeta empollando el tiempo que no tenía, vendiendo aire y viendo pasar el dinero frente a mis ojos sin poder tenerlo. Con mi hermana haciendo barriga y por parirle un heredero al bueno para nada de un cabrón que ni era mi cuñado, no podía darme ese lujo.

Bien dice la Biblia: suertudo aquel que tenga por familia a una puta. Poco a poco empecé a ser yo la que se metía la mano a la bolsa para pagar los doctores, los estudios y las medicinas de mi hermana, sin que en mi casa me preguntaran de dónde salía el dinero. Lo que hacían era pedirme y después, como ellas no querían ir a la farmacia, le daban el dinero al imbécil de Ismael.

Esa información se la debo a Lucha, la comadre de mi mamá. Ella era la radio de la comunidad. Desde cuándo los vecinos sabemos que esa mujer era así, arrimosa, coda y comecuandohay, pero la queríamos porque era buena conversadora y amenizaba las tardes en ese edificio que más parecía que se levantó como reverencia al

sol que como refugio ante él. En los inviernos agradecíamos la vaporera que era esa casa, pero pregúntenme en verano. Aquello era como vivir adentro de una boca tira lumbre. El calor bueno empezaba en abril. Cuando las jacarandas amorataban el paisaje empezaba la temporada de morder hielo como si fuera chicle y de asomar la cara a la ventana esperando que un viento perdido silbara una brisa.

Yo le guardaba coraje porque fue ella la que se fue de dientes cuando aquella primera vez me vestí de reina, pero lo bueno que tenía era que sabía disculparse. Al cabo de unos meses de que llegué de Tijuana me pidió perdón por echarme de cabeza.

Cuando me cansé de que el holgazán hiciera a su placer le dije a mi mamá que iba a dejar de darles dinero porque se lo daban al bueno para nada y aguanté a pie firme sus protestas.

—Ahora sí, sin dinero, ¿cómo pretendes que nos ayude?

—Ay, jefa, no sea ingenua. Usted sabe que ese dinero le rinde como caldo de frijoles. Además, el dinero lo pongo yo, no él. Que se busque una chamba.

Yo creo que ella, igual que mi hermana, tenía miedo de que el cabrón se fuera, así es que la pinche conversación fue en vano. De todas formas, fue así como se inauguró la bonita tradición de que los mantuviera. Y por si fuera poco, mis tíos empezaron a pedirme que cuidara de Adolfo, mi tío al que habían diagnosticado con VIH. Pues cómo no, si yo era la soltera de la familia, la que tenía tiempo durante el día, "la que no hacía nada".

Pasaban los meses del embarazo e Ismael se me atragantaba cada vez más. El último mes ya casi no se presentó en la casa. Las dos veces que visitó a mi hermana fue para armar el paripé de que se preocupaba y decirle que estaba ausente porque estaba trabajando para sacar adelante a esa familia que estaban formando.

Mi hermana, que había hecho una panza hermosa, redonda y chipotuda, se miraba más bonita que nunca. En cambio él, había

engordado. Sus piernas seguían flacas y, así de cortas como las tenía, parecía una botarga. Se comía todo lo que estuviera en la mesa y cuando se sentaban a ver alguna película, le pedía a mi hermana que le preparara unas papitas, unas palomitas con caramelo, unas quesadillas o, de plano, la mandaba a comprar esquites, camotes y cualquier garnacha que encontrara en la calle.

Un domingo antes de que diera a luz se me llenó el saco de piedritas porque mucho es bastante. Aproveché que mi hermana salió al puesto de la esquina y le pedí, muy amablemente, que dejara de ponerla a hacer esfuerzos y que dejara de comprar esa comida porque mi hermana tenía que comer sano.

—No es un chiste, Ismael, te lo pido por favor. Fue la última vez. Qué no ves que no tiene fuerzas y está cansada todo el día. No le ves las ojeras, los ojos sumidos, o además de huevón estás ciego.

—No seas chismosa —me dijo—, tú métete en tu plato. ¿O me ves a mí diciéndote cosas de lo que haces con tu vida? ¿Tú crees que a mí me parece muy bien que mi hija crezca con tu ejemplo?

Que conste que yo no empecé, pero el que torea a la avispa, que aguante el piquete.

—Mira, pinche malagradecido. Así como me ves, con esta pinta y este ejemplo es que se mantiene esta casa, en la que por cierto tragas más seguido de lo que deberías. Además, yo no sé en qué periódico leíste tú que vas a ser buen ejemplo para mi sobrina. Un bueno para nada por papá no es un idilio, así es que en tu perra vida se te vuelva a ocurrir mencionar algo de mí que te juro que no vuelves a poner un pie en esta casa. Si quieres tragar algo, te levantas tú y te lo preparas tú, o sales por él. A mi hermana me la dejas en paz. Y por el bien de tu hija, deja de antojarla con comida chatarra, que ya suficiente trabajo le cuesta comer como le mandó la doctora. Ah, y discúlpame por habértelo pedido como favor, era un aviso. O marchas derechito o te vas a la verga.

El cabrón estuvo a dos de darme una cachetada, pero yo ya había vuelto a la calle y me habían crecido dos ramitos de espinas en la lengua. Me levanté y me le puse al tiro.

—No me toques que te arranco los huevos —le dije.

—Pinche puta —me contestó y se fue de la casa cuchicheando groserías.

Ese día se terminó de romper la poca cordialidad que había entre él y yo. Por supuesto que fue de chismoso a acusarme con mi hermana y ella, que yo no sé por qué le da por defender lo indefendible, me dijo que lo dejara en paz, que sus dinámicas eran cosa de pareja, que le hiciera el favor de mantenerme al margen.

Qué mejor pretexto para no aparecerse en toda la semana que esa pelea. Le dijo que él no iba a aguantar mis reclamos, que o me metían en cintura o no volvía. Y no volvió. Mi hermana estaba fúrica conmigo, nomás me veía y me gritaba que cómo me atrevía a correrlo de la casa, que era el papá de su hija y que ahora, por mi culpa, le iba a tocar criar a la niña sola.

Lunes, martes y miércoles nos la pasamos discutiendo detrás de mi mamá. Yo trataba de convencerla que nuestra discusión fue sólo un pretexto para desaparecerse, que seguramente ni había encontrado trabajo, ni tenía dinero para ayudarla con los gastos.

—¿Cómo te atreves a decir eso? Si su sueño es ser padre. Él no está aquí por tu culpa, no por la suya. ¿Tú por qué te sientes que puedes venir a decirle de cosas y darle lecciones de moral cuando bien sabemos que no llevas hábito?

La vi tan enojada que me asusté. Ya estaba cerca de dar a luz. Caminaba con la mano sobándose el estómago alrededor de la mesa, iba de la cocina a la sala, de la sala a la mesa, se sentaba a recuperar el aliento y volvía a pararse para gritarme de cosas.

—Ya, tranquila —le dije—. Se te va a salir la chamaca del coraje. Siéntate y discúlpame.

Ese día mi mamá andaba limpiando la casa de una señora grande que vivía al doblar la esquina. Tuve que ir por ella para que me ayudara a calmarla, pero no hubo forma de hacerla entrar en razón hasta que no me fui de la casa. No me estaba tranquila de que el coraje pudiera hacerle algo, así es que me quedé en la puerta con el oído pegado hasta que se calmó.

—Mire, mamá. O le dice a su hija que no vuelva a meterse en mi vida o le juro que me voy de la casa y no conoce a su sobrina.

Mi mamá le decía que ella iba a hablar conmigo, pero que se tomara un té de tila y se tranquilizara.

Cuando me aseguré de que se había calmado, me fui a casa de Viridiana, que me recibió con un poco de coca. Nos metimos una línea, pasamos a una tienda a comprar una botella de tequila y nos fuimos camino al punto que muy pronto se convirtió en mi lugar seguro, en el espacio en el que podía hablar de mis problemas con las compañeras. Viridiana pasaba por lo mismo, ella también mantenía a su mamá, pero a sus hermanos sí les había puesto un alto. Me recomendaba que hiciera lo mismo, aunque yo no tenía su estómago.

Para cuando llegamos al puente peatonal que quedaba entre su esquina y la mía, la botella iba por la mitad. El coraje, ya con la coca y el tequila en la sangre, era un pájaro picoteándome los pensamientos, diciéndome que si no hacía algo para que mi hermana me perdonara, iba a perderla.

Viridiana me daba cuerda y el pájaro picoteaba sin descanso. Eran las siete de la noche. Tlalpan a esa hora estaba repleta de coches. Había tráfico y por los puentes no dejaba de subir y bajar gente. No faltaba quien nos mentara la madre por estar sentadas a la mitad de los escalones como si fuera nuestra casa, pero es que lo era. Nos valía madres, nos chupamos la botella completa y, cuando ya estábamos bien mareadas, Viri sacó la coca de nuevo. La gente

nos gritaba que no hiciéramos eso en la calle, pero ya bien alteradas nada nos importó.

—¡Hola, muchachas! ¿Por qué tan solitas?

—Porque solas nacimos y solas vamos a morir —le dijo Viridiana al tipo vestido de traje que se acercó a nosotras.

—Pues déjenme acompañarlas mientras eso pasa.

—Aquí se acompaña con dinero, ¿traes? —dije yo.

—Simón.

Viridiana se prendió y le preguntó que si nos iba a contratar a las dos.

—Nomás traigo seiscientos pesos. Ustedes dicen.

—Es muy poco —le dijo Viri y me volteó a ver—. Vas tú, mana, que hoy lo necesitas más que yo.

Me levanté, me acomodé el vestido amarillo que traía, tomé mi bolsa y me fui caminando de la mano del caballero hasta el hotel que quedaba a la vuelta. El tipo era de esos clientes querendones a los que les gusta empezar besándose. Me tomaba de la cabeza y jugaba con su lengua en mi boca. Yo me dejaba hacer, pero a la mitad de los besos se atravesaba la imagen de mi hermana embarazada jalando aire para tranquilizarse y maldecía mi boca metiche. Lo bueno de los besos es que son mecánicos y nadie se entera de lo que estás pensando.

Pero tampoco me contrató para que fuera su novia, así que me quité, le desabroché la camisa azul cielo, le bajé los pantalones de vestir y antes de metérmela a la boca, ya la traía escurriendo. Tenía la cabeza morada como si se la hubieran ahorcado y estaba tamaño me gusta. Al ratito de estársela mamando me levantó por los brazos, me empujó a la cama boca abajo y empezó a juguetear con su verga en mi culo.

—El condón, mi vida —le dije para que no se fuera a pasar de listo.

—Déjame metértela así, para que sientas rico, mi amor.

Cómo me cae gordo tener que darles el sermón. Torcí la cara para que me mirara a los ojos y le dije:

—A ver, papacito. Desde el camino te dije las condiciones, no las voy a cambiar a esta hora. Mejor póntelo y vamos a coger antes de que esta plática te baje la calentura y me reclames que no terminaste.

Se puso el condón, me puse un poco de lubricante y me dejé querer. Eso era lo que necesitaba, que un cabrón se me deslizara y moviera las caderas al ritmo de mi voz.

—Dame, papi, dame.

Cuando volví al punto, ya Viridiana no estaba. Pasé a comprarme otra botella de tequila y metí el sobrante del dinero a la bolsa.

Dicen que los tiempos de Dios son perfectos, pero yo más bien diría que son raros. El siguiente cliente se paró en su coche a preguntarme precio. Ya que acordamos las condiciones le pregunté su nombre.

—Raúl.

Igual que mi papá y, para colmo, de la misma edad a la que él murió. Nada más hubiera faltado que se dejara el bigote como él para que ya no me quedaran dudas de que a ese hombre me lo mandaron.

Me terminé de un trago lo que quedaba del tequila y, ya bien anestesiada, me olvidé de todo. Pero cuando terminamos de coger, la imagen de mi papá volvió a rondarme la cabeza. Traté de borrármela echándome agua en la cara, pero no hubo manera. El tipo me decía alguna cosa de volvernos a ver, pero yo ya no escuchaba. Trataba de apurarlo para bajar a tomarme algo, pero él se vestía con calma. Le cerré la puerta del baño y me senté en el escusado para sacarme el aire que me entró con la cogida. Normalmente me aguanto, pero no quería volver a mirar al tipo, quería salir y que ya no estuviera.

Él era galante, o así se sentía. Me esperó sentado en la cama y me preguntó si quería un aventón.

—No, gracias. Yo me quedo aquí.

Ni con otro pase de coca pude sacarme la imagen de mi papá de la cabeza. Pensaba en él, en qué hubiera hecho si estuviera con nosotros, en cómo hubiera reaccionado con Ismael, y me acordé de la tarde en la que me enteré de que tenía cáncer. Estábamos los dos solos. Yo tenía doce o trece años. Me abrazó como si fuera su compadre y me dijo que había muchachos que tenían que volverse hombres antes que otros.

—Tú eres uno de esos. Vas a tener que madurar rápido y hacerte cargo de tu mamá y tu hermana. Es lo que nos toca a los hombres —me dijo.

No me dejó llorar. Me pidió que me limpiara las lágrimas, que levantara la cabeza y que me saliera del cuarto.

—La vida es así, culera. Para qué te voy a decir mentiras, mijo.

Al día siguiente, apenas me levanté, le pedí una disculpa a mi hermana y llevé a mi mamá a comprar la ropa, los pañales y la fórmula para que pudiera recibir a su primera nieta como Dios manda.

Estábamos las tres en la casa cuando se le rompió la fuente haciendo pipí. Mi tío llegó por nosotras a los veinte minutos y nos fuimos al hospital entre gritos de ve y tráeme, de no se te olvide tal cosa. Mi hermana seguía un poco resentida conmigo, pero estaba tan nerviosa que en el camino al hospital me abrazó y me pidió que no la dejara sola. Yo con ese gesto tuve para olvidarlo todo, porque ella, que por Ismael apagaba el sol a soplidos, se quedó soplando al aire cuando él no se presentó ni en el hospital ni en la casa hasta la semana de nacida la niña. Y fiel a su costumbre, llegó mandando, porque el que se sabe culpable esconde el brazo aunque no tenga espalda.

La Coca-Cola

Las primeras veces que Ismael no puso el dinero que le tocaba para la casa, fue mi abuela la que me pidió que lo pusiera yo y sin hacer aspavientos.

—Hazme caso —me dijo entre dientes.

El problema de haber aceptado fue que muy pronto se empezó a hacer costumbre. Para mí era desgastante decirle a mi hermana que, si ella no iba a salir a buscar dinero, le dijera a la ventosa que tenía por hombre que se pusiera las pilas para ayudar con el gasto. Mejor salía yo a buscarlo. Pero fueron tantas veces que terminé cansándome. La última fue cuando la niña estaba por cumplir el año y con eso me bastó para no volver a mencionar palabra.

—Tú te callas, que nadie te está reclamando a ti lo mucho que pudiéramos reclamarte —me dijo mi hermana con los ojos saltados de coraje—. ¿No ves que para mí tampoco es fácil? Tengo que estar cargando con la niña, con Ismael y con tus pinches reclamos. Eso, sin decirte lo mucho que tengo que andar callando bocas cada que salgo a la calle porque tú de eso no te enteras, pero en esta cuadra todos se la pasan escupiendo tu nombre y tu trabajo. Cuando llegas no hay un solo gargajo porque soy yo la que anda cuidándote los oídos para que no te duelan, pero como ese trabajo no da dinero, no cuenta.

Dejé de hablarle unos tres meses, hasta que vino a pedirme una disculpa. Yo no necesitaba que ella me barriera la calle, al revés,

hubiera querido que alguien me lo dijera en la cara para dejarme ir con mi lengua de tijera y cortarle las cuerditas de la garganta. Una cosa era que defendiera al bueno para nada, otra muy diferente que jugara esa carta para reclamarme.

Cuando por fin volvimos a hablar, al cabo de otro mes en que los miraba con cara de gorrones, me dijo que Ismael la estaba pasando mal, que no conseguía trabajo, que ya suficiente tenía él mismo con sentir que la hermana de su mujer lo mantenía como para que yo se lo echara en cara.

—Pero si no hace nada por encontrar trabajo, se la pasa viendo la tele. Nunca lo he visto salir a una entrevista.

—Mira, te voy a pedir un favor —me dijo—, no te metas. Los asuntos de Ismael son pedo mío. Yo no te estoy cantando la de veces que he tenido que defenderte ante él.

—Otra vez la burra al trigo.

—Yo no voy a dejar a mi hija sin padre. Si lo mando a la chingada, ahora sí va a tener el pretexto perfecto para no ayudarme con la niña.

—Pero si no te da ni un peso.

—Eso es ahorita, déjalo que encuentre chamba y vas a ver como lo exprimo.

—Pues les doy un mes, ya estuvo suave.

Más fácil hubiera sido no ponerle límites. Mi abuela y mi mamá vinieron juntitas a hablar conmigo para calmar los ánimos. Por mucho que les expliqué, me dijeron que eso es lo que hacen las familias: se apoyan. Hoy por ella, mañana por ti. Ya verás.

Pues nunca vi. Fue Viridiana la que me dijo que lo mejor que podía hacer era irme de mi casa.

Lo estuve meditando un rato. Le daba vueltas a la idea. Por un lado me sentía mal de no estar ahí con ellas, por el otro, no quería

estar en esa casa, así es que al final preferí pagar mi renta y ayudar sin tener que verlas llevar su vida a pique.

El dinero no era pedo. Viridiana me había ayudado a inaugurar un punto en Tlalpan y, a comparación de Tijuana, la ciudad la sentía tranquila. Las jornadas las aguantaba con coca y chupe porque siempre había una compañera que jalaba a las otras. Las horas muertas nos juntábamos en el café internet y, después, debajo de uno de los puentes peatonales. Como ya llegábamos entonadas del coqueteo en pantalla, poníamos música y bailábamos en plena calle hasta que los policías venían a chingar. Apenas veíamos las luces de las patrullas, nos dispersábamos por la zona y guardábamos las anforitas en las tetas, pero siempre agarraban a una. En en esa época fue que empecé a hacer migas con el juez y los policías a los que les gustaba más nuestro cuerpo que la ley.

Además del dinero que ponía para la casa, me quedaba suficiente para comprarme las hormonas, darme mis gustos y hasta para inyectarme. La mayoría de mis compañeras tenían arreglitos hechos y yo las miraba antojada, pero miedosa. Hasta que la misma Viridiana me convenció.

—Mírate esas nalgas, niña. Parecen más un bache que un tope. Vete a ver a mi amiga Yolis y dile que yo fui la que te mandé. Es más, usa del aceite que me sobró a mí para que te salga más barato.

No me animaba hasta que me cansé de que los noviecitos de los chats me hicieran comentarios sobre las fotos que les mandaba de mis nalgas. En los noventa y principios del dos mil, las cosas eran muy diferentes. Te ibas construyendo de acuerdo con la norma. La mujer tenía que ser sumisa, dejar que la lleven, aflautar la voz y agudizarla cuando hablabas con los clientes. Así crecí, con mi mamá dulcificando la voz cuando hablaba por teléfono o cuando trataba con hombres en un restaurante. Lo mismo mi papá, engrosaba la

voz para hacerse el hombre cuando nos regañaba o trataba con sus amigos.

Es fácil caer en la mentada disforia, sobre todo al principio. Yo sentía que, si algún cliente me la chupaba o me masturbaba, estaba traicionando la norma de cómo es una mujer. Por eso, a pesar de ser trabajadora sexual, durante muchos años no dejé que los clientes la tocaran. Sólo en contadas ocasiones y después era siempre lo mismo: un remordimiento que me duraba días.

Por eso fui a inyectarme las nalgas, para que ningún cliente se quejara de mi culo y no quisieran que yo me los cogiera. La verdad es que tampoco me arrepentí. Unas dicen que es mucho, yo qué sé. Traigo medio litro en una nalga y medio en la otra. Eso que a mí me levantó el culo fue lo que mató a la maestra de aerobics que daba clases en una de las explanadas. Cada vez que la veía se le había hinchado otra cosa, no se contentaba con lo que ya tenía, siempre quería más. Hasta que dejé de verla y Viri me contó que había fallecido.

Me acuerdo perfecto cuando llegué con Yolis a la supuesta clínica esa. Había otra chica delante de mí. Puro producto de París, le explicó mostrándole las jeringas. Yo ya sabía que era aceite de cocina o de motor, pero hay veces que es mejor mirar con la esperanza que con los ojos. Además, quién era yo para decirle que le estaban mintiendo si estaba formada para lo mismo.

El cuarto estaba en un tercer piso en un edificio de muchísimos departamentos. Por esos pasillos iban y venían tantas personas que nadie se fijaba en el otro. El cuarto en el que trabajaba la dizque doctora estaba repleto de fotos de sus clientas. La que llegaba se sentía acompañada por todas esas mujeres. Me acerqué a mirar a ver si reconocía a alguna mientras ella iba metiendo la aguja en la piel de la otra chica que reconocí hasta que se volteó. Era la misma maestra de aerobics.

—Son sólo cuatro esta vez, dos por nalga. Es sólo un retoque —dijo volteándome a ver y sonriendo para pedirme paciencia.

El aceite se veía espeso, como si hubieran derretido un taxi amarillo y lo hubieran embutido en una jeringa. Antes de inyectarme me entregó un trapo.

—Muérdelo.

No me dolió tanto cuando entró la jeringa, lo que me ardió hasta la médula fue sentir el aceite expandirse en mi culo como infección.

—Piensa en tu figura —me dijo, mientras apachurraba todo ese líquido viscoso y me movía las nalgas para que quedara en su lugar.

—Listo. Faltan tres piquetitos más para la botella de Coca-Cola.

Cuando terminé, me pidió que posara para la cámara. Sacó una Polaroid, me dijo que enseñara las nalgas y tomó la foto. Ahora sonríe, me dijo cuando se reveló la chingadera y vio que mi cara parecía la de una parturienta con contracciones.

—Mi trabajo habla por mí —dijo aireando la segunda foto, sacando una chinche y mascando chicle—. Mira, vas a estar al lado de Yesenia y de Fernanda. Ponte contenta que ellas son dos perras, son dos mujerones.

Esperé a que pusiera la foto para que no fuera a tirarla a la basura, como si me importara, y salí de ahí adolorida, pero contenta.

Eso del aceite es de suerte, a algunas se nos queda ahí, a otras se les va a otro lado y chao. Lo único que a mí me pasa es que cuando tomo mucho la nalga del lado derecho me duele. Siento como que se me mueve el aceite y de repente me noto el culo caliente, caliente, caliente, y tengo que levantarme y caminar para no sentir que aquello empieza a borbotearme por dentro. De hecho, como no puedo estar mucho tiempo sentada en la misma posición, tengo que andar cambiando de nalga a cada rato y levantarme. Pero en ese entonces todavía no sentía nada de eso, caminaba altiva,

como la pata Daisy, y me ponía vestidos que las acentuaban, orgullosa de mi culo de clínica clandestina.

Luego me preguntan si no tengo miedo. Con el trabajo en la organización me ha tocado acompañar a muchas mujeres al hospital. Es difícil que se salven, lo que empieza con un dolor se convierte en una infección que les camina por dentro hasta llagarles la piel.

—Un pasito más —le decía a Mariana, la primera chava que me tocó acompañar al hospital. Durante el trayecto me fue contando cómo llegó a inyectarse. Dice que ella lo que quería era operarse, que se presentó con el doctor, energizada como cuarzo en luna llena y con los dos mil pesos que había ahorrado en un año. Entró al consultorio confiada, hasta que le dijeron la cantidad. No recordaba si le dijo diez, quince o tres mil dólares. En todo caso fue un número no sólo impagable, sino impensable. Se inyectó como revancha.

Dice que la mujer con la que fue le puso una especie de rieles elásticos para darle forma a lo que iban a ser sus tetas. La sentó en una silla de plástico, sacó jeringas, las cargó de un líquido viscoso, le puso anestesia tópica y empezó a llenarle el cuerpo de una silicona líquida que después se enteró que no era tal. Según que el dolor era innombrable a pesar de la anestesia, pero ella lo aguantó pensando en su nuevo cuerpo. Una vez que había terminado, la mujer tomó una toalla un poco húmeda y fría y empezó a darle forma a sus tetas como si fuera un niño modelando su futuro en plastilina.

Se fue a su casa llena de algodones y picaduras. Le recetaron antibiótico durante una semana, reposo y dormir semi sentada. A los siete días pudo quitarse los rieles ella misma y ya tenía tetas. Con las nalgas hizo exactamente lo mismo: siete días, antibiótico, dormir boca abajo y listo, tuvo el cuerpo que siempre soñó.

Cuando yo la recogí en su casa ya casi no podía caminar. Estaba cansada. Me dijo que llevaba unos meses notando cambios en la piel. Dice que cuando se le empezó a acartonar, se le puso gris y

muy dura, pensó que se le iba a quitar y no fue al hospital hasta que se le empezaron a abrir unas úlceras y el color y el acartonamiento empezaron a bajar por sus piernas como si fueran una colonia de malas noticias.

La piel abierta de las pompas le supuraba, su cuerpo intentaba abrir ductos para sacar el aceite que no salía por mucho que la exprimieran. Dice que lloraba.

Las úlceras se le volvieron llagas y las llagas, huecos. Caminar era tan insoportable como impulsar a su cuerpo a deshacerse de una mezcla que ya estaba en sus venas y no quería salir. Aun así, volvió a trabajar. Cambió sus faldas por pantalones, se puso unos tenis y salió a buscar dinero apretando la mandíbula para sonreír.

—¿Ahora de dónde voy a sacar para comer? Creo que es mejor morirme de una vez y que termine todo.

Se me revolvía el estómago de escucharla, pero la entendía perfectamente. Cuando llegamos al hospital y se quitó los pants, vi su piel por primera vez. Estaba podrida y abierta. Un río rosado de piel expuesta le bajaba desde la nalga hasta la pantorrilla.

Yo aproveché esa visita para hablar con el doctor de lo mío. Me dijo que no es fácil sacarlo porque se mueve de un lado al otro.

—Por mucho que te quite, siempre va a aparecer más. De todas formas, te recomiendo hacerlo.

Eso decían todos los doctores, pero yo he visto a compañeras que se lo han quitado y quedan como costal mal cosido. ¿Quién quiere verse el culo y parecer muñeca con parches? Si así tengo el culo más aguado que oblea remojada, no quiero saber si me quito el aceite.

Él trató de convencerme en el pasillo. Me dijo que si él pudiera abrir una ventana en el cuerpo de Mariana y enseñármelo por dentro, vería un paisaje amarillo, un camino de pus, vería su cuerpo luchando contra el aceite y entendería por qué se siente tan cansada, sin ánimos, sin ganas. Sólo mírale la piel muerta, déjame

ayudarte, me insistió el doctor. No quise, me mantuve firme y le llamé a una amiga para que me supliera. No podía seguirle viendo las piernas y la cara de dolor y pensar que algún día esa iba a ser yo.

La Viri

Cuando entré a trabajar a la estética con Viridiana, ella todavía no era novia de Gilberto, pero ya se andaban cortejando como pajaritos de alambre. Al principio me hablaba de él y seguía tomándose la molestia de enseñarme la diferencia entre un fleco así y otro asá. Dejaba a su clienta unos minutitos para corregirme un corte o me hacía señas para que le quitara el tinte a la que estaba atendiendo.

Conforme pasaron los días y se enamoró más de él, la estética empezó a valerle tres chiles. A todo lo que estaba atenta era a verlo, sentirlo, tocarlo y chuparlo. Era una cosa parecida a la mía cuando me encariño. Por eso no era nadie para decirle que ese hombre no le convenía, aunque me molestara que siempre que lo veía se desentendía del trabajo y, en consecuencia, de enseñarme. Tenía que masticar la frustración de que llegara una clienta a hacerse un corte sin saber cómo resolver el fleco o, peor aún, cuando venían a teñirse el cabello y yo olvidaba los pasos precisos. Ahí me tenían, bien segura por fuera, pero cagándome de miedo por dentro.

Viri comenzó a enseñarme en los anexos, en donde la gente se recupera de las adicciones. Llegábamos a hacer trabajo social y de paso a aprender. Ella no cortaba, nos ponía a chingarle a las aprendices e iba pasando a corregir los cortes. Ya en la estética, trabajar con ella al lado y darme cuenta de mis errores duró hasta

que apareció ese hombre. El amor es bueno para muchas cosas, sobre todo para apendejar.

Yo no tenía nada mejor que hacer por las tardes y me venía bien ese dinerito para ayudar en mi casa. Aun así, la pensaba por lo nerviosa que me ponía las primeras veces. Ella me decía que era normal y que a cortar se aprende haciendo. Yo sabía que era puro choro, que andaba de un alita. De todas formas, entre menos tiempo tuviera para pensar, mejor. La situación con Ismael no sólo no cambiaba, sino que se la pasaba chupando del biberón de su hija con mi dinero y haciéndose el pobrecito que no encontraba trabajo.

El novio de Viri era un ave del paraíso, un muchacho de cincuenta años que se sentía de treinta, se vestía con camisas floreadas de veinte y llevaba siempre una cadena plateada con una cruz y unos zapatos picudos y bien boleados de chamaco de dieciocho. Olía a piso recién trapeado. Llevaba el cabello peinado hacia el lado, relamido con gel como niño que sale de la peluquería y hablaba con una propiedad que la mera neta a mí me hacía desconfiar. Bien decía una amiga de Tijuana: si no toma, no fuma y es religioso, no confíes.

El problema de empezar un trabajo nuevo es que había que mantener la compostura. No porque no tuviera confianza con la Viri, sino porque yo sé cómo nos ponemos cuando nos tocan al muchacho que pinta para marido, así es que no iba a poner mi chamba en riesgo. Cuando él llegaba, lo saludaba y me ocupaba en otra cosa. No quería ni hablar con él para que no me ganara con su cortesía de caballero que no era otra cosa que una actitud de macho. De todas formas nunca duraba más de quince minutos ahí adentro, cuando Viri lo veía llegar apuraba lo que estaba haciendo, valiéndole madres la clienta.

—Sí, así está bien —les decía—, yo no puedo hacer magia.

Esas clientas nunca volvían y yo sólo miraba cómo el negocio decaía por culpa de ese pendejo.

—Ahí te encargamos el changarro —me decía él, antes de cruzar la puerta, tomándola de la cintura.

¿Te encargamos? ¿Pues cuando firmaste las escrituras, cabrón?

Ahí me estaba yo un rato, haciéndome la que cuidaba del local, pero si no había clientas y ellos no regresaban en media hora, me iba. Yo me contraté para cortar el pelo, no de perra guardiana. De estar ahí sola y sin clientes, mejor una siesta.

Cuando estaba de buenas, a Viri le gustaba abrir la estética con música. Era la primera en poner el desorden bailando con la escoba. Se movía bien la condenada, se pegaba al palo y lo bailaba como si fuera su muñeco.

El amor se le caía de las manos como sal y, por mucho que quisiera, era imposible disimular que había cogido la noche anterior. Llegaba con la sonrisa escurriéndole como baba y a todo decía que sí. Yo aprovechaba para pedirle los permisos que necesitaba y poner mi música porque la salsa alegre funciona cuando estás enamorada, pero cansa cuando estás sola y miras a la gente quererse.

Viri era un poco más alta y delgada que yo. Usaba pupilentes verdes y siempre andaba en unos vestiditos escotados y estampados que le dejaban ver esas piernas chulas, toscas y bien formadas. Esa cabrona se levantaba de la cama como si se hubiera levantado de un camastro en Acapulco y los hombres lo sabían. Había que verla esos días. Caminaba con el cuello buscando frutas en los árboles más altos, hacía sonar sus tacones y sonreía como si tuviera la boca cosida a los pómulos.

Gilberto, aunque a mí me cayera gordo, la trataba bien y se sentía orgulloso de que su novia tuviera un negocio. La pasaba a recoger y se la llevaba al cine, a cenar, a donde ella quisiera. Trabajaba como contador en un almacén de zapatos, tenía un trabajo estable y según que era bueno para los números.

—Que me consiga a un hermano, un colega, un primo, a un alguien, hija de la mañana —le decía yo—. Pregúntale si no tiene a un jefe que me presente, cuando menos para ir a cenar los cuatro y hacernos las parejitas. Ándale, mana, ayúdame.

En eso sí era intransigente la cabrona, nunca le consiguió novio a nadie. Era buena para hacer comunidad, pero no parejas.

—Yo te ayudo a conseguir sustento, pero el pito te lo buscas tú, hija, yo no quiero reclamos de ese tipo. Es raro que los hombres salgan buenos, así es que por ellos yo no pierdo una amistad.

Fue hasta que conocí a un amor que amanecí igual de buenas que ella. Sólo la ilusión me convierte en persona por las mañanas. Le hacía competencia, tomaba mi escoba y ponía una canción para empezar el duelo. Duró poquito. Aquella relación rápido se convirtió en un camino empedrado que hacía temblar el tiempo que pasábamos juntos. Yo trataba de entenderlo, de intuir por qué se portaba distante los fines de semana y querendón los otros días. Estaba claro, se cogía a otras. No es que no me diera cuenta, sino que no quería soportar la versión enamorada de Viri en soledad. Me convencía de que lo que quería era una relación a largo plazo y que las relaciones pasan por baches. Mis huevos, sólo quería un palo, una ilusión y mirarme igual de contenta que ella.

Viri era partidaria de que lo dejara.

—Nomás te estás engañando creyendo que esa distancia les hace bien, que es sano que se vaya a picar flores, porque tú no eres pendeja, mana, tú sabes —me decía poniéndome la de *Cada vez, otra vez* del Eddie Santiago. *Yo te di todas las noches de mi amor y viví para acercarme más a ti.*

Cómo me caía gorda cuando me sermoneaba. *Estoy viviendo un sueño, me siento la única dueña del amor.* Le reviraba yo con otra canción del mismo disco.

—No siempre podemos estar bien, amiga —le decía yo hablándome a mí misma—. Hay momentos y momentos. Las relaciones no son desechables.

Así seguí un rato más, aguantando a ese hombre, hasta que la que cortó fue ella y la cosa se puso colorada. Si yo pensaba que enamorada era molesta, dolida era insoportable. Varias mañanas tuve que ir a recoger las llaves a su casa para abrir la estética porque no había quién la levantara de la cama. Se la pasaba trague y trague, chille y chille. Los días que lograba llevármela a la estética no paraba de escuchar a Juan Gabriel sentada en una de las sillas giratorias mirándose al espejo. Se arrancaba los cabellos y se cortaba las puntas como una loca dando vueltas en la silla.

Hasta las clientas dejaron de venir porque la miraban dando vueltas como un carrusel de pilas y no querían que esas manos les pusieran los dedos encima.

—Despierta, mana —la zarandeaba yo—, te vas a quedar sola y sin sustento si sigues así. Cuando menos aparenta.

Pero nada, era como hablarle al espejo. Parecía que el tal Gilberto se había llevado su alma y nos había dejado un cuerpo que respiraba con los ojos perdidos en algún cementerio. La neta que sí eran una pareja adorable, pero con nosotras el aceite siempre se chorrea cuando está caliente.

Yo le ponía unas de amor de mi Juanga para que me la animara, pero nada. Ni ganas tenía de cambiar las canciones, se quedaba dando vueltas en la silla picándose las puntas del cabello y cantaba sólo una estrofa: *sólo sé que fue en marzo cuando lo conocí*.

El Juanga

Hablar de Juan Gabriel es hablar de mi infancia, de mi familia reunida en la sala para esperar a que dieran las siete y saliera a cantar en el programa de *Siempre en Domingo*. Juan Gabriel era tan chingón que en la casa le indultaron su sexualidad. Mis tíos decían que se le perdonaba lo marica por su talento y mi papá dudaba de lo que veía más por querer que el santo no se le cayera del altar que porque creyera que era milagroso. Decía que un maricón no podía tener a tantas mujeres enamoradas, que a las mujeres lo que les gusta son los hombres. Así decía, los Hombres, con mayúscula y tono de macho. Mis tíos le hacían coro por el puro miedo a que sus esposas miraran con deseo a alguien así. Porque ser gay era ser así, o ser puto o maricón. Había que insultar o insinuarlo. No se podía nombrar por mucho que el propio Juan Gabriel lo gritara en su vestimenta y sus formas. Hasta él sabía que la gente tiende a hacerse mensa ante lo evidente sólo para no cambiar de opinión.

Las mujeres de la casa justificaban su amaneramiento diciendo que era parte de su sensibilidad, que la gente tan talentosa no es normal y como ser gay tampoco es ser normal, pues listo, una cosa llevaba a la otra. Yo lo odiaba y lo amaba al mismo tiempo. Me fascinaba su cara y su picardía, sus gestos sutiles, su manera de bailar recatada y putona al mismo tiempo; sus movimientos de cadera, su presencia con el micrófono, su voz de río sin piedras, sus ojos de laguna dulce, sus trajes de lentejuelas, sus chamarras, su

mariachi. Pero odiaba que pusiera la vara tan alta. Si se trataba de talento, en mi casa se iban a quedar queriendo. Cantar, claro que cantaba, pero como un metalero maricón.

Qué tóxico es ver el talento cuando no lo tienes, qué envidia da escuchar a alguien cantar y querer tener su voz para provocar esa piel chinita en el otro. Cómo quema ver que otro llegó a donde tú quieres y mirar hacia el altar de santos pidiendo explicaciones de por qué chingados tú no sacaste ni un poquito de esa gracia. De nadie me ardía tanto ver su talento como el de él porque intuía que me comparaban y no sólo mi familia, sino yo, yo misma me miraba en su espejo y me sentía chiquita. Para qué voy a decir mentiras, de adolescente miraba a los famosos y me sentía menos porque yo también quería acceder a la fama, al dinero, a ese reconocimiento, pero tenía que callármelo porque en mi casa me enseñaron que la envidia es pecado. Tarde aprendí que la envidia no es mala, la envidia es sólo envidia.

Pues así crecí, amándolo en el clóset y aprendiendo a cantar sus canciones sin mover los labios. Hasta llegué a conocerlo. Mi jefecita todavía conserva esa foto con él. Ya está toda vieja y manchada de tan besuqueada, pero no la quita de su buró ni por un San Judas de carne y hueso. Tenía doce años cuando se las tomé. Si mal no recuerdo, fue la primera vez que agarré una cámara y por eso salió movida. Bueno, por eso y por mis nervios.

Apenas anunciaron en la radio que iba a estar el mismísimo Juan Gabriel apersonado firmando discos en el Mixup de la Plaza Gran Sur, mi jefecita y mi hermana se pasaban horas intentando que su llamada entrara a los programas para ganarse un pase que, por supuesto, nunca lograron. Yo las miraba de reojo con ganas de unirme a la euforia.

Desde que mi papá enfermó, pusieron sobre mis hombros la piedra que ni ella ni mi hermana podían cargar porque, según, no les tocaba.

—Te me vas comportando como el hombrecito de la casa —me decía mi jefa, a pesar de que ya desde entonces intuía que por ahí no iba la cosa—. Bendito sea el Señor que me mandó a un muchacho —repetía—. Él sabe lo mucho que se necesitan las manos de un hombre.

Al principio no entendía bien a qué se refería, pero poco a poco me fui dando cuenta de lo que incluía el paquete que me estaban comprando. Nacer en un barrio no es poca cosa. Esa tierra no es de dioses, diría mi comadre, pero cómo hay de santos. A pesar de que los que somos de ahí sabemos quién es quién y quién fuereño, hay que andarse con cuidado. Sobre todo las mujeres. Por eso era yo quien tenía que levantar la voz en el metro cuando alguien se les acercaba de más. A mí me tocaba amenazar, enclenque como estaba, a cualquier hombre que oliera a peligro y créanme, manas, que por allá, como dice la canción, todo, pero todo, huele a peligro.

Huele a peligro la calle con sus tentáculos grises de casas apachurradas unas sobre otras luchando por el mismo montoncito de aire. Huele a peligro de esquina cada que doblas sin saber qué chingados te espera al levantar los ojos. Apesta a macho cada que vez que una mujer camina sola y una boca pizpireta le chifla a ese par de tetas o a ese par de nalgas. Huele a peligro cada semáforo o puesto de revistas en los que miras a otra muerta, a otro muerto, otra balacera, otro robo.

Yo iba entendiendo, con lo de afuera del cuerpo, eso a lo que se refería mi mamá con que yo era el hombre de la casa. Pero con la parte de adentro, lo que me iba creciendo como hiedra era una soledad que me aislaba del mundo y me hacía reprimirme las ganas de gritar con ellas de la puritita emoción que me daba conocerlo a él, al primer amor de mi vida. La piel se me iba engrosando como callo por dentro del cuerpo. Me hacía el machote diciéndoles que no fueran tan argüenderas, que no era para tanto intentando practicar el lugar que en mi casa me habían designado.

—Juan Gabriel es un pinche maricón —les decía como quien le habla directo a los malos espíritus para ahuyentarlos.

Pasaba por esa palabra un poco más rápido que por las otras, no fuera a ser que se me quedara el gusto a guayaba en la boca y se me antojara paladearla.

El día de la firma, mi jefecita nos levantó a las cinco de la mañana con la canción de *Buenos días, señor sol* a todo volumen. Cantaba contenta, con el entusiasmo de quien por fin va a conocer a su ídolo y le va a poder besar la mano y decirle que lo ama como nunca ha amado a nadie. Mi hermana se levantó rápido de la cama y tomó un peine para ponerse a cantar con ella gritándome que me apurara. Yo no me levanté, me quedé debajo de las sábanas con la cara tapada y cantando en silencio.

Ese día a mi mamá le valió gorro la pobreza y paró un taxi en la avenida que nos dejó en las puertas del centro comercial, que ya empezaba a recibir gente como nosotras, vestida con playeras y sudaderas con su cara estampada. La fila entera coreaba su nombre. Le echaban porras y cantaban sus éxitos a todo volumen encima de aquel silencio mañanero. Y yo, callada, con la cara seria y el corazón alegre. Con los brazos para abajo y el estómago revuelto porque lo iba a ver, porque por fin se me iba a hacer.

Mientras la gente iba entrando nosotras mirábamos aquel espectáculo con la impaciencia de quien quiere llenar una cubeta gota a gota. Sentíamos que no íbamos a lograrlo porque pasó una hora, dos horas, tres horas, más horas y nos restaba un tramo largo. Pero andábamos de suerte. Faltando quince minutos para las tres de la tarde, nos tocó el turno. Mi mamá nos agarró fuerte de la mano y nos jaló hacia los discos, agarró los primeros dos que vio, para que le firmara uno a ella y uno a mi hermana, y los pagó en la caja como si estuviera pagando el enganche para su casa nueva.

—Ten, me dijo, agarra la cámara y ponte pilas para que nos tomes la foto apenas lo saludemos.

Las manos me temblaban. Juan Gabriel estaba ahí, a unos cuantos metros. Iba vestido con una camisa blanca y un suéter azul, con su copete peinado perfecto y su piel suave como sillón de terciopelo. Ver cómo mi mamá y mi hermana se echaban a correr hacia él en cuanto les dijeron que pasaran me hizo sentir la envidia más corrosiva que he sentido nunca. Yo también quería correr, pero a besarlo y colgarme de su cuello para que una noche me cantara una de sus canciones al oído. Él le dio un beso a cada una, dos besos que yo sentí como si fueran balazos en mi pechito plano, levanté la cámara, me la pegué en el ojo y miré aquella imagen por un huequito. Era la sonrisa más grande, más profunda y más honesta que nunca les vi. Toma otra, me gritó apurada.

Pasó todo muy rápido. Fue durante la tarde de ese día, cuando mi jefa llegó a la casa después de haber revelado las fotos, que escuché por primera vez esta voz dentro de mi cabeza. Estábamos mi hermana y yo sentadas en cuclillas sobre las sillas del comedor, esperando con ansias a que ella sacara las fotos del sobre, cuando mi jefa me soltó un zape con todas sus fuerzas.

—Chamaco pendejo. Ni una pinche foto puedes tomar bien, idiota. Una foto, eso fue todo lo que te pedí y mira nada más, parece que la tomó un viejo de noventa años. Si para pendejo no se estudia, niño —siguió insultándome.

Sólo había salido una de las dos fotos. Es verdad que estaba movida, pero tampoco era para tanto. Me quedé callada. Toda esa tarde me quedé callada, encerrada dentro de mi cabeza que empezó a tratarme como si dentro de mí hubiera una persona diferente, y como si esas dos personas, la de adentro y la de afuera, no sólo no fueran la misma, sino que estaban muy lejos la una de la otra.

Las Pablito

Una empieza a trabajar a donde cae, a donde su madrina, su mamá adoptiva, su tía más sabia, la lleva. Es más una cuestión de suerte que otra cosa. Ya después, cuando empiezas a agarrar callo, puedes moverte de punto. Yo, cuando según me sentí bien perra, intenté pasarme a la Roma-Condesa para ganar más dinero. Una clienta de la estética trabajaba por allá. Me dijo que podía hacerme más del doble. Pues qué iba a perder.

Aquella es la zona de las Pablito, el colectivo más temido de la Ciudad. Ellas son de las perras las más rabiosas, de las avispas las de aguijón más picudo y, además, para colmo y confirmación de que Dios a veces es culero y no reparte sino avienta y la que cache, son las más regias, las más bonitas, las más caballonas. Yo rápido les agarré cariño, son buenas como las mandarinas chiquitas. Lo que pasa es que a mí no me gustó salir con ellas porque más parecía la corista que parte del talento. Tardé unas semanas en darme cuenta de que esos lares no eran mi patio, a pesar de la cantidad de muñecos mazacuatudos chiquitos-preciosos que llegaban en sus coches a preguntar precio, con sus caritas lavadas de niños educados, desorientados por esos gustos culposos que supuestamente deberían reprimir. Pero eso se da en todos lados y no es lo que nos trajo al auditorio.

Las Pablito tienen una regla: que hayas trabajado en Tijuana. De lo demás se encarga la naturaleza y la calidad de los arreglitos, con

eso filtran las impurezas que se les pegan. Así es que, si las ven, parecen un ejército de muñecas diabólicas caminando juntas, en formación militar, en plataformas y tacones, con sus cloches, sus bolsas chulas, con sus tijeras, puntas, tísers y navajas en jabón de barra. Ellas se han forjado un nombre de la única forma en que una puede maullar en la selva. Los clientes saben que con ellas no, que el que se pasa sale rajado y con una cicatriz que dice las Pablito atravesándoles el brazo izquierdo.

Han aprendido a hacerlo con la práctica. Dicen que cuando menos es uno al mes y eso es ahora, que su nombre se ha regado como aguas negras hasta los oídos de los clientes frecuentes. A mí me han enseñado fotos de los cortes y, verdad de Dios, que han mejorado con el tiempo. Antes con trabajo se podían leer las letras, ahora se entienden como si las hubieran hecho a máquina. Ya casi no hay cicatrices extendidas porque encontraron la forma de amenazarlos: les dicen que si se mueven, les va a quedar feo o que a lo mejor la navaja se entierra más de lo debido y les perfora un cacho de adentro y que eso no sería culpa de ellas, que su seguro no cubre desperfectos causados por un cliente inquieto, y que recuerden siempre que del lado izquierdo está el corazón y la arteria que lo irriga, así es que ellos saben si se mueven o mejor se quedan quietos.

Yo vi, con mis propios ojos, cómo comienzan con calma. Ellas saben que por encima del miedo a morir está el miedo al dolor y entienden que la clave la tiene el tiempo. Dicen que a veces se hacen pipí en la cama del horror que sienten al ver que una mujer se vuelve diosa. Todas ellas han estado del otro lado y han vivido la desolación que provoca que te arranquen el futuro, por eso lo hacen entre varias, sacando la lengua cada que ven que la sangre brota cuando la navaja rasga la piel de los pasados de verga. A mí me tocó verlas con un cabrón con panza de chelero y los ojos metidos. Chillaba como chillan los puerquitos que no son valientes. Pedía con

su vocecita que pararan, decía que ya, que ya estuvo, que ahí la dejaran, que ya aprendió, que no lo iba a volver hacer, que lo iba a cachar su esposa. Y es que yo no sé por qué siempre aparece la esposa, el miedo a la mujer, el terror a la furia femenina, al grito agudo, al rasguño de alma y ellos, tan machirulos, tan Juancamanei, dejan ver que son una mascarita que no llega a antifaz, que apenas les cubre las pestañas e intenta disfrazar un pecho peludo y descubierto, unos huevitos arrugados.

Las Pablito son hembras hechizas, hornos de carcasa dura, de metal macizo, de silicón, de aceite, de piquetes de aguja, de formas chipotudas, de copa grande, de tanga brasileña, fleco, extensiones y pelucas, de vello rasurado, de pierna ancha, de muslo tosco, de pantorrilla musculosa, de alma averiada, de chicle sabor chicle, de pocas palabras, de oído alburero, de carroza de muerto, de armas tomar, de perico, cigarro y voz melosa. Son de cama, carro y choza, de muela picada, de diente picudo. Las Pablito son damas pitudas, mujeres que desde afuera es fácil juzgar, son el estereotipo de quien no puede ser estereotipo, son pura pinche poesía, vengadoras, risueñas, gozonas: son mucho ruido y muchas nueces.

Las Pablito, además de marcar a los hombres que intentan abusar de ellas, han aprendido a sacar un frasquito de vidrio en el que recogen sangre del brazo izquierdo. Esto es por si te quieres volver a pasar de lanza, por si vienes a vengarte o traes a tus amigos, les dicen dejando que su voz se arronque, olvidándose de la feminidad hormonal y aprendida. Puede que mañana te envalentones y creas que te la pelamos, que esto no se queda así y es normal, todas sentimos eso después de ser abusadas, todas soñamos con la venganza. Esto es para eso, chiquito malcriado, a nosotras puede que no nos tengas miedo, pero temerosos de la Santa Muerte somos todos, así es que tú decides si vas a volver a pasarte de verga. Nosotras vamos a guardar esta sangre y este pelo tuyos en un sobre con nombre y foto. Si te pasas de pendejo te vas

a enfrentar a la brujería, a que hagamos ofrendas de sangre con tu sangre, a que hundamos tu foto en un frasco de alcohol con un pedazo de cuello de gallina, con un poco de huesos y un caldo de cosa mala. Te vas a enfrentar a los dichos que ya no se dicen porque arrastran turbas de los otros ángeles y augurios de los que no gustan, te vas a enfrentar a las religiones negras, a los juegos que ni los grandes quieren jugar, así es que cuando tú veas el sol, escóndete.

Y en ese momento, Carmen, la pitonisa, la mujer de babalao, la hija de Changó, empieza su rezo. Hace lo que mejor sabe, canta con su voz de muñeca un canto africano, les canta a los dioses mientras otra le pasa un puro y ella lo prende sin dejar de cantar. Su voz de flauta mágica se escapa por un resquicio de boca, por una abertura de garganta y le tira el humo al mono. Le ofrece ron a su dios y al vasito le tira desde el cuchillo filudo un poco de destilado colorado y lo levanta para brindar por él, por su manto negro. Reza a sus santos y baja toda su sabiduría de alma vieja y la pone a flotar en aquel cuarto lleno de humo de puro, de olor a hierbas, lleno de vapores del cuerpo de mujeres ofrecidas a la venganza. Ellas bien conocen la fuerza de los dioses yorubas, conocen bien los mandatos de Ifá, la potencia de Yemayá, conocen el poder de Eleguá para abrir los caminos o para cerrarlos, saben bien que Oshún es la patrona de las aguas dulces, de la fertilidad, de los ríos y los lagos y saben que el amor de madre es buen arma. Saben también que para magos las brujas y para monstruos los hombres, pero no hay pedo, ellas son la última risa.

Encienden palo santo, copal y maderas finas e inhalan de ese humo regodeándose en el rito como si fuera fiesta patronal. Dejan que su ser se llene del olor a bosque, gritan palabras inventadas, bailan encima de las flamas de un fuego que no quema, se cortan la piel dejando una herida que desaparece con los minutos, cantan músicas ancestrales y sacan un batá para dejar que las manos

golpeando el cuero muevan sus cuerpos al ritmo de cada santo. Cada una tiene al suyo y sabe cómo coquetearle; las demás se abren formando un pasillo para que ella muestre lo que sabe, para que se acachete con su guardiana y se quieran como dos dinosaurias que se cortejan. Su ofrenda dura más tiempo del que dispone un hombre para engañar a su mujer. Aprovechan el rito para discutir con los dioses los acuerdos de las veces anteriores, fuman, toman y bailan ante la cara de un hombre reducido a ojos, que mira y no sabe si mearse del miedo o excitarse de ver tanta piel al aire, tanto movimiento coordinado, tanta carne que brilla en lo oscuro, y se besan de potra a potra, de puro amor de hermana, de cariño amistoso, de las meras ganas de que una boca te envenene con su aliento milenario de matriarca y te sane, con su néctar de mamey maduro, las heridas que aparecen por crecer.

Si es necesario llorar, lloran. Si es necesario amarrar, amarran, lo que sí no dejan de hacer es reírse y dejar que los santos se monten en ellas y se acuerpen en este mundo de carne para recordar de esos placeres que gozaban cuando estaban entre los vivos. Porque los santos podrán ser santos y estar muertos, pero no son pendejos, saben lo rico que es gozar de un buche de ron y un tanto de tabaco, saben que un beso es un beso por mucho que allá en el cielo suenen arpas y crezcan laureles en las nubes. Entre más viejo es el muerto más ganas tiene de chupar y las Pablito coleccionan muertos tan viejos como un ahuehuete, tan sedientos como una raíz y tan juguetones como un muñeco cobrando vida. Lo de ellas no es el blanco sino el negro, el opaco, el rojo corazón, el oscuro tinieblas. Lo de ellas es bailar en la dimensión a la que sólo acceden quienes han sentido que del otro lado hay almas. Y todo aquello se goza si se vive, pero se teme si sólo se mira. Ellas lo saben.

Las Pablito conocen bien que en este país la brujería no es chiste, que a las fuerzas del más allá todos se les cuadran y que los que no las temen las respetan. Saben que los que no saben confunden a la

Santa Muerte con cualquier rito pagano y por eso no le juegan. Saben que los que saben son aún más recelosos y que no hay nazareno que no se hinque ante la tormenta y ellas son la tormenta. Se toman el tiempo de contar historias de brujos y embrujados a mitad del sacrificio para que no queden dudas y, si quedan, crezcan, crezcan tanto que enfríen con su sombra grande aquel cuarto que ya es planeta. Cuentan sobre las aguas a las que van a dar los restos de esos animales después de la ceremonia, aguas en las que nadan peces sin cabeza, estómagos desprendidos de un cuerpo animal vuelto estirpe extinta, tripas calientes de borrego entregado a los dioses flotando entre anémonas que succionan con sus labios de tentáculos toda esa purpuridad sanguínea, toda esa agua turbia, esa viscosidad de órgano, y aprovechan el miedo para crecerse como sombra de payaso. Terminan el rezo hablándole al maltratador, al abusador, al violador. Lo toman de la cara como se toma del pescuezo a un gallo y le escupen las palabras tan cerquita de su boca que los oídos ni se enteran y luego se ponen a distancia para hablar sobre las consecuencias que descargan sobre los malditos sus dioses, dioses que esa noche se cenarán su sangre de hombre cobarde, dioses a los que les vale un mechón de pelos arrancado a la fuerza, una foto con la cara de aquel a quien hay que trabajar y un poco de pulpa de cachete pa' que amarre el ritual del que no hay retorno.

Los hombres que llevan las iniciales de las Pablito se convierten entonces en hombres dóciles, maleables como lenguas desprendidas, hombres que no levantan la mirada del suelo ni para suplicar. Se vuelven pieles deshuesadas que caminan solas, hombres que repiten que sí a todo y se acercan a la iglesia con la esperanza de la redención, hombres de Jesús, devotos de la Virgen, verdaderos arrepentidos.

La Comadre

Con el tiempo, la relación con mi familia volvió a normalizarse. Aprendí a llamar antes de visitarlas y enterarme si mi queridísimo Ismael andaba en la casa. Generalmente no. Salía por la mañana haciendo la finta de que buscaba trabajo y seguramente aprovechaba para pasarse el día entero tragando sable con sus amigotes. Ya no era mi pedo, yo ya había aprendido a dar sin andar fiscalizando. Ellas salían a pasear al parque con la niña, que ya tenía dos, tres, cuatro, cinco años, y aprovechaban que la tía pudiente las visitaba por las tardes para hacer las compras de mi sobrina y salir a tomar un helado.

Mi hermana seguía sin trabajar y mi mamá limpiaba casas de entrada por salida algunos días a la semana. El resto del tiempo recibían las visitas de sus amigas, de algunas tías y de la comadre de mi jefa, a la que ya se le había hecho costumbre pasar las tardes en esa casa.

—¿Qué me cuenta, comadre? —le preguntaba cada vez que la veía pararse en el mero quicio de la puerta con su cara de no rompo un plato y los ojos de con permisito, déjenme pasar. Siempre traía un chisme que se alargaba hasta que le sirvieran un poco de café y alguna galletita.

Las primeras veces que yo la vi hacerlo hasta se disculpaba por pasar a casa ajena y alegaba que necesitaba tomar aire porque en su casa no podía. Siempre ponía un pretexto para que los demás no

fueran a pensar que ella estaba ahí porque no le gustaba pasar la tarde sola, mucho menos por gorrona. Cuando no era el calor, decía que las visitaba para no sentir que la soledad le cuchicheaba locuras cuando, por una razón o por otra, pensaba en su hijo. Su hijo, el que más la quería, el único que vivía en México, su hijo el de las ideas millonarias, el que soñaba con ser rico sin trabajar, el que había pasado por la cárcel quién sabe cuántas veces. Ella siempre rezaba por él porque no le gustaba ver que a su retoño se le negara la vida. Bien decía mi tía que al hijo idiota es al que más se le quiere.

A ese muchacho lo tenía bien ubicado a través del Facebook. Yo pasaba tiempo curioseando ahí para intentar sacar clientes o amores y él era mi amigo desde hacía rato. Para qué decir mentiras, estaba bueno el condenado.

Quién sabe cuántos años lleva ya en la cárcel, pero desde entonces ese es el pretexto de la comadre para tocar la puerta. Dice que no aguanta el dolor y que ella, como Vicente, respira por la herida.

—Todo pasa, comadre, ya verá. Sabremos de eso en esta casa —le decía mi jefa para darle consuelo.

Es verdad, en nuestra familia ha habido bastante tela de donde cortar. El que nos debutó en el asunto de la cárcel fue mi primo, el hijo de Adolfo, el hermano de mi mamá, que es el que tiene VIH y al que, desde entonces, ha sido esta cuerpa de toronja patuda quien lo saca adelante vendiendo cáscara y moliendo chiles.

A mi primo lo dejaron abandonado con la abuela y nunca se hicieron cargo. Para cuando les entró el remordimiento, ya él estaba en la edad de la punzada y caminando chueco. Conoció la piedra demasiado chavo, sin quehacer, desempleado y, pues, el vicio es color morado y no suelta. Se le hizo fácil robar. Bien decía mi papacito que hasta para hacer las cosas mal hay que saber hacerlas bien. Lo que pasa es que a él nunca se lo advirtieron y como el que

nace pa’ perico no ulula, el muy bruto robó una cartera y que lo entamban.

Mi tío, que todavía creía en los santos, juntó mi dinero y logró sacarlo. Él y mi tía lo iban a visitar cada que podían y le daban lo que pedía porque sentían que habían fallado como padres. Era la hora de pagar sus culpas con un dinerito que le alivianara la vida en la cárcel. Pero él fue cayendo una tras otra: salía y entraba porque, no es que fuera malo, es que era pendejo y adicto.

Y en medio de todo aquello estaba esta muñeca, puteando noche sí, noche también y haciendo dinero sin verlo nunca porque demasiado pronto me acostumbraron a mendigar el cariño. Y yo, que de perra tengo el carácter, aprendí a darles. A darles porque yo era la puta, la trans, la rara. Yo era la descarriada que para sentirse parte de sus apellidos fregaba sus culpas a billetazos. Cómo habré sido que en ese momento hasta me sentía orgullosa de ser la que llevaba el peso de la familia.

Tenía veinticinco años o por ahí y la Ciudad no era como ahora. No éramos tantas las mujeres trans que nos atrevíamos o chance sí y yo no me daba cuenta. El caso es que tenía mi punto, mis clientes y mi dinero que con que me rindiera para pagar la renta, comprarme ropa, alcohol y merca, estaba contenta. Además, pensaba que las broncas eran temporales, que era cuestión de darles una ayudadita cuando se les atoraba la cadena y que con eso la bicicleta andaba, pero ahí me tenían pedaleando y a ellos aplaudiendo.

Fue hasta la tercera vez que mi primo entró a la cárcel que se subió al camión, o sea, se endeudó para drogarse. Cuando eso pasa, el que lo paga es el de afuera. Llamaron a mi tío y le dijeron que o pagaba lo que debía su chavo o iba a sufrir. Mi tío hizo caso varias veces y me lloró y me rogó que le diera, pero cuánto aguanta el cántaro sin romperse. Un día me agarraron en su casa cuando le llamó el extorsionador y que agarro el teléfono y me le voy a picotazos. Sólo tuve que abrir la boca para que se desbordara aquel

río de palabras. Me colgaron y entendieron que por las buenas no iba a ser, así es que agarraron a mi primo y le tronaron su mandíbula como si fuera de barro y su pie como si fuera de palo.

Mi tío no supo hasta que llegó a verlo, pegado como si fuera jarrón roto, y sintió el dolor que siente un padre cuando todo pinta que no endereza. Se emputaron conmigo y me echaron la culpa de sus desgracias, gritándome que cómo podía tener el corazón tan echado a perder para dejarlo a merced de unos malditos. Aguanté a pie firme sus embates porque estaba joven, pero les dije que se había acabado, que les iba a dar lo de las medicinas de mi tío y ni un peso más. Si querían estirarlo y hacerlo rendir, allá ellos.

Por eso mi jefecita le decía a su comadre que todo se acomoda, porque mira a su hermano resignado y porque sabe que perro que traga lumbre ni aunque le quemen el hocico.

—Los hombres no cambian, comadre —le decía, pero no lo repetía suficiente porque a la que le hubiera venido bien entenderlo era a mi hermana.

A imagen y semejanza de ella, toda la familia empezó a orbitarme como si yo fuera el planeta de la abundancia. Para todo me llamaban. Mi vida se convirtió en cuidar de día, ir a la estética por la tarde y putear de noche. Alrededor de las once de la mañana, la hora en que me levantaba, me iba directo a ver a mí tío, porque al final me daba cosa dejarlo así. Si no era eso, era otra cosa. Todos los días surgía algo alrededor de él y, los que no, algo alrededor de mi hermana, de mi sobrina, de un tío o de algún primo. Mi jefa era la encargada de llamarme y pedirme el favor a nombre de los demás porque no fuera a ser que les quedara un mal sabor de boca si ellos me llamaban.

Así duré años, hasta que las compañeras en la organización me hicieron ver que aquella era una forma de violencia y empecé a soltar a los que no eran mi hermana y mi mamá como si fueran recuerdo de muerto.

La Puta, la Prieta y la Callejera

La politización comienza con la educación y el lenguaje. ¿Cómo yo, una puta prieta y callejera, voy a poder decir palabras tan grandes? ¿Cómo puede una, tan marginada, tan chichona, tan inyectada, hablar con un lenguaje de academia? Pues se puede. Al fin y al cabo de eso se trata nuestra politización y el trabajo en comunidad, de exigir derechos por nosotras mismas, de rodearse de otras, de aprender, de tatuarse unas pinzas corta cadenas y escuchar a las que saben, al tiempo que te haces de una voz que pueda enunciar, porque de denunciar ya estamos cansadas.

En las organizaciones los términos son rebuscados. Al principio me costó trabajo entenderlos y me sentí incómoda teniendo que repetir aquellas palabras domingueras, pero conforme fui avanzando me acostumbré a vivir entre el lenguaje de la calle y el del activismo sin sentirme rara. Aunque la neta es que si a las putas trans nos hubieran pedido que lo nombráramos, le hubiéramos puesto palabras más pegostiosas al heteropatriarcado, algo más chipocludo, más acá: le diríamos el reino de los pitos, el poblado de los Sinhueso, la demarcación, estado o nación de los todas mías, pero no, le pusieron esas palabrotas que sólo suenan coherentes en las voces de ciudad. Por eso no se acostumbran a escuchar a una puta masticando chicle y hablando de política.

En ese mundo empecé varios años después de haber entrado en la estética. El trabajo me tenía empoderada porque ya les manejaba

la gama completa de los quehaceres del cabello. No tenía ni treinta cuando regenteaba la calle, manejaba la estética junto con Viri y daba mis primeros pasitos en las organizaciones. Enchufaba la secadora, con una mano me tiraba aire frío para sentir que mi melena volaba y, con la otra, agarraba un cepillo y cantaba que daba gusto escucharme. De hecho, por eso nos empezamos a hacer famosas en el barrio. La gente pasaba por afuera de la estética y nos miraba haciendo show. Viri bailaba con su escoba y yo con el pelo alborotado cantaba y la que aguante. Había gente que nomás abría la puerta para escuchar qué era lo que estábamos oyendo y había quien se unía y la sacaba a bailar mientras yo les cantaba con mi voz de agua de lluvia.

—Cuál quiere, cuál le gusta, qué le pongo, cuál escoge.

—Ponme la de *Visa para un sueño* porque me voy p'al gabacho, muchachas. Este cuerpo se va a producir verdes —nos dijo un chavo que no pasaba los veinticinco años.

—Pues esta que ves aquí —le dije— es puta de frontera. Si a mí me dicen el amuleto, chiquito, tú ven para acá y sóbale para que veas.

Eran las cinco de la mañana, un seminarista, un obrero. Yo, en fichera, volaba a su ritmo y empezaba a sentir cositas mientras él cantaba con enjundia bien emocionado.

—¡Ay, perro! Te gusta, eh —le dijo Viri, que aprovechó cuando terminó la canción para pedirme la de *Antídoto y veneno*.

Esa canción es buena para juntar los peluches y los cachetes y para sentirle el olor a chicle, así es que la puse pensando en la despedida que le iba a montar al chamaco, y cuando me encaminaba a seguir oliéndole el aliento, la Viri, muy viva, me lo arrebató y se puso a olerle los sobacos.

Al rato me toca, me dije, y volví al escenario, tomé el cepillo y empecé. *Siempre intento de mi mente desprenderla, cada día más falta me hace, quiero verla.* Hice mi concierto mientras ellos

bailaban. *Como droga que me mata a fuego lento.* ¡Ay, San Lunes! Cuando dejé el cepillo para cambiar la canción, escuché el chasquido de los besos y supe que perdí. Me puse a terminar de barrer alrededor de los chambelanes y les dejé la pista limpia para que pasaran al cuartito donde le lavábamos el cabello a las clientas. Nomás una sábana vieja con estampado de flores, que parecía campo nevado de lo deslavada que estaba, era lo que dividía los dos espacios. Le subí a la música para no antojarme de espiarlos y me quedé dizque ordenando la estética.

Ese trabajo era mi sustento cuando la calle se ponía mala. Viridiana era emprendedora y bisnera y quería que todas las trans supieran hacer otra cosa además del trabajo sexual. Iba con nosotras a los puntos e invitaba a las compañeras a su salón para que aprendieran a cortar el pelo, a maquillar. Algunas la tiraban de loca, pero otras iban a aprender o, cuando menos, a echar relajo.

El trabajo de campo lo empecé hasta por ahí de 2009 o 2010, cuando llegó el Fondo Mundial para la lucha contra el sida, la tuberculosis y la malaria a México. Fue Rocío Suárez, la fundadora del Centro de Apoyo a las Identidades Trans, la que llegó con otras dos mujeres a mi punto repartiendo condones y haciendo unos diagnósticos comunitarios participativos.

Al ver a esas tres mujeres bien perras, entaconadas y decididas, mi primera reacción fue pararme frente a ellas para ver qué chingados se les había perdido.

—Este punto ya tiene reina, háganme el favor de llevar su banderita a otro lado e irle llegando —les dije muy amablemente, invitándolas con todo el cuerpo a pasar a lo barrido antes de que las invitara, con jalones de pelo, mordeduras de cachete y arañones de ombligo, a molestar a alguien más.

Bien tranquilas, se rieron y me dijeron que no venían a quitarme el punto, sino a platicar conmigo sobre un trabajo importante para el colectivo. ¿Colectivo? Yo en ese entonces no entendía de colectivos,

lo mío eran mis amigas; de ahí para allá el resto de la gente era terreno hostil, competencia. Ni por aquí me pasaba que hubiera otras putas haciendo trabajo social, eso era cosa de las iglesias, de los políticos.

Las escuché unos minutos, pero cuando empezaron a preguntarme mi edad, mi escolaridad, si me había infiltrado sustancias y qué hormonas tomaba, volví a dudar.

—Mucho chisme y demasiada sabedera. ¿Para qué quieren ustedes saber todo eso?

Bien dueña del escenario, Rocío dio un paso al frente cuando las otras dos mujeres dijeron que con gente así no podían trabajar. Ustedes no van a ningún lado, les dijo. Me preguntó mi nombre y les explicó que yo estaba en lo correcto, que habían sido muy majaderas al presentarse sin previo aviso en el punto de una persona que había luchado por su espacio en la calle y me explicó que el trabajo era para entender las problemáticas que vivimos las poblaciones trans.

—Así, sí. Por las buenas, lo que gusten.

Me convenció de ayudarlas con mi testimonio y me pidió que me uniera a ellas, que necesitaban mujeres con mi carácter en su organización. Además, este trabajo es pagado.

—Por ahí hubiéramos empezado.

Quedamos de vernos el lunes siguiente en las jardineras del metro Constitución para que me platicara sobre el proyecto, pero estuve a punto de dejarla plantada. Me animé a ir por poquito y con muchas dudas.

—¿Yo, haciendo un trabajo social y político? No sé.

—Tú puedes hacer eso y más. No repitas que no puedes, dime que no sabes. Yo para eso estoy aquí.

Con una madrina así quién no se anima. El trabajo era sencillo. Entregar insumos de prevención y concientizar a las compañeras. Cada trabajadora social tenía que repartir cien condones con sus

respectivos folletos y avisarle a Rocío las zonas que iba a cubrir para que no se dobleteara el trabajo.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo. Cuando termines, vienes conmigo para hacerte el pago.

De aquí soy, dije. Eché mis condones en una bolsa de mandado con rueditas y me fui a buscar compañeras a las colonias que me asignó.

El primer seminario lo tomé en 2011. Disidencia Sexual, Incidencia Política y VIH. Convencí a Viri de meter la solicitud para el seminario. Ni loca lo hacía yo sola. El programa lo impartía la Universidad Autónoma de la Ciudad de México en el hotel Misión de la ciudad de Taxco, Guerrero. Viaje incluido, mana, le dije cuando nos avisaron que quedamos dentro. Nos tomamos de la mano como compañeritas de la primaria y nos subimos al camión nerviosas después de dos días de preparar la maleta y hablar como pericas para bajarnos los nervios.

Una que es puta sabe arreglarse, pero siempre con la intención de gustar. Llegamos las dos bien perras, entaconadas, maquilladas, peinadas, delineadas y nos topamos con un salón de conferencias lleno de trajes sastre, vestidos serios, zapatos y camisas. Si acaso algunas mujeres traían un poco de blosh, chapitas marcadas, delineador y bilé, pero siempre discretas. Y los hombres, vestidos como para foto de graduación.

Mientras la gente se fue presentando nos hicimos chiquitas. Flotábamos dentro de nuestra ropa, parecíamos dos señoritas que aparecieron en ese salón pensando que era un *after*. Carreras, maestrías, puestos importantes y nosotras, putas.

—Pues chingue su madre —me dijo Viridiana—. Nosotras orgullosas de lo nuestro, hija, por algo nos aceptaron.

Aquello fue como en la escuela. Al principio todos bien perfumados, puntuales y en silencio. Al rato, cuando nos reconocimos entre comadres elegebeteras, la periquería se puso a la orden del día. El seminario lo llevaba a cabo el Colectivo Sol con los fondos de la Fundación Levi Strauss. La idea era capacitarnos para un proyecto que se llamaba "Mi salud, mis derechos", en el que se harían diagnósticos comunitarios y documentación de casos de violación de los derechos humanos en el sector salud, seguridad y justicia.

La segunda mañana, después de ver que el día anterior casi nadie puso atención después de la comida, nos ofrecieron hacer el seminario de corrido para terminar las sesiones a las tres de la tarde, en vez de a la una, y no tener que volver después de la comida. Les compañeres habrán estudiado o tenido buenos puestos, pero para organizar no servían. Nosotras de ese pie no cojeamos, en chinga los pusimos de acuerdo y listo, teníamos la tarde libre.

Bastó la comida de ese segundo día para que termináramos todas comadreando, chupe y chupe. Como a las ocho de la noche, ya borrachas, salimos cantando del hotel hacia el pueblo y nos metimos en una cantina fusión karaoke fusión tugurio de mala muerte y, como era martes y éramos la única concurrencia, empezamos a pedir canciones como si fuera nuestro local y a tomarnos una cerveza y un tequila tras otro. Total que no sé ni cómo nos regresamos al hotel, de esa parte ya no me acuerdo.

A la mañana siguiente llegamos al salón de conferencias como cucarachas fumigadas, apendejadas por la luz. Yo estaba acostumbrada a la cruda y a dormir poquito, pero había otros que, de plano, parecía que los habían levantado del panteón. No pasaron ni cinco minutos para que el equipo que impartía el seminario se diera cuenta del error de darnos la tarde libre y nos mandara a dormir un rato más. Empezamos a las doce del día y terminamos

cuando terminemos, pero el esfuerzo de la fundación no se va a ir al caño porque se pasaron de copas.

A raíz de esos talleres empecé a darme cuenta de que tenía potencial de emprendimiento y liderazgo. Aunque se les haya olvidado, yo soy ascendente en aries y el ascendente es cómo te proyectas ante los demás, así es que no por nada Rocío vio en mí a una lideresa. ¿Quién se había echado al hombro a su familia? Yo. ¿Quién llevaba al grupo en Taxco de la mano por las noches? Yo. ¿Quién se ganó la vida a los dieciséis en una ciudad ajena? Esta. ¿Quién le aprendió a Viri de estilista y se convirtió en su asistenta? Exacto. Rocío se dio cuenta de eso y me dijo:

—Tú sirves para el trabajo social. Y te digo más, para el activismo. Pero vamos por partes, primero tienes que seguir estudiando.

Bien emocionada hice otro diplomado en el que presenté una tesis sobre las migraciones trans a la Ciudad de México y, a raíz de eso, apliqué con un proyecto a una convocatoria en el Centro Nacional para la Prevención del Sida y terminé quedándome como coordinadora.

Todo hubiera sido bueno sobre bonito si no hubiera sido porque en el trabajo social conocí a Raúl, mi ex. Un cabrón que no sólo me quitó las ganas de seguir haciendo esa chamba, sino que me chupó cinco años de vida. Y como el Evangelio necesita su propio capítulo y a mi lengua, cuando se vuelve hiedra, le hace falta suficiente cable en donde enredarse, hagamos una pausa para que prepare las pinzas de arrancar la costra.

La Mon sherí

A Xóchitl la conocí hace mucho en una reunión que hizo en su departamento a beneficio de una de las organizaciones trans, pero nos empezamos a frecuentar cuando se murió su mamá y vendió su departamento para mudarse de colonia y guardar la diferencia. Como quedaba cerca de nuestro punto y tenía un cuarto extra, nos lo empezó a rentar para sacar otro dinero. El problema no era la ubicación, sino subir varios pisos con un cliente quejumbroso. Aun así, lo intentábamos. El cuarto era chico y no tenía baño, pero lo tenía acondicionado para el trabajo. Sepa Dios dónde encontró esa cama redonda y el juego de espejos. Ella sabía bien que a los hombres les gusta ver cómo te pican.

Xóchitl se había retirado de la putería a raíz de la enfermedad de su mamá. Desde que no salía a trabajar ya no disimulaba que se le habían caído los párpados y las tetas y que la piel de los ojos se le oscureció por las ojeras. Me recibía con una bata negra y preguntando por el collar de perlas que me había prestado. Una vez que lo veía en mi cuello se quedaba tranquila. Sigue siendo mío, me advertía antes de pasar a cualquier cosa. Siempre va a ser tuyo, la calmaba yo sabiendo que lo que se regala se regala. Sí se me veía precioso.

—Si yo te contara, sherí —decía para agarrar vuelo.

—Pues cuéntame, que a eso vine.

—De aquí a que me muera estaré de luto. No duermo, mon amur, no duermo. Mi cuerpa está tan acostumbrada a dormirse con el sol que por mucha pastilla que me meta nomás no cierro los ojos. Hay noches en que me visto y me maquillo nomás para que la piel de la cara se acuerde de lo que era verse linda, pero el espejo me desanima y termino hablando sola y sin salir a ningún lado.

En varias cosas me recordaba a la Rosy. Cuando terminábamos con el cliente, se ponía atenta para pescarnos a la salida y, si ya habíamos cerrado la puerta, se asomaba desde el balcón y nos chiflaba para que subiéramos. Nos hacía señas con la mano como si se le ofreciera algo urgente. Dejaba la puerta abierta para que, al entrar, la encontráramos con dos tragos de algún alcohol servidos con hielo en esos vasos preciosos de cristal cortado. Siempre tenía alcohol para brindar. Yo creo que le quedó bastante dinero de la venta del departamento y, además, empeñaba posesiones o tenía algún noviecito a escondidas. Lo cierto es que vaciaba las botellas en un par de licoreras del mismo juego de los vasos y ponía sus portavasos de madera de roble para parecer elegante en medio de aquella colonia que de clase alta no tenía un carajo. Huélelos, me decía. Cuántos años tienen y siguen con ese aroma.

Tampoco le faltaba coca y a mí me enseñaron a no preguntar de dónde salen las cosas. Tenía pocas amigas y, con tal de no quedarse sola, era capaz de regalarte ropa o prestarte collares, aretes, anillos. Se quedaba mirándolos por un buen rato y te los iba dando poco a poco mientras contaba la historia del objeto. Era como si sus manos no quisieran deshacerse de ellos, pero a su vez supiera que era la única manera de volver a darles vida y retenerte. Te los acercaba lento y luego se los pegaba al pecho arrepentida hasta que una amagaba con irse y ella estiraba sus brazos largos cerrando los ojos. El collar de perlas que yo tengo lo compró con un cliente que se la llevó a la boda de un político en Veracruz.

—Esa noche me recogí el pelo con un chongo alto, me puse las perlas, unos aretes de oro y partí plaza, sherí. No había uno solo que no me mirara. Fui la envidia de la fiesta.

Ella era así, afrancesada de su acento y asiliconada de su boca. Era una mujer alta, de cuello largo como un ave elegante y tenía ojos rasgados hacia atrás como si la hubieran dibujado en una revista de moda. Pero ya no era lo mismo de antes. Cuando era joven lo mismo se ponía unas perlas gordas como centros de mesa que unas piezas de oro largas como floreros. El caminado alegre y elegante no lo había perdido. Seguía alzada como una palmera de playa y sus manos de serpiente alcanzaban todo lo que estuviera a su paso.

Ella tenía lo que todas queríamos y lo sabía, por eso se aferró a la vida tanto tiempo. Aunque el mundo también se negaba a perderla. De vez en cuando le entraban unos aires del sur que hacían que hubiera días en los que llegaba a su casa y me la encontraba como nueva, vestida como si fueran los ochenta y lista para partir la calle. Pero otros días, sobre todo después de que le cayó el veinte de que su madre ya no estaba, me la encontraba vuelta una semilla chupada por el alcohol y el perico.

En nada la ayudaba ser tan nostálgica. Para ella todo era mejor en aquel entonces: los hombres, las relaciones, las calles, las lámparas, las alfombras, los candiles, los bares, las cantinas, los salones. Todo. Ni se diga los cigarros; antes sabían a vaquero, a tabaco criollo, y cada cigarro tenía su toque. Ahora saben a máquina, a planta sintética. Bueno, hasta los tugurios tenían chiste, sherí. Antes, hasta el tinglado más oscuro tenía su toque, su elegancia, su caché. Y no lo digo yo, mon amur, lo dicen las revistas. En ese entonces la referencia era París. La gente que viajaba regresaba con ideas. Los restaurantes tenían alfombra, usaban manteles largos, las copas eran finas, igual que los juegos de cubiertos. Ve nomás lo de ahora, fierro en molde y acrílico rayado.

Por un momento hasta a mí me daban ganas de haber vivido en esa época. Ella decía Francia y sonaba a tierra lejana, a un lugar eterno. Pero para mí, Francia y Escocia eran lo mismo, dos palabras huecas. Además, me recordaba, yo fui a esa casa con la intención de darle ánimos, no de deprimirme con ella.

Cuéntame de otra cosa, le pedía mientras me servía otro trago, porque eso sí, se quejaba de todo, pero a escuchar inconformes estoy acostumbrada y no siempre se puede pasar el rato chupando caro e inhalando fino.

—Ojalá pudiera llevarte de la mano por la bélepoc.

Tan leona que era para unas cosas, pero tan mosca para otras. Nunca entendió que los hombres nos quieren para sacarles leche o sacarnos lana. Sí eso mismo era lo que hacía con ella el mentado Choco, el dizque amor de su vida. Ese cabrón le duró lo que duran las maldiciones más culeras. Yo no lo conocí, con lo que me contó basta. Ella decía que lo había superado, pero no era cierto, la que no suelta, no suelta.

Xóchitl fue la única puta nais que conocí. Ni las Pablito llegaban a sus lares. Esos mundos y los nuestros casi no se tocan, pero nos volvimos amigas. Malverde sabrá por qué.

Dice que ese primer departamento se lo compró con el dineral que le pagaba el político ese de izquierda que se las daba de muy pueblo y jamaica, chulis, puro lujo, puro Guchi-Cristian Dior. Ya quisiera yo haberme comprado uno de esos, pero yo no ahorro ni las palabras. Las veces que fui para allá la vi sentada debajo de aquella ventana en la que le pegaba la luz como a estatua pública y ella feliz. Se acostaba en la sala a broncearse con ese sol de ciudad que quemaba como foco viejo. Pero a ella qué le iba a importar, el chiste era parecer famosa recién regresada de Acapulco.

Aunque para no decir su edad, la muy cabrona se inventó un cumpleaños, yo en eso no fallo, tengo el olfato de una perra antidrogas. Era tauro. Si a ella le costaba tanto trabajo olvidar y era

así de aferrada no era por otra cosa que por sus planetas. Imagínense ustedes, ellos giran y la gente coge. Cuando una nace ya está todo puesto, pero de todas formas hay que vivir, qué va una a hacer. Esa mujer era fuerte y gozaba de los placeres materiales como nadie. Comer bien, vestir bien, tomar bien, drogarse bien. Todo lo que estuviera relacionado al dinero lo hacía bien. Si ella debió de dejar un manual de todas esas cosas porque yo, por mucho que intentaba imitarla, no podía agarrar el cigarro como ella. Es más, ni su perfume me olía igual. Ella olía a lujo, a cosa cara, a calle de piedra y carruaje de reina por mucho que apestara a cigarro. Sus perlas se me veían bien, pero cuando yo las vi en su cuello en aquella foto que tenía enmarcada me di cuenta de que ni yendo a bailar a Chalma iba a poder imitarla. Ella parecía una Virgen, yo, una pecadora.

Lo más malo de ella fue que nunca pudo olvidarse del Choco. Yo no sé qué necesidad tenía de andarse revolcando en esas olas, pero quién es una para hacer de Dios cuando se quiere tanto.

—Ya no hacen de esos —me decía.

—¡Oíla! De esos ya no hay porque una ya no se deja, comadre. No me venga aquí con el romantiqueo. El Choco fue lo más pinche que le pasó en la vida, esa es la verdad. Y a mí si quiere contarme, cuénteme bien, no me ande pintando de jólibud, Azcapotzalco.

Palabras más, palabras menos, me contó que lo conoció por la Alameda, en plenas fiestas de septiembre del ’82. Lo hubieras visto cuando yo lo vi, Mónica, uh la la la. Las piernitas me hicieron así, mira, como gelatina. Era un yéntelman y yo su madmuasel. Iba con su bigotito a lo Pedrito Infante, con su pantalonsón acampanado bien pegado al bulto y traía sus botas recién lustradas y su camisa planchadita y almidonada.

Se mordía el labio mientras hablaba de él, como si se estuviera saboreando su recuerdo.

—Si yo te contara del tremendo mazo que ese hombre se cargaba, te me empapas aquí mismo y sales corriendo a buscarle el trozo a la tumba. El brazo de un albañil se queda pendejo. Su pito se le ponía tieso como varilla de una y media, sherí.

Y es que en esas historias se le salía el barrio que llevaba dentro porque ella no nació en Polanco.

—Se me hace agua la boca nomás de acordarme de esos tiempos —decía—, de cómo me empujaba con su locura de toro y su cachote de burro en primavera. Yo nomás gozaba como una loca y le decía más, papi, dame más. Y él se prendía con el papi y más me arrimaba a la pared y me taladraba. Háblame como cubana, me decía al oído con su voz de lija. Yo en ese entonces tenía una amiga de por allá a la que le pedía que me enseñara a hablar en la cama como ella. Y le decía, dame, papi chulo, méteme esa pinga, zíngame como tú sabe. Y qué Pedro Infante ni que nada, mi Choco se volvía el mismísimo Héctor Lavoe en pleno concierto, y soltaba baba de su boca y agua de sus poros y me daba todo el amor que a una le pueden dar. Sentía su sudor olor a vinagre escurrir por su pecho nerviudo y musculoso restregándose en mí, y su voz tosca bramando cada que me embarazaba con su jugo. Habías de haberme visto, mon amur, me ponía a cantar las de Celia Cruz a puro gemido. Y azúúúúúúcar. Se me escurría el alma por la boca.

La pinche Xóchitl hablaba de él y se encendía. Nomás paraba su choro para darle tragos grandes al whisky como si fuera oxígeno. Si ella hubiera sido la jefa de gobierno de esta ciudad, me cae que tira el Ángel y le levanta una escultura al Choco. Pero aquí estoy yo para desmentir esos contares y hacerle honor a la verdad.

El Choco era un pinche asesino, proxeneta y violador. Un tipo que, si no hubiera sido por las veces que San Juditas le hizo la valona, no hubiera vivido tanto. Era compadre de un tipo al que le decían la Garza, un judicial que en esas épocas hacía lo que quería en esta ciudad. Fue bajo su manto maldito que al Choco se le

prendieron los foquitos de empresario y puso a Xóchitl a convencer a otras amigas de que trabajaran para él a cambio de seguridad. Eran los ochenta y la zona estaba caliente. Les dijo que necesitaban de alguien que las cuidara, que viera por ellas y les pusiera un negocio a la altura de sus cuerpos.

—Yo soy tus ojos, muñeca —dice Xóchitl que le dijo hasta que la convenció prometiéndole esa vida que ella siempre había soñado.

Así fue como abrió el famosísimo cabaret de los horrores o, lo que es lo mismo, el Adán y Eva. Tugurio al que yo, bendito sea el señor, no llegué. Pues ese fue su acabose, pero de eso hablamos luego.

Fue ese hombre quien la introdujo a los círculos nais y poco a poco se fue montando su personaje. No sabía hablar francés, ni mucho menos había ido a París, pero eso no le impedía hablar de allá como si fuera su patria. Tenía la voz profunda y ronca, pero ya tosía a cada rato.

—Cuando menos deja el cigarro, mana, mira cómo te ahogas.

—Para qué voy a dejarlo si mi instinto de brush me dice que ya no me queda mucho tiempo. Además, yo prefiero la muerte natural que sentir el trinche del diablo haciéndole cosquillas a mi cara. Yo quiero que de mí se diga lo que sea, pero que en mi lápida quede marcado que morí de muerte, no de asesinato.

Berrinchuda que es la vida, la mató la depresión. Bueno, fue ella la que dio el último paso tragándose un bote entero de pastillas para que la encontraran durmiendo como si un aire parisino con olor a cruasán se la hubiera llevado con todo y su nariz respingada por un cirujano famoso.

Su verdadero problema empezó cuando se dio cuenta de que estaba perdiendo la memoria. Me habló llorando desesperada para que fuera a su casa. Encontré la puerta abierta y a ella dando vueltas en el departamento como un loro en jaula. Iba y venía entre su cuarto, la sala y la cocina, sin parar.

—Ya, ya, ya. Estate quieta.

—¿Cómo me voy a estar quieta si no me acuerdo de la taquería en la que mi mamá conoció a mi papá? Quise contarle la historia a una señora en el mercado y no me acuerdo.

Como si su memoria fuera un cajón de cubiertos, lo abría y lo cerraba para enseñarme que faltaba una cuchara.

La senté en el comedor y, mientras le preparaba un té de tila, traté de tranquilizarla, pero fue imposible. A los quince segundos ya estaba otra vez dando vueltas por la casa como si se hubiera metido un gramo entero de coca pura.

—Vamos al hospital —me dijo—. Si para eso me vestí y no me acordaba. Deja el pinche té ese que no estoy enferma de los nervios, sino de la enfermedad esa. Ya verás, ya verás. Pero te juro que si me dicen que tengo Alzheimer me mato, me oíste, me mato.

Los estudios confirmaron que no tenía nada de eso, pero ella no quiso escuchar. Juraba que estaba perdiendo la memoria, cuando lo que estaba perdiendo era la cabeza de aburrimiento, de tristeza y de ver lo difícil que es para una puta dejar de ejercer sin encontrar otra profesión.

Si de por sí era nostálgica, después de ese episodio se volvió peor. Apenas entraba a su casa, servía un whisky para mí, otro para ella, se llenaba el vaso de hielos hechos con coca de dieta y me platicaba su vida para según combatir a la enfermedad. Hablaba, tomaba y masticaba. Parecía estar desquiciada soltando pedazos de hielo negro por la boca en vez de saliva, hasta que solita fue perdiendo la cordura. Empezó a desconfiar de la mayoría de sus amigas. Casi sólo hablaba conmigo y en una sentada me preguntaba una y otra vez si no había visto alguna de sus joyas.

Vesss, no me acuerdo del nombre de este cliente. O vesss, no me recuerdo esa fecha. O vesss, no encuentro tal joya. Siempre vesss, marcando la s para comprobarme que estaba enferma, no loca. El alcohol era lo único que la tranquilizaba. Se bajaba una licorera casi

completa en una sentada y terminaba con la voz barrida y vomitando. El comedor, la cocina y su cuarto se convirtieron en un crematorio de cigarros y su baño en una letrina sucia, húmeda y con un olor penetrante a vómito.

La última vez que la vi fue un sábado que dejé de ir a la estética por quedarme a cuidarla. Me llamó apagada. Su voz se escuchaba lejos, como si saliera de sus piernas, no de su garganta, y luego nada, el celular descolgado y ni un ruidito. Estuve gritando desde las escaleras para alertar a los vecinos, pero ninguno salió a ayudarme. Cuando entré a su cuarto pensé que se estaba incendiando. Por debajo de la puerta del baño salía humo. Abrí la puerta desesperada y apenas pude distinguirla recostada en la tina entre la nata blanca de vapor de agua y humo de cigarro. El agua de la tina estaba llena de ceniza de tabaco y flotaba una botella de mezcal al lado de su cuerpa.

—Tráeme más cigarros —me dijo cuando me vio hincarme al lado de ella.

—¿Qué cigarros ni qué ocho cuartos? Pendeja. ¿Quieres morirte?

Me dijo que sí con una voz suave. Sonaba convencida.

A los dos días fue que me llamaron de un número desconocido para darme la noticia. Había tenido la decencia de dejar mi teléfono apuntado en un papel para que pudiera acompañarla en el velorio.

Quise ser yo quien la maquillara. Quería quitarme su imagen casi muerta dentro del agua. Fue en la tina la primera vez que la vi sin maquillaje. Tenía los labios apagados, de un color madera sin tinte, de un pino natural. Tenía el cabello delgadito y mojado y se le veía todo el cuero cabelludo. Tenía los ojos casi cerrados, los dedos amarillos y chupados por el agua. Esa ya no era Xóchitl, sino la muñeca de la depresión.

—Tú te vas a ir como eras, mana. De eso me encargo yo —le dije apenas nos quedamos solas en su cama.

Todavía no estaba tan tiesa y, como si supiera que tenía que ayudarme, se dejó manipular. Le sequé el cabello con cuidado y se lo dejé copetudo. Le delineé los ojos y se los alargué para que pudiera vernos a todas llorándola y brindando en sus mismos vasos caros. Le pinté sus uñas para que allá abajo pudiera torcerle bien los huevos al cabrón de la Garza, y le pinté y le marqué sus labios tan perfectos que sentí que en cualquier momento me decía, gracias, mon sherí, nos vemos allá.

El Adán y Eva

El ajetreo empezaba apenas oscurecía, cuando encendían el letrero de neón azul con rojo en el que se leía "Adán y Eva, salón de baile". Los clientes, de una u otra forma, tenían que conocer al Choco, aunque fuera de oídas. Al lugar casi sólo entraban sus amigos, los amigos de sus amigos, sus compadres, los compadres de sus compadres, y algunos primos, tíos o hermanos. El que te recibía era nada más y nada menos que el Ruso, el mero jefe de la banda de los matones de la que se fue haciendo poco a poco el Choco. Los reclutaba para cadeneros y evolucionaban en asesinos. Sus matones, igual que él, tenían el corazón echado a perder. Les pagaban para que se pararan en la puerta y discriminaran de acuerdo con la ropa y los códigos que él les fue enseñando. La gente bien se viste de tal forma, les decía. Revisen los zapatos, el final del pantalón, las esclavas, pero sobre todo los relojes. De vez en cuando les aventaba un par de revistas de relojería y sociales que les pedía que hojearan para aprender a distinguir.

Xóchitl me narraba las historias que le contaba el Choco sobre el Ruso. Fueron juntos a la escuela. Dice que desde pequeño fue entrón, rebelde, aguerrido y despiadado. Pegaba para ganarse el respeto de los demás, para atraer las miradas de las mujeres y para intimidar a los maestros. Cuando el Choco le habló para preguntar qué era de él, estaba saliendo de un centro de rehabilitación de adicciones. No tenía trabajo, ni familia. Por eso le era tan fiel, porque

según había jurado que si encontraba un buen trabajo no volvería a tomar. Lo cumplió, no le gustaba ni oler un trago. Eso sí, la cocaína era la fórmula para estar siempre alerta, siempre moviendo los pies como si el piso le quemara, siempre tronándose los dedos como amenaza, recolocándose el cuello y mascando chicle con la boca abierta a imagen y semejanza del Choco.

La escuela de artes marciales se la pagó con sus primeros sueldos. Tenía un profesor que iba a un parque a instruirlo a él y a su equipo. Era común verlos llegar con moretones en el cuerpo, con raspones en la cara y las venas de los ojos reventadas por un golpe. Al Choco no le gustaba verlos todos marcados, pero le gustaba que se prepararan, así es que antes de que llegaran los clientes le pedía a Xóchitl que los maquillara un poco. Dice que ellos intentaban llevarse bien con ella, que le hacían bromas, pero ella nunca tuvo el estómago para volverse su amiga. Eso decía. Yo no estoy tan segura. Hay fotos en sus álbumes en las que se le ve muy contentita con ellos.

El Ruso era un tipo alto, con el cuello fosilizado, los brazos anchos, la espalda enorme y el rostro cacarizo. No hablaba mucho, sólo sabía reírse. Su mano derecha era un chavo de no más de veinticinco años con la carrera de boxeador frustrada por un mal golpe. Ambos se paraban en la puerta. Otro, un chavo chaparrito con unos músculos importantes se paraba al costado de la pista y el último, un flaco él, en el área de los privados. Ese era el más malencarado. Dice Xóchitl que sólo de ver su cara se deprimía. Era tuerto o eso parecía. Por eso lo ponían ahí, para que los clientes no se cohibieran, pero entre perros no se cohíben, se ladran.

Los cuatro parecían cargadores de ataúdes. Algunas chicas les rogaban para que las dejaran salir. Intentaban hacerse sus amigas para que en un ataque de bondad se hicieran los locos mientras ellas cruzaban la puerta de atrás cuando salían los empleados a las seis

de la mañana. Pero estaban bien entrenados. Las hacían soñar y a la mera se miraban entre ellos y se decían:

—Oigan a esta, ¿cómo la ves? Dice que quiere irse, que no le gusta que la maltraten, pero que le gusta la riata y por eso entró por esta puerta sin que nadie la forzara y ahora, que le debe al patrón, entonces sí quiere largarse. Así cualquiera.

El local quedaba en la planta baja de un edificio de tres pisos. Ellas vivían en el último, en unos cuartos oscuros con las ventanas selladas. En el segundo estaban las habitaciones para los clientes. Ahí, una mujer se encargaba de la limpieza. Era una señora de sesenta años que caminaba con un algo de dificultad. La mamá del Ruso. Tenían la misma nariz y la misma risa, pero ella un poco menos corazón. Entraba al cuarto apenas se iba el cliente y como si fuera una máquina barredora, las levantaba de la cama tronándoles los dedos para que se vistieran y las mandaba para la ratonera.

A una de las mujeres que llegó a trabajar casi al final de lo que duró el changarro le hicieron creer que podía salir. Le abrieron la puerta cinco minutos después de que salió el Gerente y, cuando creyó que se había escapado, salió el Ruso corriendo detrás de ella. Viri estaba conmigo cuando nos platicó que la mujer corría con todas sus fuerzas, pero qué fuerzas le iban a quedar si sólo ese día se había metido con cuatro clientes. Ella misma pedía que la drogaran para aguantar tanto maltrato, tantas penetraciones sin cariño, a la fuerza y como si fuera un objeto que sólo existía para ser penetrado. Dice que esa mujer se tumbaba en la cama después de coger y estiraba el brazo cuando llegaba la mamá del Ruso.

—Si no me inyectan, no me levanto.

Nadie le hacía ni siquiera ese favor, era ella la que tenía que buscarse las venas flacas y picarse.

El día que se quiso escapar llevaba unos tacones que se le habían casi pegado a la piel. Eran negros, de plataforma y con unos listones satinados que le cortaban la circulación porque no se los quitaba

más que para bañarse. Dormía, bailaba y cogía con ellos. Era el propio Ruso el que a las seis de la tarde subía a prenderles la regadera para meterlas a bañar y volvía al rato a olerles el cabello y la piel para confirmar que estaban listas para trabajar. En caso de que no olieran a recién lavado, era él mismo quien las aventaba a la regadera y se quedaba observando a que cumplieran. Los sepultureros eran también nanas.

Aquella vez que quiso salir, el salvaje se lanzó hacia ella como si fuera un jugador de futbol americano y no una mujer vuelta pielecita, venas delgadas, piernas de cristal y muñecas del tamaño de dos dedos. No puedo imaginarme el dolor que sintió cuando el cuerpo de ese hombre grande, hinchado de tanta proteína y esteroides, cayó sobre sus huesos. Cuatro costillas rotas, luxación en el tobillo y la muñeca hecha polvo. Fue Xóchitl la que la llevó al hospital con los dolores de un parto.

Dice que el Choco no era así antes de abrir el local, que los humos se le fueron subiendo conforme fue ganando dinero, poder y estatus entre sus clientes. Como si fuera un muñeco de la suerte, la gente pasaba a saludarlo antes de ir a sentarse. Eso a él le gustaba. Entre más dinero tenía, más gordo se ponía. Todas las noches, antes de empezar a trabajar, llevaba a Xóchitl a cenar a alguno de los lugares afrancesados de la Zona Rosa. Manteles largos, copas caras, cubiertos de plata y platos de cerámica con el logo del restaurante. Yo me imagino que también fue por esos entonces que a Xóchitl empezó a crecerle el cuello. Dice que iba con los joyeros de la zona a hacerse anillos para los dos, que le tomaban las medidas para las gargantillas de oro y de perlas. Nunca le gustó el oro blanco, ni la plata. Que brille como el sol, si no, no lo quiero. En las fotos sale con la muñeca repleta de pulseras. Si me hubieras visto te cagas, sherí. Era una sonaja caminando.

La diferencia entre Xóchitl y las demás era enorme. En la misma caja en la que encontré las fotos del Choco aparecían de vez en

cuando las otras mujeres. Ella se miraba radiante, aperlada, con el cabello arreglado, sin ojeras, bien maquillada y llena de oro. Ellas sonreían a la cámara con algo que no era una mueca sino el dibujo de una niña que se sale de la línea. Los vestidos de las tres chicas que salían en la foto eran iguales, pegaditos, cortos y de una tela impresa con la piel de un leopardo. Los zapatos y el color del cabello eran la única diferencia. Una que sabe lo que es pasarse los productos por la cara se da cuenta cuando la gente se pinta por compromiso. Para que una se vea perra necesita hacerlo con amor, si no, se nota y a ellas se les notaba el dolor.

Mientras me iba contando las historias se disculpaba.

—Yo te lo juro que no me imaginé que las cosas iban a terminar de esa forma, pero ya una vez que había empezado a funcionar el lugar no había nada que pudiera hacer. ¿Sabes cuántas veces le pedí al Choco que las dejara ir, mon amur? Es más, hasta le juraba que si lo hacía le ayudaba a conseguir a otras mujeres. Yo veía cómo se iban apagando, pero no encontraba valor para hacer nada por ellas. Cuando le rogaba que las trataran mejor había una semana en la que podían descansar o salían con nosotros a comer. En esas mesas, los cinco sentados, yo imaginaba que podíamos hacer un negocio próspero en el que todos ganáramos y estuviéramos contentos, pero al rato todo volvía a ser igual.

Mientras duró ese lugar no hiló cuatro días sobria. El alcohol, la coca y las pastillas eran lo único que le quitaba el remordimiento. Por eso se miraba tan jodida sin ser vieja. Cuando su mamá se murió, Xóchitl no pasaba de los cuarenta y tantos, pero ya tenía hartas canas, el cuerpo reseco y suficientes arrugas como para parecer veinte años más vieja. Dice que todos los días desayunaba un jugo de naranja con piquete. Cualquier líquido que entraba a su cuerpo tenía embriagantes. No tomaba agua, se hidrataba con cerveza. Sus amigas no tardaron ni dos meses en odiarla tanto como pudieron y la forma que ella encontró para no sentirse mal fue no

ver lo que le causaba dolor. Se volvió fría, lejana. Hasta que se le juntaba el remordimiento y se conmovía. Entonces se pasaba mañanas enteras cuidándolas, bañándolas, acariciándoles el cabello mientras dormían, maquillándolas con la ilusión de que todo terminaría pronto. Pero si ella, que sólo cogía con el Choco, no podía dejar las drogas inyectables, mucho menos sus amigas.

Ella también bailaba, pero los clientes sabían que no podían tocarla. Apenas sonaba su canción, el Ruso entraba al local y se paraba debajo de la pista como si fuera su perro y el otro se paraba del otro lado para crearle un escaparate de cristal de aire. *Ye tem, mua no plus*, una canción francesa sonaba mientras ella se encueraba y se sentía etérea, inalcanzable.

—Dos notas me bastaban, sherí, para flotar en el escenario colgándome del tubo como si fuera un listón mecido por el viento. Ahora mírame, no puedo ni subir las escaleras de uno en uno porque me canso. Ese poder me embriagaba. Me sentía intocable. Terminaba los bailes y bajaba a convivir con los clientes como convive una faraona con sus invitados. Les ofrecía de tomar, llamaba a los meseros con chasquidos, los instruía para que no dejaran de atender a ese hombre que era tal, a ese otro que era tal otra cosa. Me aprendí los puestos y posiciones de cuanto político y empresario frecuentaba el lugar y los tuteaba coqueteando, seduciéndolos, antojándoles mi cuerpo para que se lavaran las ganas en la piel de las otras —me confesó chillando—. Para qué negarlo, era yo misma la que los llevaba de la mano con ellas, la que les hablaba a mis amigas como si fueran trapos de servicio. Este hombre es muy distinguido y se merece un trato maravilloso, te lo encargo. Él trabaja por el bien del país, así que es labor del Adán y Eva retribuirle su contribución a la prosperidad de esta nación. Me daba cuenta del odio en los ojos de ellas, pero ya borracha, drogada, empoderada y montada en mi papel, sus miradas ni me tocaban.

Hubiera merecido que me mataran, pero ni para eso tenían fuerzas.

Según me contó, el principio de su relación fue bonito. Es muy probable que él también haya estado enamorado de ella, sólo que hay cabrones que por corazón tienen un hielito que pronto se les derrite y lo que les queda en el pecho es un charco de agua que no sirve para querer. Aun así, ella seguía tan enamorada como una de esas señoras religiosas que nunca cogió con alguien que no fuera su marido. Y el Choco se aprovechaba de eso para dejar que la Garza hiciera lo que quisiera, al fin, las mujeres estaban ahí para atender.

Todas ellas sabían que el día en que llegaba la Garza, con su charola de judicial en el cinturón, una de ellas iba a pasar la noche sin pago y haciéndole todo tipo de favores al panzón apestaasobacos ese.

Le decían la Garza porque era chaparrito, tenía las piernas morenas, flacas y lampiñas, y arriba de ellas una panzota de burócrata que cargaba con orgullo, como si fuera una alhaja. Nunca se quitaba la cadena de oro y fumaba cigarros sin filtro escupiendo los pedazos de tabaco lo mismo a la calle que a la alfombra de la habitación. En las bolsas cargaba unos chicles de paquetito de cuatro que masticaba con la boca abierta como si le diera caché. Así era, según el rompecabezas que fui armando, el mentado pajarraco al que ninguna conoció por nombre.

Siempre era la misma rutina, se llevaba a una de ellas a un hotel de la zona, pedía una habitación en el último piso, ordenaba una fuente de mariscos a su restaurante favorito y se los tragaba sin convidarle a quien lo acompañaba. Ella tenía que ponerle la servilleta de tela en la playera sin mangas que usaba debajo de su camisa y tenía que quitarle la sobaquera donde ponía la pistola. Debía, también, quitarle los zapatos y los calcetines y hacerle masaje en los pies marranos y apestosos, mientras que el muy

puerco se tragaba sus camarones con los dedos y se rechupaba los bigotes masticando con el hocico abierto.

Después de tragar, con el estómago crujiéndole como refrigerador viejo, se recostaba en la cama y le pedía a la mujer que se la chupara. Habrá pensado que los mariscos son afrodisiacos, el cabrón. Dicen que no siempre se le ponía lo suficientemente dura. Ellas se mantenían calladas durante todo el rato y le mamaban el lapicito desgastado que no lograba superar el volumen redondo de su panza por muy tieso que se le pusiera. Esto es por la seguridad de todas, las animaba la cabrona de Xóchitl cuando las miraba emputadas maquillándose antes de salir al recibidor para pasearse como frutas en un mercado.

Yo hubiera preferido que no lavara sus culpas en mis oídos. Pero la veía tan arrepentida que me quedaba callada. Los detalles se los contaban esas mujeres para que se apiadara de ellas, pero yo creo que de tanto juntarse con la muerte se le olvidó sentir.

El Choco, por su parte, no cogía con ninguna más que con Xóchitl, pero a todas manoseaba, a todas les chiflaba y piropeaba, según él, para hacerlas sentirse mujeres, queridas, deseadas. Yo no sé en qué mail les avisaron a los hombres que una necesita de su permiso para sentirse cosas. Pero él así iba por la vida, arrastrando su verbo para ponerlas a todas a trabajar y cobrarles por la supuesta seguridad que tampoco hizo que las cosas mejoraran.

Según que había un poco más de policías en la zona y que por un rato dejaron en paz a las mujeres que trabajaban en las calles que él había marcado con su nombre. Pero nomás había que echarse unos metros más allá para ver cómo la policía hacía lo mismo de siempre. Llegar en las patrullas con las ventanas abiertas y asomar sus cabezotas arriba de esos chalecos antibalas que les apretaban el cuerpo como si fueran tortugas ninjas y, después de retarlas con la mirada, se bajaban y las subían para una de dos: obligarlas a coger con alguno o llevarlas al ministerio público y encerrarlas en los

separos hasta que alguna otra fuera a hacer alharaca y pagar una fianza.

El bar duró los cinco o seis años que duró ese gobierno y cerró cuando hicieron secretario de Seguridad Pública a un enemigo cantado de la Garza. Ese tipo desmanteló el lugar sin que nadie pagara por los crímenes ni los abusos. Simplemente hicieron una redada, se llevaron a los meseros y al equipo de seguridad, le pusieron unos sellos de clausurado y lo anunciaron en los medios como un logro del gobierno.

La Bruja

No soporto llegar a la casa después de trabajar y que mis pedos huelan a cliente. No sé por qué siempre sé a qué cliente huelo por muchos que hubiera tenido. Trato de purgarme con agua, me bebo tés de hierbas, licuados espesos, pero no se va. No me molestan los olores fuertes, al revés, me encanta teñirles el cabello a mis clientas y marearme con el olor del peróxido. También me gusta el olor de la gasolina, de los cerillos recién quemados y cualquier cosa que apeste a químico, a tóxico. Mientras espero a que se les decolore el cabello me entretengo leyendo las etiquetas de los productos. Agua desmineralizada, peróxido de hidrógeno, gliceril estearato, PEG-100, alcohol cetílico, estanato de sodio, acetanilida, ácido fosfórico. Hasta los nombres suenan a adormecimiento de cuerpo y a mí todo eso me llama la atención.

Me gusta escuchar a las clientas cantar para olvidarse del escozor y la quemazón que les provoca el tratamiento, por eso les pongo a mi Juanga, ese no falla. *Yo vivía tan distinta, algo hermoso algo divino, lleno deee felicidad. Yo sabía de alegrías, la belleza y de la vida, pero no de soledaaad, pero no de soledad, eso y muchas cosas más.*

También me gusta el olor a cuerpo, a hormona segregada y al fermento de cerveza con cigarro y poppers de los tugurios joteros. Pero el olor que se me impregna en las paredes de adentro no me gusta nada. Me tiro pedos que son burbujas de otro y explotan en el

aire como si quisieran que el siguiente cliente supiera que ahí hubo alguien. Eso es lo que más me encabrona, que mi cuerpa se deje engullir y adopte otros jugos como si fueran propios. Quisiera saber si es un mecanismo para marcar territorio y dejar huella de nuestros restriegues, pero no estoy segura de que el otro lo perciba porque me imagino que me habría dado cuenta de que Raúl apestaba a mierda de otra.

Ya que estamos en eso y dije su nombre, vamos a dedicarle su salmo. Bien dicen que lo que mal empieza, mal termina y yo soy igual que mi cuerpa, pendeja, dócil, enamoradiza, y él tenía labia pa' regalar, verbo pa' seducir y carita y cuerpo para gozar. Además, era terco, paciente y aferrado como pantera. Me anduvo merodeando hasta que caí en pleno inicio del 2012. Yo no sé por qué los mayas no tuvieron razón, favor que me hubieran hecho.

Pónganme la de *Lluvia* del Eddie Santiago. *No me digas nada, ya lo sabía…* y sírvanme algo para el dolor porque esta música es de tierra seca y duele ararla. Ahí les voy, diría mi madre. Tomen aire que este camión nomás que agarre carretera ya no frena hasta el final.

En ese entonces ya trabajaba en la organización haciendo capacitaciones de prevención y pruebas de detección de enfermedades de trasmisión sexual. *No me digas nada, la tonta aquí he sido yo, me dañaron, rosa, tus espinas… Lluvia…* Publicaba el trabajo de la asociación en varias páginas de Facebook de travestis y chicas trans para llegar a más público y precisamente en una de esas fue que él me encontró. Me escribió que quería ir a una plática porque a él le encantaban las travestis y me tiró un beso con un mensaje. Pues nada, la alerta roja estaba en mis narices y yo no la vi por esas ganas de hombre que lo encochinan todo. Me dije a mí misma que él no entendía la diferencia entre travesti y trans y por eso se equivocó.

Me citó un sábado a las once de la mañana y yo, que no tengo agenda, me olvidé. Llegué de trabajar a eso de las seis de la mañana y me quedé dormida. Fue el celular suena y suena lo que me levantó. Me salió una voz de maguey reseco que hubiera espantado a cualquiera, pero él ni se inmutó. Me dijo que ya iba de camino y me preguntó por la estación más cercana. Bájate en esta, quise decirle, pero soy educada, suave, delicada. Le di la dirección exacta y le dije que nos veíamos en el puesto de jugos.

Lluvia… Mi ambición fue poseerte y quererte, sí, sí, con mi locura de amante.

Traté de arreglarme el cabello en friega, pero hasta ellos amanecieron crudos, así es que me metí en la regadera con agua fría y cuando bajé, en unos jeans oscuros y una playera blanca, ya me estaba esperando, haciendo la fila con su carita lavada y su ropita de oficina. Me le uní con mi caminar sensual y pedí uno de esos jugos con avena y cosa verde batida con pepino que las señoritas tomamos cuando queremos cuidar la figura. Él, por cordial o por pendejo, se pidió lo mismo.

Díganme ustedes si no se equivoca la astrología. Mi venus está en tauro y eso supone que buscaría en mi pareja estabilidad económica, confort. ¡Sí, ajá! Buscaría, del verbo no me ha pasado. Ni el pinche licuado me invitó el tacaño y yo, por no hacerme mala sangre, me hice de la vista gorda. Eso no lo dice en mi carta, pero sí en mi mano: te harás pendeja ante cualquier indicio porque por mucho que la luna sea luna, el hombre es hombre.

Lluvia… y derramarme en tu cuerpo y siempre amarte, amarte, amarte y amarte.

Eso sí, antes que puta, profesional. Fuimos a mi casa para que le diera el curso personalizado, y ahí nos tenían: él con su cara de atento, y yo, pitonisa del cuerpo, revelándole nuestro secreto vuelta conferencista sentada en el sillón, explicándole la diferencia entre travesti y trans, hablándole de todo eso que rodea a los placeres que

a él le gustan. Sacaba mi lengua de psíquica de la calentura y la desenredaba en la estancia de la casa por no pasar directo al cuarto, mientras a él se le caían perlas de los ojos y él mismo las recogía con la boca y las usaba para hacerme un masajito en los pies, mientras yo le seguía contando lo que tenía que contarle para que de mí no se dijera que no cumplo, que no soy una jornalera de la salud sexual y que nomás vivo de antojos.

Yo quería tenerte, saciarme de ti.

¿Para qué ser honesta cuando se puede gustar? Yo, que prefiero la salsa, la bachata, el son, el merengue, el sabrosón, la guaracha, la conga y el danzón, el fandango, la pachanga, la guajira, el paso doble, la timba y la samba, que el bolero, el trío y la lloradera, que era lo que a él le gustaba. Cerré los ojos ante lo evidente. *Lluvia.* Me dejé chupar por su lengua como agua caliente; me bañé en su caldo dulce de palabras y me enfoqué en el masaje que les daba a mis pies puteados hasta que sentí un calor de horno de leña posarse ahí merito en donde les contaron. Me lo seguí caldeando hasta que sus ojos ya no soltaban más perlas, sino que era su lengua la que tiraba burbujas y nos acercamos a chuparnos los labios hasta que mi mamá se presentó en mi casa sin avisar y él se despidió muy tranquilito, haciendo como que no pasó nada y me dijo que me veía el miércoles en la plática que iba a dar.

Siento pena, pena porque te quise de veras, rabia porque te di lo que nunca imaginaste un día tener. ¡Ay, salsa, picas! Y más con el Marc Anthony.

A ese evento terminaron llegando tres pelados. Uno de ellos, él. El otro, un chamaco calenturiento de pocos años y mucha enjundia, y el primero, un alcatraz de pistilo largo que me sedujo con su olor a sudor obrero y sus manos toscas de agarrar herramienta. La muy antojadiza de mí, como no quiso cerrar ninguna puerta, desenroscó su lengua larga y rosa y les habló con ese tono de voz aguardientosa, dejándolos que se envolvieran con la toalla de mis

palabras hasta que terminó la sesión. Las preguntas son de uno en uno, les dije, para que no se cohíban, y cerré la puerta como si fuera maestra en examen oral y así, poco a poco, al ritmo del *Yoooo, tun tu run, que te conozco bien, me atrevería a jurar que vas a regresar, que tocarás mi puerta*, los hice pasar para resolverles sus dudas hablándoles directo al micrófono y dejando que Raúl se pusiera celoso para que cuando llegara su turno termináramos lo que se había quedado pendiente el primer día.

Cerró la puerta y se me fue encima como leona cuida crías y yo lo recibí con mis piernas abiertas y lo envolví en mi cuerpa hasta que me volteó, me inclinó en una de las mesas y yo le dije, no, papito, vamos poco a poco que tú me gustas para marido y si cogemos ahorita no llegamos ni a amiguitos. Nomás se me quedó viendo como diciendo no me hagas esto, pero no dijo nada. Me dio pena, tuve que decirle, no te ofusques, abejorro, que si lo que quieres es tirar veneno, yo le ayudo a tu culebra, y me incliné a la fuente y le hice un trabajo de manual que si hubiera podido, lo hubiera grabado para enseñar a dar gusto, porque una cuando quiere conquistar no hay ejército que se interponga.

Así empezó a caer Raúl, como maná del cielo. Durante la semana me mandaba mensajes diciéndome las cosas que dicen los hombres para voltear la tortilla una vez que está caliente. Eso sí, él de vez en cuando decía varias pendejadas y se hacía el duro, el que no quería conmigo, al que no le gustaban las chicas trans. Yo, como buena cortesana, no le hacía caso porque desde pequeñas nos educaron en la insistencia. Además, la práctica nos ha demostrado que un no es casi siempre una otra cosa, así es que me enfocaba en sus otras palabras, las que me decían que yo era la única, la diferente, la más de todas y así, dizque sin que le gusten las como yo, se me declaró el 7 de junio.

Yo, miren, volaba. Sacrificaba mis días de trabajo por él. No me importaba dejar de ganar dinero porque alguna ventaja debe tener

ser dueña de tu tiempo. Me pasa siempre que me ilusiono, ese es mi termómetro. El día en que prefiero ver a un galán que salir a trabajar es el mero día del solsticio, la fecha en la que se inaugura la bonita temporada de cachetear banquetas. Con Raúl fue casi de inmediato. A él le gustaba que nos viéramos por las noches y a mí me daba miedo perderlo si después de una cita lo dejaba para irme a putear porque el estigma siempre nos anda coqueteando. Es fácil capotearlo cuando estás sola, pero apenas te ilusionas te cae encima como lluvia ácida.

Mi vida cambió por completo. Evitaba hablar de mis compañeras, evitaba mencionar que el día anterior había trabajado, evitaba a toda costa que el trabajo sexual fuera un impedimento. Y cuál es la mejor forma de evitarlo, pues no haciéndolo. Empecé a dejarlo que pagara y me fui volviendo una mujer de antes porque el amor será muchas cosas, pero es una maquinita de producir pendejos. Mis tripas coqueteaban entre ellas, las sentía revolotear contentas cuando pensaba en él o recibía un mensaje suyo y me levantaba sonriente esperando su llamada. Él era atento y cariñoso, me tomaba de la mano en la calle, me decía te amo, me encantas, me siento el más afortunado y yo flotaba, en el cielo y en las nubes encontraba formas y me quedaba mirando la nata de la contaminación absorta, perdida. Caminaba apendejada encontrando encanto en cualquier banqueta, saludaba a los vecinos con la mano arriba y les tiraba bendiciones como reina de belleza. Son mi público, a ellos me debo, decía, y levantaba el cuello y arreglaba los faroles chuecos con mi nariz de grúa, cubría las nubes con mi lomo para que no lloviera encima de otros y acariciaba a los santos para ponerlos de buenas y que enviaran milagros sobre mi barrio. Bajaba a la tierra sólo para sentarme con él en cualquier changarro y me volvía una abejita que nació sin aguijón, pero fosforescente, con su amarillo sol y su negro tierra, revoloteaba como mariposa y gemía

como pajarito cantando al ritmo de la canción que me pusiera porque hasta los gustos musicales se me cambiaron por los suyos.

Me volví sabionda de lo que a él le interesaba, leía revistas y le contaba chismes inaccesibles a los periodistas más profesionales porque mi oído se afinó como piano de cola y me desenteré de todo lo que no tenía que enterarme para que mi cerebro no gastara calorías ni pensamientos en ninguna pendejada como pagar la renta, el agua y la luz, porque no podía pensar en otra cosa que no fuera en él, en los hoyitos sabor caramelo que se le marcaban en los cachetes cuando sonreía, en su voz de tambor caribeño que alteraba el clima del suelo que pisaba para ver siempre un sol soleado y un azul azulado, para que la primavera se extendiera como pasto alegre por encima de las otras estaciones que, me imagino yo, se habrán dobleteado en otros países porque lo que es en el mío, ni llovía, ni hacía frío, ni se nublaba nunca.

Sus manos de muchacho chambeador se colaban en mi cabeza entre cualquier matemática para pagar un refresco o pedir el mismo licuado en el lugar en que nos conocimos y me quedaba mirando a Dios en la cara de un gusano y encontrándolo a él en la jeta de un marchante que me apuraba porque no era la única que quería un refresco o una malteada. Miraba sus ojos en el humo del cigarro y tanto fue el amor que hasta mi jefecita se dio cuenta de que su hija se había sacado el número premiado y me cayó a preguntas con su ya tan famoso: ¿quién te trae volando bajo? Yo traté de negarlo, le dije que nadie porque no quería ilusionarme, pero ella me parió y aunque no hubiera salido de su cuerpa, era más que obvio porque de la boca me colgaba un hilo de baba y en los ojos me parpadeaba una estrellita.

El problema fue que, como con la madre una siempre es rebelde, no escuché cuando me dijo que tuviera cuidado porque las de nuestro clan nacimos sin la muela del juicio. Qué ganas hubiera tenido de no contarlo nunca para que no se salara. Es de manual

que una no puede andar antojando sus dulces, pero me cae de madre que no podía aguantarme. Se me caían las palabras de la boca apenas veía a una amiga y tenía que contarle el chisme completo haciendo hincapié en eso que yo quería decirme a mí pa' que me oyera mi consciencia. Me sacaba el celular de las tetas y ponía musiquita para bailar a la mitad de la calle antes de un servicio. Las comadres me miraban y decían miren a esta loca y yo: sí, manas, loca de verdad, y las tomaba de la cintura como si fueran la suya y las bailaba como trompo de feria hasta que las cabronas nomás se cagaban de la risa y me decían que del tamaño del amor es el putazo. Yo lo sabía, pero ya había despegado, ya nomás me quedaba pedirle a Malverde que no me dejara caer. Esta es, Malverde, no te vayas a pasar de lanza, le imploraba porque ya conozco al que le rezo, tiene el humor un poco raro y una tendencia a maltratarme que hubiera sido mejor no mirar al cielo, pero a dónde iba a mirar si ya les dije que el cuello se me había alargado para arriba.

El asunto está en que las dudas son húmedas y se cuelan en lo macizo. Yo necesitaba asegurarme de que no estuviera con otra, así es que fui a ver a la vecina de una amiga que es bruja de la religión yoruba. Espiritista, pues. Me presenté en su casa, un departamento lleno de esculturas, figuras, vasijas, adornos, imágenes de santos, Jesuses del tamaño de un niño de siete años, velas, veladoras y un aura rara. Con dar un paso dentro de ese lugar ya sentías que te observaban. Como a mí no me gusta que me anden mirando, me puse incómoda. Me senté en la silla de madera y bejuco que estaba destinada a los clientes y me empecé a convencer, mientras la observaba, de que ella no parecía de esas que le hace a la mamada. La mujer medía un chorro de metros para arriba y tenía los ojos profundos como escalera de caracol. Era bonita, de piernas largas y uñas postizas. La mesa era una mesa plástica y encima tenía un mantel azul profundo, azul intenso. El cuarto tenía una ventana por

la que se veía un pedazo de árbol que nos miraba con sus ramas secas de otoño pelón. Ni una sola hoja tenía el abedul aquel. Otra hubiera dicho que parecía espantapájaros de pueblo fantasma, pero yo miedosa nunca he sido. Lo más exótico que tenía la mujer eran sus labios, pero de carne de boca háblenme a mí que parezco durazno, además, tanto futuro necesita salir por algún lado.

La miré confiada preparar los caracoles, pero algo me olió a pescado y que le digo, un momentito, un momentito.

—Los caracoles son para los iniciados y yo, aunque me vea muy pendeja, hice mi investigación. Conmigo nos vamos suave, mi amor. A mí tírame las cartas para que pueda entender los dibujitos. Hazme el favor.

—Estate tranquila, muchacha —me pidió sin siquiera mirarme.

—¿Cómo voy a estarme tranquila si venimos a ver mi futuro no a limarme un callo?

Ya ni contestó, se enfocó en lo suyo, guardó los caracoles y sacó las cartas. Yo sentía que las cosas iban a estar bien, que mi astro daba brincos y mi ascendente seguía subiendo, arrastrándome con él a un cielo bello como globo que se suelta de la mano. Estaba sentada en la mesa, pero estaba arriba, arriba, inalcanzable. Parte aquí, me dijo mientras yo me paseaba por las nubes hablándole de tú a la Virgen, chocando el puño con Juan Diego y haciéndole bromas a San Pedro, gozando del brillo que saca la piel cuando una se siente bien por dentro, etérea, soñada, contenta.

La bruja, que no es pendeja, clarito notó que yo estaba radiante, relampagueante; que levantaba una patita como el Ángel de la Independencia, y me dijo: ¡calmantes, montes!, no saltes, chapulín, y yo cómo cómo cómo cómo que no salte si ya brinqué. Pues más vale que traigas paracaídas, me dijo la vieja chismosa. No traigo ni paraguas, mana, explícame eso que tú ves. Y que se deja ir con su lectura de cartas. Mira aquí a la muerte de cabeza, mi amor, eso ya no tiene… Cht, cht, cht, pon atención por dónde pisas, cartomántica.

Ten cuidado con lo que vas a decir de mi hombre, no vaya a ser que te resbales.

No le cayeron en gracia mis palabras, pero ni modo de echarme para atrás. Vuelve a tirarme esas cartas, le dije. Cuando partí el mazo estaba pensando en otra cosa, así es que no cuenta. Y yo mera, por las puras dudas de que no quisiera repetir el ejercicio, pero sobre todo para que Dios no se fijara en la partida, no fuera a ser que se la aprendiera de memoria, recogí las cartas e hice un revoltijo que ni el mismo diablo pudo saber dónde quedó su trinche y partí por lo más fino, que es por donde se da lo bueno, y ahora sí, le dije, échame la suerte, dime cuándo es cuándo y cómo es cómo.

Pendeja, yo. Bien dicen que el futuro es herejía, no por nada los curas no lo recomiendan. La pinche bruja, que nomás se me quedó viendo cómo hacía el revoltijo, me dijo que la suerte es suerte y esa no cambia por mucho que una baraje. Todavía estás a tiempo de tomar la rampa de frenado, chula, yo que tú doy el volantazo y corrijo el camino, me dijo. Qué volante, ni qué frenado. Agarré el mazo, volví a remover sus cartas y me metí la que tiene el cáliz a la boca y la mastiqué en toda su jeta para que viera que me cagaba en sus pinches juegos de adivinadora. Fueras Walter Mercado, tú, falsa mesías, embaucadora, psíquica de vecindad, encandiladora de las mentiras, estafadora, timadora, mentirosa, y le escupí la carta en la mesa para que hiciera con mi suerte un futuro masticado. Ya me mirarás casada y de blanco, envidiosa. Te voy a invitar a nuestro matrimonio para que se te quiten las ganas de andar cobrando por ponchar globos. Es más, vas a ser madrina de lazo para que esa misma lengua de flecha se te vuelva cupido.

Me fui cerrando la puerta y los puños directo a la cantina para que una salsa y un tequila me quitaran el sabor a óxido que traía en la boca. Pónmelo doble, le dije a Víctor, y le puse unas monedas a la máquina. Sonó la de *Gitana* de Willie Colón. A mí esos juegos de Malverde nunca me han gustado. ¿Qué me quieres decir? Le

pregunté al bigotón. Pues conmigo bajas y me dices las cosas a la cara, nada de indirectas, hijo de la chingada.

Sé que nunca fuiste mío
Ni lo has sido, ni lo eres
Pero de mi corazón
Un pedacito tú tienes

Me tomé el tequila derecho y me fui de la cantina a parar a mi esquina para buscar clientes y refregarme del cuerpo los males augurios.

La Cadena

Lo bueno de ese día fue que terminó, lo malo, que dejó arrastrando un manto de dudas, así es que yo, por pendeja, fui a mear mi arbolito para marcar territorio y publiqué mi nueva relación en el Face. ¿Para qué? Se dejaron venir las cigarras de sus exes que eran muchas y volaban, y me dijeron que no cayera, que él era tóxico como las bolitas rojas de un árbol silvestre, que tenía la lengua larga y la verga corta, que era bueno para endulzar, pero que al poco amargaba.

No les hice caso, las traté de envidiosas, de quierolotuyo. Empecé a escribirme el guion de mi película, a convencerme de que con ellas fue así porque del clóset de los gustos se sale a pasitos cortos. Me mantuve firme por mucho que me dijeron que cuidado con él porque era bien labioso, que no le gustaba usar condón, que tenía varios perfiles en el Face y otros tantos en los chats. Si Diosito no es pendejo, no nos puso la verga y las nalgas tan lejos del corazón porque sí, pero qué va, una cuando está embobada no mira, no piensa, no escucha. Cuando estás acostumbrada a que te envidien, a que te arrebaten la comida de la boca, piensas que las otras son iguales a ti y sólo quieren quitarte la felicidad y te haces ideas de que tú eres la buena, la oficial, la que lo va a ir enamorando poco a poco.

Me mandaban pantallazos de cuando andaban con él y yo siempre respondía que lo que no era en mi año no me hacía daño,

pero me quedaba una cosquilla subiéndome la gastritis para la garganta y dejándome en el hocico un regusto a ¿y si tienen razón? Lo bueno es que luego luego cerraba los ojos y me enfocaba en las cosas buenas, en cosas como que no habíamos cogido, y ya era mi novio. No habíamos cogido porque al juguete le salía de la verga un líquido blanco y espeso que él decía que era líquido preeyaculatorio y yo sabía que no, que eso no era normal. Para que me creyera lo llevé con un compañero a hacerse una prueba y salió positivo a gonorrea. El muy cabrón me echó la culpa. ¿quién es la puta, mi amor? me preguntó con su tonito de moscamuerta. Te la perdono porque es tu trabajo, me dijo, pero ayúdame con la medicina. Será que te la pasé por ósmosis, pendejo. No me vengas con ese cuento que yo fui la que escribió el libro, así es que me armé de valor y lo mandé a la chingada, pero al cabo de unas horas, que me volví a ver sola, me dije qué chingados, por una pastilla no vas a perder a un hombre y fui a la farmacia y le pagué su tratamiento.

Una vez que salió negativo pudimos planear nuestra noche de bodas. Yo nunca había organizado algo así y ya se imaginarán cómo estaba de contenta, se me caían los dientes cuando sonreía. Hasta le hablé a Viri y fui a comprar los ingredientes para prepararle una pasta afrodisiaca. Compré helado y cerezas y me puse un vestido de noche con negligé incluido, puse el disco de canciones románticas que compré en el tianguis ese día por la mañana y le puse un papel rojo a los focos de mi casa para poner el ambiente a punto.

Me acuerdo que sonaba la de Guns and Roses, esa de *November Rein* con su intro de piano enamorado, de música de iglesia en domingo feriado. Cuando empezó aquel tipo a cantar con su voz rasposa, *juen ai luc intu yor ais, ai ken si a lob ristreind*, nos arrullamos juntos y que me dice el muchacho, ¿estás lista? Y yo en vez de ponerme cachonda, pendeja, que me suelto a llorar porque me dijeron lo que nunca pensé que me iban a decir, porque el tipo no quería picarme primero y después platicarme sino hacerme que

yo sintiera, que flotara en su mundo de agua y yo floté, por mi madre que floté con mi vestido de pastel y lentejuelas, floté a lo jólibud, y él lloró conmigo, háganme el favor. ¿Cómo no me iba a enamorar cuando vi aquel espectáculo de balneario en sus ojos? Perdí el juicio, el habla y el talante; perdí hasta las rodillas porque sentí que me volvía fragancia, agüita pa' su boca, loción de cuello.

El caso es que no terminamos cogiendo sino cuchareando como dos animalitos mansos que hace poco se embistieron y nomás les queda un último aliento antes del suspiro. Él me decía que quería ser la persona más especial en mi vida, que me iba a demostrar que eso que decían de él era mentira, que era porque de ellas no estaba enamorado, pero de mí sí. ¿Qué iba a hacer ante esa confesión? Me dejé lamer las orejas por sus palabras, me contorsioné de emoción por dentro de escuchar aquello que llevaba esperando oír desde que entendí que las muñecas necesitamos que nos quieran y querer. *Ebrybody nids sombody, yur not de only guan, yur not de only guan*. Valió la pena la espera, me dije y me acordé de la bruja. Los tiempos de mi Malverde son perfectos, vieja embaucadora, los astros se alinearon, lo que pasa es que tú no sabes leerlos.

Los dos creímos que eso iba a ser siempre, que el resto de las noches las pasaríamos así, que lo habíamos logrado. Viridiana me decía que no cayera, que la primera noche no era el resto de la vida, que no fuera pendeja, que escuchara el runrún de mi intuición. Ella no estaba celosa de él, pero yo me repetía que me lo decía por miedo a que la abandonara en la estética. Tu intuición no te miente, me decía, escúchala.

—Qué voy yo a andar escuchando a ese cacho de cerebro rancio. Eso que tú llamas intuición no es otra cosa que un saboteador de ganas, una seguidilla de palabras agrias, una terracería enlodada, encharcada de males, un chip que no me deja respirar aire bueno porque apenas pasa, me cierra la llave de la felicidad. Es un bichito que me dice que no, que por ahí no es y me lo repite con cada

cabrón al que le veo posibilidades. Mi intuición es la perra que me arranca la cadena, Viridiana, es un papel que me corta en donde más duele y me hace una de esas heridas que no cierran porque están en un lugar con movimiento. Mi intuición es una ampolla que supura poquito y constante, pero que sobre todo incomoda. Ahora resulta que yo tengo que escuchar a esa pendeja, ni de pedo, Viridiana, ni de pedo.

Nos estuvimos una semana peleadas, ella según por defenderme y yo según por aguafiestas. El problema fue que ella era la única persona con la que podía desahogarme y, a pesar de que me miraba con sus ojitos de te lo dije, yo tenía que sacarme el ácido que me provocaban las acciones de ese cabrón mal palo, mal parido, godín de archivo al que la ropa le olía siempre a papel, a libro viejo, a cosa arrumbada para ser contada. A eso se dedicaba, a archivar libros de contabilidad, facturas y tickets. ¡Serás el SAT, hijo de la mañana!

Me pasé los casi cinco años aguantándole mamadas, inventándome cómo era ese espacio en el que trabajaba solo, según decía, sin ninguna mujer a su alrededor, sin tentaciones porque eso somos para ellos, tentaciones. Le preparaba su desayuno todos los putos días. Yo, que ni soy artefacto de mañana, ni le sé muy bien a la cocina, me levantaba con el sol pensando que pobrecito de Raulito, hace dos horas de camino al trabajo y llega a esa soledad de cuarto encerrado sin que nadie lo salude. Le ponía amor a los guisos para que se los saboreara y lo acompañaran en su media hora de comida y para que, cuando él sintiera aquellos caldos sabor a gloria, me mandara un mensajito, un méndigo mensajito nada más, un gracias que me hiciera saber que me tenía presente.

Nunca lo hizo, nunca se acordó de mí en su momento libre del día, al revés, había días en que ni siquiera volvía a la casa por las noches y me inventaba cualquier pretexto, hasta que después de un tiempo ya no se tomaba la molestia ni de inventarlo, me decía que él tenía derecho a salir por ahí solo, con sus amigos, que pasarla bien

no era poner el cuerno. Me imploraba sus derechos como niño en dictadura y me decía que ya estaba huevoncito para saber qué hacer con su vida, que no se juntó conmigo para tener dueña sino acompañante y que las acompañantes acompañan, no encadenan. Qué lindo sonaría eso si fuera cierto, la verdad es diferente.

A los dos años fue él quien se mudó a mi casa porque para el arrimado es fácil decir que no tiene sentido pagar dos rentas, con una es suficiente, así aprovechamos el sobrante y nos lo disfrutamos. Yo no sé de quién hablaba porque lo que fui yo, sólo lo disfruté dos meses, dos meses me duró el gusto de estar bien con él, de verlo todo con los lentecitos del amor romántico, dos meses que, si hago un esfuerzo por recordar, seguro les encuentro mugre, manchas, símbolos de lo que después se convirtió en un hongo verde y peste a quiebre; dos meses nomás para que después le diera por jugar futbol los domingos y yo todavía le dijera que se fuera tranquilo, que como estaba lejos, si quería tomar con los suyos después del partido, volviera tarde. Yo pensaba que había que darle su espacio, dejarlo que hiciera sus cosas sin tenerme encima, pero hay gente a la que no hay que darle la mano porque la acaricia. Se empezó a ir los viernes a jugar futbol y a regresar hasta el lunes, háganme el favor, habría sido que era profesional y jugaba en Francia porque quién ha visto un partido de tres días. Y cuidado si le mandaba un mensaje, porque me reclamaba que yo lo tenía toda la semana y sus amigos nomás unas horas, que le diera chanza, que no anduviera jodiendo y me bloqueaba o me ignoraba.

Yo aprovechaba para seguir trabajando, pero mis inseguridades crecían como mango en temporada y se arrastraban por la casa con sus raíces tiesas de árbol sediento. No podía ni trabajar bien pensando en qué estaba haciendo, sólo podía chapotear en el licor agrio de sus pretextos hasta anestesiarme con alcohol y fumar mariguana como quien apachorra sus dolores con sustancias que duermen la cuerpa de la mandíbula para arriba. Esos lunes, cuando

volvía con su cara de marisco crudo, me decía ven, mi amor, vamos a la calle, y nos íbamos a comer comida de borracho y quién creen que era la que pagaba, la que tenía que poner el gasto porque no fuera a ser que él se metiera la mano a la bolsa.

Me llevaba al cine con mi dinero, se pedía sus palomitas tamaño familia numerosa y su Icee y, apenas terminaba de tragar, se me acostaba al hombro como perro cariñoso y se levantaba la camisa o la chamarra para que le hiciera cariñitos, para que mimara a mi hombre, decía él con su voz suplicante y yo me encendía porque tanto arrumaco me pone jocosa y quería mamársela a la mitad del cine, pero él que no, estate, en la casa lo hacemos y llegábamos y el pendejo se aventaba a la cama y cerraba sus ojos con candado y yo me quedaba toda caliente brincando sola, picándome el culo sola y me metía a bañar con hielos para ver si mi cuerpa lo relacionaba con una tortura y se decidía a olvidarlo.

Nada de eso sucedía, lo que terminaba pasando era que la calentura se me convertía en emputamiento y el emputamiento en frustración y la frustración tenía que salir por algún lado, así es que me vestía para trabajar y salía de la casa con la intención de que otra carne me quitara las ganas de hombre y para eso sí abría los ojos, para decirme que a dónde iba, que era una puta sin ilusiones, que ya tenía que dejar ese trabajo que no es trabajo, que así nunca iba a salir del hoyo, que entendiera, que leyera los libros esos que él leía, pinches libros de autoayuda, los consejos para un millonario, la contabilidad de la gente exitosa, el pensamiento positivo que te cambia la vida, pinche idiota, muy sacalepunta, muy emprendedor, muy independiente y soñador, pero soy yo, me oíste, yo, la puta, la que te mantiene. Bien me dijo un carpintero un día que las polillas comen madera, aunque las siembres en la tierra y eso mismo era lo que me tenía enferma de los nervios, querer que un chile aprendiera a no picar.

Por si fuera poco, de tanto que me decía que a él le gustaban gorditas, llenitas y con curvas, me fui ensanchando como los carriles del periférico para gustarle más, para que no buscara a otra. Me puse como tinaco para que la vez al mes que cogíamos me embistiera con enjundia, para que me dijera pura sabrosura, chuleta de dioses, abeja reina, te voy a chupar la miel, y pegara sus labios de animal succionador para marcarme el cuello y dejarlo de moretones como si fuera papel tapiz. Me marcaba para que mis clientes supieran que tenía dueño, que no dormía sola. Y la pendeja de mí se dejaba porque creía que el amor se revive así, dejando que el otro cumpla sus fantasías en tu cuerpa. Comía mucho más que antes y él aprovechaba sus antojos para decirme que le gustaba verme comiendo. Eran sentadas de cuando menos tres platos al centro, más la cerveza y el tequila que casi nunca perdonaba. Llegué a pagar hasta mil pesos en algunas de esas cenas, pero lo hacía con gusto porque según yo él se iba a dar cuenta de que como yo no había muchas. Quiero ver qué otra mujer trabaja para darte esos gustos, mi amor, le decía yo, y él se ponía cariñoso solamente a la hora en la que llegaba la cuenta y yo me repetía que algo es algo, que por algún lado volvería a retoñar el amor.

Me empeñé en reconquistarlo. Estaba segura de que había alguna forma y de que esa forma pasaba por tardes o noches como esas, en las que él se daba cuenta de que le estaba dedicando mi vida, que eran sus gustos los que moldeaban mi cuerpa y que cuando menos me lo agradecería. Pero las cosas no son a berrinche. Salía del restaurante con la comida asomada en la garganta y una colitis que se volvía reflujo en menos de una hora. Mi mamá me decía que yo desde pequeña fui igual, que somatizaba, que tenía que dejarlo o no sólo iba a engordar sino que me podía pasar algo peor, pero yo me empeñaba en defenderlo, como si a una madre se le pudiera negar que su hija está sufriendo.

Todas nuestras conversaciones terminaban igual, ella rogándome que lo dejara hasta que me cansaba y le reviraba el argumento. Mira quién habla. Eso mismo te deberías de decir a ti y a mi hermana, que se meten con cada cabrón que mejor ni hablo.

En vez de lograr un refugio con ellas, lo que lograba era una sensación de no estar bien en ninguna parte. Eso me sumió más en el bucle de comer, tomar y salir a putear sin poner atención en el descanso o en pasarme cuando menos una hora haciendo algo que me pusiera contenta, como irme a tomar un helado con alguna amiga o meterme al cine.

—No es mi agua en la que estamos chapoteando —me decía mi jefa, a medio camino entre la tristeza, el enojo y la frustración—, es de ti de quien tenemos que hablar, porque mira cómo andas, inflándote como juego para niños, con esas ojeras de no dormir y la mirada opaca.

—Pues será el sereno, pero no puedo dejarlo, estoy enamorada de él. Es más, seguramente hay una arpía por ahí que me lo está engatusando.

Le ponía esos pretextos que yo misma me iba creyendo. Mientras una no aprenda, la culpa siempre es de las mujeres, nunca de ellos, pero yo en ese momento no sabía de sororidad ni de pactos*, ni de lágrimas ni nada, que me hicieran llorar,* ay, mi Juanga. Yo lo único que sabía era de la educación sentimental que me enseñaron en mi casa. Si algo tenemos las Cano es que no sabemos soltar, todas hemos estado en lo mismo, sobe y sobe una cadena para ver si de tanta caricia se termina desgastando.

La Magia

Hablando con mi jefa se me ocurrió el último acto del show de mi humillación: ir a ver de nuevo a la mujer que me lo advirtió para hacerle algún embrujo, algún embuste que cambiara la suerte que salió ese día, porque eso yo lo aprendí de las Pablito: no hay destino que no enderece con su debido trabajito.

Agarré mis cosas y salí de la casa de mi mamá pitando hasta el departamento de esa mujer. Vengo a consultarme, le dije cuando me abrió la puerta después de tocar el timbre como quince veces.

—Mira nomás, eres tú —me dijo encabronada.

—La misma que calza y viste —le respondí yo—. Y ni te hagas mala sangre conmigo que esta vez vamos a empezar bien —le advertí.

—Tu problema —me dijo— es que no comprendes la palabra paciencia. Si ves que no te atiendo es porque estoy ocupada. Siéntate ahí a que termine con la clienta, pero te advierto que voy para largo.

—Te espero sentada —le contesté y me crucé de brazos para demostrarle que se equivocaba, que sí tengo paciencia.

Pero pasó una hora y la muy cabrona no salía, así que le toqué la puerta porque oye, tampoco te pases, si lo que vengo a consultarte es de vida o muerte. No llegué a decírselo porque la vi salir fúrica y con ganas de ahorcarme, así que le inventé que me andaba del baño, que me dejara pasar y funcionó, al cabo de quince minutos

salió la chava con la que estaba, me barrió con la mirada y ni adiós dijo. Tenga, qué, majadera.

Ahí mismo, paradas, le dije que seguía sufriendo de eso que me cantó aquel día. Para que veas que yo no fallo, me dijo orgullosa. Ya vi, le dije y me pasé al cuartito sin que me diera entrada. Se sentó cuando me vio acomodada y me dijo que lo único que yo tenía permitido era cortar el mazo, de ninguna forma agarrar las cartas como la vez pasada. Ya pasó, ya pasó, le dije, no me vas a poner a cargar ese lastre como si fuera penitencia porque penitencia es la que estoy pagando, y para eso vengo, no para que me reclames sino para que me endereces el camino.

—Eso tiene su forma, pero ya lo tuyo está muy desgastado. Si no te hubieras ido corriendo ese día, hubiéramos podido hacer un ebbó para cambiar todo eso que salió, pero no me dejaste ni explicarte.

—Cómo iba a dejar que me explicaras si lo que me pintaste fue un dibujo negro que parecía la sombra de un edificio en una calle cerrada. Era mejor salir rápido para aprovechar que la Virgen, ese día, andaba resolviendo otros pendientes y aún no se enteraba de que te vine a ver y me tiraste maldiciones.

Se le salió una pequeña sonrisa.

—No fui yo, no te confundas. Es lo que salió en tus cartas. Yo sólo soy una mensajera.

—Pues me le vas avisando a esos que te pasan los mensajes que se acabó lo que se daba, que ya estuvo bueno de andar cargando la cruz, que ahora me toca untar mieles. ¿Qué es lo que tengo que hacer?

Nada más y nada menos, en ese momento, porque Malverde sabe cuando mostrarse, me fijé en una foto que tenía en el mueble detrás de ella y vi que salía muy sonriente con la Rosy, mi mera madrina. Por ahí hubiéramos empezado, le dije y me levanté a agarrar la foto.

—¿De dónde la conoces? —le pregunté.

—¿A Rosy? Si esa es mi hermana —me dijo arrebatándome la foto de las manos para irla a dejar al mismo lugar.

Pues resulta que fueron amigas antes de que yo estuviera en Tijuana y para cerrar con broche de oro me confirmó que fue parte de las Pablito, pero tú sabes cómo es eso, me dijo, una nunca deja de serlo. Me levanté a darle un abrazo y, cuando sentí el beso de sus tetas de goma, terminé de hermanarme con ella.

—Discúlpame por lo de la vez pasada —le dije—. Tú sabes cómo es eso del amor.

—No te agüites —me dijo—. Yo te entiendo.

Sacó de uno de los muebles del cuartito una botella de ron, dos tabacos del tamaño de una verga gruesa, y brindamos por los nuevos principios.

—Dime qué más se te ofrece para que de una vez te hagamos el trabajo completo, mi chula.

—Ando sintiendo como que me retiran —le dije—. Llevo más de una semana sin clientes. Me paro en la esquina y hazte de cuenta que me paré en la otra cara de la luna. No sale ni un méndigo cliente, mana, ni un guagüis, ni una chaquetita, nada; ni cincuenta pesos para la persignada. Y parada en la esquina me da por pensar en él e inmediatamente se me infla la panza y así no hay quien trabaje.

Escondió las cartas y me tiró los caracoles.

—Yo aquí veo que tú sales —me dijo—, que te pones toda fabulosa y no picas porque no traes brillo.

—¿Cómo voy a traer brillo si no puedo parar de pensar en él?

—Escúchame bien y apunta si traes dónde. Tienes que ir al mercado, a donde venden los remedios, y pedir agua siete machos, agua jala jala, agua ven a mí, agua mucha gente, agua déjame el cheque en la cama, agua yo puedo, agua soy perra, atraigo, jalo, invoco, agua florida para que los clientes vengan. También le vas a pedir una esencia de garrapata y vas a cruzarte a donde las flores

para pedir unos cincuenta pesos de pétalos de los más exóticos que tengan. No importa que no sean rosas porque las flores todas jalan si son bonitas. Los hierves, los dejas reposar con miel y te restriegas con esa agua como cantanta en video musical a plenas doce del día. Eso es importante, no a las once cincuenta y nueve, no a las doce con uno, no, a las doce. Te lavas debajo de los rayos del sol a nombre de San Altamiro para que todos los hombres se te pongan al tiro. Y vas a ver que con eso sales, mi amor.

—Voy a creer que ya con eso.

—Tú verás, si yo sé de eso. ¿Tú sabes cuántas veces nos han puesto el ojo a las Pablito, sabes cuántos alacranes han colocado en mi aura, sabes cuántas veces me han hecho vudú? Ese remedio no falla, la magia cuando se hace con sentimiento funciona. Eso sí, hay que creer para que se te dé. Los dioses milagrosos no le conceden su gracia a quienes no confían porque no son pendejos, así es que trucha, mi chula, vas a hacer el ritual como si quisieras quitarte la sal de encima.

—¿Y de lo otro, de lo primero por lo que vine? —le dije porque ya la vi que andaba queriendo despacharme con el trabajo fácil.

—Eso lo vemos después —me dijo—. Una cosa por una. Si te funciona este remedio, pasamos a lo otro, porque para qué te miento, se mira complicado y tengo que hacer unas consultas.

Le rogué, le dije que lo de los clientes podía esperar, lo otro no.

—Al revés —me insistió—, cuando vuelvan los clientes y el aura se te componga entonces pasamos a lo difícil. Tú confía en mí, chula.

Pues allá fui, confiada, ahuyentando los malos pensamientos cada que me sobrevolaban como moscas, concentrada en creer que todavía había esperanza, y me encontré con una conocida que andaba vendiendo amuletos de feng shui. Más tiempo tardó en preguntarme cómo estaba que en verme la cara y decirme: Uy, no, Mónica, esa carita no me gusta.

—¿Qué tengo o qué?

—Te ves decaída, mira nada más esas ojeras y esa energía azul.

—Más despacio, motorcito. Las ojeras son por mi trabajo y eso no es nuevo, así es que ponle más ganas a tus adivinaciones.

—No, no, si lo de las ojeras no son adivinaciones. Lo que sí es que esa energía azul no me gusta nada. Se ve que estás pasando por problemas, que algo te quita el sueño.

A esa mujer la conocí en la estética de Viridiana. Vino a hacerse rayitos. Pero por su nombre no me pregunten.

—Mira —me dijo—. No hay que ser psíquica para saber que tú estás aquí buscando una ayudadita, así es que déjame ayudarte. ¿Has escuchado hablar del feng shui?

—No.

—Son talismanes y amuletos, nada de brujería, que yo a eso no le hago.

—Mira, mana, no me lo tomes a mal, pero no tengo ni un peso, así es que o me regalas una de esas cositas que me dé suerte o estás perdiendo tu tiempo.

Me dio una bolsita roja con unas monedas y me dijo que las pusiera al lado de la puerta de la casa. Yo me cubro por todos lados porque más vale que sobre a que falte, pero me preocupé de ver que cualquiera se daba cuenta de que estaba en baja.

Me seguí a comprar mis pétalos y mi agua, aproveché para comprarle unas velitas a mi Malverde y una botella de tequila para convidarle. A las once y media del día siguiente me puse unos pañitos menores y preparé unas cubetas de agua tibia porque este pececito es de agua dulce. Subí a la azotea, me paré en el mero centro, lejos de los tanques de agua para que no me taparan el viento, vacié los pétalos en el agua y empecé a echármelos encima como si estuviera en la sesión de fotos de mi disco.

Salieron dos vecinos a asomarse, a chiflarme y gritarme que mucha ropa, mucha ropa. Ya con fans la cosa es diferente. Más agua

me echaba encima, con más placer me llenaba el cuerpo de pétalos de flor exótica, me chupeteaba la miel de los dedos y hacía el ritual con más ganas porque los ojos de los curiosos son buenos para hacer caricias. Dejé que el sol de Iztapalapa y las miradas de los chismosos me llenaran de energía, me unté agua de flores como si fuera eso que me dijo, crema jala jala, esencia de buena suerte, pócima vikinga, remedio de los dioses, y eso sí, nada que a San Altamiro, le rezaba a Malverde para que me mostrara el camino, para que intercediera por mí, para que me iluminara con su linterna de santo en las labores complicadas y decretaba que me iba a ir bien, que los clientes llegarían. Si lo dice una Pablito es ley, tú confía, Mónica, confía.

Pues funcionó. Tomó dos días, pero el martes empezó a surtir efecto cuando aproveché que Raúl no estaba en la casa y me fui a trabajar. Cuatro clientes me hice en la noche, cuatro. Cuatro era lo que me hacía en mis mejores épocas, cuatro, el número de la suerte de mi sobrina, cuatro, un número más que la santísima trinidad que ya es mucho por ella sola. Me cae que las Pablito se las saben, así es que con esa misma confianza me fui a visitarla de nuevo para terminar de enderezar el camino del amor, que es el importante. Pero el idilio se rompió apenas puse mis nalgas en la silla.

—Mira, mi chula, te lo voy a decir rapidito para que no duela tanto. Lo tuyo con este hombre no tiene arreglo. En cuanto te fuiste aquel día le tiré las cartas para entender de qué estábamos hablando y no quiero ni decirte lo que salió ahí.

—¿Dónde se ha visto una bruja guardándose la información? Dime lo que tengas que decirme que yo pendeja no soy y ya sé que eso no tiene arreglo, pero, tú sabes, una quiere aferrarse porque olvidar duele. De todas formas, yo ya metí su nombre en un frasco de miel y lo puse en el congelador para que aquello amarre.

—Ni te gastes la miel —me dijo con pena en los ojos—. Salió el muerto volteado de primera carta. Ya con eso yo sé que no hay de

otra. Matrimonio roto, es lo que quiere decir. Ni con toda la brujería del mundo lo tuyo se arregla. Lo mejor es que sanes y lo olvides porque no todas son malas noticias, hay algo más en tu futuro. La última carta fue la rueda de la fortuna invertida, eso quiere decir que la transformación se llevará a cabo de forma dificultosa, pero se hará, que es ganancia. Tampoco me hagas mucho caso, pero por mi experiencia te digo que esa carta de últimas es preciosa. A lo lejos hay un amor, tú sana y ya verás.

Pa' qué negar que me fui de ahí cabizbaja. Tardé una semana en darme cuenta de que esa mujer tenía razón. A los cuatro días Raúl se puso malo del estómago. Yo no sé si fue salmonelosis o qué chingados, pero andaba con un chorrillo que no lo dejaba levantarse del escusado. Apenas volvía a la cama, córrele pal baño. Eso te pasa por andar comiendo cochinadas con quién no debes, cabrón, le dije. Seguro te fuiste por ahí a tragar con otra y se te indigestó la comida por infiel. No me contestaba, nomás podía pujar y quejarse del dolor.

Lo bueno de todo eso fue que se le olvidó su celular y ahí sí, por la pantalla muere el engañador. No tuve ni que buscar mucho, en su WhatsApp tenía archivados los chats con cuatro mujeres. Cuatro que yo pude comprobar con estos ojos pendejos que confunden pollo por pescado. Las llamaba mi amor, las trataba de reinas, les decía todo eso que me dijo a mí cuando empezamos. Les construía nubes, estrellas, firmamentos y ellas le seguían la corriente como pececitos arrastrados por el hilo de la caña. Sentí deseos de vomitar, me indigesté yo también de mirar las pruebas que no quise ver por ciega de amor, por idiota, por ilusionada.

Así fue como, después de casi cinco años de vivir en las cloacas, me levanté de la cama, le aventé el celular a la cabeza y le dije de lo que se iba a morir mientras el tipo pujaba con los cachetes colorados.

—Me vale madres que te estés muriendo, hijo de la verga. Así te quería agarrar, cabrón, cagando, vulnerable, para que no me niegues lo que acabo de leer. Cuatro, cabrón, cuatro mujeres. A ti no te basta ni Dios. Te sientes la gran caca, lo último de lo bueno, pero no sirves ni para mantener una casa. Tuve yo que estarte manteniendo porque eres pendejo y bueno para nada. Te haces el macho y ni a macho llegas. Mantenido, comecuandohay, arrimado, bastardo, huevón, alzalamano, briago, drogo, idiota. Pero no te sientas el muy muy porque me destruiste. Me destruí yo sola, pendejo, fueron mis ilusiones, mi mundo propio lo que me hizo quedarme contigo y luchar por la basura que teníamos. Esa fue la mala vida que me tocó queriendo corregirse. Fueron mis ganas de tener una relación las que me hicieron quedarme, no fuiste tú, ni tus migajas, ni tu poquito amor, fui yo la pendeja, pero también a los pendejos se nos quita lo zonzos y a mí se me agotó la dosis. Terminas de cagar y te largas de esta casa, de este barrio y de este mundo, me oíste. No quiero volver a verte porque si te pesco con otra, te arranco los ojos y el hígado para que todo ese alcohol que te tomas para darte valor se convierta en cirrosis y te quedes en el camino, maldito, infiel de mierda.

Y antes de que pudiera pararse, recogí su celular y le hice un video cagando en mi casa y se lo mandé a esos chats con todo y una nota de viva voz contándoles que llevaba cinco años conmigo, para que ellas sacaran sus cuentas y no dijeran que no se les advirtió. Ganas no me faltaron de hablarles a que escucharan de mi ronco pecho nuestra historia, pero el cabrón se levantó como pudo, me arrancó el celular y se atrevió a decirme que él no se iba a ningún lado.

—¿Qué dijiste, rana? Ya encontré estanque, ¿no? Pues no.

Agarré sus pocas cosas cuando se volvió a meter al baño y se las eché a la calle. Le llamé a la mujer de las Pablito, le di mi dirección y le dije que se apurara, que el Raúl se estaba poniendo agresivo.

Al poco rato salió del baño vuelto un tornado. Me aventó encima el vasito de porcelana donde poníamos los cepillos de dientes y empezó a gritarme que si era tan valiente que me quería ver sacándolo de la casa por la fuerza. Me gritó hasta de lo que me iba a morir y me levantó la mano.

—Atrévete a pegarme —le advertí.

Y se atrevió, me soltó una cachetada y me dijo que de ahí no se movía. Hazle como quieras, repitió, y volvió darme un golpe.

La suerte fue que llegó la mujer de las Pablito con su ejército de muñecas. Abrieron la puerta y pasaron a la casa como entran las plagas en un campo. Lo vieron golpearme y sólo les bastó un chiflido coordinado para que a Raúl se le paralizara la mitad de la cara. Cuando vio que no podía correr hacia ningún lado y que no era buena idea tomar ningún objeto como arma, se quedó estático y se cagó encima de su trusa blanca. Pura mujer de cuatro metros y tres cabezas frente a sus ojos. Poco a poco y sin prisa, las Pablito fueron poniéndole sus manos encima hasta cubrirlo de dedos. Él, apenas se vio envuelto entre tanta carne, se dejó hacer sin oponer resistencia. En algún momento yo le había enseñado algún video de ellas.

—Métete a bañar, chulo —le pidió la bruja—. Y tranquilo, tómate tu tiempo, aquí vamos a estarte esperando.

Raúl intentó encerrarse en el baño, pero no servía la llave ni tenía ningún objeto que arrastrar para clausurar la puerta. Ellas, con paciencia, fueron sacando de sus bolsas de noche todo lo necesario para el sacrificio. Cada una cargaba con cuando menos una escultura del tamaño de una escoba, cada una tenía una madera para incinerar palo santo y una cazuela de barro para el copal, cada una tenía su propio cuchillo sobre el cual se leían las iniciales de la piel a la que habían marcado, cada una montaba su pequeño picnic de la muerte. Todas alrededor de un círculo delimitado por un manto bordado a mano que absorbía la luz que se reflejaba en sus hilos de oro. Cada una, con una voz tenue, invocaba a sus muertas. Cada

una, una vez que se dejaba acompañar por sus amigas, comenzaba a cantar la misma melodía, un canto extraño, hermoso. La voz salía de sus narices mientras sus bocas rezaban, pedían e invocaban. Yo me coloqué sobre el manto de hilos de oro y así lo recibimos. Para cuando salió del baño ya toda la casa había cambiado, las luces se habían matizado en medio de aquel sahumerio con olor a monte.

Ninguna de ellas se movió al verlo, yo fui la única nerviosa, pero decidí imitarlas. Me quedé sentada fingiendo tranquilidad hasta que él solito, como si una voz le estuviera susurrando al oído, se acercó a mí pidiéndome perdón entre lágrimas. Parecía ido, poseído por un cerdito que sufre antes de que lo maten, me imploraba que lo perdonara, que lo entendiera.

—Yo sí te quise, pero se me acabó el amor. Perdóname, mi vida, perdóname.

—Perdón tiene que pedirme Malverde por ponerte en mi camino.

Lo tomé en mis brazos para apachurrarle los ojos mientras ellas dibujaban cada letra de las Pablito con todo el cariño que me imagino tuvo Dios cuando creó los árboles, las frutas, los ríos.

El Barrio

No sólo no volví a ilusionarme por mucho tiempo, sino que empecé a sentir que la soledad me lamía la nuca con su lengua rasposa, martillándomela con pensamientos catastróficos. Había agarrado la costumbre de irme todos los sábados y domingos de cruda a sentarme a un restaurante de mariscos que habían abierto cerquita del bar de Víctor. Me sentaba en la barra, pedía un coctel de camarones vuelve a la vida, una Pacífico bien fría y recordaba el mar de Tijuana, el olor a húmedo y a salado, el calor. El pasado empezaba a acumularse como si fuera un empedrado de nostalgia. Le había regalado esos últimos cinco años a un cabrón que no me dejó más que kilos y heridas.

Antes de él no tenía problemas con estar sola, incluso varias noches en que no salía a trabajar las quería pasar en la casa. Me gustaba tirarme en la cama y prender la televisión para meter la cabeza en cualquier programa. Si era un *reality*, mejor. Trabajaba, me hacía de dos o tres clientes y me regresaba a dormir. Al día siguiente me levantaba, estaba un rato con la familia, comía con ellos y me regresaba de nuevo a ver la televisión.

Ya había nacido el segundo hijo de mi hermana e Ismael, y no sé por qué ese chamaco me chupaba la energía. Con mi sobrina no me pasó. Cuando ella nació fue al revés, apenas me levantaba se las quitaba de los brazos para dormirla o jugar con ella. Le encantaba que le pusiera mi dedo en sus labios y lo moviera de arriba abajo.

Cuando fue creciendo, me la llevaba a comprar un helado, un dulce, o la subía en la carriola y me salía a dormirla mientras mi mamá y mi hermana descansaban. Pero pregúntenme cuando nació el niño. Nomás de verlo quería irme a dormir o salir corriendo de la casa.

Mi hermana revoloteaba con sus alitas abiertas en donde podía y con quien quería, igual que mi mamá. Cada una en esa casa tenía su película montada. Lo que las mantenía con los ánimos arriba no eran, ni los niños, ni el trabajo, ni quererse, sino las posibilidades que se abrían con sus enamorados. Cano al fin de cuentas.

Ismael seguía rondando aquella casa, entrando y saliendo como si fuera un baño público. Ya no era cosa mía. Mientras no tuviera que convivirlo me valía madres. Allá ellas. Además, ya oyeron lo que pasó conmigo.

Eso sí, ellas eran más inteligentes que yo para eso. Sabían mantener sus secretos. Se delataban sólo entre nosotras y por la sonrisa. Eran un equipo bien formado, en el que las dos tenían claras sus tareas y se cubrían las espaldas. Yo también sabía lo que tenía que hacer: lo mío era darles dinero y ayudarlas cuando estaban cansadas. Llevar a los niños a comprar un dulce o a pasear por el barrio una o dos veces a la semana. Eso lo hacía con gusto. Me encantaba que la gente me mirara con mis sobrinos como si fueran mis hijos.

Iztapalapa era mi barrio y yo me aferraba a él como si fuera persona. Como buena Cano que soy, entre menos amor me daba Iztapalapa, más me encerraba en él. Cuando me fui de casa de mi mamá ni siquiera pensé en la posibilidad de irme a otro lado. Trabajaba en Tlalpan, pero no quería vivir ahí. Tlalpan es una avenida demasiado ancha que no le pertenece a ningún barrio sino a los que la transitan, a la noche, al capricho de los coches. Ahí sólo me daban seguridad mis amigas, no la zona, que no conocía para nada. Fuera del punto y los hoteles, no reconocía ni las calles ni a su gente.

Yo no sabía que para conseguir casa tenía que disfrazarme de una cosa que no era. En cuanto llegué a preguntar por el primer departamento, me miraron desconfiados. Era un departamento a dos calles de casa de mi mamá. El edificio era verde y de tres plantas, tenía un patio interior que era de los vecinos de abajo, una familia de cinco. La azotea era común, pero estaba sucia, se veía que hace años nadie la usaba. Me disculparán ellos, pero yo soy puta a todas horas. Me visto con mis vestiditos y mis zapatones, con mi bolsa chiquita y mis collares. Pues toma, chango, tu banana. Llegué a las dos citas de ese día y las dos veces me miraron de arriba abajo y me preguntaron: ¿A qué te dedicas, muchacha? Con un tonito seco y cínico que me puso a la defensiva.

—Lo que se ve, no se pregunta —les dije con el cuello bien arriba y les enterré mis ojos en los suyos con la fuerza de las que trabajamos con la mirada.

Asimismo, en cuanto terminé de hablar, me dijeron que les dejara mis datos y no volvieron a llamarme. Por eso, el departamentito en el que vivo me lo consiguió mi mamá. Conocía a la dueña desde hacía años, era su marchanta en el mercado. Si no hubiera sido porque la señora es terca y buena, hubiera dado su brazo a torcer cuando la vecina de abajo, Martita, le armó un pancho vecinal al enterarse de mi profesión. Se plantó en el patio que funciona como garaje y se puso a gritarle a los vecinos para que bajaran. Cuando tuvo a todos reunidos les dijo que ese edificio era de buenas costumbres, que ahí se ha vivido siempre en santa paz y que eso no iba a cambiar. Una piruja no va a ser mi vecina, dijo gritando. ¡Ni loca! No. ¡Ni loca!

Pues la amiga de mi mamá la dejó terminar, le pidió la palabra muy decentemente y le dijo que a ella sus prejuicios le parecían muy bien, que la moral era cosa de cada quien, pero que ni ella, ni la delegada, ni el presidente, vamos, ni Dios, le va a decir a quién le rentaba su departamento. Así es que me hace un favor, Martita,

cómase un pan y deje a esta muchacha en paz que yo la conozco y es una mujer tan decente como usted. Y tranquilícese, que los corajes hacen daño para la presión, sobre todo si son en balde. Y este coraje es en balde.

Nunca me la pude ganar. Solamente los días que me la encontraba con mis sobrinos se tranquilizaba y me saludaba. El resto de los días me volteaba la cara, y si andaba con otra persona, se ponía a decirle cosas mías. Que si cada día metía a un hombre diferente, que si tengo unos sobrinos que van a crecer con el peor ejemplo, que un día me va a dar una enfermedad por andar de cusca. Al principio, no hubo vez que yo llevara un cliente a la casa que no llamara a la policía. Casi nunca respondían a su llamado, pero otras sí y en esas tenía que hacer gala de mi paciencia y seducción cuando escuchaba que tocaban a la puerta como si hubiera un incendio.

—No te muevas, mi vida —le decía al tipo.

Me levantaba de la cama, me ponía mi bata delgadita, casi transparente, y salía con los pelos revueltos y el aliento entrecortado a abrirle a los policías, que invariablemente me decían que ese era un barrio residencial en el que no se puede ejercer la prostitución.

—Mira, mi amor. Yo estoy cogiendo con mi hombre. Si mi vecina es tan envidiosa que no puede ver que yo tenga con quién hacerlo todos los días, ese no es mi problema. Con mucho gusto puedo decirle a la fiera que está allá adentro que ruja bajito, pero de ninguna manera voy a dejar de darme mis gustos, así es que, si no tienen nada más que decirme, me voy a terminar lo que dejé a medias, no vaya a ser que se le baje la calentura.

Tuvieron que pasar como dos años para que Martita se cansara de meterme el pie. Pero como a la lluvia le gusta mojar, trajo a su perro. La cosita esa ladra todo el santo día. Un chihuahua nervioso y casi pelón, feo como pegarle a Dios en una iglesia. Y el problema no es sólo el perro, sino ella, que va detrás de él gritando su nombre

para que se calle. La sinfonía empieza a las ocho de la mañana porque la mujer es madrugadora, quién sabe a quién tanto recibe a esas horas. Yo ya estoy cansada de decirle que eduque al perro, que yo le pago al entrenador, pero que me haga el favor de callar a la chingadera.

—Para que sientas lo que yo siento cuando gritas como si te estuvieran matando.

Ganas no me faltaban de voltearle la cabeza de una cachetada, pero preferí dejarla hablando sola. Lo único que me hace querer irme de ahí es saber que esa mujer es tan cabrona que si un día me pasa algo es capaz de no llamar a una ambulancia.

Aun así, las peores peleas fueron cuando Raúl se vino a vivir a mi casa. Yo la aguantaba porque soy de sueño pesado, pero él no. Se las llevaba guardando por varias semanas, hasta que un día, después de que nos habíamos pasado la noche de fiesta, llegamos a dormir a eso de las ocho de la mañana, y a las nueve y media ella empezó a perseguir al perro grite y grite mientras el otro andaba ladre y ladre. Según Raúl, estuvo quince minutos de un lado al otro. Yo ni me enteré hasta que lo sentí levantarse de la cama y salir del cuarto apurado. Llevaba un martillo en la mano.

Lo seguí gritándole que a dónde iba, pero él ni volteó. Le reventó el picaporte a la señora, entró a su casa y le rompió una silla.

—Esto es para que aprenda a respetar, señora. La próxima vez le juro que no le dejo una sola cosa sin romper. Y no le mato al perro nomás porque es un animal, pero vaya y busque quién le quite lo nervioso porque nosotros no tenemos por qué tragarnos sus ladridos.

Duré muchos años viviendo en Iztapalapa y trabajando en Tlalpan, pero después de que terminé con Raúl y asesinaron a Alessa, pararme a trabajar ahí era recordarla. No es que no quisiera acordarme de ella, pero es que el dolor y el miedo eran demasiado

para mí en esos días. La mataron en octubre, unos días después de que asesinaran a Paola Ledezma, el primer caso, o uno de los primeros, de transfeminicidio en ser aceptado públicamente. Tantas muertas y fue hasta el 2016 que, por el trabajo de Kenya Cuevas y varias organizaciones y personas, aceptaron que nos estaban matando.

Entre varias instituciones estábamos organizando una marcha para visibilizar el caso de Paola, cuando nos avisaron que habían matado a Alessa. La reunión fue en La Gozadera, un restaurante feminista incluyente de unas aliadas que estaba ahí en San Juan de Letrán, por donde está el mercado de artesanías, atrás del metro San Antonio Abad. Eran como las seis de la tarde. Estábamos coordinando la estructura de la marcha cuando le llamaron a Jessica Marjane. Recuerdo, como si fuera hoy, que se hincó en el suelo, aventó el celular y empezó a gritar:

—NO, ¿CÓMO ES POSIBLE? ¡NO! ¡NO! ¡OTRA MÁS NO!

Todas nos quedamos en shock cuando nos dijo que encontraron a Alessa asesinada en un hotel en la colonia Obrera.

La mataron durante la noche. En los videos del hotel se ve cómo entró a la una de la madrugada junto con otra amiga. Ella pensó que se quedó a dormir con el cliente, pero al día siguiente que no la encontraba fue que entró al cuarto y la halló muerta, moreteada, ensangrentada, picada y con signos visibles de estrangulación.

Alessa iba a la universidad, era transfeminista, guerrera, activista, chida, alivianada, atrabancada y poco egoísta. Tenía sus manos tatuadas, trabajaba en Chabacano y llevaba ya tiempo con su novio. La última vez que la vi traía sus extensiones azul eléctrico. Era guapa y poco posona. Tenía muchos Facebook. Cada semana te agregaba en otro porque se los cerraban por andar subiendo fotos sexys. Yo la conocí en el 2015, no se me olvida. Fue el 20 de noviembre, el Día de la Remembranza Trans. Nos tocó posar juntas en una sesión de

fotos que intentaba visibilizarnos. Ella había ido como parte de la Red de Juventudes Trans.

Era increíble ver las ganas de vivir que tenía esa mujer, su forma de luchar por nuestros derechos, por empujar la esperanza de vida, por responsabilizar al gobierno que justamente un año antes, en figura del magnífico jefe de gobierno dizque de izquierdas, Miguel Ángel Mancera, abanderó en un acto oficial a la Ciudad de México como "Ciudad amigable LGBTI." Alessa, a propósito del abanderamiento dijo en un discurso que puede verse en YouTube:

—Mujeres transactivistas mueren, mujeres transempresarias mueren. Pero cuando una puta muere, nadie, absolutamente nadie la recuerda más que otras putas. Porque el proceso de encontrar asesinos de transfeminicidios en mi ciudad amigable es simplemente eso, un mero proceso que se queda en eso. Porque mi ciudad amigable me obliga a pensar que yo tengo la culpa por vestirme así.

El video se llama "Cuando muere una puta". Y como si fuera bruja, como si nombrar lo que nos sucede fuera una forma de llamarlo, a ella la mataron de la forma más vil posible.

No terminamos la reunión, nos fuimos directo a la agencia del MP que queda cerca del hospital Homeopático en calzada de Tlalpan. Ahí fue que llegó la tía de Alessa y sólo entre cuatro personas nos dimos valor para entrar a reconocer el cuerpo. Era increíble que estábamos tratando de hacerle justicia a Paola y ya teníamos dos cuerpas a las que honrar, dos asesinos a los que había que encontrar y juzgar, y una lucha contra el Estado encubridor al que le valemos madres.

Creo que nunca me olvidaré de lo terrible que fue verla morada, llena de sangre seca en la cara, abierta del pecho, toda picada. Su tía se dejó caer en mis brazos llorando y se quedó ahí, tomándole la mano y diciéndole que su mamá ya venía en camino desde Tabasco. Yo me hubiera querido salir de ahí porque me sentía mareada, no podía pensar en otra cosa que en sus últimos momentos, en esa

sensación de angustia que sientes cuando te enfrentas a un tipo de esos. Tenía násuseas de saber que yo podía ser ella un día cualquiera. Nunca me voy a olvidar de los gritos de su mamá cuando llegó al velorio.

—¿Qué te hicieron? Mija, ¿qué te hicieron?

Traté de volver a pararme en mi punto, pero no tuve el estómago. Estaba todo demasiado fresco. Necesitaba estar cerca de mi casa, sentirme un poco segura. Aproveché que estaban arreglando Periférico y construyendo el parque para pararme en la esquina que antes usaban otras compañeras y que me quedaba a seis cuadras de la casa. Cualquier coche que pasaba lento me hacía dudar y una vez que dudaba ya no podía seguir parada, necesitaba irme. Tenía miedo.

El miedo era una leche densa que se me metía por los ojos, por la nariz, por las orejas. Cuando lo sentía en mi cuerpa me echaba hacia atrás hasta que mis nalgas tocaban una pared. No confiaba en tener la espalda descubierta. Quería verlo todo, darme cuenta de lo que sucedía frente a mí, a los lados, arriba, en la otra calle, dentro de los coches. Todo me causaba angustia. Los ruidos me asustaban, la cuerpa se me llenaba de descargas eléctricas, la adrenalina me recorría las venas y yo sólo podía recostar mi cabeza en la pared, abrir los ojos sin parpadear, mover la cabeza de un lado al otro y esperar a que pasara el susto.

Era mejor irme a mi casa, cerrar la puerta con todos los seguros, cerrar las ventanas y la puerta del cuarto, envolverme en las sábanas, poner la televisión a un volumen alto y esperar a que el sueño llegara mientras la imagen de Alessa ensangrentada se me enterraba en los ojos como agujas calientes. Cerrar los ojos era verla. Los abría e intentaba concentrarme en la televisión, pero no podía. Esos días tuve que instalar la televisión de cable para que a esas horas cuando menos hubiera una película que me entretuviera.

Los infomerciales ya no hacían su trabajo. Me los sabía de memoria y cuando salía el que vendía cuchillos no podía dejar de pensar que con uno de esos la habían atravesado.

No podía dormir hasta que no saliera el sol. A veces pensaba en Raúl, en abrazarlo. Me levantaba a las dos o tres de la tarde y en la noche volvía a trabajar después de tomarme varios tragos de tequila para agarrar valor y adormecer el miedo. Ese punto quedaba justo en la boca de la calle Colonial. Yo, como soy perra de colmillo largo, supe que las más jovencitas preferían moverse un poco que comer polvo, así que aproveché para pararme ahí. Me funcionaba que hubiera albañiles trabajando algunas noches o que la zona estuviera en reparación para ir agarrando confianza. Nosotras vivimos de la belleza, no podemos darnos el lujo de andar tose y tose para rascarnos la garganta, pero hay veces que la maña tiene que servir de algo. Me fui haciendo de ese punto de tal forma que cuando quedó listo el parque de Luisito, no hubo quién me dijera ni pío.

El asunto de las esquinas siempre ha sido un problema. Desde afuera puede parecer que cada calle puede ser un punto, pero lo cierto es que no. Necesitamos que las esquinas reúnan una serie de condiciones. Lo primero es que deben estar en una calle principal, sobre todo en las colonias que no son famosas por el trabajo sexual. Es importante la visibilidad, que pasen carros y se corra la voz. Tampoco pueden ser espacios con mucha presencia de la policía. El alumbrado debe de ser como la luz de un santo: ni tanto que lo queme, ni tanto que no lo alumbre. Es importante que podamos hacer servicios en el mismo lugar o lo más cerca posible, y tiene que haber hoteles de paso cerca.

Esas condiciones no son fáciles de encontrar. En las zonas que ya son conocidas puedes abrir un punto nuevo en una esquina cercana a otras compañeras, lo difícil es abrir una avenida nueva. De preferencia, el punto debe quedar cerca de una ruta de combi o

camión que te regrese a tu casa porque a esas horas no hay tantas opciones. Los taxis son carísimos y, aunque los Ubers salen a mejor precio, son pocas las que pueden darse el lujo. Yo podía del verbo antes, cuando era joven y había más trabajo.

Los vecinos, ahí en el punto de Colonial, no son entrometidos. Es raro que si alguno sale me diga algo. Eso también es importante para que el punto se mantenga durante años. Cuando hay un vecino castroso, terminamos siendo nosotras las que tenemos que irnos porque no podemos darnos el lujo de que nos espanten a los clientes. Los que ya son de hace tiempo no se asustan, pero los nuevos son como gatos.

El flujo de coches no era el que hubiera querido, pero unas por otras. El parque de Luisito nos funcionó desde el principio a mí y a la Viri, que se me pegaba de vez en cuando. Las otras compañeras llegaron un poquito después. En ese entonces éramos cuando menos unas cinco chicas que lo usábamos para los servicios y entre todas nos íbamos ayudando a levantar la zona. La verdad es que ese tiempo en que no hubo mucho flujo de clientes me ayudó a poner en su lugar lo de Alessa y juntar fuerzas para volver a salir sin miedo.

La Lluvia

Desde que abrió el bar de Víctor, cerca del punto, se convirtió en el lugar de reunión para nosotras y los hombres que nos persiguen. Es un local con mesas de madera, bolas de papel maché colgadas del techo y una barra grande color caoba con un chingo de botellas vacías en el espejo de atrás. Víctor es un señor pensionado de pelo negro, sin canas, que abrió el bar porque dice que ese siempre fue su sueño y cuando se quedó viudo supo que si no se ponía a hacer algo con su vida se moriría rapidito.

Saliendo de su bar casi siempre nos vamos a Los Sapitos, una taquería que tiene unos campechanos para chuparse los dedos y una salsa levanta muertos que te devuelve el aire. Me recuerda a los tacos de la Diabla. A Ricardo lo conocí ahí mero, una noche que estaba comiendo solito y mirando su celular. Me acerqué a hacerle compañía porque esa noche estuvo floja de clientes y él luego luego agarró la onda y se puso a platicarme como si fuéramos viejos conocidos. Trabajaba en La Viga vendiendo pescados. Yo lo que quería era chuparle la boca, pero me aguanté las ganas escuchando atenta sobre los distintos tipos de mariscos, los cortes, las preparaciones, las diferencias entre el ceviche y el coctel.

—¿Ya terminaste? —lo interrumpí cuando me cansó con sus explicaciones—. Yo tengo en la casa una criatura de mar que se parece a una anguila de agua dulce, sería bueno que me enseñaras a domesticarla.

Ricardo era uno de esos hombres chapado a la antigua, se le notaba en los vellos del cuerpo. Tenía la espalda y el pecho cubiertos. Aquel tapete se le extendía formando unas alas que le subían como hiedra hasta el cuello. El cabello lo tenía sedoso y bien cortado, igual, a la antigüita. Después de tantos años sé reconocer qué tipo de hombres son con que sólo se quiten la camisa. Metrosexuales, machos, caballerosos, atentos, todo se refleja en su cuerpo.

Al día siguiente nos dimos un baño y salimos a desayunar una birria y una chela ahí cerquita de mi casa. Así empezó nuestro romance que continuó en Xochimilco el domingo siguiente. ¿Quién no se va a enamorar en la Isla de las Muñecas? Esos cuentos de terror sirven para arrimarte a tu tronco buscando cobijo y a mí, que soy planta de sombra, me gustan esas cosas. Ricardo lo sabía, contrató a un remero que se sabía las historias como si él mismo las hubiera vivido. Yo estaba tan emocionada que cuando cuchareábamos le arrimaba la nariz de arriba abajo como perrito.

El problema fue que, igual que en Xochimilco hay varios tipos de flores, de hombres también los hay variados y, aunque yo sea ducha, a veces me confundo. Eso fue lo que me pasó con él. Me fui con la finta de que era atento y cariñoso, y resultó más infiel que los ojos de una comadre en el desfile del orgullo.

Con los clientes casi nunca fallo, porque chamba es chamba y han sido tantos que los tengo hasta divididos por categorías. Están los que te contratan para actuar los videos porno que consumen. Esos casi siempre te llevan a un hotel porque pagando por el cuarto se sienten libres. Apenas empiezas a acariciarlos, a endulzarles el oído, ya están con que bájate, chúpamela, y a huevo quieren que te hinques.

—Oye, mi vida, más cuidado. Este cuerpecito es frágil.

¡Nombre, qué!, les encanta verte sobajada, mirarte desde arriba y que les levantes los ojos desde el piso como actriz. Si eso es lo que

quieren, eso se les da, pero yo nomás les informo que el porno hace mucho daño. Una termina cambie y cambie de posiciones, alzando la patita, gritando como una loca y diciendo cochinadas a diestra y siniestra.

Luego están los salvadores. Esos son los que se creen iglesia, ONG, curas, dadivosos, almas angelicales, socorristas, topos, refugio, albergue, abrigo, hospedaje, ropa de frío, suéter de abuela, sopa de mamá, filántropos, misericordiosos, compasivos, piadosos, almasbuenas, generosos, espléndidos, tarjeta de despensa, programa de puntos, perritos guardianes, alambres de púas. Oigan, ya, ¿no? Mucho prity guoman, mucha película de Disney, pero nosotras no somos putas para ser salvadas, sino porque precisamente entendemos que es nuestro trabajo el que nos salva.

Un día me voy a enmicar mi tarjetita para ver si me ahorro saliva. Ten, papi, léete esto antes de empezar:

1. No necesito que me salves.
2. Yo trabajo por mi cuenta.
3. No tengo proxeneta.
4. No soy actriz porno.
5. El uso del condón es obligatorio. No puedes pagar más para no usarlo.
6. Ser puta es un trabajo, no una identidad, ni una raza, ni una subcultura; mucho menos es mi apellido.
7. El precio es por un servicio con un tiempo determinado, no por mi cuerpa.
8. El consentimiento es importante. La penetración no incluye golpes, pellizcos, mordidas, ni agresiones. Si quieres hacer algo de eso, pregunta.
9. No puedes venirte ni en mi cara ni en mi boca.
10. Una mamada es una mamada que no debe de sobrepasar los quince minutos. Una penetración es una penetración. Si

quieres hablar y luego coger se puede, en ese caso se paga por hora.

11. Si tienes alguna duda, pregúntame con toda confianza. Entre mayor comunicación, mejor la vamos a pasar los dos.

Después están los primerizos. De ellos se puede esperar que no se les pare por los nervios. Es importante darles confianza, que sepan que nuestra intención es pasarla bien, no sólo cobrar. Dejar que alguien te penetre tiene su gracia. El culo es cuerpa y responde a las sensaciones, es un músculo que se dilata y se contrae de acuerdo con lo que una está pensando y sintiendo.

Luego hay tipos que lo que les excita es que una esté molesta, esos son los peores. Cuando las personas están calientes y echadas a andar es difícil ponerles freno. Pero díganme de los cariñosos. Esos generalmente son hombres solteros que les gusta extender el tiempo del servicio lo más posible y después de venirse quieren quedarse pegados, bañarse contigo y besarte apasionadamente. ¡Atragantan, amiguitos!

Los que pagan por hablar se la pasan cuente y cuente sus congojas, de sus esposas, de la oficina, del trabajo, de política, de futbol. Cualquier pretexto para soltar el pico. En cambio, hay otros que no dicen más que tres palabras y eso porque hay que preguntar a cuánto sale el rato. Y al final, los que regatean. Esos casi siempre repiten en forma de pregunta todo lo que dices. Son doscientos pesos. ¿Doscientos pesos? A ese tipo de hombres no hay que responderles. Ellos mismos terminan diciendo: bueno, vamos.

Así y todo, con mis novios he fallado. Cinco meses me duró el gusto con Ricardo, en los que hasta perdí el hilo del activismo. Pasaba a recogerme a mi punto y de ahí nos íbamos a pasar el resto de la noche a una cantina o a mi casa. Eso fue hasta que la arpía de Lluvia hizo lo que hizo.

A ella la conocí en la estética de Viri. Era una muchachita risueña, con las piernas bien flaquitas y un sentido del humor ácido. Entró a asistirnos lavándole el cabello a los clientes y yo aproveché para amadrinarla y llevarla a mi punto. Me caía bien, la desgraciada, era fiestera, adicta al perico y compartida.

Me cae que yo no soy supersticiosa, pero hay veces que hay que hacerle caso a Malverde cuando te habla. Una noche de esas se me prendió el cigarro chueco. Empecé a sospechar porque eso en árabe quiere decir que te están engañando. Se me hacía raro que Ricardo no hubiera pasado por mí la noche anterior y que Lluvia faltara a la estética esa tarde. Cuando llegó al punto con la nariz más respingada que de costumbre me olió a pescado.

—¿Qué traes, tú? —le pregunté apenas me tronó el beso.

—Nada, ¿por? —me dijo con tono de mustia.

—Yo conozco mi material, a mí no me engañas. Tú algo traes.

Se puso terca con que no, que yo estaba loca, pero apenas le mencioné a Ricardo se puso en pose burlona.

—Por la boca muere el pez —le dije—, y tú estás tan verde que la cuerpa te delata. Dime qué pasó ayer.

—Vino a buscarte y como estabas con un cliente me pidió que lo acompañara a dar un rol. Que conste que yo le dije que sí nada más porque estaba aburrida. El problema fue que a la mitad del paseo se le ocurrió pedirme un servicio y yo, que soy tu aprendiz, como buena profesional, le dije que era tanto. Yo pensé que no se iba a atrever, pero sacó el dinero y pagó por adelantado. Ni modo de negarme.

No era posible tanto descaro.

—No te creo. A ver, dame detalles —le dije con la cara chueca por una mueca que no era sonrisa ni odio, pero era sonrisa y era de odio.

—La tiene así, le gusta asado, se mueve mucho, grita tal cosa, muerde los labios, hace cariños, te soba la nuca, te aprieta los

muslos, le gusta el rigor…

—Ya entendí, ya entendí, hija de la verga —la frené en seco y sentí un rugido de mamá leona en la mera boca del estómago. Me le fui encima a arañazos y jalones de cabello—. Para eso me gustabas, cabrona. A mí, que te traje a esta esquina, que te pasé mis clientes para que aprendieras a cortar el cabello. A mí, que cuando tu hermana se puso mala fui a la farmacia a comprarte la medicina y me quedé contigo para que no durmieras sola. ¿A mí me haces esto, cabrona?

La avispa no es como la abeja, que pica y se arrepiente, la avispa pica y revolotea la picada. Se trenzó conmigo de los pelos y ahí estuvimos jalándonos las greñas hasta que nos cansamos y la corrí del punto. Me puse a llorar en medio de la calle sin poder contenerme. Lo único que quería era un buche de alcohol, así es que me fui al bar de Víctor, en donde estuve piense y piense en lo que debí de haberle dicho a la gallina culeca esa, lluvia ácida, granizo en día soleado, mala amiga, aprovechada, culera, perra, chismosa, traidora. Tú estás como el mar: aguada, salada, profunda y sin fin y vienes a querer de mi agua dulce, a sorber del riachuelo que no te corresponde. Basura sin remedio, cero a la izquierda, a mí no me vuelves a mirar mientras tengas mirada y cuidado con que vuelvas a pararte en mi esquina, porque invoco a Judas para que te haga lo que le hace a las como tú. Tú crees que porque compraste dos paquetes de extensiones y te gastaste lo de tus servicios en fayuca, que porque te quedan ajustados los mallones y el culo se te hace de bolita cuando aprietas, vas a venir a enseñarle a Herdez a hacer chiles. Si yo de extensiones me pongo cuatro paquetes y de mallones he hecho una vida, no vas a venir a arruinarme la existencia, perra. Para ser cabo de rango hay que pasar por soldado raso, chamaca, y tú a tu graduación no llegaste porque no habías nacido. A la fulana a la que le quieres bajar el marido es la mamá de las fulanas, mana, no te confundas y empieza a rezarle al Dios al

que más confianza le tengas para ver si él ve por ti porque nomás que te encuentre te voy a abrir en dos y te voy a rellenar de papelitos.

Víctor me miraba desde la barra tomándose su cuba a tragos grandes. Ese hombre siempre buscaba una oportunidad para acostarse conmigo. Me imagino que le habrá dado gusto verme agüitada y con dolor de amores. Me puso un tequila por la casa y yo le agradecí y me hice pendeja. No podía sacarme a Lluvia de la cabeza. Mírame, culo de mandarina, tienes que buscarte una de tu nivel para echar carreritas. A tu combi nomás se suben los que no encuentran taxi y Ricardo es de esos, comecuandohay, mujeriego, mentiroso, traicionero. Y ahora voy contigo, Ricardito. Esa pinche cara de taco placero llévatela de este circo que aquí ya te quitaron el acto, perro rabioso, elefante sin trompa, león calvo, tigre de peluche. Para eso te gastaste tantas palabras, para eso tantos planes, para eso pedirme y rogarme que nos mudáramos juntos, para eso me llevaste a comer con tu mamá todos los sábados y le dijiste a tu hermano que habías encontrado a la que era. Para eso tu cuñada me llamaba para integrarme a tu familia como si fueras de sangre azul. Para eso me ilusioné, para eso te pedí que fuéramos suave, que lo hiciéramos bien. Para eso te metía el dedito al culo para que chillaras de placer y te chupaba los huevos para que te vinieras. Para eso me ponía más guapa de lo que ya estoy, para que la primera noche que no me encontraste en el punto te largaras con mi amiga pagando un servicio. ¿Qué querías? Que yo dijera que no vale como engaño porque pagaste…

—Ya estuvo, muñeca. Se te va a subir la presión —me interrumpió Víctor.

—Pinche Víctor —le dije—. Me cae que estás de suerte. Mira, yo sé que tú estás tras de mis huesitos desde que me conociste y yo hoy estoy despechada, así es que vamos a hacer una cosa. Si me

prometes que no vuelvo a pagar por mis chupes, nos vamos al cuartito ese que tienes atrás y te quitas las ganas que tienes de mí.

—Ya rugiste, leona.

Se fue a la barra, me sirvió un tequila doble, puso la canción de *Fantasía herida* de Erick Franchesky y me invitó a volar para calentar motores… *Yo que creí que el amor rondaba, sólo me queda sabor a nada…*

El Ocaso

Perder esas dos relaciones me provocó mi primera depresión. Me pasaba los días en mi casa, encerrada en el cuarto, viendo la televisión, comiendo alitas y fumando mota. Engordé el doble de los kilos que había engordado en los años que pasé con Raúl. Salía de la casa porque necesitaba dinero para vivir, pero no iba a otro lado que no fuera al trabajo. No me paraba en el mercado o súper ni de casualidad. Le daba dinero a mi mamá y le pedía que me ayudara con el mandado, pero las frutas y las verduras se pudrían en el refrigerador porque todo lo que tragaba era comida a domicilio. Vivía gastando como si me sobrara, pero es que no encontraba fuerzas para prepararme ni un cereal con leche. Comía pura chatarra y sólo dos veces al día. Cuando me levantaba cruda me pedía una pizza y bajaba por un suero sabor coco al Oxxo y por un paquete de cigarros. Ese era el trayecto largo, la caminata del día.

El problema empezó cuando bajaron los clientes. Como si la demanda respondiera a mi peso, a mis treinta y tantos años, o a una combinación culera de las dos cosas, dejaron de contratarme. Se paraban algunos coches, preguntaban precio, pero no se animaban. Me regresaba a la banqueta, resignada, a darle otro trago al alcohol y a fumar más cigarros para aguantar el frío. Los vestidos de antes ya no me quedaban y tuve que pedirle ropa a mi mamá.

Conforme pasaban los días sentía que las banquetas me escupían hacia los lados. Empecé a pensar en dejar la putería y eso me sumió

en una depresión peor. Lo único que me salvaba era que ya usaba el Twitter y las redes para sacar un poco de dinero. Cuando menos las recargas del celular y la renta salían de esas sesiones que cada vez grababa con menos ganas. No lograba verme trabajando en una estética de tiempo completo. Ya Viridiana había cerrado el local por problemas con el casero hacía como un año, así es que tendría que haber ido a pedir trabajo y empezar de nuevo.

Lo mío era la calle, los chiflidos, las camas que suenan, los baños de los moteles, el vapor de la regadera pegada a otro cuerpo, el labial rojo corrido, el ojo negro, el vestido corto, el tacón de aguja, las plataformas, los escotes, el lenguaje callejero, el argüende con las compañeras, el clac-clac del zapateado, el chupe en anforita, la coca, ay, ¡la coca!

Después de tantos años ya no me puedo levantar temprano. Me gusta dormir hasta las doce, una, sin que suene el despertador. Después de tanto tiempo con alguien a mi lado ya no quería seguir pasando las noches sola, dejando que la ansiedad de mi futuro se colara entre mis noches de ociosa revisando Facebook o Instagram como si fueran lo único que tuviera que hacer en la vida. Esas madres están hechas para que pienses pendejadas mientras mueves los dedos y yo era lo único que hacía.

Mi jefecita decía que era la depresión, que apenas saliera de ese estado el trabajo iba a volver. Yo no lo tenía claro. Mis compañeras eran las únicas que me entendían cuando les decía que no quería llegar a vieja, que prefería morirme joven y que me despidieran sin arrugas. Cuando se lo digo a alguien de mi familia se asustan. No digas eso, estás joven, te queda mucha vida. Es fácil decirlo. El problema es que nosotras somos de carrera corta, como los deportistas. Pregúntenles a ellos lo difícil que es dejar esa vida. Pregúntenle a una señora que lleva cuidando de su casa lo difícil que es ver cómo las manos se le achipotan por la artritis del esfuerzo de agarrar la escoba y pasar un trapo.

Una cosa es estar sola y otra muy diferente es sentirse sola. Yo me sentía. Daba igual que fuera a ver a mis sobrinos o que pasara la tarde con mi mamá. Yo lo que quería era lo que no tenía. Me entraban unas ganas terribles de ver a mi papá y compartir con él aunque fuera un café. Extrañaba a mi abuela más que nunca y ni se diga a esos dos cabrones. Pensaba en ellos como si no me hubieran hecho lo que me hicieron, como si hubiera forma de volver y que las cosas fueran diferentes. Yo no sé por qué mi mente me hacía eso, en vez de mirar todo lo que gané sin ellos, en vez de sentirme bien de haber dejado esas relaciones que no me traían nada bueno, me entercaba con volver a verlos.

Mi vida en la putería se convirtió en un espejismo del final con Raúl. Reclamos, malas caras, dormir mirando a la pared, echarse pedos sin pudor para que el otro te odie lo más que se pueda. Así me hacía la calle, me escupía con su piso resbaloso, me arañaba con su lluvia y me pellizcaba con su viento frío. Yo intuía que todavía me quedaba tiempo, pero dudaba, dudaba porque los clientes se iban siempre con otras, porque los coches me pasaban por el lado como si no existiera y la gente me miraba con sus caras largas. Pinches changos, quería decirles, qué no ven que ahora es cuando más necesito sentirme querida.

Una noche de esas me encontré con un grupo de compañeras. Se miraban todas nuevas, en la flor de su juventud, con su piel suave, sin arrugas, con las piernas finitas, torneadas, casi sin grasa. Puro hueso y curvas, puras sonrisas con las tetas mirando al cielo. Pasaban los coches y ellas andaban gozando confiadas, sonrientes. Una coqueteaba, movía la cola y se iba dejando una estela de colores. Las que se quedaban bailaban alrededor de una bocina y tomaban de una botella de tequila de esos caros que una compra cuando le sobra. Yo las miraba desde debajo de una farola. Parecía una actriz vieja a la que ya nomás la contratan por puro respeto.

Por mi jefecita santa que quería acercarme, pero no encontré fuerzas. Y por si fuera poco, me solté a llorar de puro coraje, de frustración, de nostalgia, de impotencia. Se me desgarró el músculo y quise hacerme bolita en la cama, soltar las expectativas y dejarme arrastrar por la vida. Total, ella siempre me anda haciendo lo que quiere. Pero la pendeja de mí no se quitó de la farola y lloró bañada en esa luz como si fuera teatro.

Fue una de esas mujeres la que me vio con el rímel corrido, debajo de ese sol frío, y se acercó a preguntarme qué tenía.

—Tengo años, niña. Y un chingo de dolor. Mírame, vestida para putear como si me viera como ustedes. Estas tetas que ves aquí no eran así cuando tenía tu edad. Eran dos pelotas que le tiraba a los perros y los entretenía por horas. Estas nalgas que ahora parecen tela de pantalón alguna vez fueron aceite y músculo haciendo fuerza para sostenerme. Esta piel de alrededor de los ojos, antes que pareciera cartón corrugado manchado con lápiz negro, fue un pizarrón blanco en el que dibujaba piropos y encendía cohetes. Y estas piernas que ahora se quejan cuando hay frío algún día aguantaron enero.

Dicen que llorar sana, es verdad.

—Ya, ya estuvo de sufrir. Dale un buche al tequila y límpiate esos ojos. Ten, ponte de mi rímel —me dijo con su voz llena de estrógeno —. Ahorita te conseguimos un cliente, tú verás. Nomás tienes que acercarte a nosotras. Gente llama gente, dicen por ahí.

Es verdad que a veces basta con que a una la acaricien. Sentí aquel jugo de agave encenderme el hocico y esta cuerpa mía, como buen animal de costumbres, empezó a mover la cola. Le pedí un pase. Sacó una bolsita y con su uña de acrílico me dio un poco de coca.

—Ahora emparéjame el otro lado.

Se cambió el cigarro de mano, volvió a meter su uña rosa chillón en la bolsita y me la acercó a la nariz.

—No te agüites, aquí te cobijamos.

Ya con tequila y la coquita el mundo me pareció menos culero. Dejé que la amargura de la droga me escurriera de la nariz a la boca y le di las gracias.

—Qué gracias, ni qué ocho cuartos. Vente a la esquina a armar mitote. Y levanta esa cara que aunque tu cuerpa ya no sea la misma, es la que tienes. Además, aquí siempre nos han contado de tu espíritu. Acuérdate que la sonrisa es nuestra venganza.

Me tomó de la mano y caminamos de la farola hacia la esquina como dos perras. Las otras mujeres nos esperaban brindando a lo lejos y yo, como en el final de una película, caminaba mirándolas gozar.

Cuando llegué estaba empezando la de *Cada vez* de Eddie Santiago. *Corre por mi cuerpo un temblor de fuego*. *Y dentro, muy dentro, la fiera despierta.*

El Parquecito

Yo seguí terca y aferrada a la calle. Me apersonaba en la esquina como si me presentara a un trabajo de oficina que me caga, pero me paga. A veces es bueno hacerse pendeja y seguir. Con ayuda de las compañeras, que de vez en cuando se daban una vuelta por mi punto y me convidaban de sus cosas, empecé a levantar cabeza. Me hicieron ver que mi pedo no era que ya no tuviera clientes, sino mi actitud. Eran mis ojos los que lo veían todo gris, era sentir que se desmoronaba la posibilidad de hacer una vida con alguien.

Fueron meses duros mientras fui convenciéndome de que mejor sola, de que lo que extrañaba era una idea y no a una persona. En ese tiempo me tocó atender a un cliente que traía las iniciales de las Pablito, pero no me di cuenta hasta ya entrada en gastos. Chance porque andaba necesitada. El hombre llegó a mi punto en un Datsun puteado al que ya ni el color se le veía. Se deslizó hasta la otra ventana y con su cara alargada me preguntó cuánto cobraba sin mirarme a la cara. Es lo único que saben decir, ¡hola, mamacita!, ¿cuánto cobras? O nada más bajan la ventana y gritan, ¿cuánto? Me caen gordos los que no saludan.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás? Buenas noches, ¿te vas a animar?

Y ellos, ¿cuánto cobras?

—¡Ah! Pues, mira, el servicio te sale en ciento cincuenta el oral y tres cincuenta el completo. Más el hotel. O podemos hacerlo en el carro, como gustes.

Algunos salen con su, no, gracias, pensé que eras mujer y se arrancan. A los que dicen que sí, los trato de acuerdo con cómo me vibran. Si no me dan confianza los paro ahí adelantito, en el árbol, como hice con ese cliente. Esas veces le echo un grito a alguna amiga para que nos eche dieciocho. Si el servicio es completo, los llevo a alguna de las calles poco transitadas en las que podemos trabajar tranquilas.

Cuando me dan buena espina los llevo al parque de Luisito. En general, la zona es muy transitada, pero en la noche baja el flujo. Pocos coches, poca gente. Casi no hay ruido. Las putas nos ponemos debajo del puente porque la luz deforme del alumbrado en vez de bañarte se te derrite en la cara y una queda que parece máscara de jálogüin. Es mejor que la luz sea indirecta, acobija más la oscuridad y nosotras nos crecemos en la sombra.

Desde siempre le llamamos a ese parque la casa del terror, los juegos de la muerte. Lo decíamos de broma porque nos hacía gracia hacer travesuras en el espacio de los niños. Nunca pensamos que nuestras palabras fueran un augurio. Construir esos juegos fue la brillante idea del gobierno para alejar las drogas de la calle, la medida popular para comprar cemento, madera y plástico con tal de decir que usaron el dinero para hacer algo por los del barrio.

Como si respondieran a un reloj macabro, al cabo de un año empezaron a rechinar como puerta que se queja. Los tornillos de los columpios se fueron aflojando y dejando las cadenas chuecas. Dicen los que estuvieron esa tarde que Luisito se mecía con ganas, que estiraba y encogía sus piecitos para agarrar vuelo. Dicen que nadie se dio cuenta cuando se zafó el tornillo, que nadie escuchó los gritos de la madera resquebrajándose porque sólo se escuchaba su wuju, wuju mientras iba de atrás para adelante y de adelante para atrás como si quisiera volar. Cuando los clavos terminaron de zafarse, salió despedido y su cara se estampó contra el tubo de la casita de

enfrente. El golpe le abolló la cabeza, le reventó el cráneo y lo mató de una inundación en el cerebro.

Su mamá va todas las semanas a dejarle flores al altar lleno de peluches que le hicieron los vecinos. Desde entonces nadie se acerca al parque, la gente lo esquiva porque ni siquiera pudieron limpiar el rastro de sangre. La mancha rosa parece una figura que quiere desprenderse del suelo. Por supuesto que no hubo responsables por la muerte. La delegación le echó la culpa a la empresa y la empresa, que era del primo del delegado, le echó la culpa a él.

Las únicas que usamos esos juegos somos nosotras y alguno que otro vagabundo que se refugia en la casita las noches de lluvia. Cuando la encuentran se meten a dormir como si hubieran encontrado un tesoro, pero a la semana de estar ahí ya no queda ni rastro de ellos. No les gusta oír el rechinido del columpio quieto.

Durante mucho tiempo creí que tenía buen ojo, que la experiencia me ayudaba a distinguir. El tipo ese olía a perfume y estaba claro que fue específicamente al punto a buscarme, si no a mí, a una chava trans. Ni siquiera tuve que meterme su verga a la boca para que se le parara. Aunque había algo en él que no me terminaba de cuadrar. El problema es que son tantas las veces que intuimos mal que aparece la voz que necesita el dinero y te dice, vas, hazlo aquí adelantito en el árbol, no va a pasar nada.

Hasta después de un momento de estar mamándosela vi de reojo su cicatriz en el brazo. Inmediatamente sentí su verga convertida en una navaja que me acariciaba la lengua y la garganta con su filo. Me eché un poquito para atrás y confirmé que era la marca de las Pablito. Los nervios son canijos y delatan. No supe si morderlo y salir corriendo o terminar la chamba y hacer como que nada pasó. Los segundos se volvieron un chicle y se empezaron a pegar unos contra otros. No sabía que hacer. Empecé a acariciarle las piernas subiendo

hasta su chamarra para revisar que no trajera un arma, pero el cabrón se dio cuenta y me preguntó,

—¿Qué buscas, cabrona?

—Nada, mi vida —le dije, pero no sirvió de nada.

Se echó para atrás y me empujó diciéndome que era una ratera y alcanzó a darme una cachetada mientras yo intentaba incorporarme. Le grité a Viri, que se acercó corriendo con una piedra en la mano. En la otra mano ya traía el teléfono para llamar a las que estaban por la zona. Por suerte era fin de semana y en un momento ya había un ejército de mujeres gritándole que se largara si no quería que lo termináramos de marcar a mordidas. Nos fuimos acercando a él con cuidado porque no sabíamos si traía algo. Cada una le hablaba al hombre que alguna vez la maltrató como si el tipo fuera su encarnación. Todas estábamos poseídas y caminábamos como zombis hacia un vivo que se echaba para atrás y gritaba que lo dejáramos en paz, que iba a regresar con sus amigos, que esto no se iba a quedar así y, cuando pudo, salió corriendo hacia el Periférico como gallina sin cabeza.

Es raro que lo cumplan, pero a todos a los que cachamos en algo raro se alejan amenazándonos con volver y esas palabras se quedan colgadas en nuestras orejas como aretes pesados. El corazón de todas se había vuelto uno solo y bombeaba tanta sangre y adrenalina como podía. Todas tenemos una o varias amigas muertas, todas sabemos que nos jugamos la vida en la calle, así es que nuestra cuerpa reacciona. Es difícil bajar el pulso y controlarnos. Nos quedamos paradas sin saber si abrazarnos o gritar, hasta que Viri se acercó y se colgó de mi cuello soltándose a llorar.

Poco a poco se acercaron las demás y me rodearon con su apapacho materno. Vámonos con Víctor, dijo la que me cobijó la última vez, yo invito la primera ronda. Entramos al bar convertidas en gigantas. Los clientes se nos quedaron viendo sin poder creerlo. Cada una estaba convertida en dos o tres mujeres, cada una traía

puesta la cabeza de sus amigas muertas como una medusa de amores. Siamesas con un par de brazos y piernas extras, con tres pares de pechos y seis nalgas. Mujeres con cinco sonrisas en la boca, mujeres que lloraban tanto que convertían el suelo en un lago, mujeres que hablaban con ocho tonos de voz, que agarraban un vaso con cuarenta dedos y se deslizaban flotando. Eran tantas las mujeres que el bar se convirtió en un salón de fiestas en el que nadie se quedó sin pareja, todas bailaban y cantaban canciones de dolor.

El rumor de que esa noche había fiesta fue llegando a los cementerios y levantando una a una a las mujeres asesinadas, que se sacudieron el polvo y llegaron al salón igualitas que como las habían enterrado, con su mejor maquillaje, perras, caballotas, regias, preciosas. Las almas de las que faltan y no hemos encontrado también se las arreglaron para llegar desde sus calles olvidadas. Tuvieron tiempo para salir de los lagos, de abajo de la tierra, de los ríos abandonados y llegaron escurriendo agua de lluvia y lágrimas de madre para juntarse a las que ya estábamos ahí, abrazándonos y bailando todas al mismo ritmo como familias separadas por decreto.

Víctor no se daba abasto, servía trago tras trago sin que el alcohol de las botellas se acabara nunca. Los clientes del lugar desaparecieron para dejar su lugar a las familias de las muertas que se unieron al baile en pijama y llegaron corriendo desde los diferentes estados de la república. En las madres y los padres que no aceptaron a sus hijas nació de pronto una flor morada dentro de su pecho para hacerles ver sus errores. Las perdonaron y las vieron como ellas hubieran querido que las vieran, como mujeres, como lo que eran, unas personas que sólo quieren querer y ser queridas y se dieron tantos besos y se dijeron tantos te quieros y se pidieron tantas disculpas que de pronto se perdió la música entre aquellos murmullos de arrepentimiento.

Las mesas se llenaron de palabras y el tiempo se estiró tanto que duró dos, tres, cinco siglos, todo el tiempo necesario para que se limaran asperezas, para que los actos de una vida quedaran tan lejos que no sólo parecieran insignificantes, sino que se hubieran olvidado. Cada una, a su tiempo, fue curando sus heridas con la piel de otras. Las balas salieron del cuerpo de las muertas y los cuchillos se enterraron en las manos de sus asesinos que en sus casas no entendían como, dormidos, se habían enterrado aquellas armas y, empujados por la fuerza de un tornado de girasoles, se formaron afuera de aquel salón para pedir disculpas por sus actos.

Los novios, los clientes frecuentes, los fans, los curiosos

A la mera hora en la que la calle se vuelve negra, se acercó Pedro a mi punto. Era lunes y estaba ahí sola, creo que las demás estaban crudas. Por ahí de las tres de la mañana la avenida se vacía. A veces es más temprano, a veces más tarde, pero siempre pasa. Son treinta minutos en los que el tráfico se detiene por completo y se abre un hueco en la noche en el que sólo silba el aire con su canto de profecía. En el momento de la siesta de Dios, las putas somos la luz de la vela. Se siente tan sola la vida a esa hora, que tenemos que arrimarnos a cualquier árbol para que una oscuridad más leve nos acobije con su sombra chica.

A Pedro lo conocía de antes, pasaba algunas tardes por la estética, nos tomaba de la cintura a Viri y a mí y nos daba nalgadas con sus manos callosas, apretándonos como fruta. Siempre andaba con el hocico babeado cuando nos veía, decía que éramos las mujeres más hermosas del barrio. Era típico que con su alteración y sus bromas nos espantara a las clientas tratando de ponernos la mano en su bulto. Toca aquí, muñeca, nos decía con la voz barrida. Nosotras lo tomábamos por una atracción variopinta y lo corríamos como a las moscas.

Esa noche, después de mucho tiempo de no verlo, me saludó tratando de darme un beso en la boca y me dijo que ahora sí, que iba a ser suya, que a cuánto. No me molesté en corregirlo porque

esos hombres no aprenden. Le dije los precios, pero no le gustó. Dijo que nomás traía un tostón para una mamada y yo, por buena, por caritativa y porque sabía que, si le decía que no, iba a seguir chingando, le dije que estaba bien, que fuéramos al parque de Luisito.

Sus movimientos eran un poco torpes, así que le ayudé a desabrocharse los jeans y se los bajé a los muslos con todo y calzones. Su verga miraba al piso tristona. Ahorita te la pongo contenta, le dije y me hinqué en el piso de grava. Olía a sudor de todo el día, pero yo como siempre, a lo mío y sin pensar.

Podrán decirme lo que quieran, pero mi trabajo lo sé hacer, y muy bien. Ahí me estuve, chupe y chupe, intentando ponérsela dura. En mi buzón de quejas me han echado varios papelitos, pero nunca se han quejado de estas mandíbulas chambeadoras. Ahora, que él haya llegado borracho y loqueado no era culpa mía. Quince minutos me estuve hincada mame y mame carne flácida sin que se le parara. Cerró los ojos para concentrarse, como si se le fuera a parar por pensar y no por sentir, y yo lo dejé que hiciera su esfuerzo. Al rato yo también cerré los míos y me puse a pensar en otra cosa hasta que mucho fue suficiente y le dije: Oye, mi amor, yo creo que esto no va a funcionar. Mejor la dejamos para la otra que vengas más tranquilo.

No me dijo nada. Yo me levanté, me sacudí las rodillas y empecé a caminar mientras él se abrochaba los pantalones porque no quería que se pusiera de intenso. Bruta yo que le di la espalda como si un hombre al que no se le para fuera a quedarse tranquilo. Pendeja yo, que pensé que porque lo conocía no era peligroso. Cuántas muertas tienen que pasar para terminar de entender que los asesinos son los novios, los clientes frecuentes, los fans, los curiosos.

Sentí un madrazo seco en la cabeza y ya desde el piso fue que vi a la bestia. Pedro se convirtió en un mudo cargando un pedazo de algo que intentaba reventarme en la cara. Los ojos le resplandecían.

No sé qué le grité, pero él pareció no escuchar. Estaba completamente ido, concentrado en matarme. No decía nada, no me maldecía, no me reclamaba; sólo jadeaba por cargar el objeto con las dos manos e intentaba golpearme.

Grité pidiendo ayuda mientras intentaba escaparme. Logré quitarme algunos golpes, pero otros me dieron en la cara, en los hombros, en los brazos. Toda apendejada por los putazos, no pude más que gritar. La voz me subió desde el estómago y salió de mi garganta llena de sangre, de vísceras, envuelta en hormonas. Levantaba las manos para defenderme, pero mi fuerza no era nada frente a su determinación. Seguí gritando, gritando todo lo que pude. Alrededor de mí había un silencio asqueroso, sólo se escuchaban mis gritos y sus jadeos. Mis gritos y el silencio. Mis gritos y el dolor.

Me dolían los golpes, pero traía la adrenalina a tope. A mi mente le daba tiempo para pensar en mis amigas muertas y gritar por ellas. Ayuda, auxilio, no tengo idea de qué gritaba, pero las sentía a ellas impulsar mi voz. La cuerpa es así, berrinchuda. Sus nombres pasaban por detrás de mis ojos como si no tuviera otra cosa que hacer, como si no me estuvieran matando, hasta que empecé a sentir la cara empapada y el miedo me trepó por la garganta como un ejército de gusanos. Suplicaba auxilio, ayuda, me mata, pero no llegaba nadie. Yo era puro miedo, él pura rabia y el mundo no existía, nadie hacía caso.

Lo único que puedo recordar con detalle es el pánico. Recuerdo verlo todo negro. Pedro se convirtió en una sombra, en un espectro, en una mancha. El corazón me galopaba y todo el cuerpo me punzaba mientras levantaba las manos para defenderme, hasta que el dolor me fue echando encima su cobija de lana que pica y me fue envolviendo en una placenta viscosa, llena de sangre. Empezó a faltarme el aire, aparecieron pedazos de pensamientos. Pensé en Alessa, en sus últimos momentos, pensé en Paola, y mi voz, que ya

para entonces era el único órgano que me respondía, se impulsó desde una tumba, desde muchas tumbas.

Pedro no contaba con una voz reseca pidiendo agua, con el grito de un niño amariconado que no aguanta más las burlas, el dolor, las miradas, y decide levantar la voz de una vez y para siempre. Gritaba y miraba su rostro, imaginaba la última imagen que vieron ellas. La cara de un conocido vuelto asesino por un ataque de furia, el cuerpo de su novio o su cliente intentando matarlas. Rogaba que alguien me salvara.

No sé cuánto tiempo duró tratando de matarme. El tiempo era una burbuja roja engordando, una escena de terror, eran golpes, gritos, dolor, era miedo; un chingo de miedo. La sangre me escurría por el pelo como un aceite y la adrenalina me fue abandonando conforme él siguió golpeando. Me estaba quedando sin fuerzas para levantar los brazos y defenderme, para gritar. El miedo me atravesó la piel con sus agujas y la desesperación se apoderó de las pocas fuerzas que me quedaban. Olía a sangre, apestaba a muerto. Él seguía moviendo los brazos sin parar. Dejaba caer el objeto como si fuera un robot. Yo me movía por el piso para evitar los golpes, hasta que mis ojos dejaron de mirar todo lo que había alrededor y lo único que distinguí fue lo que estaba frente a mí: él.

—Muérete, hija de puta. ¡Muérete! —empezó a gritar con rabia.

Quise seguirme defendiendo, pero ya no tuve fuerzas. Sólo miedo. Miedo y pedazos de pensamientos, cachos de amigas, desechos de nombres. Quise sacar fuerzas del pozo de otras, pero ya estaba seco, seco de sangre, falto de alma, agrietado de tanto cuerpo abandonado.

Grité por última vez mientras sentí cómo mis brazos que antes me hormigueaban dejaron de responderme y las fuerzas me abandonaron por completo. Me quedé sola dentro de mi cabeza, flotando detrás de mis ojos. Miraba sus manos y su cuerpo caer hacia mí e intentaba volver a gritar y defenderme, pero ya mi cuerpa

no me hacía caso, era sólo un caparazón. Ya no sólo no podía moverme ni hablar, sino que dejé de sentir los golpes. El miedo terminó de envolverme con su sábana gruesa y arrastrarme hasta una coladera. Nunca había sentido esa desconexión. Me convertí en una cosa que vive dentro de un cuerpo que le queda grande, que no le responde, que no le pertenece.

Pensé en mi mamá, en mi hermana, en mis sobrinos, en mis amigas. Me vino un mareo, una niebla roja. Eso era todo, iba a morir en la calle. El dolor era un sonido, el miedo eran pellizcos bajo anestesia. Me encontrarían desangrada y con la cara desfigurada. Mi cuerpa se convirtió en un cuarto sin ventanas, en una tumba a la que le llovían pedradas. Mis ojos eran el cristal de una pecera desde donde miraba el vacío ya sin sentir dolor. Ni siquiera podrían hacerme un funeral como Dios manda. Me iban a enterrar como morí, estando adentro de una caja que no es mi piel, sin maquillaje, sin mi ropa, pura carne aventada porque qué más da si igual se la van a comer los gusanos. Me abandoné al sueño, me abracé del miedo y dejé que la aspereza del objeto machucara mi cara, mi nariz, mi frente. Vi a mi papá, sentí a mi abuela. Los sonidos se alejaron cada vez más hasta que sólo hubo miedo, sueño, abandono.

El Día

Los días en el hospital los pasé sedada. Era una muñeca con dolores, una chingadera que no podía llamarse persona que vivía adentro de su cabeza y lo único que sabía era que su mamá aparecía cuando a las medicinas se les iba el efecto y desaparecía después de que la enfermera entraba al cuarto. No podía ni mover la cabeza, estaba amarrada a la cama. La primera vez que quise pedir ayuda no me oí la voz. Estaba asustada y con el dolor punzándome en las sienes. Desesperada empecé a mover la única mano que pude, de arriba abajo, de un lado al otro. Me dolía hacer ese esfuerzo, pero la desesperación de tener el cuerpo amarrado a quién sabe dónde era tan culera que me valió madres. No sabía si alguien me estaba viendo, no escuchaba voces, sólo podía ver el techo, la luz blanca, y sentir una claustrofobia que me desinflaba el pecho como se apachurra una botella.

No me tranquilicé hasta que escuché a mi mamá gritarles a las enfermeras y sentí su mano acariciándome. No estaba sorda. Muda sí. Por mucho que grité que me durmieran nadie me respondía, o sí y no me acuerdo.

Lo poco que sabía era que tenía un vendaje en la cabeza porque cuando abría los ojos veía un pedazo de tela. También sabía que el tipo no me había matado. No sé qué hubiera preferido. Después me enteré de que fue un taxista el que me salvó. El dolor era como nadar en una tina de ácido con los ojos abiertos y la piel viva. Las

sensaciones me regresaban por pedazos. Sentía los músculos dormidos, separados unos de otros. De repente sentía una pierna y al rato ya no la sentía, pero aparecía un dedo, un cacho de antebrazo, un pedacito de muslo. Todo envuelto en un dolor que me partía el cascarón como un pollo que ya no cabe. Si no sentía dolor, estaba dormida o hundida en un viaje que no era un viaje, sino un estado de aturdimiento, un sueño denso. No sabía qué hora era, ni en qué hospital estaba. Lo poco que sabía era que tenía la cuerpa jodida y la cara deforme y hecha bolas. La nariz, un ojo, los cachetes, la mandíbula y la frente eran una misma masa que me punzaba como una pelota con un corazón adentro. Arránquemelo, les pedí con los ojos.

Cuando empecé a aguantar un poco más de tiempo despierta, mi mamá me explicó que pasé tres o cuatro días así, dormitando entre las medicinas, queriendo levantarme de la cama. Me dijo que me quejaba cuando abría los ojos. Yo no hablaba, sólo escuchaba su monólogo, una palabra comiéndole la cola a otra para que no hubiera silencio. Ella hablaba para no sentir, las Cano somos así.

Acordarme de lo que había pasado era como intentar apachurrar el aire, pellizcarlo, morderlo. Yo quería un espejo, ella no entendía. Las palabras se me atragantaban como un coágulo de sangre detrás de la boca. Pasaba de la angustia a la desgana como pasan los minutos cuando terminan. No comía, me inyectaban cosas. Oía lejos las conversaciones de mi mamá con mi hermana. Su voz era una tierra seca que sólo se humedecía cuando hablaba con mis sobrinos. A ellos les decía que pronto iban a visitar a su tía en la casa. Una plantita crecía entonces en su voz, pero alguien, al otro lado del teléfono, volvía a arrancarla cuando le preguntaban cómo estoy.

—Ahí la lleva —decía con la voz cuarteada.

El primer ataque de ansiedad me dio la noche después de haber ido a declarar. Estaba acostada en la cama mirando al techo sin

poder dormir a las mismas dos y media de la mañana, la hora a la que, según mi declaración, el cabrón empezó a golpearme.

Declarar en este país es puro paripé, pero es importante, o de eso queremos convencernos. Yo ya no estoy segura. Si alguien conoce las entrañas de este sistema, somos nosotras. Yo he visto al monstruo por dentro, yo sé que sus costuras están hechas de hilo de pelo de inocente, que es con la carne de los que no la deben ni la temen que alimentan las cuotas en las cárceles y son los mechones de cabello de esos mismos con los que anudan sus estadísticas mal llevadas. Yo he visto cómo utilizan nuestra piel para compactar los discursos salchichas de que la policía está para cuidarnos.

A pesar de eso, quería dejar constancia de mi caso, engrosar las estadísticas pasadas de peso por tantos intentos de asesinato, echarles colesterol a las venas del sistema tapadas por el sarro de las violaciones, por la sangre seca de una muerta con expediente abierto. Quería ver si mi gota derramaba el vaso.

En la misma oficina me di cuenta de que no serviría de nada, que el sistema tiene la piel elástica y sus intestinos se adaptan a las curvas envolviéndolas en unos algodoncitos de promesas de resolución de casos.

Mi mamá me pidió que no fuéramos.

—Mira cómo estás, no tienes fuerzas ni para comer. Mejor espérate a estar más recuperada, de todas formas ya sabes que no sirve de nada ir a declarar.

Pero yo, que tantas veces convencí a mis compañeras de ir a abrir un expediente, aunque no sirva de una chingada, me enterqué y le dije que incluso prefería ir con Viridiana, que ella sabía cómo quería ser tratada.

—De ninguna manera. Si vas, la que te lleva soy yo.

No había dinero para ir en taxi, así es que fuimos a pie. Caminaba como una señora mayor ayudada por su madre. El camino hacia la fiscalía de la colonia Guerrero debió de habernos tomado

media hora, pero tardamos hora y cuarto porque mientras caminaba me iba mareando y a cada rato tenía que sentarme para jalar aire y no vomitar. Tomamos el metro Constitución con dirección a Garibaldi, trasbordamos hacia Guerrero y caminamos tres cuadras para llegar a la fiscalía. Se dice fácil, habría que haberme visto para darse cuenta de la peregrinación que fue aquello. Los moretones se expandían por mi piel como un virus. Unas pastillas me bajaban el dolor y otras me apendejaban hasta convertirme en un manojo de nervios echando chispas como cables pelados.

La cosa empezó mal cuando me llamaron por mi nombre muerto y me pidieron que los acompañara. A duras penas dejaron que mi mamá estuviera conmigo. El pasillo tenía un color amarillo piel de muerto y la oficina apestaba a café instantáneo, a silla de plástico. Sólo de estar en el mismo lugar al que tantas veces me llevaron como acusada por como era me tenía asqueada. El coraje se me salía del pellejo como tatuaje inverso. Estaba caliente, emputada, quería haber tenido al cabrón a tiro para hacerle un ritual satánico con la boca, que alguien me lo hubiera puesto a modo para torturarlo, para expiar mi dolor en su cuerpo. Quería matarlo con mis manos, y la frustración de no poder hacerlo tarde o temprano se escurre por alguna grieta.

La respiración agitada salía de mi nariz y boca con olor a sangre. No tenía ganas de declarar ni de acusar a Pedro con nadie que no fuera el Dios más inmisericorde para que me ayudara a subirlo en hombros al altar de la muerte y hundirlo en un caldero de bruja para mirarlo escocerse en su propio jugo de animal maldito. Pero había que acusarlo frente a una persona que de tanto escuchar testimonios ya ni se conmueve.

Mi mamá se sentó junto a mí. Del tipo nos separaba el escritorio de imitación madera lleno de papeles y una computadora. Buenas tardes, dijo sin inmutarse de quien estaba enfrente. Era un funcionario que no se parecía a nadie más que a otro funcionario,

tenía cara de funcionario, bigote de funcionario y tono de funcionario. Lo primero que me pidió fue mi identificación. Copió algunos datos y sin mirarme me pidió que le corroborara mi nombre. Si hubiera podido decirle que me llamo Mónica, todo hubiera empezado bien, pero tuve que repetirle mi nombre muerto y ahí se jodió el mole. Quise agarrarlo de esa corbata negra y hacerle un nudo de ahorcado. A ver, hijo de la chingada. Si me ves vestida de mujer no es porque me gusta disfrazarme, pedazo de idiota. Ten la puta decencia de agarrar mi identificación, copiar el nombre y preguntarme por qué nombre quiero que me llames. ¿Tú crees que como estoy tuve fuerzas de venir aquí a jugar a los disfraces?

Mi mamá, que me conoce bien, me apretó la mano y yo me contuve. Le repetí el nombre de esa persona sólo para no hacer el pedo más grande, pero ya sentía el estómago completamente revuelto y la bilis apretando todos mis botones.

Su segunda pregunta fue que a qué me dedico. Pero no lo preguntó así, ¿a qué se dedica?, eso hubiera sido algo personal.

—¿Profesión? —dijo como si estuviera llenando un papel y no frente a mí.

Con dos preguntas tuve suficiente para que la sangre terminara de hervirme y reuniera la fuerza que no tuve hasta ese momento.

—Mira, mi corazón hermoso, animalito de la creación, apúntale ahí: soy puta. Pero ponlo con mayúsculas para que quede por sentado que estoy orgullosa. Si hicieras bien tu trabajo, me voltearías a ver. Y por mucho que tenga los labios todavía hinchados y la cara que parece una torta ahogada, desde un satélite se ve que soy Puta, así es que, por favor, empecemos de nuevo que no me hace bien hacer corajes. Me llamo Mónica, no Leonardo, y soy puta.

Mi mamá me apretó la mano y quiso interrumpirme, pero le devolví el apretón como pude.

—Mire —y volteó a ver su computadora—, Leonardo. Yo sólo estoy aquí para tomar su declaración, no para hacer de adivino, así

es que, por favor, tranquilícese y no me falte al respeto que yo no le hecho nada.

—Mónica, imbécil, me llamo Mónica.

Mi jefa nos pidió a los dos que nos tranquilizáramos para empezar de cero, mientras me seguía apretando la mano. Respira, me dijo, y a él lo atravesó con su mirada de madre.

—Cuénteme, entonces, "señorita Mónica", dónde sucedieron los hechos.

—En el parque infantil que queda entre Periférico y la calle Colonial, en Iztapalapa.

—¿A qué hora?

—Aproximadamente a las dos y media o tres de la mañana.

—¿Qué dice usted que hacía en un parque infantil a esas horas de la noche?

Mi mamá me miró suplicando que me tranquilizara.

—Mira, muchacho, vamos a hacer una cosa para que yo no me levante de esta silla sin dar mi declaración. Te voy a contar cómo sucedieron los hechos sin que tú me hagas ni una puta pregunta. Cuando termine, apuntas lo que se te dé la gana.

—Existe un procedimiento —me dijo calmado—. Ni usted ni yo estamos por encima de la ley.

—A ver, ¿cómo te lo explico? El problema es que la ley está para protegerme a mí, la víctima, no para que usted encamine los hechos con sus prejuicios. A mí nadie me trajo aquí arrastrando así que lo vamos a hacer como yo quiera. O me levanto y me largo, usted dice. Pero le juro que si me voy de aquí sin declarar, hago un pedo en Derechos Humanos que no se la van a acabar ni tú ni la chingada fiscalía esta.

Se me quedó viendo como si le hubiera arrancado un pelo de su bigote. Mi mamá seguía apretándome la mano como si fuera una servilleta.

—Le pido entonces que sea lo más específica posible y que vaya despacio para que pueda apuntar.

—Y tú, suéltame la mano —le dije a mi mamá.

Cuando me leyó la declaración entendí que no había nada que hacer, que el lenguaje de mierda que les enseñan a esos tipos no tiene nada que ver con la realidad. Brutalmente golpeada, decía. Nadie puede decir que es mentira, el problema es que brutalmente golpeada es igual que: novecientas muertas, que un hombre vestido de mujer, que una niña borracha, que una mujer vestida con minifalda y escote, igualito que toda la serie de frases que usan para encajar nuestras historias en su cabeza. Yo no fui brutalmente golpeada, intentaron asesinarme. A veces tampoco yo encuentro las palabras para describir lo que pasó y esa frustración cala y hiere porque se queda atorada y se repite como ruego. Haber sufrido un intento de asesinato te quita lo humana, te entierra viva y te pone a arañar la tumba por dentro. Te encierra en una piel de madera en la que sólo hay oscuridad sin aire, en la que tus pulmones colapsan y se chupan entre ellos para exprimirte la vida, para lamer las sobras de agua de un desierto seco. Eso quizás es más certero que brutalmente golpeada. Eso, cuando menos, fue lo que yo sentí y lo que quise que dijera la declaración.

Los golpes de Pedro me sacaron el material más pútrido que llevo dentro, me arrancaron los valores desde el nervio y me dejaron la piel viva. Ese cabrón puso mis órganos a hervir en el licor negro de mis pensamientos más crudos. Me volví un cuervo, una hiena, la víctima que no deja de pensar la muerte de su agresor como método de salvación. Nos han vuelto malditas a punta de intentos de asesinato, nos han robado lo que era nuestro, y de repente nos damos cuenta de que sólo nos queda sonreír y llorar. Sonreír para no molestar a quien te toma la declaración: él no hizo nada, pobrecito,

no se merece tus insultos. Y llorar para conmoverlo, para que no sea frío al transcribir tus palabras.

Nos han convertido en personas de dos sentimientos porque tener el abanico completo duele y pica. Por eso tenemos esta voz, por eso nos convertimos en personajes picarescos, en caricaturas. Esta voz es la única posibilidad que encuentro de salvarme. Es una voz que no se calla, que no me deja sentirme sola, aunque lo esté, es una voz que se dispara automáticamente en mi cabeza para que no flote el guiso de sentimientos malos, el cocimiento de dolor que pesa como cabeza de muerta, los litros y litros de bilis que produce mi cuerpa y tienen que absorber las paredes de mis vísceras ya quemadas cada que escucho que una compañera fue brutalmente golpeada.

Mi esófago regurgita la frustración de saber que ni lo van a buscar, ni lo van a procesar, ni mucho menos lo van a juzgar; que a lo mejor Pedro no vuelve a acercarse a mí, pero se le va a acercar a otra y es cuestión de tiempo para que le apelliden asesino porque no basta con intentar asesinar, ni basta con escupirnos su asco en golpes, tienen que terminar su trabajo para poder llamarlos por su nombre.

Las pocas fuerzas que tenía se me fueron después de la lectura del documento. Sólo me le quedé viendo y volví a perder el habla, no pude o no quise contestarle sus últimas preguntas. Según necesitaba completar el informe con detalles. ¿Con qué objeto me atacó? ¿Con qué mano me agredió? Me pidió su complexión, su color de piel, su estatura, algunos rasgos característicos, la ropa que llevaba puesta y, para ponerle la cerecita al pastel, me preguntó si yo hice algo que pudiera entenderse como una provocación.

Ya ni siquiera quise gritarle. Todo eso que yo ya sabía me cayó como granizo hasta quedar sepultada por pelotas de hielo. No podía hablar, sólo sentir asco, frustración, dolor y miedo. No podía pensar

por intentar pensar, ni podía sentir por exceso de sentir. Por eso la gente de afuera me decía que estaba como ida.

—No, mi vida, quítale el como, estaba ida.

Me pidió el comprobante del hospital, pero como no le bastó con eso, me dijo que necesitaba pasar con un médico legista que no estaba en esa fiscalía sino en la siguiente. Otras tantas cuadras que tuve que andar a pie, despacio y frenando a cada rato para no vomitar por el mareo. Otras muchas cuadras de verle la cara de dolor a mi mamá cuando a los diez pasos le pedía un respiro.

Tres horas fue lo que tardó la médico legista en pasarnos al fondo del pasillo para revisarme. Antes de nosotras había quince o veinte personas. Manos enyesadas, ojos morados, narices chuecas, mandíbulas dislocadas, bastones, muletas, sillas de ruedas. Hasta consolaba ver tanto atropello.

Cuando entré al mentado consultorio ya lo único que quería hacer era echarme en la cama de metal a dormir. Hablar era exprimir el poco de aire que me quedaba y, para colmo, la tipa era medio sorda o se hacía la pendeja porque se la pasaba preguntando, ¿qué?, ¿me puede repetir?, ¿disculpa?

Cuando terminamos, su conclusión fue que debía de volver al hospital a hacerme una resonancia y una radiografía para descartar heridas más severas. En caso de haberlas, debería de informarles. Eso ayudaría a incrementar la pena en caso de encontrarlo culpable.

La Ansiedad

Paola, Melisa, Oyuki, Shaky, Dayana, Coral, Carolina, Jatziri, Mireya, Olivia, Sofía, Ema y Andrea. Mayra, Nasha, Alessa, Alondra, Valeria, Aitana, Mireya, Daniela, Devanny, Camila, Magali, Yolet, Viridiana, la Broches, Alaska, Naomi, Susana, Fabiola, Victoria, Nicoll, Ivonne y Briyith. Betsy, Wendy, Paloma, Janeth, Alejandra, Consuelo, Camila, Pilar, Maricela, Claudia, Patricia, Nicole, Jocelyn. Samantha, Brigit, Selene, Eloísa, Gala, Maira, Sofía, Mónica, Ingrid, Carmen, Verónica, Melanie, Erika, Angie, Beatriz. Nayali. Marisa. Xóchitl, Britani, Débora, Mérida, Fátima, Gloria, Evelín. Mara, Nelly, Fabiola, Brandy, Janine, Naomi, Diamante, Edith, María Elizabeth, Tlali, Judith. La Marquesa, Anel, Felícitas, Angélica, Patsy, Julie, Grettel, Sherlyn, Dorothea, Ingrid, Olga, Abril, Metztli, Deyanira, Raquel. Deniss, Jaqueline, Maribel, Miroslava, Iris, Amada, Rosita, Graciela, Ameyalli, Xananáh. Julia, Itzel, Thelma, Nancy, Juana, Lorena, Judith, Jesusita, Blanca, Francisca, Elsa, Nayeli, Aranza, Cristal, Natalia, Lolita, Cristy, Lucía, Leydi, Yásnaya, Tzalanti, Rubí. Thalía, Salma, Luisa, Cinthya, Rosa, Xintli, Miriam, Saira, Perla, Luna, Royma, Flavia, Tlali y María Asunción. Monserrat. Yólotl. Arlene. Luz. Esveidy. Gladis. Lucero, María Guadalupe, Norma, Shakira, Yulisa, Vianey, Concepción, Catalina, Adriana, Mercedes, Cecilia, Noelia, Yadira, Malena, Sarahí, Bernardina, Citlali, Piedad, Gertrudis, Milagros, Zoila, Vicenta, Jasmín, Geovana, Yolotzin, Teresa, Amelia, Mariana, Nazaria, Ana Yensi, Toyetzin, Gabriela, Zelania, Rosaura,

Agustina, Joahana, Yuritzie, Noemí. Merly, Tonatzin, Olimpia, Maritza, Celina, Karina, Jeyegnie, Dayana, Yadira, Magali, Citlali, la Tocha, Araceli, Raymunda, Cristina, Michelle, Adilene.

Escribía en una libreta sus nombres para que sus sílabas me apapacharan. Sólo quería acompañarme de ellas. Los ojos de mi mamá se apagaban cuando se cruzaban con los míos y yo me abrazaba de ellas para sobrevivir. Escribir sus nombres una y otra vez era la única actividad que me daba consuelo. Mi mamá luchaba en vano por mantenerme distraída. Yo lo único que quería era que alguien me jurara que todo iba a estar bien, que mi vida no iba a ser toda así, que algún día iba a querer salir de la casa sin que el miedo me apretara los ojos y el corazón se me escondiera en el estómago. Mi mamá no sabía cómo prometer mentiras, se salía del cuarto y se derrumbaba a llorar. Oía sus sollozos porque la casa era un campo sin muebles, sin piso, sin techo, sin pasos. Sólo estaba mi cama, sólo se oían mis quejidos y los suyos. Ni mi hermana quería llevar a mis sobrinos, no sólo para que no se asustaran con mi aspecto sino porque los niños no son tontos, ellos saben cuando una persona está muerta por dentro.

Perdí la voz de mi cabeza, la chispa y las ganas de vivir; perdí el lenguaje que tantas veces me salvó. Quería gritar que no lo perdí, que me lo arrebataron, pero a quién. Tardé más de cuatro meses en poner un pinche pie en la calle. Cuatro meses se dicen fácil, pero son un chingo de horas y más minutos. Cada que escuchaba a mi jefecita pedirme que me incorporara, el tiempo se dobleteaba. Cuatro meses oyendo de otros que estaba exagerando. De quien más me dolió escucharlo fue de mi hermana. Para ella fue sólo una golpiza. A su nuevo novio se lo habían madreado alguna vez y a los dos días ya estaba de nuevo en la calle. No es para tanto, le decía a mi mamá, queriendo que yo la escuchara. Y sí, clarito la escuché y clarito la mandé a la fregada y para siempre. Ya venía siendo hora.

Cuatro meses fueron demasiadas llamadas de mis amigas que no contesté y un chingo de pesos que no gané. Cuatro meses pesaron sobre la espalda de mi mamá teniendo que cuidarme como si fuera de nuevo una niña. Cuatro meses que en nuestra cuerpa fueron cuatro años.

Si me levanté fue porque soy pobre. Si hubiera tenido un poco más de dinero ahorrado, me cae que vivo el resto de mi vida acostada. Me sentaba en la cama y la ansiedad me mordía con sus dientes filudos. Unos colmillos de leche se prensaban a mi cráneo y no soltaban. Me mordían despacio, constante. El corazón se me aceleraba apenas me daba cuenta de que estaba en peligro y un perro persiguiendo llantas ladraba dentro de mi pecho. Me estaba dando un infarto, sentía. Me iba a morir, pensaba. Pero ni siquiera el consuelo de morirme lograba calmarme. Una vez que la ansiedad aparecía, el resto del día era enterrar los dedos en las sábanas hasta alcanzar el colchón y rogarle a Dios que no me despertara si me iba a despertar hecha la misma piltrafa. Se me cuartearon las muelas, me terminé los pellejos a mordidas, me rasguñé y si no me corté fue para no hacer sufrir más a mi mamá. No quería matarme, quería morirme; no quería suicidarme, quería lograr que lo de afuera me doliera más que lo de adentro.

Las horas que duraba la ansiedad el mundo era un derrumbe por el que caminaba como una niña con miedo y sin muñeca.

La niña deseaba no haber sobrevivido.

Mi mamá entraba al cuarto y me encontraba arrinconada en la cama queriendo escapar del rayo de sol que bajaba con la tarde. Quiero pura sombra, le decía mientras la luz me iba arrinconando. Tenía miedo de salir del cuarto y que Pedro estuviera sentado en el comedor. Temblaba de coraje de mirar que la vida siguiera para los demás. Incluso que mi mamá saliera a trabajar me parecía una traición, pero no le decía nada. Sabía que lo hacía por mí. Aunque yo hubiera preferido que se quedara en mi cuarto abrazándome,

protegiéndome de una cuerpa que desconocía. Odiaba lo que sentía, lo que pensaba, lo que vivía. Me odiaba a mí, a mi vida, al destino trans. A veces, incluso, me olvidaba de odiarlo a él por encima de lo demás.

Comía despacio, no lograba recordar cuál era la velocidad a la que se hacen las cosas. La televisión sonaba detrás de mis dientes masticando. Mi mamá me miraba desesperada, tratando de que apurara los bocados.

—Se te va a enfriar —me decía cuando ya no soportaba más mi letargo.

Entonces, yo, con la poca voz que me salía, le decía que me dejara comer tranquila, que no tenía ninguna prisa, que de todas formas no sentía los sabores, que las temperaturas eran todas una misma cosa, que incluso los colores se me habían ido de los ojos.

—Veo como los perros, mamá.

No distinguía tampoco los planos, le explicaba cuando me pedía que hiciera el esfuerzo de caminar alrededor de la cama. No hay alrededor, mamá. Hay sólo una pared que me rodea y me asfixia.

Ella se frustraba cuando le decía esas cosas, pero no explicarme era peor.

—El silencio siempre es peor para una madre —me dijo en su momento.

Aquella fue la frase que me obligó a hablar después de un mes callada.

—El silencio es como si te hubieran matado, Mónica. Necesito, por salud, que me digas cuando menos dos letras.

Le dije: gracias. Quise decirle te quiero, pero me quedé en el te y la voz desapareció de mi garganta. Lo que quedó fue el aire espeso de la palabra que no se dice. Respiraba encerrada en la caja de mi piel. Me dolía no poder salir. Fueron tantos años de intentar que la cuerpa le respondiera a la imagen que tenía de mí, que la frustración de ver que los golpes me habían arrebatado esa posibilidad me

paralizaba. La última vez que pude escuchar la voz en mi cabeza fue el día de la declaración. Ya no encontraba las rimas ni las groserías, no encontraba las imágenes de mi mundo ni las repeticiones. Sólo encontraba una voz que gateaba a ratos. También eso me quitaste, cabrón.

Volví a sentir el coraje que sentí alguna vez por no poder abrir los ojos y despertar con las tetas crecidas, con las nalgas que yo quería, con el tono de voz adecuado, con el pelo que soñaba. Me volvieron una niña con casi cuarenta años. Me arrebataron las tetas porque flotaban en un camisón aguado, me aplanaron las nalgas, me desconectaron la voz, los músculos, y sólo me dejaron los ojos, los dedos, las uñas y los nervios. ¿De qué sirven los órganos cuando no te obedecen?

El sueño era un alivio, era todo lo que podía ayudarme, pero ni siquiera podía dormir de corrido. Me levantaba sudando. Las pesadillas eran un madrazo constante. Una vez que me despertaba no quería volver a cerrar los ojos, nunca. Mis párpados se convertían en la pantalla del miedo, en el recordatorio de que mis amigas sufrieron la misma angustia que yo,

el mismo miedo que yo,
el mismo dolor que yo,
la misma rabia que yo,
la misma zozobra que yo,
la misma ira que yo,
la misma pena que yo,
la misma molestia que yo,
la misma indignación que yo.

Ya sólo podía acariciar sus nombres en el cuaderno y repetirlos como un poema. Rocío Suárez llevaba el archivo, se dedicaba a recuperar los nombres y las historias de la prensa para que cuando menos el Día de la Remembranza Trans fueran recordadas.

Mi mamá entraba al cuarto, me miraba, dejaba la charola con el plato de sopa y se sentaba en la silla de la esquina a mirar cómo en la cara de su hija se reflejaba el miedo, cómo mis dedos y mis uñas se enterraban en las sábanas; cómo una loca se volvía flaca, cómo una flaca se volvía loca. Se sentaba a mirar cómo el tiempo chupaba la grasa de mi cuerpo. Se sentaba a observar cómo los huesos salían por mi piel delgada. Se sentaba a acompañarme porque eso hacen las madres cuando ya no pueden hacer otra cosa.

Quise poder platicar de cualquier pendejada, agradecerle. Quise en medio del miedo, quise debajo de la angustia, quise no sentir más dolor, nunca más dolor. Pero no podía ni hablar, ni querer, ni sentir, ni moverme.

Ella no sabía, pero en ese acompañamiento fue que encontré un poco de coraje para decirle a la ansiedad que no se iba a ir sin un rasguño. Que cada vez que viniera, cuando menos le clavaría una uña. Mientras mi mamá no me dejara sola, yo iba a quedarme sentada en mi cama para recibir a la ansiedad y pellizcarla.

Un pellizco a la vez, como los adictos.

Terminaba sudando como si hubiera subido sin parar los escalones de una escalera que no llevaba a ningún lado, como si en vez de quedarme acostada tratando de no pensar en mi muerte, hubiera construido una casa con las manos. Pero es que se parece, hay que construir adentro de una lo que no encuentra afuera y eso cansa.

Cuando por fin pude salir a caminar, me sentí una extraña en el barrio. Me lastimaba la mirada de la gente. No soportaba que sintieran pena por mí.

Ahí va la loca,
ahí va la flaca,
ahí va la puta
ahí va la lela.

Miraba las calles como si nunca hubiera pasado por ellas. No habitaba el barrio. No habitaba mi cuerpa. Era una niña que quería atravesar el duelo de haber perdido su voz como cuando jugaba con la Rosy a ver quién aguantaba más tiempo sin respirar debajo del agua.

La niña iba a sanar de la mano de su madre.

Sólo necesitaba un poco más de tiempo. El tiempo necesario para aprender a lidiar con esa perra vieja que es la ansiedad.

Al cabo de un tiempo el miedo me abandonó y se quedó el coraje. Estaba emputada. Quería meter mi cabeza en el mar frío de Tijuana y aparecer en la cantina de La Virgen del Calcio para que me concediera el milagro de volver a estar bien. Pero la pobreza me enseñó que algunas no estamos para esperar milagros. O nos los hacemos nosotras o no aparecen.

Las chavas de la última vez me fueron a visitar y me animaron. Después de tanto tiempo sin salir de la casa parecía su abuela. Pensé en Xóchitl, en Rosy, en la misma Viri, en mi jefecita santa y en mi abuela. Todas necesitamos a alguien que haga de madre. Era mi turno, al fin y al cabo, yo sabía lo que era haber nacido con una alita rota y que me enseñaran a volar. Volar con mi sonrisa de Vendenoches sería mi venganza. Volver a los bailes del barrio y dejar que me lleven era también una forma de rescribir mi historia. Y como la esquina siempre ha sido mi antídoto y veneno, volví a ella retumbando mis tacones por todo el barrio, dejándolos que suenen debajo de aquella negrura que, aunque asusta, siempre acobija.

Ahí estaba, de nuevo, la Metrera, la Agujita, la Glorietera, la Encueramachos: Mónica Guazo Cano Martínez. Esta vez no vengo sola, aquí está mi coro, el coro de los nombres que acaricio: las Muertas, las Olvidadas, las SinVelorios, las Desaladas…

Agradecimientos

Esta novela es producto de más de ocho años de trabajo aprendiendo y desaprendiendo. Llegar aquí no hubiera sido posible sin varias personas que, en diferentes etapas, me acompañaron en este camino.

A Mario González Suárez, mi primer gran maestro en la literatura. Gracias por la paciencia, por tus enseñanzas y por tu humor. Escribo acompañado de tus saberes.

A Sabina Urraca, por esas horas llenas de aprendizaje, por las correcciones, por impulsarnos a escribir, por enseñarme a indagar en la herida y por haber sido la causante de la voz de esta novela. Gracias también al grupo maravilloso que formaste. Las quiero mucho y estoy feliz de saberlas cerca.

A Mercedes Halfon, por ese taller maravilloso, por terminar de acercarme a Manuel Puig y por regalarnos tu genealogía.

A Oriette D'Angelo, por esas horas metidos en la novela y acompañando la escritura.

A Antonio J. Rodríguez, por las clínicas y los comentarios.

A Luis Felipe Ortega, por abrirme los ojos al mundo del arte, por tus lecturas atentas, por tu paciencia, por tus saberes compartidos.

A Sary Haddad, por leerme con tanto entusiasmo y por acompañarme siempre con tanto cariño.

A María Almela, por tantos años de crecer arropado en tus alas, porque no estaría en donde estoy sin tus consejos ni tu escucha. Por

tus primeras lecturas y por compartir conmigo el amor a la literatura cuando no tenía con quien hacerlo.

A José Capaz, por el cariño, por mostrarme la locura y la bondad del arte, por soñar y hacer conmigo.

A Alejandra Glez, por impulsarme a hacer lo que me hace feliz.

A María Fernanda Ampuero, por tu inmensa generosidad, por confiar en mí, por tu ojo clínico, por tu furia, por tu literatura en la que esta novela se inspira y por no soltarme.

A Pablo Simonetti, por ese taller maravilloso, por saber siempre lo que necesita un texto, por compartir tus saberes, por hacernos mejores a los que tallereamos contigo, por confiar en mi literatura y presentarme a Mayra.

A Mayra, por la confianza, por haber hecho feliz a un niño con la alita rota y por cobijarme.

Al resto de las personas en mi vida, gracias.

«En el momento de la siesta de Dios, las putas somos la luz de la vela.»



Con el nombre de Leonardo a cuestas y una estética andrógina, la protagonista llega a Tijuana, estafada por un grupo de tratantes. Bautizada como Mónica y cobijada por Rosy, una especie de madre adoptiva, se siente plena y aprende los trucos del que será su mundo: un lugar lleno de traiciones, felicidad, euforia y adicciones. Un par de años después, Mónica pasará de la seguridad de los hoteles y posadas a la hostilidad de la calle y de la Jungla, el lugar más sórdido y desconocido de Tijuana. Con la cuerpa reseca y la voz de su madre en mente, consigue lamerse las heridas y volver a casa. El regreso será un viacrucis y la llegada una bendición. También, será el verdadero inicio.

Esta cuerpa mía es una novela honesta y desparpajada, llena de humor y de música, de amor y sororidad, pero con espacio para el dolor y el odio. Está llena de drogas, peligro e hipocresías; de inyecciones de aceite, lentejuelas y tacones altos; de sexo en las esquinas, hoteles y espacios virtuales. Uri Bleier escribe una novela que huele a calle, sabe a playa y suena a cumbia; una historia que su personaje monta a galope con toda su fiereza y ternura.

«Uri Bleier investiga, escucha, cucharea y rebaña cada voz, cada personaje, cada escena. Puro venenito dulce y amargo.»

SABINA URRACA

«Este libro es un prodigio. Este *coming-of-age* de una mujer trans en México es puro amor, pura fuerza y pura desolación. Es, como la vida, un azote y un cariño. Pocas veces he leído un libro con un lenguaje tan vivo,

exquisito y descarado. Es imposible dejar de leerlo hasta el final. Desde la primera línea, Bleier ata un lazo invencible entre la lectora y la protagonista y te va llevando por todos los sentimientos: de la risa a la ira, de la compasión a la rebeldía y de la ternura al más profundo amor. No sólo recomiendo esta novela porque es hermosísima. Recomiendo esta novela porque nos permite asomarnos a otros mundos y a otras realidades sin victimismo ni melodrama.»

MARÍA FERNANDA AMPUERO

«Una novela llena de brío y sudor: una vez montado en ella es imposible bajarse hasta el final. Cabalga sobre la dura vida de Mónica en las calles, sobre el sexo y sus mil caras, sobre momentos llenos de ternura y compasión, sobre la emperrada violencia y el abandono. Una gran novela debut.»

PABLO SIMONETTI

«La voz de la protagonista se prende, como se prende un fuego. Cuando habla, se enciende también una música: rancheras, boleros, cumbias, siempre románticas. Su voz es fascinante, hipnótica, completamente única y, a la vez, colectiva: una mezcla de tonos, de gritos y susurros, agudos y graves, roncos y aterciopelados, que forman un coro que emerge, se vuelve visible y poderoso, y ya no podemos dejar de escuchar.»

MERCEDES HALFON



© Yaas Valdés

Uri Bleier. Nací chilango, judío y joto. Ambas tres, a mucha honra. Me mal gradué de Negocios Internacionales por la Universidad Iberoamericana e hice una maestría en Negocios y Administración de Fútbol por el instituto Johan Cruyff. Como ven, no fue fácil aprender a quererme, pero aquí estamos. Trabajé varios años en un negocio familiar y desde hace un tiempo me he enfocado en olvidar la mala educación para formarme como escritor. Vivo entre la Ciudad de México y La Habana y dedico mi mayor tiempo a la literatura. Escribí, muy confiado, una primera novela que sirve de muy poco, así es que decidí participar en diversos talleres de autores como: Mario González Suárez, Sabina Urraca, Jorge Volpi, Mercedes Halfon, María Fernanda Ampuero y Pablo Simonetti. A partir de entonces escribí una segunda novela y otra más, *Esta cuerpa mía*, que me parece articula una voz con mis obsesiones e inquietudes literarias. Éste es un proyecto de más de tres años que he ido puliendo gracias a la lectura atenta de Sabina, Mercedes y Pablo, pero sobre todo de María Fernanda Ampuero, quien me ha cobijado bajo su alita de mamá amorosa.



Esta cuerpa mía

Edición en formato digital: septiembre, 2024

D. R. © 2024, Uri Bleier

D. R. © 2024, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, alcaldía Miguel Hidalgo, C. P. 11520,
Ciudad de México

penguinlibros.com

Imagen de cubierta: © Rojo Génesis
Imagen del autor: © Yaas Valdés

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización. Si necesita reproducir algún fragmento de esta obra diríjase a

CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, https://cempro.com.mx).

ISBN: 978-607-384-938-8

Composición digital: *Mutare, Procesos Editoriales y de Comunicación, S.A. de C.V.*

Facebook: @penguinebooks
Twitter: @penguinlibrosmx
Instagram: @penguinlibrosmx
Youtube: @penguinlibrosmx

Índice

Esta cuerpa mía

He rodado de acá para allá
- La Lotería
- El León
- La Chachis
- La Mounica
- La Adelita
- La Rompematrimonios
- La Rosy
- La Milagrosa
- La Calle
- La Niña
- El enviado
- La Jungla
- La Ojosbonitos
- La Muñeca
- La Carretera
- El Melón
- El Gringo
- El Ángel

Fui de todo y sin medida
- La Colcenter
- Las Cano
- La Familia

El Cuñado
La Coca-Cola
La Viri
El Juanga
Las Pablito
La Comadre
La Puta, la Prieta y la Callejera
La Mon sherí
El Adán y Eva
La Bruja
La Cadena
La Magia
El Barrio
La Lluvia
El Ocaso
El Parquecito
Los novios, los clientes frecuentes, los fans, los curiosos
El Día
La Ansiedad

Agradecimientos

Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos

Table of Contents

- Portada
- Esta cuerpa mía
- Dedicatoria
- Epígrafe
- He rodado de acá para allá
  - La Lotería
  - El León
  - La Chachis
  - La Mounica
  - La Adelita
  - La Rompematrimonios
  - La Rosy
  - La Milagrosa
  - La Calle
  - La Niña
  - El enviado
  - La Jungla
  - La Ojosbonitos
  - La Muñeca
  - La Carretera
  - El Melón
  - El Gringo
  - El Ángel
- Fui de todo y sin medida
  - La Colcenter
  - Las Cano
  - La Familia
  - El Cuñado
  - La Coca-Cola
  - La Viri
  - El Juanga
  - Las Pablito

La Comadre
La Puta, la Prieta y la Callejera
La Mon sherí
El Adán y Eva
La Bruja
La Cadena
La Magia
El Barrio
La Lluvia
El Ocaso
El Parquecito
Los novios, los clientes frecuentes, los fans, los curiosos
El Día
La Ansiedad
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos